MAR BAYONA

Valiente Elena

Valiente Elena

Mar Bayona

Valiente Elena

ISBN: 9788419542762
ISBN ebook: 9788419542281

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Mar Bayona
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi madre, por animarme a ser valiente y hacerme cruzar un océano.

A los miembros de mi familia que se marcharon y me siguen acompañando desde las estrellas.

A José Luis y Àlex. Siempre.

1
El avión

Madrid, 2018

Qué extraña me siento sentada de nuevo en este avión veinte años después. Qué diferente de entonces, cuando solo era una niña y me estaba ahogando. La primera vez fue un viaje a lo desconocido, una huida de mi vida con el anhelo de encontrar algo mejor. No, no es cierto. No buscaba nada; en realidad, mi único objetivo era respirar. Respirar libertad. Respirar alegría. Respirar, simplemente respirar.

Me preguntas si estoy bien. Has dejado la maleta de mano en el portaequipajes y te sientas a mi lado con esa gran sonrisa que siempre tiene tu rostro. ¿Me cansaré alguna vez de mirarte? No, imposible.

«Estoy bien», te contesto mientras me abrocho el cinturón de seguridad. Me agarras la mano para transmitirme tu fuerza. «Ya no hay vuelta atrás», pienso. Ha llegado el momento de regresar al lugar en el que fui tan feliz y que tanto dolor me causó. Megan me ha obligado, a pesar de todas las excusas y reticencias que he intentado explicarle por teléfono. «Elena, tienes que venir, mi cuarenta cumpleaños no será lo mismo sin ti. Tienes que estar a mi lado, por mí… Y por él. Sabes que él querría que estuvieras aquí». Me deja sin palabras. No puedo seguir poniendo excusas. Sé que tiene razón. Él siempre quiso que fuera feliz. Y lo soy, a pesar de que nunca he vuelto a pisar la isla.

Ahora estoy de nuevo en un avión rumbo al Caribe. Qué diferente de aquella vez en la que solo sentía ansiedad, en la que escapaba de todo, en la que me superaba la incertidumbre.

Sé que me estás mirando de reojo, aunque simules leer el periódico que te acaba de dar una azafata. Todavía no hemos despegado y puedo ver mil preguntas en tu rostro. Aunque hay una que sé que guardas desde hace tiempo. Has tenido paciencia, una paciencia

infinita a pesar de la curiosidad, de la necesidad que tenías de saber. No te imaginas cuánto te lo agradezco.

—¿Algún día me explicarás con detalles cómo fue ese año? —me preguntas.

Aquí está. Esa es justo la pregunta que llevaba esperando desde que me convenciste para hacer este viaje. Sabes que es un viaje de vuelta al pasado y que es muy probable que me duela. Pero también sabes que ha llegado el momento de enfrentarlo. El cumpleaños de Megan ha sido la excusa perfecta, pero habría valido cualquier otra. Me siento preparada. Ha llegado el momento de recordar. La cicatriz de mi corazón late por un segundo con la voluntad de volver a la vida, aunque después de tanto tiempo ya no sangra como entonces. Es la señal. Ahora puedo explicarte los detalles. Estoy lista. Sé que los entenderás. Y, si duelen, estarás a mi lado, con tu mano sobre la mía con fuerza, igual que en este instante.

Asiento con la cabeza y te sonrío.

—Ha llegado el momento. Tenemos un viaje de ocho horas por delante. Tiempo suficiente para explicártelo todo.

Cierras el periódico y lo dejas en el bolsillo del asiento que tienes delante. Me miras expectante, llevas mucho tiempo, quizás demasiado, a la espera de esta historia. Ha pasado toda una vida.

2
Ansiedad

Barcelona, mayo 1997

—Ansiedad, Marta. Lo que tiene Elena es ansiedad.

—¿Está seguro, doctor?

El hombre con bata afirmó moviendo la cabeza, convencido.

—No hay ningún problema respiratorio, ni saturación pulmonar, ni arritmias, ni va a tener un infarto, te lo aseguro. Las analíticas están perfectas, lo normal para una joven de 23 años. Es ansiedad. Elena necesita tranquilizarse.

Mientras me abotonaba la camisa, sentada todavía en la camilla de la consulta, el doctor hablaba con mamá. Ansiedad, hasta yo tenía claro qué era lo que me pasaba, pero mamá se había empeñado en que el doctor me hiciera una revisión completa para asegurarse. A pesar de mis reticencias, me había obligado a ir con ella a la consulta. Estaba muy preocupada por mi estado. Pero no había ningún problema físico. La falta de aire, el dolor en el pecho, el ahogo que sentía solo tenía un nombre: Víctor.

Desde hacía días había devorado las pocas uñas, pieles y padrastros que me quedaban en los dedos, no importaba lo que encontraran mis dientes, arrasaba con todo y los tenía en carne viva, aunque era incapaz de notar el dolor que me causaba. Solo sentía que no podía respirar, que me faltaba el aire, que el oxígeno llegaba a la garganta desgastado, sin fuerza para alcanzar los pulmones y el corazón me martilleaba el pecho intentando salir, porque allí dentro no tenía espacio suficiente, se ahogaba. Y no podía seguir así.

—Elena, lo que tienes son nervios. ¿Sabes por qué estás así? —me preguntó el doctor al sentarme junto a mamá.

—Sí, creo que sí —dije para disimular—. Hace tiempo que estoy preocupada por el trabajo, supongo que debe de ser eso.

No quería hablar de mi vida personal con el doctor Andreu, aunque me conociera desde la infancia.

—Si quieres, te puedo recetar unos tranquilizantes —añadió el doctor mientras buscaba en sus bolsillos su recetario, pero enseguida se lo pensó mejor y añadió—: aunque creo que es mejor que intentes hacer un poco de deporte, comer bien, dormir un mínimo de ocho horas y centrarte en actividades que te gustan, como leer y escribir. Eso te permitirá concentrarte y olvidar el trabajo. ¿Te gusta el yoga? Podrías probar. ¡Ah! Y deja el café por un tiempo.

Agaché la mirada hacia las manos que tenía cogidas con fuerza sobre el regazo intentando aplacar los nervios que me tenían atrapada desde hacía tiempo. ¿Dejar el café? Me parecía fácil. ¿Probar con el yoga? Sería genial. Aunque sabía que ninguna de las dos opciones era la solución a mis problemas. Solté las manos solo para apartar un mechón rebelde que me caía en la cara situándolo tras la oreja y miré al médico.

—Lo intentaré, doctor. Me quedo más tranquila sabiendo que no es nada físico.

—No lo es, Elena, todavía. —Enlazó las manos sobre la mesa y se puso más serio—. Si no bajas el ritmo y se calma la ansiedad, sí que puede derivar en trastornos más importantes, así que hazme caso: intenta eliminar de tu vida todo aquello que te cause preocupación.

—Gracias, doctor Andreu —dijo mamá mientras se levantaba y ponía la mano en mi hombro intentando transmitirme parte de su fortaleza—. Seguiremos sus consejos.

—En un mes, más o menos, quiero volver a verte.

Asentí sin fuerza, me sentía derrotada porque no sabía cómo solucionar la causa principal de mi problema.

Salimos de la consulta y fuimos a una cafetería cercana para hablar con tranquilidad. Hacía días que tenía que explicarle a mamá lo que había ocurrido con Víctor, pero lo había ido posponiendo, siempre encontraba alguna excusa. Ahora había llegado el momento, no podía permitir que siguiera preocupada por mi salud.

Barcelona, como siempre, estaba envuelta por el intenso sonido del tráfico. No recordaba escuchar el canto de los pájaros en las calles del centro de la ciudad. El azul del cielo estaba cubierto de una leve capa de tono grisáceo que no conseguía impedir que el día fuera cálido y agradable. Nos sentamos en la terraza. Siguiendo los consejos del doctor, dos cafés con leche descafeinados iban a acompañar nuestra

charla.

«Venga, Elena, suéltalo todo», me dije con la intención de infundirme el ánimo que no sentía. Y comencé a hablar… Hacía un par de semanas que Víctor me había sorprendido con la noticia. Había encontrado el piso perfecto para nosotros. Él había buscado, había visitado, había escogido y había decidido dónde íbamos a vivir juntos. Debía reconocer que el piso era muy mono: pequeño, de dos habitaciones y en el centro, muy luminoso y cerca del metro. El problema era que no había contado conmigo en ningún paso de esa decisión. De hecho, no habíamos hablado nunca del tema. Ni de pisos ni de vivir juntos, así que me cogió por sorpresa y no supe reaccionar. Víctor interpretó mi falta de respuesta como una aceptación completa de su propuesta. Y desde entonces tenía los nervios a flor de piel, porque me sentía atrapada en una vida en la que no quería estar. Porque Víctor lo hacía todo así. Decidía por los dos y nunca contaba con mi opinión.

Mamá me preguntó por qué no lo había explicado antes en casa y no supe responderle. Quizás intentaba encontrar una solución, pero tampoco sabía qué hacer. Como siempre, me guardaba los problemas para no preocupar a los demás, pero en ese momento me veía superada y los nervios habían derivado en la sintomatología que aquella tarde nos había llevado a la visita médica.

—Elena, no puedes permitir que Víctor decida por ti.

Suspiré al oírlo y asentí.

—Lo sé, mamá —dije—. Pero no sé cómo decirle que no quiero vivir con él.

No es que no quisiera vivir con él, es que sentía que todavía no era el momento. ¿Cómo decírselo sin que se lo tomara a mal?

—Díselo con calma. Tienes que ser muy sincera sobre tus sentimientos. ¿Te has planteado que quizás ya no quieras estar con Víctor?

—No, mamá, no es eso —dije, convencida—. Quiero estar con él, pero estoy cansada de que decida por los dos, que él elija todo lo que tenemos que hacer, cuándo y cómo. Es muy agobiante.

Volví a llevarme los dedos de forma inconsciente a la boca y mamá me apartó la mano con suavidad posándola sobre la mesa sin soltarla.

—Elena, no eres feliz. Hace tiempo que lo veo en tus ojos, están muy tristes.

Sus palabras se me clavaron como una puñalada en el corazón.

Había dicho en voz alta lo que yo sentía, pero no me atrevía a reconocer, no de forma tan clara.

—¿Y por qué le has dicho al doctor que era por trabajo? —preguntó.

—No sé, mamá, es lo primero que se me ha ocurrido, no quería hablarle de Víctor. —Me resbaló una lágrima sin que le hubiera dado permiso—. Tampoco es que esté muy bien en el trabajo, que digamos. Estoy cansada de llevar cafés todo el día. Quiero escribir y no me dan ni un triste artículo. Se supone que soy periodista, ¿no? Y no paso de becaria…

Mamá me apretó la mano, no la había soltado. Me miraba con preocupación.

—Escucha, Elena, podemos encontrar alguna solución. Tengo un primo que vive en la República Dominicana desde hace años. Igual allí podrías encontrar algo más estable, ¿quieres que hable con él?

Contesté con una afirmación de forma automática sin pensar en lo que me había dicho. Ni siquiera la había escuchado. Me llevé la taza a la boca para evitar volver a morderme las uñas. Las lágrimas me seguían resbalando por la cara y mamá me dio un pañuelo de papel para que me las secara.

—Venga, mi niña, seguro que todo saldrá bien —dijo al intentar consolarme—. Sabes que siempre estamos a tu lado, pero lo de Víctor no lo dejes; de verdad tienes que hablar con él y decirle que todavía no es el momento de ir a vivir juntos. Estoy segura de que, si te quiere, te entenderá.

La miré y asentí con la cabeza sin convicción. No presté atención a lo que me proponía, pero debí suponer que, tras esa conversación, me pediría que preparara un currículum para enviárselo por fax a su primo.

Incluso días después, mamá volvió a repetirme su locura sobre ir a República Dominicana, pero esta vez escuché con atención su propuesta.

Yo seguía dando vueltas a la conversación que debía tener con Víctor porque todavía no había podido hablar con él, o no había tenido el valor suficiente para soportar la reacción que sabía que tendría. Él se había acostumbrado a decidirlo todo sobre nuestra relación y no le iba a gustar lo que iba a decirle.

—¡Te han cogido, Elena! —me gritó mamá al llegar a casa después

de otra agotadora jornada de trabajo siendo la chica de los recados de la redacción de una revista de economía de segunda en la que algún periodista estrella pensaba que ganaría el Pulitzer.

—¿Me han cogido dónde, mamá? ¿Qué dices? —contesté cayendo derrotada en el sofá.

—En una editorial de Santo Domingo, Elena. ¡En Santo Domingo! —seguía gritando mientras salía de la cocina secándose las manos en el delantal, ya que a esa hora seguro que tenía la cena casi lista.

En su rostro había una sonrisa tan grande que hasta los ojos se le habían iluminado por la alegría. Se sentó a mi lado y me agarró las manos con fuerza, como si intentara transmitirme toda su emoción.

—A ver, mamá, tranquila. Seguro que lo has entendido mal.

—¡Que no, hija, que no! Mi primo me ha llamado esta tarde para decirme que te proponen un año de contrato en una de las principales editoriales del país. Dice que publica las revistas más importantes y que te quieren como periodista. Como periodista, Elena, ¡no como becaria!

Soltó mis manos y cogió la cara para que prestara atención a sus palabras.

Estaba alucinando: ¿En serio me estaba diciendo lo que creía que me estaba diciendo? ¿Tenía trabajo? ¿De periodista? Era fantástico, increíble, era justo lo que necesitaba… Pero mamá se había vuelto completamente loca. ¿Cómo me iba a ir a la República Dominicana? Un país que estaba a más de ocho mil kilómetros de casa, que no conocía y, además, sola. Por un lado, era increíble tener por fin una oportunidad de trabajo seria: ¡Periodista! Podría escribir mis textos, firmar los artículos con mi nombre, dejar de llevar cafés, hacer entrevistas, investigar para reportajes. Pero, por otro lado, era una aventura a lo desconocido, un país diferente, una cultura extraña, una familia lejana que no había visto nunca. En serio, mamá se había vuelto loca si pensaba que me iba a ir tan lejos de casa.

Pero ella lo veía de otra forma e intentaba convencerme de la oportunidad que tenía ante mí:

—Hija, ¿por qué no vas a ir, a ver? —dijo, totalmente decidida a contagiarme su entusiasmo—. Uno: es una oferta de trabajo, justo lo que estás buscando —comenzó a enumerar sus razones con los dedos —. Dos: podrás alejarte un tiempo de Víctor. Y tres: el médico te dijo que rompieras con lo que te hacía daño. Así que es perfecto, Elena. Piénsalo bien.

Se había puesto muy seria y se plantó ante mí en medio del salón con los brazos en jarra. Cuando mamá se ponía así, daba *miedito* y tenías que hacer caso sí o sí. Aunque, pensándolo bien, quizás tenía razón: no había motivos para desaprovechar la oportunidad. Tal y como lo planteaba ella, en realidad era la excusa perfecta para no vivir con Víctor.

—¿Y papá qué opina? —pregunté, redirigiendo la conversación.

—Papá estará encantado, ya lo verás. ¿Qué es lo que os dice siempre?

A pesar de ser la pequeña, siempre me tocó ser la responsable. Mi hermana Ana nació para soñar. Ella era la encargada de organizar nuestros juegos infantiles a base de historias en las que nos convertíamos en princesas que mataban dragones a cañonazos en la habitación. Nuestros peluches eran su objetivo y, a pesar de las protestas de mamá, pocos llegaron a nuestra adolescencia sanos y salvos. Ana era igual de soñadora que papá. Él se apasionaba por la vida, por disfrutar cada momento y, desde bien pequeñas, intentó que aprendiéramos a vivir con intensidad, con alegría: «La vida es una gran aventura que no os podéis perder», había sido siempre su lema, el que no se cansaba de repetirnos cuando se sumaba a nuestros juegos convirtiéndose en el capitán pirata de los océanos que surcábamos sin salir de la habitación.

—Pero estaré sola, mamá.

Me levanté a abrazarla, necesitaba sus besos. Siempre me sentía a salvo cuando apoyaba mi barbilla en su hombro porque desde hacía años se había convertido en mi lugar, mi refugio. Su olor a galleta y rosas me devolvían a la infancia, cuando me agarraba a su delantal para que me diera una galleta recién horneada. Y, sobre su hombro entendí que debía aceptar la oferta, porque ella estaría siempre conmigo transmitiéndome toda su fortaleza.

—Estarás a una simple llamada de teléfono de nosotros, cariño.

Me acariciaba el cabello con dulzura.

—Vale, mamá. Supongo que tienes razón. Los llamaré y les diré que acepto.

Qué fácil era decir algo cuando se veía tan lejos… Me llenó la cara de besos de abuela, de esos que hacían tanto ruido que te dejaban medio sorda. Cuando me liberó, fui al baño a darme una ducha rápida y después la ayudé a acabar la cena. Papá y Ana estarían a punto de llegar del trabajo y tendríamos que darles la noticia.

3
Comienza el viaje

Barcelona, junio 1997

Tenía los ojos abiertos. Como platos. Llevaba tantas horas mirando la oscuridad que desde hacía rato distinguía la fina grieta que se deslizaba vertical por la pared del fondo. Habría que pintar de nuevo la habitación. También adivinaba las cajas de juegos de mesa apiladas sobre el armario casi hasta alcanzar el techo; llevaban años allí sin que Ana o yo las tocáramos.

Volví a mirar el despertador por enésima vez, aún no marcaba las cinco de la mañana, pero me levanté, ya no aguantaba más escuchando el lento tictac del segundero. No había pegado ojo en toda la noche.

Dana estaba en su cojín, durmiendo a los pies de mi cama como siempre. Levantó las orejas, pero no se dignó a hacer ningún otro movimiento, ni siquiera con la cola. «Jefa, es demasiado temprano hasta para mí», debió de pensar. Con un gran esfuerzo por su parte, consiguió mirarme de reojo para hacerme entender que todavía no era su hora de salir a la calle y entonces se me saltaron las lágrimas. Sabía que sería el último paseo juntas en mucho tiempo.

Me vestí despacio, con la pequeña luz de la mesita de noche encendida intentando no hacer ruido. No podía parar de llorar. No era un llanto amargo y desconsolado, era la tristeza de la despedida y la incerteza ante lo desconocido. Las lágrimas se derramaban sin control, como si se hubiera abierto un grifo que era incapaz de cerrar. Podía sentir cómo la tristeza y la ilusión por la aventura que estaba a punto de comenzar se mezclaban a partes iguales al salir de mis ojos. Mis emociones se daban puñetazos en el estómago desde que había llamado a la editorial. Sabía que había tomado la decisión correcta, pero dejar a mi familia me dolía en el alma. Todo era un sinsentido en

mi cabeza y no paraba de darle vueltas: pretendía alejarme de lo que me hacía daño para entender en qué punto estaba mi relación con Víctor a la vez que quería centrarme, por fin, en un trabajo en el que poder comenzar a ser una periodista de verdad. Menudos objetivos me había marcado: «Casi nada, Elena. Muy fácil todo», pensé con ironía mientras me agachaba a ponerme los calcetines. Acababa de detener de golpe mi vida para embarcarme en una aventura rumbo a lo desconocido y ahora sentía pánico ante el abismo, como si estuviera a punto de lanzarme de un avión aún sabiendo que llevaba puesto el paracaídas. Pero, ¿qué pasaría si no se abría durante la caída? ¿Qué estaba haciendo? Todo esto era más propio de Ana que de mí. La loca era ella, no yo.

Vaqueros, camiseta y deportivas. Necesitaba estar muy cómoda para afrontar el día, el primer día de esta nueva aventura que quizá cambiaría mi vida.

Fui al baño a lavarme la cara con agua helada en un intento de contener las lágrimas. Y funcionó, por lo menos durante un instante. Me hice una coleta alta y puse algo de cacao en los labios. Nada de rímel ni de sombra de ojos, tenía los párpados hinchados y seguro que acabaría como un oso panda cuando tuviera que despedirme de mi familia. Me miré al espejo con atención intentando reconocerme: la mirada, llena de ilusión a pesar de las lágrimas, volvía a ser luminosa y tenía destellos de determinación después de mucho tiempo. Asomaba una sonrisa tímida bajo los mofletes algo aniñados que no desaparecían con la edad. Y sentí que la persona que veía en el espejo comenzaba a ser yo. Quería volver a sentirme segura, decidida, tenía urgencia por respirar con libertad. Esos ojos marrones con tintes color miel me dijeron que estaba en el camino correcto para lograrlo, aunque seguían guardando tristeza en un rincón poco escondido.

Regresé a la habitación y vi las maletas que me esperaban para ir un año entero, con sus 365 días, a un país extraño a más de ocho mil kilómetros de casa. Sabía que estaba a punto de iniciar, quizás, la mayor aventura de mi vida, pero no estaba segura de estar preparada. Lo intentaba con todas mis fuerzas, pero las dudas y el temor ganaban a los sueños y la ilusión. Clavé la mirada en aquellas maletas azul marino con ribetes marrones y regresaron las lágrimas descontroladas. Iba a dejar atrás a mi familia, su protección y su seguridad. Sabía que no sentía tristeza por alejarme de Víctor, ninguna de mis lágrimas tenía su nombre.

Dana seguía medio dormida en su cojín a los pies de la cama, ajena a mis pensamientos, no sabía que no me vería en mucho tiempo. Me agaché para acariciarla. Agarré su carita entre mis manos y froté sus orejas de peluche para acabar de despertarla. Se desperezó y aceptó que había llegado el momento de salir a la calle.

Comenzaba junio y a las cinco y cuarto de la mañana todavía hacía fresco, así que me puse una cazadora vaquera y salimos a dar un paseo relajado por las calles solitarias de la ciudad. Recordé el día que nos avisaron de su nacimiento y fuimos a verla. Era una bolita de pelo canela con los ojos cerrados que me cabía en la palma de la mano. Y, ahora, tres años después, estaba a punto de despedirme de ella por una larga temporada.

Al regresar, mis padres ya estaban preparados para salir hacia el aeropuerto y Ana a punto de irse a la agencia de publicidad en la que trabajaba a jornada completa. Me abrazó con fuerza, como si quisiera romperme todos los huesos del cuerpo con sus brazos, y me dijo al oído:

—Hermanita, cuídate mucho. —Me apretaba más fuerte—. Te irá bien, ya lo verás. Pero no permitas que nadie te vuelva a decir lo que tienes que hacer. Tú vales mucho, Elena, no tienes que olvidarlo nunca, nunca. —Me besó en la mejilla—. Te quiero muchísimo, pequeñaja. Sé fuerte.

Ana siempre me decía que tenía que ser fuerte, porque ella lo era, y mucho. Años atrás había superado una enfermedad que la tuvo postrada en la cama de un hospital durante semanas y, desde entonces, vivía la vida con intensidad, con ilusiones y muchos sueños sin permitir que nada ni nadie influyera en sus decisiones. Tenía mucho carácter y un pronto intenso, pero cuando se le pasaba el enfado no guardaba ningún tipo de rencor. Aunque, por encima de todo eso, sentía predilección por mí. Aquella despedida le dolía y lo supe al sentir la fuerza de su abrazo y sus lágrimas en mi mejilla uniéndose a las mías.

—Te quiero mucho, tata.

Al soltarme me sonrió sin ocultar su pena y se alejó hasta la entrada, donde cogió las llaves del coche y se marchó al trabajo. Antes de salir de casa, se volvió y me dijo:

—Nos veremos pronto, hermanita. Te prometo que iré al Caribe.

Y cerró la puerta dibujando una gran sonrisa. Me giré intentando refugiarme en la mirada de mis padres, porque necesitaba su

seguridad para no flaquear en el último momento y me abrazaron al instante. Sabía que la despedida iba a ser difícil, pero no había pensado que tanto. Mamá me acarició la mejilla y sonrió. Sus ojos estaban vidriosos por las lágrimas reprimidas con torpeza, pero a la vez me hacían llegar la firmeza y la confianza que solo una madre sabe transmitir sin necesidad de pronunciar palabra.

De camino al aeropuerto veía a papá mirarme a través del retrovisor. Intentaba mostrarse alegre, pero notaba la tensión contenida en una fina línea marcada rotunda en su frente. Yo intentaba sonreírle y él hacía lo mismo, pero ambos sabíamos que solo escondíamos la tristeza que sentíamos. Mi cabeza seguía dando vueltas sin control enlazando pensamientos contradictorios que no me ayudaban en nada. «Me voy al Caribe, una gran aventura que pocas amigas han tenido, aunque, pensándolo bien, ninguna de ellas se ha independizado, así que soy la primera en hacer algo así. Me alejo de Víctor durante una larga temporada, lo que implica, a la vez, alejarme también de mi familia y estar sola, completamente sola, en un país desconocido. Loca, Elena, estás muy loca. Pero ¿quién te manda meterte en este lío?».

Las lágrimas seguían derramándose sin control y con ellas los mocos no me abandonaban, ya había acabado un paquete entero de pañuelos de papel. Lágrimas y mocos, menuda combinación para comenzar un viaje. En el asiento trasero del coche, me abracé intentando reconfortarme con la calidez de la cazadora que todavía llevaba puesta, pero no conseguía acabar con el frío que sentía en mi interior.

Llegamos al aeropuerto y, después de facturar el equipaje, tuvimos tiempo de tomar un café. Me decidí por una manzanilla, porque seguía con el estómago cerrado. No pude comer nada y mamá me recordó que me había puesto galletas y fruta en la mochila para el viaje.

—Aprovecha esta oportunidad y disfruta, Elena, no te dediques solo a trabajar.

Aunque papá intentaba mostrarse fuerte, no lo conseguía. Detecté un leve temblor en su mano al llevarse la taza a la boca. A él le habría gustado viajar por el mundo, siempre nos lo decía, pero había tenido que trabajar desde joven y las obligaciones habían podido más que los sueños. Al final, nosotras nos habíamos convertido en su mayor aventura.

—Vive, Elena, vive. El Caribe debe de ser maravilloso y divertido.

Seguro que no te aburrirás. Cuando estés instalada me avisas y vamos a hacerte una visita. Nos vendrá bien una escapadita romántica.

Guiñó un ojo a mi madre de esa forma que siempre nos hacía reír, porque no sabía hacer guiños; lo intentaba y se le cerraban los dos a la vez y a las tres nos hacía tanta gracia que no podíamos dejar de reír. Él nunca se enfadaba.

Papá me decía que tenía que vivir de forma más intensa, aprendiendo a disfrutar e intentando no ser tan responsable, sin querer ser siempre la hija perfecta.

—Elena, lo que tu padre quiere decir no es que te vuelvas loca. —Mamá lo miró con cierto reproche cariñoso—. Pero, además de trabajar, intenta disfrutar: baila, grita, ama, vive... Y respira. Respira todo lo que necesites, mi niña. Ya verás qué pasa con Víctor cuando regreses, pero ahora céntrate en ti y no le des más vueltas ni te preocupes por él. Es tu momento, no pienses en nada más.

Intentaba mostrarse fuerte. Sabía todo el dolor que guardaba dentro y lo que me había costado tomar aquella decisión.

—¡Ay! ¿Qué voy a hacer sin vosotros? Os llamaré cada día.

Mis lágrimas seguían descontroladas, no podía creer que iba a separarme de ellos.

—Tampoco te pases —contestó papá moviendo las manos como si se estuviera defendiendo de un ataque.

—¡Papá! —pretendía sonar indignada, pero mi voz salió tres tonos por encima del mío y acabamos riendo. Por un momento, las lágrimas se detuvieron.

De pronto escuché la llamada para el vuelo con destino Madrid que avisaba a los pasajeros para que acudieran a la puerta de embarque. Era mi llamada. Una escala en la capital antes de poner rumbo a mi verdadero destino. Ya no había vuelta atrás.

Nos abrazamos muy fuerte, nos dimos más de mil besos de despedida y me fui hacia el control de seguridad. Fueron mis primeros pasos en solitario hacia la aventura. Me giré para decirles adiós y vi cómo mamá escondía un pañuelo ocultando la mano tras la espalda, no había querido que la viera llorar. Los mejores padres del mundo me sonreían de oreja a oreja, me lanzaban besos y me despedían con las manos. Qué reconfortante era sentirse tan amada, tan protegida. Cuánto los quería.

A partir de ahí estaba yo, sola con mis lágrimas y mis pañuelos buscando la puerta de embarque cuatro con una pequeña maleta de

mano, una mochila y muchos sueños por cumplir.

4
Necesito respirar

Madrid, junio 1997

El viaje a Madrid pasó en un suspiro y al aterrizar me di cuenta de que había estado todo el tiempo aferrada al apoyabrazos con los dedos engarrotados y tenía los nudillos blancos, me costaba moverlos. Pero era ahora cuando me encontraba con la primera complicación real: el aeropuerto de Barajas era inmenso y encontrar el vuelo hacia la República Dominicana no sería fácil. Jamás había estado sola en un aeropuerto, así que nunca había tenido que buscar una puerta de embarque, y aquella mañana ya era la segunda vez. Mientras seguía las cintas deslizantes del suelo, intentaba buscar mi vuelo en todos los paneles informativos que encontraba, sin soltar la maleta ni la mochila en ningún momento.

Antes de ponerme más nerviosa, decidí parar en uno de aquellos asientos azules de plástico y beber agua. Estaba segura de que, si conseguía tranquilizarme, encontraría mi avión sin problemas porque a mi edad, pensaba mientras daba un trago a la botella, era lo mínimo que podía hacer: encontrar un vuelo en un aeropuerto. ¿Qué pasaría si no lo encontraba y tenía que volver a casa? Me moriría de la vergüenza si mi gran aventura acababa en Madrid, ¡y no quería ni pensar en la cara que pondría mi familia! Me reí por la ocurrencia y conseguí comer un par de las deliciosas galletas de canela de mamá que callaron los rugidos de mi estómago. De mejor humor continué con la búsqueda de la puerta de embarque hasta que la encontré: la K92.

Mi primera intención fue quedarme sentada frente a ella hasta que saliera el avión, pero vi que faltaban casi tres horas, así que me obligué a pasear por el aeropuerto para seguir calmando la tensión. Había muchas tiendas *dutyfree* de perfumes, licores, ropa y calzado de

marca, pero me decidí a entrar en uno de los pequeños quioscos a mirar libros. En las novedades me llamó la atención la edición de bolsillo de un libro color granate. El título y la imagen de portada, un búho posado sobre un relámpago con un sobre en el pico, estaban impresos en dorado. En la contraportada leí que era la historia de un niño y un mundo de magia, pero lo que en realidad me llamó la atención fue la última frase: «¡Una aventura increíble está a punto de empezar!». ¿Estaba hablando del niño o de mí? Lo consideré una señal en toda regla y lo compré. Aquella primera edición de bolsillo de *Harry Potter y la piedra filosofal* se acabó convirtiendo en uno de mis tesoros.

Con el libro a buen recaudo en mi mochila, regresé a la zona de espera de la K92 con el objetivo de moverme de allí solo para subir al avión y saqué mi libreta, la de tapas de piel marrón que siempre me acompañaba para volcar en ella todo lo que me pasaba por la cabeza, que últimamente era demasiado.

Necesito volver a respirar.

Quiero sentir el mar con su aroma y su inmensidad, con su calma y la libertad que siempre me ha dado. Necesito respirarlo, saborearlo salado sobre mi piel. Tengo que volver a sentir porque ahora solo hay NADA, una nada que se extiende y se apodera por completo de mi ser. Un vacío inmenso que no sé cómo llenar porque solo noto el ahogo que hay en mi interior.

Es urgente volver a ser yo y creer de nuevo en mí, porque ahora no soy capaz.

No quiero que él siga marcando mi vida, me supera estar a su lado. Ha conseguido transformarme en un ser diminuto, en una marioneta bajo sus hilos y no puedo más, no quiero seguir así. Me niego a que esto sea el resto de mi vida.

¡NO QUIERO! Hasta aquí llega el lazo que me une a él y que tanto tiempo me ha tenido engañada. Pensaba que nos unía el amor, pero esto no puede ser amor, es imposible que sea así de difícil, cruel y manipulador. Ha logrado convencerme de que soy parte de él, de su vida, de su futuro. Convencerme de que soy suya, solo suya. Sus planes, sus decisiones, sus sentimientos. Y siempre sin contar conmigo, sin tener en cuenta mis sueños, mis deseos, sin querer saber mi opinión. Ha conseguido que me olvide de mí, de mi esencia, de lo que me hacer ser yo. Ha logrado borrar hasta mi alegría, mis sueños y mi ambición. A su lado me he convertido en un ser inerte sin sonrisas ni esperanzas.

Pero ahora digo basta. Se acabó. Porque, a pesar de todo, no ha conseguido anular por completo mi esencia.

Así que, con mucho dolor, estoy abriendo las ventanas de mi vida para volver a respirar profundo. Porque voy a llenar mis pulmones de aire nuevo, lo voy a lograr. Voy a volver a ser yo, sin depender de nadie, porque he cortado los hilos para dejar de ser su marioneta y aprenderé a ser libre de nuevo. Voy a volar alto, tan alto como me lleve el viento, tan alto que sus deseos no consigan ni rozarme. Quiero volver a soñar, quiero volver a sentir, quiero volver a ser yo... solo YO. Y hoy doy el primer paso para conseguirlo, aunque para respirar tenga que irme a ocho mil kilómetros de casa… Estoy en el aeropuerto intentando aguantar las lágrimas, aferrada a una maleta cargada de sueños.

Pasé mis dedos por los ojos para hacer desaparecer las lágrimas que me emborronaban la vista cuando el altavoz me despertó de mis páginas. Escuché cómo comunicaban que el embarque para el vuelo con destino Santo Domingo estaba listo. Alguna lágrima había aterrizado sobre las palabras que acababa de escribir. Estaba tan concentrada en relatar el dolor que llevaba dentro, que casi no escuché la llamada de megafonía. «Ánimo, Elena. Esto ya está hecho». Quería convencerme de que tenía que levantarme y comenzar a caminar hacia la puerta de embarque porque allí estaba mi destino, pero los nervios seguían instalados en el estómago. Respiré, guardé la libreta y el bolígrafo y me dirigí sin convicción hacia las azafatas uniformadas que nos daban la bienvenida con una gran sonrisa de dientes perfectos.

Había elegido ventanilla para perderme en las nubes, así que el chico que se sentaba junto a mí tuvo que levantarse para que pudiera pasar. Era bastante alto, porque tuvo que agachar de forma considerable la cabeza para no darse un golpe contra el portaequipajes del avión y me ayudó a guardar la maleta. Me fijé en que su polo grisáceo era de marca.

Me tendió la mano.

—Hola, soy Nacho —dijo sonriendo.

Yo se la estreché por inercia y también me presenté.

—Yo, Elena.

Era consciente de que mi rostro era serio y estaba convencida de tener los ojos rojos por tantas lágrimas, así que me instalé en el asiento y giré la cabeza hacia la ventanilla para no perder detalle del despegue o, por lo menos, para disimular que eso era lo que estaba

mirando. Busqué mi *walkman* en la mochila, me puse los auriculares y accioné el *play* para viajar junto a mi inseparable Alejandro Sanz. Recosté la cabeza en el asiento, cerré los ojos y las lágrimas volvieron a asomarse descontroladas a mis ojos. Supuse que había quedado claro que no iba a ser una gran compañía.

Tenía por delante ocho horas de vuelo en las que intentar no pensar en lo que encontraría a mi llegada a la isla, porque lo cierto era que no tenía ni idea de lo que me esperaba. No conocía el lugar, ni la cultura, ni las costumbres, ni a nadie en realidad, así que era imposible avanzarme a algo de lo que me podría encontrar en los próximos días o meses. El único objetivo que me puse fue trabajar, centrarme en escribir y conseguir ser una gran periodista para poder regresar a casa con experiencia laboral. Atrás quedaría todo lo demás. Ya decidiría qué hacer con Víctor a mi regreso. En aquel momento no quería pensar en él, pero entré en un duermevela que me devolvió al momento en el que le di la noticia.

Estábamos en la terraza del bar de siempre, en la mesa de siempre. Era casi mediodía y el sol comenzaba a calentar, lo notaba en los brazos. A pesar de ello, pedí un café con leche.

—Me marcho un año a trabajar fuera —hablé en voz baja, casi susurrando.

—¿Cómo que a trabajar fuera? ¿A dónde vas? —preguntó Víctor sorprendido.

—He encontrado trabajo de periodista en Santo Domingo.

Alzó una ceja y repitió:

—¿Santo Domingo? ¿Santo Domingo de la Calzada? ¿Te vas a La Rioja?

No pude contener la risa a pesar de la tensión.

—Pues no, un poco más lejos. Santo Domingo, capital de la República Dominicana.

Agaché la mirada. Sabía que no le iba a gustar lo que le estaba diciendo y esperaba su reacción.

—¿Y eso cuándo lo has decidido? ¿Con quién has contado?

Alcé la mirada para enfrentarlo.

—He contado conmigo misma y ha sido suficiente. Mi familia está de acuerdo con la decisión y me voy en una semana.

Me miró muy serio y entonces habló:

—Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loca? En dos semanas tenemos que firmar la compra del piso. Si esto es una broma, Elena, no tiene

ninguna gracia.

—No es ninguna broma. Me marcho en una semana y no hay vuelta atrás.

Me aferré a la taza de café con leche. Todavía no lo había probado.

—El piso lo quieres tú —reproché por primera vez—. Lo has elegido tú sin contar conmigo, así que, si quieres, cómpralo tú. Conmigo no cuentes, porque estaré en el Caribe.

Sin ser consciente, había alzado la voz y transmitía una seguridad que en realidad no sentía. Víctor estaba frente a mí con la boca abierta y las cejas más arqueadas que le había visto nunca, pero se recompuso rápido de la sorpresa.

—De todas formas —hablaba para sí mismo llevándose el café a la boca—, volverás enseguida. No te doy más de un mes allí.

En ese momento cayó fulminado al suelo por el odio que salió disparado de mis ojos en forma de rayos… O, por lo menos, eso es lo que ocurrió en mi mente. La realidad fue que me levanté con furia y me marché. Me temblaban las manos y las metí en los bolsillos de mis vaqueros para que no se notara. Me alejé caminando sin volver la vista y supe que aceptar el trabajo había sido la mejor decisión. Era consciente de que mi actitud lo había dejado atónito, porque hacía mucho tiempo que no tenía una reacción así, pero también estaba segura de que recibiría una llamada suya al llegar a casa.

Tardó más de lo previsto, supuse que había necesitado tiempo para recomponerse y digerir lo que le había dicho. Cuando sonó el teléfono estábamos en plena cena y, a pesar de que insistí en que habláramos más tarde, no lo aceptó. Tenía las palabras atragantadas y quería escupirlas. Víctor me dijo que no me reconocía, que no lo había tenido en cuenta, que no entendía mi decisión ni por qué quería marcharme cuando estábamos tan bien. Insistió en que volviéramos a vernos antes de irme para hacerme cambiar de opinión.

—Eso no pasará —contesté con mucha más seguridad de la que sentía en realidad.

—Entonces, Elena, ya me lo explicarás mejor porque esto no significa nada. Prepararé el piso para que podamos ir a vivir juntos cuando regreses. —Suspiró y cambió el tono de voz. De repente sonaba comprensivo—. Entiendo que necesitas un trabajo serio, que quieres escribir y que tener un contrato de verdad es una oportunidad, así que hazlo.

Me quedé en silencio con el teléfono pegado a la oreja mientras

apoyaba la espalda en la pared del pasillo y me deslizaba hasta el suelo para acabar sentada. Menudo hipócrita, ahí estaba otra vez intentando dar la vuelta a la situación como si él formara parte de mi decisión y sin entender nada de lo que ocurría en realidad. Seguro que pensaba que yo era incapaz de decidir un cambio tan importante en mi vida sin contar con él.

Al día siguiente volvimos a encontrarnos en el mismo bar y se repitieron las palabras y los argumentos. Intenté hacerle entender que necesitaba espacio, que nuestra relación me estaba ahogando y que, de momento, quería darme un año de margen para reordenar mi mundo. Supe que no lo entendía al ver cómo sus ojos redondos se habían convertido en dos pequeñas ranuras que hacían que sus cejas casi se tocaran y sus manos se entrelazaban con fuerza sobre la mesa en la que volvía a haber dos cafés, el mío descafeinado, esperando a que nos decidiéramos a probarlos. Víctor, con un enfado que no intentó disimular, dijo que me llevaría al aeropuerto.

—¡Por supuesto que no! —contesté indignada levantándome de golpe haciendo caer la silla metálica—. Al aeropuerto iré con mis padres.

Me desperté sobresaltada como si tuviera que seguir discutiendo con él. Pero entonces vi a mi lado a un joven al que acababa de conocer inmerso en un película y recordé dónde estaba y por qué: en un avión a más de diez mil metros de altitud que me llevaba muy lejos, allí donde Víctor no conseguiría alcanzarme. En mis auriculares comenzó a sonar el *Corazón Partío* y me perdí en su letra:

Que la vida va y viene,
y que no se detiene,
y qué se yo.

Sí. La vida va y viene. Qué me iba a explicar a mí… Tenía muy claro que debía descubrir si quedaba algo entre Víctor y yo más allá del dolor, el ahogo y la opresión que sentía estando a su lado. Conseguí sonreír siguiendo la canción y fui consciente de que hacía rato que había dejado de llorar. Con los ojos cerrados, mis dedos marcaban el ritmo tamborileando sobre las piernas mientras cantaba en un susurro, me sabía la letra de memoria. Mi corazón también estaba «*partío*» pero no quería a nadie a mi lado, tenía que ser yo

misma la que me curara las heridas y lo iba a hacer sin tiritas, sin remiendos improvisados. Acababa de convertirme en una cirujana cardiotorácica que iba a aplicar un torniquete de un año completo. Mi sonrisa se hizo más grande, a veces se me ocurrían unas cosas…

Abrí los ojos y vi que Nacho también sonreía mientras me miraba.

—¿Así que Alejandro Sanz? —dijo de repente.

Mi cara se volvió de color rojo intenso casi granate. Por lo visto había cantado más alto de lo que pensaba y mi sentido del ridículo tenía un nivel muy, muy alto. Pero justo entonces llegó la azafata con la comida y Nacho cambió de tema.

—Habrá que comer *esto*, ¿no? —se esforzaba por entablar conversación.

—Lo intentaremos...

Miré la bandeja con curiosidad y decidí que no me haría ningún daño hablar con alguien, así que me quité los auriculares.

—¿Te puedo preguntar algo? —dije con una repentina curiosidad. Él afirmó con la cabeza mientras abría la bolsa de plástico de los cubiertos, así que me lancé a preguntar—: ¿vas a Santo Domingo a trabajar?

Él volvió a mover la cabeza, pero esta vez para negar.

—No, voy de vacaciones a ver a mi padre —indicó—. Trabaja allí y una vez al año voy a pasar unos días con él. Es director de uno de los hoteles de Bávaro y las vacaciones me salen a buen precio.

Un guiño y una gran sonrisa acompañaron sus palabras. Sus ojos eran de un verde intenso que contrastaban con el tono claro de su cabello, peinado con una perfecta raya en el lado izquierdo. Eran unos ojos sinceros, amables, bonitos… ¿Por qué me distraían? Había decidido que aquel viaje era solo por trabajo y acababa de perderme en los ojos de un desconocido.

—¿Y tú? ¿De vacaciones al Caribe?

Salí de mis pensamientos para centrarme y contestarle mientras daba vueltas con el tenedor a aquel intento de ensalada de pollo con salsa indefinida que era incapaz de llevarme a la boca.

—No. La verdad es que voy a trabajar. Me han ofrecido un contrato de un año como periodista y no he podido rechazarlo.

—Interesante. ¿Has estado antes?

—¡Qué va! Voy sin conocer nada de nada. De hecho, no conozco a nadie, aunque tengo familiares lejanos y me quedaré con ellos.

Pero ¿por qué le estaba contando todo a un extraño?

—¿Y cómo has dado este paso? ¿Solo por trabajo?

Me molestó su pregunta. ¿Cómo un completo desconocido se atrevía a preguntarme algo tan personal? Dejé el tenedor en el plato sin probar la ensalada y perdí la mirada por la ventanilla. Seguro que tantas lágrimas habían llamado su atención… o su curiosidad, más bien. Eso me pasaba por intentar ser amable y hablar con desconocidos, y ahora no podía girar la cabeza sin contestarle, sin más. Tampoco era cuestión de quedar como una estúpida, así que volví a mirarlo e intenté responder algo evasiva.

—Un poco por todo. Necesitaba un trabajo estable después de acabar la carrera y en casa solo encontraba opciones de becaria. También estoy en un momento personal en el que necesito tomar distancia y respirar aires nuevos. Me han dicho que en el Caribe el aire es muy limpio —acabé mis palabras con una sonrisa.

Al final, sin saber cómo, una cosa llevó a la otra y le expliqué que mi relación de cuatro años con Víctor no avanzaba, que me sentía atrapada en una vida que se estaba planificando sin contar conmigo y necesitaba alejarme para saber si lo nuestro tenía futuro, si quería formar parte o no de esa vida. Y ocho mil kilómetros me parecían distancia suficiente para poder pensar. Nacho me escuchaba con atención y asentía, algo a lo que no estaba acostumbrada con Víctor, y me dijo que le parecía que hacía lo correcto, que debía reflexionar con tranquilidad para tomar una decisión pero que las personas acostumbradas a decidir por los demás no cambiaban con facilidad.

Faltaba menos de una hora para llegar a nuestro destino y me di cuenta de que hablar con él me había relajado. Habíamos compartido las galletas y la fruta que mamá me había preparado, y tenía el estómago mucho mejor, aunque los nervios seguían mariposeando. Al aterrizar, los dominicanos que viajaban en el avión aplaudieron al piloto y Nacho y yo reímos.

Después de recoger el equipaje, me dio una tarjeta con el contacto del hotel de su padre.

—Si vas a Bávaro, llámalo y dile que vas de mi parte; te hará precio especial.

Se lo agradecí. No descartaba para nada pasarme unos días al sol en Bávaro como una turista cualquiera.

—Me ha gustado conocerte, Elena, te deseo lo mejor. —Me sorprendió con un abrazo breve—. Que el trabajo te vaya genial, que disfrutes de la isla, porque seguro que te va a sorprender y que

encuentres la claridad que necesitas. —Sonrió antes de añadir—: a veces, la vida nos pone delante caminos que no esperamos justo cuando más los necesitamos, no lo olvides.

Su última frase me pareció trascendental. Ese tío sabía lo que decía y lo que yo necesitaba escuchar. Sonreí como una boba mientras me aferraba al asa de la maleta como si fuera el ancla que necesitaba en aquel momento de incertidumbre. Caminamos juntos hasta la salida y nos despedimos con un par de besos. Me detuve un momento para ver cómo Nacho se marchaba y respiré profundo antes de atravesar las puertas de la terminal de llegadas del Aeropuerto Internacional de las Américas, donde me recibió un calor abrasador y húmedo que me dio la bienvenida a la isla y al año más increíble de mi vida. Un año que jamás olvidaría.

5
Una nueva familia

Santo Domingo, junio 1997

Estaba de pie en la puerta mirando la multitud de personas que tenía ante mí y que gritaban a las personas a las que habían venido a buscar. Era ensordecedor y, para colmo, estaba sudando a chorros, pero a chorros nivel que hubiera podido estrujarme a mí misma y llenar un cubo entero de líquido apestoso. Varios tipos se acercaron e intentaron agarrar mi equipaje a la vez que decían: «Linda, te llevo a la capital por veinte pesos», y yo, sin soltar las maletas, aferrando la mochila contra el pecho como si estuvieran intentando arrancarme el corazón, casi sin entender lo que me decían e intentando soportar con dignidad la bofetada de calor que acababa de recibir como un puñetazo directo al estómago. Los esquivé como pude y bajé la rampa de salida hacia la multitud intentando encontrar a un desconocido que había venido a buscarme. Sudaba por todos y cada uno de los poros de la piel, no sabía que algo así fuera posible. Me pasé el dorso de la mano por la frente para intentar secar las gotas que me caían en la cara y pensé que quizás ese aire abrasador no era el mejor para comenzar a respirar a bocanadas en la nueva vida que quería construir. Necesitaba aire limpio, no respirar fuego preñado de humedad.

Por fin vi mi nombre en una libreta que se alzaba entre un centenar: Elena Rubio. Levanté la mano haciendo señales a un chico joven de pelo castaño, alto y un poco regordete, que se dirigió al final de la rampa. Caminé hacia él cargada con las maletas, la mochila, la cazadora vaquera y toda la incertidumbre que albergaba en el cuerpo y que, en ese momento, pesaba toneladas. La poca confianza y determinación que había sentido en algún momento se habían quedado en el asiento del avión y viajarían de vuelta a España en el

próximo vuelo.

Me presenté con una sonrisa. En cambio, a él lo noté acalorado cuando me dijo su nombre.

—Carlos, tu primo.

Me acerqué para darle dos besos, pero él solo me dio uno.

—Aquí lo hacemos así —dijo—. Tendrás que acostumbrarte para no quedarte siempre con la cara colgada —Rio.

Tenía una risa contagiosa, sincera, a mandíbula abierta, de esas que te hacen reír aunque no quieras. «Venga, la primera en la frente, Elena», pensé. Y reí con él.

—Me parece que tendré que aprender muchas cosas nuevas. Espero que me ayudéis.

Cogió la maleta grande y movió la cabeza para que lo siguiera hasta el aparcamiento.

—¿Llevas mucho rato esperando? Me sabe fatal con este calor.

—Más de media hora, *don't worry*[1]. Es verdad que hoy hace mucho calor, ya se nota el verano. Tendrás que acostumbrarte.

¿Acostumbrarme a sudar así? Imposible, era inhumano. Tenía la camiseta empapada y los vaqueros tan pegados a las piernas que, si no hubiera sido por vergüenza o decoro o algo así, me los habría quitado allí mismo, en medio del aparcamiento.

Pregunté por su familia. Necesitaba cambiar de tema para dejar de pensar en mis pantalones y me interesaba conocer detalles de la que sería mi nueva familia antes de llegar a su casa.

—Tengo un hermano mayor, Ron. Es de tu edad —explicó.

Aquello me sorprendió y me di cuenta de que no tenía demasiada información sobre esa parte de mi familia que residía en el país en el que iba a pasar un año de mi vida.

—Mi padre nos dijo que nacisteis el mismo año —añadió—. Ahora está trabajando con papá en el salón.

Le sonreí intentando que se sintiera cómodo conmigo y me siguiera contando cosas sobre su familia. Quería saberlo todo.

—Y después estoy yo, pero me verás poco porque esta semana me he casado y me voy a vivir a casa de mi mujer, Carmena; ya la conocerás —explicó—. Así que te quedarás en mi habitación. Has tenido suerte de llegar justo ahora; si no, habrías dormido en el sofá.

Me hizo un guiño mientras cargaba las maletas en el coche. Carlos me caía bien.

Ya estábamos sentados en el interior de un Mazda granate. Era la

primera vez que subía a un coche automático.

—¿Te has casado esta semana? —pregunté sorprendida— ¿Y has venido a buscarme al aeropuerto? ¿No estás de luna de miel o algo así?

«Elena, tranquilízate. Parece que le estás haciendo un interrogatorio». Pero a Carlos pareció que no le molestaba mi curiosidad.

—Ha sido algo improvisado. —Tenía la mirada en la carretera, llena de vehículos que salían del aeropuerto en dirección a la autopista—. El lunes decidimos casarnos y vinieron unos amigos. Después se lo dijimos a nuestros padres, pero ahora no tenemos dinero para irnos de viaje. Ya lo haremos más adelante.

Hablaba con calma, como si lo que me estaba explicando fuera lo más normal, su día a día. Si no hubiera sido físicamente imposible, mi cabeza habría dado vueltas como la de la niña de *El Exorcista*. Acababa de dejarme sin palabras. En mi mente racional y ordenada aquella explicación tan loca no tenía cabida: una boda improvisada, sin familia, sin vivienda, sin dinero… Y aquella solo era la primera de las sorpresas que me deparaba la nueva vida en una realidad alejada por completo de lo que conocía hasta el momento: nuevas personas, nueva sociedad, nuevas reglas. Decidí no darle más vueltas y aparcar un rato mi lógica de mentalidad súper estructurada para concentrarme en el increíble paisaje que me rodeaba. Palmeras altísimas que adornaban la orilla del mar. Una suave brisa mecía sus hojas y todo estaba teñido de un azul increíble, el azul turquesa del Mar Caribe reflejado en un cielo infinito, solo enturbiado por alguna nube dispersa. Me estaba fundiendo en aquellos colores, en el olor salado del mar que me llegaba a través de la ventanilla bajada del coche y que conseguía aligerar, de momento, el calor que sentía. Por fin estaba allí. Tenía 365 días por delante para descubrir la isla, vivirla y disfrutarla. Cerré los ojos y sentí el viento en la cara, estaba dejando de sudar. A pesar del intenso tráfico y el sonido inagotable del claxon de los vehículos en la autopista, me parecía estar viviendo un sueño. ¿Y si al abrir los ojos volvía a estar en mi habitación con Dana durmiendo a los pies de la cama? Era una sensación extraña: estar en un lugar que parecía irreal, un paisaje de película de piratas, con olor a sal, con el ritmo de la música que escuchaba en la radio y sentir que no formaba parte de él, a pesar de estar allí respirando cada pulso del ambiente. Era como estar y no estar al mismo tiempo, como si no

encajara en aquella realidad. Yo era la piedra en el zapato. Quizás el *jet lag*, las emociones acumuladas durante la jornada o el agotamiento comenzaban a pasarme factura. Miré el reloj del coche, eran las tres y media de la tarde. El día estaba siendo eterno y todavía tenía toda la tarde y la noche por delante. Y mi cuerpo sabía que llevaba casi 24 horas sin dormir y sin comer demasiado.

Dejamos atrás la autopista y nos adentramos en las calles de la capital, Santo Domingo. Pasamos junto a su malecón, contra el que rompían las olas. Vi poca gente por las calles y me sorprendió su tráfico intenso, caótico y ruidoso que Carlos esquivaba mientras cambiaba de forma continua de carril con destreza y sin intermitentes hasta llegar a una zona residencial de grandes casas rodeadas de amplios jardines y abundancia de hibiscos en todas las calles. Sus flores, de intensos rojo y naranja y otras de un suave rosado repartidas en espesos arbustos de un verde fuerte y brillante que las llenaba de vida, me recordaron que ya no estaba en las calles grises y de escasa vegetación de Barcelona donde solo podías aspirar a que no te cayeran en la cabeza bolas de semillas de plataneros. Aquellas flores desprendían un aroma dulce tan intenso que me transportó a un evocador paisaje tropical en el que podía imaginar una catarata de aguas cristalinas. Eran las flores que, en las películas, siempre había visto en el pelo de las mujeres hawaianas. Y aquello no era Hawái, cierto, pero en mi interior estaba convencida de que no se diferenciaba demasiado.

Carlos paró ante una gran casa de dos plantas de obra vista con un porche en la entrada principal llena de hibiscos rojos. Me gustó verlos también allí, cuidados y rodeados de más plantas que llenaban de naturaleza todo el espacio enjardinado. Antes de la entrada principal, junto a la puerta de acceso del muro que rodeaba la vivienda, había un hombre de piel oscura con aspecto cansado sentado en una silla de playa bajo una sombra. Llevaba un gran machete colgando del cinturón. Nos saludó con un leve movimiento de cabeza y una sonrisa que dejó al descubierto su boca de dientes escasos.

—Aquí hay vigilantes en todas las casas —explicó Carlos al ver mi cara de desconcierto—. Son los *guaches*. —Se giró hacia él—. Hola, Guillermo.

—¿*Guaches*?

Estábamos descargando las maletas.

—Es de *watchman*[2] en inglés, pero aquí les decimos *guaches*.

Alcé una ceja sin entender nada. Carlos se echó a reír.

—Anda, entra, que ahora conocerás a los de casa.

Pero, antes de traspasar la puerta principal, quedé paralizada. Las piernas no me respondían, no se movían, los pies se habían clavado en el suelo y había comenzado a temblar. Mis manos fueron directas a taparme la boca para ahogar el grito de terror que me subía desde lo más profundo del estómago. La cazadora vaquera cayó al suelo. No podía apartar la mirada de la enorme serpiente marrón oscuro que acababa de descubrir en un terrario a mi lado. Tenía los ojos clavados en mí, sin moverse, como si me estuviera evaluando mientras sacaba su lengua sibilina.

Carlos se giró y soltó una gran carcajada cuando me vio petrificada. De casa salió Marina, su madre, a recibirme y, al ver mi cara de pánico, se acercó a abrazarme.

—Elena, estás blanca. No hagas ni caso de ese bicho. Carlos se la lleva en un rato a casa de Carmena, *don't worry* —Volvió a abrazarme. Esta vez con más fuerza—. Cómo me alegro de tener por fin a otra mujer en esta casa.

Se agachó a recoger la cazadora del suelo y, sin soltarme, se interpuso entre la serpiente y yo para hacerme entrar en casa.

—Has tenido suerte, Elena. —Carlos seguía riendo—. Hasta hoy, la pequeña Kaa vivía en mi habitación. —Y después añadió—: por cierto, mamá, ¿le has dado de comer o le echo a Elena? Creo que le ha gustado como aperitivo.

—¡Déjala tranquila, Carlos! Sabes que a mí tampoco me gusta ese bicho enorme, menuda vaina. Me alegro de que por fin salga de esta casa.

Marina había preparado la comida y, antes de deshacer el equipaje, me obligó a comer.

—Seguro que vienes hambrienta. Lo que dan en el avión no se puede comer. Anda, siéntate, espero que te guste lo que he preparado.

Ante mí tenía ensalada y carne en salsa acompañada de «algo» que no sabía qué era.

—Es yuca, mi niña. Es como las patatas fritas, pero un tubérculo diferente —me explicó.

Seguía con el estómago cerrado y el encuentro con la serpiente no había ayudado nada, pero tenía que comer, no podía subsistir a base de galletas y fruta mucho tiempo. Así que me obligué a comer y, al comenzar, noté el hambre voraz que tenía. Marina sonrió al verme

comer con tantas ganas.

—¿Vosotros no coméis?

—Hace rato que hemos acabado, cariño. Para nosotros casi es la hora de merendar. Verás que aquí comemos muy temprano, sobre las doce. Los horarios son diferentes a los de España, ya te acostumbrarás. Tu tío acaba de volver al trabajo y no os habéis encontrado por pocos minutos, está deseando conocerte. Si quieres, después de descansar un poco, podemos acercarnos al salón.

Marina era muy agradable, muy dulce. Era una mujer delgada en extremo con unos ojos grandes que te envolvían en su cariño. Al acabar, me ofreció mango y, al probarlo, me relamí por su sabor intenso; acababa de descubrir una nueva fruta que me había enamorado por la mezcla de dulzura y acidez a partes iguales. Hacía rato que Carlos había ido a casa de su mujer a llevar parte de sus cosas, esperaba que Kaa estuviera entre ellas, así que ya podía comenzar a deshacer el equipaje e instalarme en su habitación, pero pedí a Marina si podía darme una ducha antes. Necesitaba refrescarme y eliminar el sudor que seguía impregnado en el cuerpo, además de espabilarme un poco. Mi tía me dijo que descansara un rato después de la ducha, me vendría bien y tenía razón.

Entré en una pequeña ducha con gruesas cortinas de plástico azul marino hasta el suelo y giré el grifo de agua fría incapaz de pensar en agua caliente. La dejé caer a conciencia sobre la cabeza y el cuerpo sin importarme la baja temperatura. Abrí la boca para saborearla y la noté salada, eran mis lágrimas que volvían a derramarse descontroladas. Los nervios habían regresado y Kaa no había ayudado en nada a conseguir un poco de seguridad en mí misma. «¿Estás loca, Elena? ¿Qué haces tan lejos de casa? ¿Cómo vas a vivir aquí tanto tiempo sin la familia?», mi cabeza no paraba de dar vueltas y seguí llorando hasta que caí derrumbada en la ducha. Me abracé las rodillas y di rienda suelta a las lágrimas que tantas horas habían estado contenidas, el llanto de verdad, el que sale desde una ranura profunda del corazón. Lloré por mí, por el dolor que sentía. Lloré por mis padres, por estar lejos de ellos. Lloré por mi hermana, por no tenerla a mi lado cuando la necesitaba tanto. Lloré por una maldita serpiente que me había derribado con una simple mirada. Lloré por sentirme sola, débil y sin coraje. Y, de repente, una voz contundente se abrió paso entre mis pensamientos: «Volverás enseguida, no te doy más de un mes allí». Las lágrimas pararon de golpe y alcé la cabeza para que

el agua fría resbalara por mi rostro mientras desafiaba a esa voz: «No, Víctor. No me verás volver antes de un año». Por primera vez desde que había salido de casa aquella mañana, hacía ya más de mil horas, encontré la determinación y el coraje que necesitaba. Había llegado hasta allí, estaba en un país extraño, en un nuevo hogar que no conocía, con una familia a la que iba a pertenecer desde ese mismo día y lograría mi sueño: convertirme en una gran periodista. No, no iba a volver antes de tiempo.

Me levanté, escogí una de las botellas de gel con olor a rosas y decidí, desde aquel preciso momento, que no volvería a morderme las uñas como señal de mi fortaleza y determinación. Ese iba a ser el primer día de mi nueva vida y conseguiría ser feliz tal y como me había propuesto, ni Víctor ni nadie lograrían lo contrario.

Salí de la ducha con un coraje que no había sentido hasta entonces, aunque estaba completamente agotada. Me tumbé en la cama de Carlos y caí en un sueño profundo, del que Marina me despertó para cenar.

---

1 No te preocupes.
2 Vigilante.

6
Vivo en el paraíso

Santo Domingo, junio 1997

Los primeros días fueron extraños. Intentaba adaptarme a los horarios, a sabores y olores nuevos, a un ritmo de vida mucho más calmado y a expresiones que me estaban volviendo loca. ¿Qué diablos era *vaina*? «Vaina» era todo y nada a la vez, una palabra que servía casi para cualquier expresión.

Seguía bajo la influencia del *jet lag* y los horarios todavía no se habían adaptado a mis necesidades de sueño: mis noches ahora eran mis días, unos días resplandecientes llenos de un sol abrasador.

Cuando conocí a Carmena me sorprendió por su belleza desafiante y su alegría infinita. Era como una modelo que no se vanagloriaba de la perfección de su larga melena morena, del color tostado de su piel, de los ojos marrones más bonitos que había visto nunca o de sus labios delineados a la perfección. Ella era feliz y esa era su prioridad: disfrutar la vida junto a Carlos. Resplandecía cuando estaba con él, conseguía iluminar todo y a todos los que tenía a su alrededor y, desde el momento en que me dio el primer abrazo, se ganó toda mi confianza y se convirtió en mi gran apoyo. Pensé que no pasaría demasiado tiempo con ella. En mi cabeza estructurada, lo más lógico era que la pareja quisiera estar a solas, pero me sorprendieron con un plan diferente cada tarde, en los que siempre me incluían. Después de comer venían a buscarme para enseñarme la ciudad, sus rincones más bonitos, las curiosidades de la capital, los espectáculos o para ir de compras. Todavía me quedaba una semana para empezar a trabajar y ellos se encargaron de rellenar el tiempo libre. Escapaba a mi entendimiento que unos recién casados pasaran los días con una desconocida que acababa de aterrizar en sus vidas.

—¿Te apetece ir al *sine*? —me preguntó Carlos una de aquellas

tardes.

—¿Al *sine*? ¿Qué es el *sine*? —Sonaba a bar de copas y me aterrorizó pensar en bailar, era un pato mareado, torpe no, lo siguiente—. Si es un sitio para bailar, tenéis que saber que se me da bastante mal.

Estábamos en el sofá de casa y Carmena y Carlos explotaron en una gran carcajada a la que se unió Marina desde la cocina.

—Vamos —dijo Carmena—. *Ahorita* lo descubrirás.

Diez minutos después estábamos ante las puertas de un cine multisalas y comprendí sus carcajadas. Lo cierto es que fue divertido entender la distorsión fonética y no tuve más remedio que sumarme a sus risas.

—A ver, Carlos, ¡es cine, con ce, no con ese! —dije sin dejar de reír.

Estábamos en la fila para comprar entradas para la película escogida, una de ciencia ficción con Bruce Willis que habían estrenado hacía pocos días, *The Fifth Element*[3], y pensé que con Víctor aquella situación sería imposible: ¿Nosotros dos encargándonos de un familiar desconocido que acabara de llegar a nuestras vidas y enseñarle la ciudad? ¡Qué va! Impensable. Seguro que no dejaría de quejarse hasta conseguir que otras personas se hicieran cargo. De hecho, me costaba recordar la última vez que había salido con mis amigas de la universidad. Al principio, cuando íbamos a cenar, Víctor ponía mala cara, pero no decía nada. Poco a poco comenzó a quejarse hasta que consiguió que dejara de verlas para ahorrarme las discusiones. Había conseguido ir cerrando el círculo y tenerme solo para él. «No, él no haría lo mismo que Carlos y Carmena están haciendo por mí, no lo aceptaría», pensé. Y sentí una pena enorme en mi interior al comprender todo lo que me estaba perdiendo en la vida por priorizar a alguien que no lo merecía.

—Prima, ¿*hot dog* o palomitas? —Carlos me sacó de mis pensamientos.

Estaban pidiendo en el bar del cine y ya había ante ellos tres vasos gigantes llenos de cola y hielo picado.

—Ummm, no sé. ¿Las dos cosas?

«Venga, un día es un día», me dije. Carmena rio.

—Yo también quiero las dos —dijo con un beso en la mejilla de Carlos.

Al día siguiente me llevaron a ver el que sería mi nuevo lugar de

trabajo, la Editorial RD, ubicada en un edificio que parecía una mole de cemento gris claro de cuatro plantas sin ventanas situado en la Avenida 27 de febrero, una de las arterias principales de la capital.

—¿Sin ventanas? —exclamé sorprendida mientras aparcábamos delante.

No me gustaba, era un edificio demasiado cerrado, demasiado claustrofóbico. Había imaginado una oficina muy chic con grandes ventanales y una macro redacción con muchos ordenadores y teléfonos sonando, en plan película americana.

—Es normal, prima —contestó Carlos—. Piensa que por aquí pasan muchos huracanes y esta es la manera de hacer que los edificios sean más sólidos. Muchas ventanas significan muchos cristales y después hay que tapiarlos cada vez que tenemos alerta de huracán. Créeme, es mejor así, mucho más seguro.

Huracanes… ¿Huracanes? Tuve una desconexión cerebral y creo que algunas neuronas gritaron de terror. Había ido al Caribe a vivir una gran aventura, no había pensado en huracanes. Me explicó que estábamos comenzando la temporada, que siempre era de junio a finales de noviembre, y me hizo recomendaciones de seguridad que debería tener en cuenta. Debí de ponerme pálida cuando me dijo que no me preocupara, que estarían conmigo y que tenían experiencia en el tema. También insistieron en que cuidarían de mí, pero lo cierto era que no me daba seguridad para nada… Un huracán era un huracán, aunque solo los hubiera visto por la televisión.

La mayor ventaja que tenía mi nuevo trabajo era que estaba muy cerca del centro comercial en el que trabajaba mi tío, a solo diez minutos caminando. Javier tenía allí uno de los salones de belleza más importantes de la ciudad ya que en los más de treinta años que llevaba en el país y, gracias a la gran destreza de sus manos, se había convertido en uno de los peluqueros con mayor renombre de la capital. Por su salón pasaban empresarios, artistas, políticos y las personas más destacadas de la sociedad dominicana, y siempre estaba al completo, era difícil encontrar cita para realizar cualquier tratamiento estético. La primera vez que estuve allí me sorprendió ver a un tipo canoso entrado en años y en kilos a punto de roncar en una gran butaca negra mientras le hacían la manicura y la pedicura, un espectáculo. Ron me dijo que era el presentador del noticiario más importante de la televisión nacional y que pasaba por allí cada quince días para su tratamiento. La verdad es que me dio envidia verlo allí

tan relajado.

Aunque, por supuesto, la clientela principal estaba formada por mujeres con suficiente dinero como para ir cada semana a «retocarse» al salón: manos, pies y sesión de peluquería además de depilación completa y masajes relajantes. Un mundo en el que me vi inmersa en cuanto mi tío me ordenó, sin opción a darle una negativa, que me sentara en una de las butacas negras para que me arreglaran el pelo. Mi larga melena castaña, poco acostumbrada a ir a la peluquería, se transformó en un corte de pelo más moderno por encima de los hombros y un largo flequillo que, por suerte, podía seguir recogiendo detrás de las orejas. No estaba nada mal.

Pero por fin llegó lo que más quería, lo que más deseaba, lo que más anhelaba al llegar al país: ir a la playa. Porque la primera y más grande decepción fue saber que en Santo Domingo no había playa. «¿Cómo? —dije a Marina cuando me lo explicó—. Será broma, ¿no?». Pero no, no era broma. En la capital estaba el Malecón, pero allí no había arena y el mar rompía directamente contra el gran muro de piedra que separaba el agua del asfalto, así que nada de playa en la capital de la isla caribeña, muy irónico todo. Carlos y Carmena me llevaron a Boca Chica, que era la más cercana, con algo de comida que habíamos preparado en casa y una pequeña nevera con bebida fresca.

—¿Estás bien? Dime que sabes nadar... —dijo Carlos entre risas al verme con la boca abierta clavada en la arena.

Tenía ante mí un mar increíble, de color azul turquesa intenso que se tornaba en azul celeste que se fundía a más oscuro a medida que se alejaba hacia el horizonte. Tuve que pellizcarme en el brazo para creer que estaba allí, que lo que veía era real, que el Caribe me estaba recibiendo con sus mejores galas.

Carlos me agarraba del brazo y lo movía intentando que aterrizara de nuevo en la realidad mientras repetía mi nombre sin parar.

—Estoy bien —balbuceé intentando dejar de babear—. Es que no me creo lo que veo, no puede ser real. Me parece el mar más maravilloso, el más bonito y el más azul que he visto en mi vida. Nunca había visto el agua de este color, solo en las películas… y ni eso. Es como si pudiera sumergirme en el cielo.

Carmena y Carlos se echaron a reír.

—De verdad, Elena, dices unas vainas. Va, vamos a bañarnos —sentenció mi primo sin parar de reír y sacudiendo la cabeza como si me dejara por imposible.

Dejé la toalla y las bolsas con la comida a la sombra de las palmeras mientras Carmena corría hacia la orilla. Era imposible que no mirara todo lo que me rodeaba: la vegetación casi a tocar del agua proyectando una sombra que nos resguardaba del sol abrasador, el agua que arrastraba pequeñas algas hasta la orilla y la fina arena blanca. En serio, tenía que convencerme de que no estaba viendo un espejismo.

Me quité el vestido de tirantes despacio, respirando con intensidad y seguí a Carmena. Cuando mis pies tocaron el mar me paré en seco por la sorpresa. La temperatura era increíble, cálida, como si aquel mar fuera un gran *jacuzzi* sin burbujas, sereno, con el sonido leve del suave oleaje. El agua era cristalina y algunos pececillos se acercaban a mis pies con curiosidad. Era tan clara que me quedé absorta en el movimiento que provocaban los reflejos del sol en la fina arena dorada del fondo con forma de pequeñas dunas siguiendo la suavidad de las olas. Todavía tenía el agua a la altura de los tobillos, así que me adentré más hasta que me llegó por encima de las rodillas y pude rozarla con la yema de los dedos despacio, como si todo pudiera desaparecer ante un movimiento brusco. Y seguí avanzando hasta que me sumergí por completo en la calidez de aquel mar que me recibía con los brazos abiertos.

Desde allí observé el infinito, donde se unían cielo y mar en la línea perfecta del horizonte en la que, de pequeña, creía que había una catarata gigante por la que caía toda el agua y que algún día vería a bordo de un barco pirata capitaneado por papá y con Ana y conmigo de tripulantes. Sonreí con el recuerdo de nuestros juegos todavía vivo en mi retina y me giré para contemplar cómo las palmeras se tumbaban sobre la orilla meciéndose bajo la brisa como si bailaran al ritmo de la música del oleaje. Todo el conjunto era embriagador, era mágico. Tenía el olor salado impregnado en cada poro de mi piel, en cada célula del cuerpo, respirando la calma y la libertad que veía a mi alrededor. Cerré los ojos y alcé la cabeza hacia el cielo a la vez que abría los brazos y salpicaba agua sintiendo que la alegría de estar allí me invadía por completo. Estaba en el paraíso y había ido hasta allí para ser libre, justo lo que sentía en ese momento: libertad. Era como si la ansiedad que había sentido meses, semanas y días atrás muriera ahogada en el agua salada. Sonreí de oreja a oreja y sentí que el corazón daba pequeños saltos de alegría. Por fin estaba allí. Me dejé caer de espaldas para hundirme en aquel mar que me estaba liberando

de los miedos que había guardado tanto tiempo.

Durante el baño, que fue muy largo, me sorprendí riendo a carcajadas en algún momento. Menos mal que no había demasiada gente o pensarían que estaba loca. Después, Carmena y yo nos tumbamos en las toallas mientras Carlos seguía en el agua haciendo *snorkel*.

—Explícame por qué has venido, prima.

La miré sorprendida.

—Ya sé que has venido a trabajar y toda la vaina, pero tiene que haber algo más, bella. —Había curiosidad en sus ojos—. No pienses mal, es genial que te atrevas a venir a un país extraño para vivir y trabajar, es una gran aventura y sé que vas a amar esta isla tanto como yo. Pero me da que has dejado *algo* en casa, o *alguien*, *maybe*[4]. Veo mucha tristeza en tu mirada y siento que hay algo más. En mi familia dicen que tengo algo de bruja... ¿Tengo razón?

Intentó quitar seriedad a sus palabras haciéndome cosquillas en la cintura para que riera otra vez. En pocos días, Carmena se había convertido en la persona en la que más confiaba. Permanecí un momento en silencio perdida en mis pensamientos y me di la vuelta para apoyarme en los brazos y mirar a Carmena mientras me vaciaba con cada palabra.

—Me parece que sí eres bruja —bromeé—. Lo del trabajo me ha venido caído del cielo para escapar de una relación a la que no le veo salida. Hace tiempo que no me siento bien, Carmena. Estoy atrapada y no sé salir, no sé cómo hacerlo, es como si me hubiera acostumbrado a que las cosas fueran así y no me planteaba otra opción. Un día Víctor me dijo que había encontrado el piso perfecto para nosotros y, sin contar conmigo, había decidido que lo compraríamos. Y entonces me faltó el aire, no pude respirar y sentí cómo me ahogaba… Tanto que mi madre se asustó y me llevó al médico. Había sido un ataque de ansiedad y me recomendó tranquilidad. Al final, todo vino rodado y la oportunidad de trabajar aquí supone que puedo alejarme durante un tiempo para pensar qué quiero hacer con mi vida. Aunque lo que tengo claro es que no quiero volver a la misma situación. —Estaba dibujando círculos en la arena con el índice de forma inconsciente—. Sé que suena cobarde, irme tan lejos con una excusa y no afrontar la situación, pero es que no tenía fuerzas. Quiero volver a respirar con tranquilidad para pensar. —Miré a Carmena—. Es como si necesitara tener mi espacio para poder decidir, no sé si me entiendes. —Sonrió

—. Y veros a vosotros tan felices y enamorados… Me doy cuenta de que yo no quiero a Víctor así.

Guardé silencio después de mis últimas palabras. Acababa de decir en voz alta que quizás no amaba a Víctor, era la primera vez que lo hacía. Volví a girarme en la toalla para sentir el sol en la cara y miré a Carmena de reojo.

—Aunque también es verdad que estar aquí es un sueño hecho realidad. ¿Quién va a rechazar un año en el paraíso?

Le hice un guiño y las dos nos echamos a reír. Carlos regresó del agua y se tumbó junto a su mujer.

—Elena, ¿has visto alguna vez estrellas de mar en la playa? —Negué con la cabeza—. Pues esta está llena. Ten —me tiró sus gafas y el tubo por encima de Carmena—, por si quieres ir a ver.

Pillé la indirecta de mi primo y lo cierto era que me volvía a apetecer un baño. Me coloqué las gafas y el tubo y me adentré para descubrir decenas de estrellas de mar de tonos marrones y anaranjados que se deslizaban por el fondo marino en una zona rocosa en la que abundaban los bancos de peces. Los había azules con líneas amarillas y negras, otros naranjas con rayas blancas, y grises con los lomos negros y la cola en un tono amarillo limón que nadaban entre corales marrones y rojos en los que también abundaban los erizos. Me quedé flotando en la superficie observando la fauna de las profundidades, estaba viendo un documental en vivo y en directo y me perdí en sus movimientos relajados. No sé cuánto tiempo estuve allí, pero sentí una paz tan profunda al volver a la orilla que me quedé flotando sobre el suave oleaje con la plena consciencia de que no había ni un solo punto de tensión en todo mi cuerpo.

Estaba viviendo un sueño. Mi sueño. Me dejaba mecer con confianza y mis pensamientos regresaron a mis padres, a la vida que acababa de dejar atrás, a Víctor y al futuro que había comenzado hacía apenas una semana sin él. Y algo hizo clic, lo sentí. Tenía ante mí la oportunidad de dar un giro a mi vida, de convertirme en la persona que siempre había querido ser y de descubrir hasta dónde era capaz de llegar. Quería conocer mis límites como persona, superar los miedos y sustituirlos por valentía y curiosidad. Quería saber si me convertiría en una nueva Elena o sería la Elena complaciente de siempre. Decidí que me quedaría con la primera opción: la Elena renovada comenzaba a respirar libertad porque no tenía a nadie a mi lado diciéndome lo que debía hacer, lo que tenía que sentir. Decidía

yo. Estaba tan relajada que, estirando los brazos por encima de mi cabeza, noté que me invadía una fuerza desconocida. Aquel baño se estaba convirtiendo en una verdadera catarsis que me daba la bienvenida a la vida que estaba comenzando. El agua, la brisa y el sol eran las señales que necesitaba para seguir el camino que se abría hacia un destino desconocido que afrontaba con esperanza y alegría. Volví a sumergirme de cabeza en el agua para emerger con fuerza, con energía renovada, con un sentimiento de fortaleza interior que me hizo volver a sonreír con confianza en mí misma, en lo que iba a ser capaz de hacer durante los próximos meses. Acababa de nacer la nueva Elena.

---

3 *El Quinto Elemento*, de Luc Besson.
4 Quizás.

7
Súper periodista

Santo Domingo, junio 1997

Quería dormir, lo intentaba, pero no dejaba de dar vueltas en la cama. Cerraba los ojos, me ponía boca arriba, de lado, y después boca abajo hundiendo la cara en la almohada a ver si por fin llegaba Morfeo a arroparme… Pero nada. Esa fue mi noche antes de comenzar a trabajar, subiendo y bajando la velocidad del ventilador de techo para no morir ahogada entre mi propio sudor y las picaduras de los mosquitos. Por la mañana tenía unas ojeras que me costó disimular con maquillaje y los nervios a flor de piel. Marina sustituyó el café con leche del desayuno por una infusión que pudiera tranquilizarme un poco y un par de tostadas que dieran algo de consistencia a mi estómago para afrontar el día, aunque no surtió demasiado efecto.

El tío Javier me acercó al trabajo mientras intentaba infundirme confianza:

—Ellos ya han leído cosas tuyas y fueron los que te llamaron, ¿verdad? Pues tienes que estar tranquila, Elena, lo vas a hacer bien.

Me recordó a mamá: las mismas palabras, los mismos gestos. Era un amor.

—Gracias, tío. Al mediodía me acerco a comer contigo y te cuento, ¿*okey*? *Bye bye*.

Ya había interiorizado las palabras de despedida que se utilizaban allí. Le di un beso, respiré profundo y bajé del coche.

Al entrar a la gran mole de cemento fui directa a la recepción, situada a la izquierda de una amplia sala repleta de sillones y mesas bajas en las que había repartidas varias revistas. «Una sala de espera —me dije— con las publicaciones de la editorial a disposición de los visitantes». Tras un largo mostrador de madera noble había un chico joven sentado. A su espalda, colgadas en la pared, destacaban el

blanco las letras R y D seguidas de la palabra «editorial». El joven, que debía de tener algún año menos que yo, me miró serio y preguntó a dónde iba.

—Tengo una reunión con Marisa Tejero. Soy Elena Rubio.

Miró su agenda para confirmar mi nombre y se giró para buscar algo en una cajonera que tenía a su espalda, también de madera noble oscura.

—La licenciada Tejero la espera. Debe ir a la segunda planta, al despacho tres. Aquí tiene su credencial. Los ascensores están al fondo —dijo señalando a la izquierda.

Sobre el mostrador dejó una tarjeta con mi nombre y mi foto, la que les había enviado semanas antes con el curriculum y una muestra de algunos escritos. No era una tarjeta de visitante como había pensado. Tenía escrito: «Elena Rubio, periodista de Editorial RD». Periodista. ¡Periodista! El joven me sonrió y creí sonrojarme.

—Gracias, Anthony —dije tras leer el nombre en la credencial de su pecho.

Marisa era la editora jefa de una de las revistas del grupo. Era una mujer alta y esbelta, lo que la hacía parecer todavía más alta. Tenía una elegancia natural, esa que solo se podía tener si habías nacido con ella. Era imposible aprender a ser así, porque estaba convencida de que la elegancia era una forma de ser. Vestía como una ejecutiva: camisa blanca abotonada hasta el pecho con el escote justo y una falda de tubo negra por debajo de las rodillas que permitía intuir unas piernas perfectas que acababan en unos increíbles zapatos de tacón, de los que me caería con toda seguridad. Tenía una larga melena rubia hasta media espalda peinada de forma perfecta, sin un solo cabello fuera de lugar, y su rostro era bonito. No tenía la belleza de una modelo, pero desde luego no pasaba desapercibida. Era española, de Pamplona, y llevaba veinte años en Santo Domingo trabajando de periodista. Desde el principio me hizo sentir cómoda y bienvenida. Elegante, bella y amable, ¿qué más podía pedir?

—Siéntate, Elena y te explico cómo funciona todo por aquí —dijo señalando una de las sillas ante su mesa. Me había recibido con un beso en la puerta de su despacho—. Tenemos cuatro revistas en la editorial. Las que edito yo están dedicadas al mundo de la mujer: *Mujer Hoy* sobre moda, belleza, salud, gastronomía y temas del estilo, y otra centrada en el mundo de la maternidad: *Madre Hoy*. Las dos son

mensuales. Después tenemos una de información general del país, *Aquí y ahora*, con temas políticos, de economía, sociales, medioambientales, culturales y de opinión que también es mensual. Y la última es *Sucedió aquí*. Esta es semanal y recoge todos los casos violentos que se han producido durante los últimos siete días: desapariciones, asesinatos, crímenes, accidentes y cosas por el estilo. Los sucesos de toda la vida, vamos. Y si hay sangre, mucho mejor.

Al escuchar su comentario, mi cara se desencajó y ella sonrió.

—Tranquila, Elena, no tendrás que hacer nada para *Sucedió aquí*. El equipo de redacción es muy potente y este tema no suele ser demasiado atractivo para los periodistas españoles que venís a trabajar aquí, aunque a veces alguno quiere probar. En cambio, a los dominicanos les apasiona escribir estas noticias tan morbosas. Te confieso que a mí me revuelven bastante el estómago.

Me gustaba que fuera tan sincera.

—¿Hay más periodistas españoles recién llegados?

Mi interés iba creciendo por momentos. Que llegara gente nueva me hacía sentir menos sola, menos novata en el trabajo. Marisa asintió con la cabeza y apartó a un lado los papeles que tenía en la mesa para inclinarse levemente hacia delante apoyando los antebrazos y uniendo sus manos.

—Tenemos un convenio con la Universidad de Navarra y cada año ofrecemos a dos recién licenciados la oportunidad de venir a trabajar durante una temporada, un año y medio más o menos. A final de mes llegarán los dos periodistas de este año. Hemos hablado con Recursos Humanos y la idea es buscaros un apartamento para que podáis vivir los tres. En la editorial siempre nos encargamos de buscar el alojamiento y, como tú acabas de llegar, te ofrecemos también la misma opción. Si quieres, claro.

—Pues no lo había pensado. En principio, estoy viviendo con mis tíos —dije, aunque era consciente de que Marisa debía de saberlo, porque era una de las clientas del salón de tío Javier—. Pero me gustaría no tener que depender de ellos. Ya que he llegado hasta aquí, me parece buena idea tener vivienda propia y no cargarles con más trabajo. Si te parece, lo hablaré con ellos y te digo algo.

—Perfecto. —Hizo una cruz en el papel que tenía en la mesa, como si tachara algo de una lista de tareas. Quizás eran los temas que tenía que tratar conmigo—. Tienes unos días para pensarlo. Respecto al trabajo, comenzarás conmigo en las revistas de mujer. Para *Aquí y*

ahora es importante conocer el país y cómo funciona todo, desde la política a la economía. Creo que en unos meses podrás escribir algún reportaje, pero ahora mismo va a ser más sencillo empezar con temas más generales, menos comprometidos; me entiendes, ¿verdad?

Afirmé rápidamente con la cabeza y añadí:

—Todavía me estoy convenciendo de que estoy aquí y todo me sorprende. Pero, Marisa, estoy preparada y con muchas ganas de aprender y de hacer cualquier cosa que me encarguéis.

Tenía las manos apretadas con fuerza sobre mi regazo para evitar la tentación de llevármelas a la boca y volver a morderme las uñas, tal era mi estado de nervios a pesar de que mi nueva jefa se mostraba encantadora. Pero era por mí, por estar ahí. Por fin tenía un trabajo de verdad, de periodista, escribiría y la gente me leería. Tenía ganas de gritar de felicidad, quería saltar. Así que sí, dejaría de morderme las uñas de una vez por todas porque yo tenía el control, yo tenía el poder, yo tenía los dedos tan apretados que se habían vuelto de color violeta… «Relájate, Elena, por Dios. Si sigues así, van a amputarte las falanges, y a ver cómo escribes después».

Regresé de mi mundo interior infinito porque Marisa seguía hablando y yo por ahí perdida en mi cabeza.

—Esa es la actitud. Ven —se levantó de la silla—, te voy a enseñar la redacción, tu mesa de trabajo y te presentaré a tus compañeros. Por cierto, debes llevar siempre puesta tu acreditación, es un requisito de la editorial.

Me la colgué en la cinturilla del pantalón, un poco ladeada, igual que la tenía ella en su perfecta falda negra sin una arruga, ni siquiera diminuta. Me pareció un detalle muy chic no llevarla sobre la camisa. Yo también llevaba camisa blanca pero con vaqueros, me había parecido un toque profesional con cierto aire informal, pero la llevaba de forma más clásica: con el botón del cuello desabotonado y las mangas hasta las muñecas.

La seguí decidida con paso seguro hasta el final del pasillo, donde unas puertas de cristal biselado daban paso a una gran sala llena de personas enfrascadas en sus ordenadores o colgadas del teléfono. Las mesas se situaban alrededor de las paredes, como si todos estuvieran castigados de cara a la pared, separados por pequeñas mamparas transparentes que delimitaban los espacios personales de cada periodista. Vi fotografías de niños pequeños, de momentos de vacaciones y algunos dibujos de colores enganchados en las paredes,

era la forma de personalizar la mesa de redacción. En el centro de la sala, dos grandes escritorios de color verde claro, el mismo color que tenía mi pupitre del colegio, con una cajonera y un ordenador situado a la derecha. Esas mesas eran las únicas que estaban vacías y Marisa, después de dar los buenos días y hacer una rápida presentación de mí, se dirigió hacia una de ellas. Eligió la que estaba en el centro de la redacción y la señaló. Me sentí como si de repente estuviera expuesta en una vitrina o tuviera el timón de aquel espacio. A mi espalda solo quedaba una pared vacía y, al entrar en la redacción, lo primero que se veía era mi mesa. Y por lo tanto a mí, a la Elena *súper* periodista.

Flipé. Flipé mucho. Desde allí veía las espaldas de todos mis compañeros mientras trabajaban y era la única que no estaba castigada contra la pared. Era el mejor sitio y era para mí. Sonreí de oreja a oreja y pensé: «Elena, has triunfado». Estaba a punto de dar saltitos de alegría.

Me senté en la silla, abrí el primer cajón de mi izquierda y se me revolvió el estómago en un segundo. Supuse que me quedé pálida porque Marisa me miró con preocupación y se acercó a mirar lo que estaba viendo.

—¡Ah! No te preocupes, es una foto antigua de *Sucedió aquí*.

Me hizo un gesto para que le diera la fotografía mientras abría el resto de los cajones para comprobar que no había quedado olvidada cualquier otra muestra de vísceras sangrientas fuera del cuerpo de un tipo tirado en medio de la calle envuelto en un charco de sangre marrón viscosa y pegajosa. Sí, así de detallada era la intensa fotografía que me recibió en mi nueva mesa de trabajo. Quizás ninguno de mis compañeros quería aquella mesa. Quizás estaba vacía por algo. Decidí no pensarlo.

Dos minutos después de estar en la redacción sentí un frío tan intenso como el que debía de hacer en el Polo Norte. La temperatura de aquella sala era increíblemente baja. Lo de poner el aire acondicionado a temperatura agradable no iba con ellos, así que decidí que mi cazadora vaquera me acompañaría al trabajo cada día.

Marisa se sentó frente a mí. Sí, la editora jefe, y sentí un subidón de adrenalina que esperaba que no se me notara, aunque sé que sonreí. Ella comenzó a hablarme del primer reportaje que tenía que hacer aquella semana: las últimas tendencias en uñas postizas. ¿En serio? Alcé las cejas por la sorpresa y conseguí, con mucho, mucho esfuerzo, contener la gran carcajada que amenazó con salir directa del

estómago. ¿Yo? ¿Escribiendo sobre uñas? Me miré las mías con disimulo para ver qué tal estaban. Bueno, ni tan mal. Comenzaba a verse un poco de blanco en el borde e intenté recordar la última vez que me las había pintado… ¿Cuándo había sido? Ah, sí. ¡Nunca!

Me dio una lista de contactos de diferentes centros de belleza de la capital para cerrar entrevistas. Encontré centros especializados en uñas, solo uñas, algo que me pareció increíble. Y otros más genéricos que también hacían manicuras, aunque no se centraban tanto en uñas postizas, como el salón de mi tío. Así que fue al primero que llamé para entrevistarlo. Se murió de la risa cuando se lo dije por teléfono.

Me acerqué al despacho de Marisa para informarle de que tenía concertadas algunas entrevistas en diferentes centros y me dijo que Elías, el chófer de la redacción, me podía llevar a donde le dijera. También me acompañaría Ray para hacer fotos en detalle para el reportaje. ¿Chófer? ¿Fotógrafo? Jamás había imaginado que mi nuevo trabajo tendría tantas facilidades. Estaba acostumbrada a ver a periodistas que se desplazaban al lugar de los hechos en sus vehículos y muchas veces tenían que hacer las fotografías ellos mismos, así que todo aquello me parecía increíble, como si acabara de aterrizar en una realidad paralela.

—Gracias, Marisa. Si te parece bien, primero iré al salón de mi tío Javier para hablar con la esteticista y que me sitúe un poco. Puedo ir andando en un momento y después ya comienzo con las entrevistas. Hablaré con ellos a ver cómo les va para poder hacerlas entre esta tarde y mañana, y así el resto de la semana me dedico a escribir.

Ella me sonrió.

—Perfecto, Elena —dijo a continuación—. Puedes ir y venir cuando quieras, no hace falta que me lo digas cada vez que tengas que salir.

Pensé que no podía ser más mona.

Y así, *súper* periodista Elena, fui a hablar con Adela, la esteticista que se encargaba de todos los tratamientos en el negocio de mi tío.

Adela me explicó que había uñas acrílicas, de gel, esculpidas, de porcelana y solares… ¿Solares? Anda que no tenía que aprender nada. Y yo con mis pobres uñas naturales, que no eran nada.

Durante toda la semana solo tenía un objetivo en la cabeza: dar lo mejor de mí, convertirme en la periodista más profesional y conseguir el mejor reportaje que se hubiera escrito jamás sobre uñas. Lo sabía, pero el tema era lo de menos. A veces, las cosas más sencillas o que parecían menos importantes eran más difíciles de explicar que el

mayor conflicto bélico y sus repercusiones mundiales… Bueno, estaba exagerando, pero lo cierto era que sobre las cinco de la tarde, el resto de periodistas dejaban la redacción y yo me quedaba casi una hora más para escribir las diferencias entre tonalidades, tendencias, colores y siluetas más de moda en aquel mundo que, por entonces, comenzaba a surgir. Recordé lo superficial que era el tema, pero se trataba del primer reportaje que firmaría con mi nombre: Elena Rubio, *súper* periodista. Por fin podía verme así. Aunque, con toda seguridad, Marisa no me dejaría poner la acotación.

El jueves salí tarde, casi a las siete. Quería acabar el texto antes del plazo que me había marcado mi jefa para impresionarla. Deseaba que viera que podía confiar en mí, que trabajaba bien, que era seria y responsable y que me volcaba en lo que hacía, porque para eso estaba allí. Me di cuenta de que no había pensado en toda la semana en Víctor y me sentí muy bien conmigo misma, orgullosa cuando escribí el final del reportaje. Imprimí y dejé los folios encima de la mesa de Marisa. Pegué un pósit amarillo en el que puse mi nombre, aunque evidentemente ella sabía quién lo había escrito, y le coloqué también un clip por si se despegaba y se perdía. Me sentía importante. Satisfecha. Periodista de tendencias. Cuando me marché, no quedaba nadie por allí.

Marisa aprobó el texto, aunque me puntualizó algún cambio, pero, en líneas generales, cumplía sus expectativas.

—Para la próxima semana tienes que escribir otro reportaje sobre los *spas* de la capital. —Puse cara de no saber de qué me hablaba—. ¿Sabes lo que es un *spa*?

No. Evidentemente, en 1997 no tenía ni idea de lo que era un *spa*. Ni siquiera había escuchado la palabra *spa* en mi vida.

Tenía dos opciones: mentir y decir que sí, y ya lo averiguaría por mi cuenta, o ser sincera y reconocer que no tenía ni la más absoluta idea de qué me estaba hablando. Opté por la confesión porque mi cara ya me había delatado.

—No. No lo sé.

—Pues te van a encantar. Son como pequeños balnearios que hay en la ciudad en los que hacen tratamientos de relajación y de cuidado de la salud en general mediante aguas termales, masajes, aceites esenciales, música relajante. Son una maravilla, ya lo verás.

Me pasó un papel por encima de su mesa con un nuevo listado de

centros. No sonaba nada mal, ya era algo más que uñas.

Cuando volví a la redacción analicé con detenimiento la lista de nombres y pude contar, por encima, más de cincuenta centros, una locura. Así que volví a aprovecharme de la experiencia, la confianza y la cercanía de mi tío para que me recomendara los más importantes y no perder el tiempo, porque no tenía demasiados días para escribir, la siguiente semana estaríamos de cierre y ya me habían avisado de que los nervios se alteraban. Yo misma hice una primera selección eliminando los centros de belleza que hacían tratamientos estéticos y que añadían la palabra *spa* para dar renombre al negocio.

Javier me seleccionó los cinco más importantes de la capital, entre los que se encontraban los dos primeros del país; el resto estaban en las zonas turísticas de la isla, en especial concentrados en los hoteles de Bávaro, así que me dediqué a ellos en cuerpo y alma. Literal. Porque cuando entré en el primero me invadió una sensación de paz que no me pude quitar de encima hasta que acabé de escribir, y eso a pesar de los nervios del cierre. Relax, música, olores dulces, sonido de agua, calor de piedras sobre el cuerpo, piscinas con chorros y cascadas, masajes con barro o con miel y avena o con chocolate… Todo para garantizar la desconexión del mundo exterior y centrar los sentidos en el aquí y el ahora, en el presente, en el momento. Eso era un *spa* situado en medio del caos de la ciudad. Y esa paz, ese relax y esa desconexión fueron las que conseguí reflejar en cada una de las palabras que escribí en el reportaje. Marisa me felicitó por la profesionalidad, por llegar a tiempo del cierre, por la involucración en el trabajo, pero, sobre todo, me felicitó por lo que transmitía con mi texto. Y yo, *súper* periodista, *súper* profesional y *súper* orgullosa.

«Bien, Elena. Bien», me aplaudí. En el primer número había conseguido publicar dos reportajes con mi nombre. Por fin tenía un buen trabajo, remunerado, con contrato y buenas condiciones, en el que me sentía valorada. Era lo que quería y era lo que tenía.

Tras el cierre, y con más calma, Marisa estaba centrada ya en el siguiente número de las revistas. Me gustó formar parte de un consejo de redacción, donde se proponían, seleccionaban y adjudicaban los temas. La verdad fue que no aporté demasiado, pero era la primera vez en mi vida que vivía la experiencia y me hizo mucha ilusión.

Al acabar la reunión, Marisa me pidió que la acompañara a su despacho. Por el pasillo me decía que tenía una propuesta que hacerme y despertó mi curiosidad.

—Elena —volvíamos a estar en su despacho y nos habíamos sentado en un sofá de piel beige de dos plazas—, ¿has pensado en lo que hablamos sobre el alojamiento?

Asentí.

—Lo comenté con mis tíos y acepto la oferta que me hiciste —contesté—. La verdad es que con los reportajes me había olvidado de decírtelo, perdona.

—Sin problema, lo entiendo. ¿Ahora mismo tienes un momento?

Despertó mi curiosidad porque dibujó una leve sonrisa mientras alzaba una ceja y se apartaba un mechón del rostro. Cada vez me sentía más cómoda con ella, con mayor confianza.

—Sí, claro. Quería revisar algunos números pasados de las revistas, pero puedo hacerlo después.

—Muy bien. Pues acompáñame, por favor —dijo mientras se levantaba y cogía unas llaves de su mesa.

Salimos del edificio y cruzamos la calle situada en la parte trasera. Era una vía ancha de un único sentido de circulación con aparcamiento en línea a ambos lados y llena de vegetación, tanta que casi no había espacio para la acera, ya de por sí bastante estrecha entre los palos del tendido eléctrico, el cableado del teléfono y la luz y las decenas de árboles que filtraban la intensidad del sol de mediodía. Nos dirigimos al bloque de apartamentos de cinco plantas sin ascensor que teníamos justo delante. Accedimos a él a través de la pequeña puerta lateral de una gran verja blanca que mantenía el recinto cerrado y que daba acceso a un amplio aparcamiento descubierto. En el interior, junto a la puerta, había un guache algo adormilado sentado en una silla de plástico blanca bajo un parasol azul celeste. Apoyado en una de las patas de la silla, a la altura de la mano, un machete.

—Buenas —saludó Marisa—. Venimos a ver el apartamento que hemos alquilado.

El vigilante asintió con la cabeza sin abrir los ojos. Marisa llevaba las llaves en la mano y fue directa a la planta baja que teníamos enfrente. Había otras dos escaleras, B y C, a la derecha; la nuestra era la A. Mientras nos acercábamos pude ver una terraza exterior cerrada con rejas metálicas blancas que se alzaban desde el suelo hasta el balcón que había en el piso superior. Desde fuera se veía una gran cristalera de dos hojas con cortinas claras que impedían ver el interior. Dos pequeños escalones y, a la derecha del rellano, la puerta que daba

acceso a la que sería mi vivienda. Marisa giró las dos vueltas de llave y entramos directas en un pequeño salón con una mesa de madera color roble claro y cuatro sillas a juego en la parte izquierda, una televisión de tubo con antena de cuernos a su lado, entre la mesa y la puerta por la que habíamos entrado y, justo delante, el sofá más feo, pero muy, muy feo, que había visto en mi vida. Era de tres plazas y, por si no fuera suficiente, también había dos butacas individuales, una a cada lado con el mismo estampado horroroso. Recordé que en la casa del pueblo de mis abuelos había alguna cortina con un diseño parecido, pero hasta ellos las habían renovado hacía años, así que decir que era antiguo era quedarse corta. Un horror en sí mismo: fondo oscuro de un tono verde casi negro con grandes flores rojas con detalles blancos y amarillos y naranjas y grises y violetas sobre varios degradados verdes. Tenía que dejar de mirarlo, pero es que no podía, era hipnótico.

Junto a la mesa había una puerta que daba acceso a una cocina alargada, con todos los muebles y electrodomésticos situados en la pared derecha y, al fondo, un pequeño lavadero con pica y grifo para lavar la ropa.

—¿Y la lavadora? —pregunté.

—No hay. En Recursos Humanos os han buscado lo imprescindible.

«¿Qué? ¿*What*? ¿Que no había lavadora? ¿Y la televisión de tubo con cuernos sí era imprescindible? ¡Ay, mi madre! Ya pensarás en algo, Elena. Ahora sigue a Marisa». Iba caminando por el pasillo que salía desde el salón y que daba acceso a las habitaciones, dos a la izquierda y una a la derecha con un baño al fondo. Todo olía a recién pintado. De eso, ni una queja; después de ver el gusto que había tenido alguien al elegir el sofá, me conformaba con un blanco perfecto en las paredes.

—Este baño es para las dos habitaciones pequeñas. Y aquí —dijo mientras abría la tercera puerta invitándome a entrar— está la habitación más grande, con baño propio. Creo que esta debería ser tuya y las otras las de los chicos, pero tú eliges.

Claramente era la habitación de matrimonio. Amplia, espaciosa y con ventana que daba a la zona de entrada de los apartamentos. Desde allí veía el edificio de la editorial. Tenía una cama de noventa en un lateral, lo que la hacía parecer aún más grande, y una cómoda con cuatro cajones y espejo en el lado contrario, además de un gran armario empotrado en la pared que daba al pasillo. Abrí la puerta que

había al lado de la cómoda y me vi reflejada en el gran espejo que tenía delante sobre el lavamanos y el mueble de baño que ocupaba toda la entrada. Separado por una pequeña columna, la zona de aseo con el retrete y la bañera con cortina. Y todo, no me lo podía creer, en un tono rosa empolvado. Aquello debía de haber sido la última moda en los años sesenta, seguro. Pero sí, por supuesto me quedaba con esa habitación con los ojos cerrados. Las otras eran más pequeñas y oscuras, con un ventanuco que daba al patio trasero y con baño compartido.

—Me gusta —dije pensando en que tendría que poner una cortina en la ventana del cuarto para tener algo de intimidad.

—Ellos llegan mañana. Si quieres, puedes quedarte las llaves y esta tarde haces la mudanza. Y mañana, si te apetece, vienes conmigo al aeropuerto a buscarlos y así os conocéis antes de que lleguen aquí, ¿*okey*?

Asentí con la cabeza y le tendí la mano para que me diera las llaves. Las llaves de mi primera casa. Las llaves de mi independencia completa. Las llaves de mi nueva vida.

8
Una fiesta ajetreada

Santo Domingo, junio 1997

Seguí el consejo de Marisa y por la tarde regresé al apartamento con mi primo Ron, que se ofreció a ayudarme a traer mis cosas y tenía coche propio, ¿qué más podía pedir?

—¿Te apetece venir esta noche a una fiesta con mis amigos?

Ron estaba sentado en la cama mirándose en el espejo del fondo. Se arreglaba el flequillo mientras yo estaba enfrascada sacando la ropa de la maleta y ordenándola en las baldas y las perchas del armario. Continuó hablando:

—Seguro que lo pasarás bien. No hemos pasado demasiado tiempo juntos, pero creo que mis amigos te gustarán. Y, como te vas de casa, será la forma de que sigas quedando con nosotros, *ya tú sabes*. Necesitas amigos en la ciudad.

Tenía razón. A parte de Carlos y Carmena, no podía decir que conociera a más personas con las que salir, aunque en la redacción había gente muy divertida y estaban comenzando a salir propuestas interesantes para que los acompañara a descubrir la ciudad, pero todavía no habíamos hecho ningún plan y, además, todos mis compañeros eran mayores. Así que no lo pensé demasiado.

—Pues sí, Ron. Me apetece salir esta noche.

La Elena *súper* periodista también tenía que divertirse además de trabajar. Música, charla y gente joven, no pintaba nada mal. Cuando acabé de colocar toda la ropa, me di una ducha rápida en mi nuevo baño y me vestí con una falda corta y un top claro. Me maquillé los ojos en tonos oscuros y me pinté los labios en rosa pálido. Me miré en el espejo y fue increíble la sensación que me recorrió, era como si me viera por primera vez después de mucho tiempo, de años en los que me había ocultado bajo una tupida capa de invisibilidad. Era yo de

nuevo. Elena había vuelto alegre, dispuesta a divertirse y a no dar explicaciones a nadie. Ron sonrió cuando me vio salir del baño y asintió con la cabeza. No dijo nada, no hacía falta. Regresamos a casa de mis tíos para cenar antes de salir.

Subimos al coche y, antes de llegar a la fiesta, pasamos a buscar a una amiga suya con la que llevaba tiempo tonteando. No era nada serio ni nada oficial, pero a él se le notaba ese brillo en los ojos y ella bebía los vientos por mi primo. Era divertido observarlos y ver cómo intentaban disimular que lo que sentían era más fuerte que lo que demostraban en realidad. Se llamaba Janys.

Llegamos a un local de moda cerca del Malecón, lleno de gente, música y mucha cerveza Presidente. Los amigos de Ron eran surfistas en su mayoría, tíos bastante *buenorros* con pelazo, algún rubio oxigenado y poco dado a los peines, con moreno natural o adquirido por las horas pasadas buscando las mejores olas. Visto así, estaba bastante bien para una recién llegada, pero lo mejor era comprobar que tenían un poco, escaso o nulo sentido del ritmo, por fortuna para mí, que era un pato con dos pies izquierdos. A ellos, los surferos, les gustaba la música *rock* y, si tenían que salir a la pista, lo hacían para cantar a gritos los estribillos mientras saltaban abrazados como buenos amigos o como una panda de descontrolados divertidos. Pero para bailar, lo que se consideraba bailar dando dos pasos seguidos, no había ninguno. Estuvimos charlando y riendo de sus historias surferas, de las mejores tablas y olas, de los fines de semana en Cabarete y Puerto Plata y de lo mucho que ligaban. «Bueno, son tíos y de algo tienen que presumir, ¿no?», reí. Y todo entre cerveza, cerveza y más cerveza, había perdido la cuenta. Así que yo, la pato, me atreví a salir a la pista a moverme para ver si me bajaba algo la tontería que se me había subido a la cabeza. Porque no estaba borracha, pero contenta, mucho. Tan contenta que no me importaba bailar sola en medio de la pista. ¿Yo? ¿Bailar? ¿Seguro que no había bebido más de la cuenta? Sí, claro que sí. Si no, ¿de qué iba a estar allí dándolo todo al ritmo de *Smells Like Teen Spirit* de Nirvana? También estaba saltando y gritando como el mismísimo Kurt Kobain sin importarme lo más mínimo quién me viera o qué pensarían. Bajó el ritmo con *Nothing Else Matters* de Metallica y caí en el arrullo de la voz rota de James Hetfield. Cerré los ojos y comencé a moverme de forma suave y relajada sin pensar en nada. Me dejaba llevar por la música, levantaba los brazos sobre mi cabeza, me contoneaba, daba vueltas lentamente y sacudía la cabeza

al ritmo provocador de la batería. Disfrutaba. Me sentía viva. Era yo. No había nada más. No había nadie más. Hasta que noté que alguien se movía con torpeza a mi lado intentando seguir mi ritmo. Era Jey, uno de los amigos de mi primo.

—Bailas bien —dijo demasiado cerca de mi oído.

Le di las gracias mientras se me escapaba una risa. Si Jey pensaba que bailaba bien, es que él lo hacía realmente mal.

—A ti no te va mucho lo de bailar, ¿no? —grité para que me escuchara por encima de la música.

Dio un trago a su cerveza mientras se acercaba más a mí y entonces dijo:

—No mucho. No soy de esta vaina, pero voy a hacer una excepción.

Me fijé en su pelo revuelto, despeinado, de un rubio claro natural que acentuaba el moreno de su piel. Me miraba con unos pequeños ojos marrones vidriosos por el alcohol y una gran sonrisa que tenía algo de misteriosa; quizás por la forma en que curvaba los labios, parecía un encantador de serpientes. Era atractivo y lo sabía. Se le notaba que estaba habituado a flirtear, estaba muy seguro de sí mismo. Se acercó todavía más y me cogió la cintura sin soltar el botellín mientras volvía a sonar Nirvana con *Come As You Are*.

—Bella, te deben de haber dicho mil veces que eres preciosa.

Sonreí sin decir nada, hacía mucho tiempo que no me veía en una situación similar. Y me gustó. Era cierto que aquella noche me sentía muy bien, segura y confiada y también, tenía que reconocerlo, muy achispada por la cerveza. Sentía a Jey muy cerca. Su voz, su aliento junto a mi cuello. Seguía susurrándome al oído, pero hacía rato que no le escuchaba, solo bailaba. Apoyaba mis manos en sus brazos y él seguía aferrado a mi cintura. Podía escuchar el intenso latido de mi corazón en el pecho como si tuviera vida propia y me estuviera gritando en silencio que quería volver a sentir. Cerré de nuevo los ojos. «Elena, disfruta, baila, ama, vive y respira, respira todo lo que necesites». Aquellas habían sido las palabras de mi madre. Vinieron a mi cabeza justo en el momento en el que sentí sus labios sobre los míos.

Y respondí a sus besos.

Cielos, si respondí. Mi boca se abrió a recibir la suya como si llevara mil años esperándole. No era consciente del anhelo que tenía por sentir otros labios, de saberme deseada otra vez. Sus besos eran intensos, apasionados, contundentes y con sabor a cerveza, y los míos

surgían del deseo y la necesidad. La necesidad de romper con años de dependencia, de sentir que alguien quería estar conmigo así, sin compromiso, sin órdenes, sin imperativos, solo estar y disfrutar el momento devorándonos en cada beso, siendo fuego. Era totalmente físico y me aferré a esos besos para volver a experimentar, después de mucho tiempo, el deseo. Sin ninguna expectativa más. Sin ningún remordimiento más. Solo sentir escalofríos en cada célula de mi cuerpo cada vez que me acariciaba. No eran mariposas, era un torbellino arrollador. Y me gustaba.

Seguíamos besándonos en la pista de baile mientras sonaba *Basket Case* de Green Day. Notaba que la gente saltaba a nuestro alrededor, que habían vuelto a subir las revoluciones. Pero habíamos dejado de ser conscientes de dónde estábamos. Sus manos recorrían mi espalda, las mías su cuello, sus hombros, su pelo revuelto, me agarraba a él para sentirlo, para que no desapareciera lo que estaba experimentando.

—¡Eh, chicos! Os vamos a tener que llevar a un hotel —dijo Ron.

Volví de repente a la realidad. La cerveza me bajó a los tobillos de golpe. El alcohol se evaporó de mi organismo en un microsegundo. Estábamos en mitad de la pista y nos habíamos perdido por completo. Nos separamos para mirarnos entre sonrisas provocativas intentando recuperar el aliento. Necesitaba ralentizar el ritmo cardíaco, si aquello era posible en medio de tanto deseo desbocado, y nos sentamos junto al resto del grupo. Besos furtivos, manos entrelazadas, caricias, miradas intensas y tonteo, mucho tonteo había entre nosotros. Tardamos poco en marcharnos a un rincón más privado de la sala y seguir donde lo habíamos dejado. No pensé en nada, en nadie, había apagado mi mente… Pero algún pensamiento huérfano apareció para que regresara algo de la Elena racional, la de las normas, y se abrió paso hasta mi boca.

—Jey... Yo... Tengo novio —balbuceé mientras nos besábamos.

Sentía como si tuviera sobre mis hombros a la Elena buena y a la mala luchando entre ellas. Mi consciencia quería tomar el control, pero la Elena mala intentaba taparle la boca con cinta aislante.

—Tranquila, bella. No creo que esta noche aparezca por aquí —contestó sin dejar de besarme mientras sus manos se dirigían a una zona prohibida.

Empecé a balbucear una excusa para que paráramos, pero me quedé a medias sin llegar a decir nada. Pensaba. Estaba pensando. No

quería pensar. Quería perderme, como antes, sin conciencia, sin remordimientos, sin dirección.

—Ahora estás aquí conmigo, olvida el resto —dijo él a continuación y me calló a besos.

Su deseo era cada vez más intenso. Sus labios recorrían mi cuello, mi boca, su anhelo se desbocaba… Y Ron volvió a aparecer.

—Prima, nos vamos para casa. Venga, Jey, ya está bien por esta noche.

Intentó apartar a su amigo de mí agarrándolo por el hombro.

—Menuda vaina, Ron. No me seas *mamagüevos*[5].

—No lo seas tú. Nos vamos todos.

Mi primo estaba enfadado, muy enfadado. Su ceño fruncido, su cara de pocos amigos apagó de golpe todo el fuego que sentía en mí y nos marchamos dejando al resto despidiéndose. Conducía en silencio. Se podía cortar el aire dentro del coche a pesar de que Janys intentó tranquilizarlo, pero no dijo palabra. Cuando la dejó en casa, me cambié al asiento del copiloto. Ron seguía enfadado y me costaba entender por qué. Quizás no le gustaba que estuviera con sus amigos, no encontraba ninguna otra explicación.

—Mañana me iré al nuevo apartamento, Ron, y podrás descansar una temporada de mí —dije medio en broma, medio en serio para romper el silencio. No me gustaba nada verlo así.

—No quiero descansar de ti, Elena. No eres tú, es el imbécil de Jey. No mereces un tipo como él.

Otra vez el silencio. Conducía por la arteria principal de la ciudad sin despegar los ojos de la carretera.

—Seguro que te ha llamado «bella», ¿a que sí?

Lo miré con sorpresa asintiendo con la cabeza.

—Jey coge lo que le gusta y lo tira cuando se cansa. Ni siquiera intenta aprenderse el nombre de la tía con la que está. —Cambiaba constantemente de carril para adelantar sin despegar la mirada de la carretera—. Es mi amigo desde hace mucho, pero con las tías es un completo capullo.

Y ahí, justo en ese momento, mi corazón dejó de latir durante un microsegundo. Una noche divertida se acababa de transformar en dolor, en frustración. Me sentí utilizada, aunque, para ser sincera, yo también había utilizado a Jey; me había perdido en sus besos para callar la boca a mi pasado, para demostrarme a mí misma que era capaz de ligar, de gustar a alguien, de decidir, aunque no hubiera

salido como esperaba… ¿Y cómo esperaba que saliera? Pues no lo sabía, no lo había pensado. A eso se reducía todo: no había pensado. Nada de nada. Cero. Me había dejado llevar por el momento, por el deseo. Había disfrutado, había sentido y no había estado nada mal.

—No te preocupes, Ron. Yo tampoco he pensado demasiado lo que estaba haciendo. Tanta cerveza me ha nublado la cabeza. —Eso era, la culpa del alcohol, eso siempre funcionaba—. No estoy buscando un novio, para nada. Así que lo de Jey no tiene ninguna importancia.

Por fin se giró a mirarme. Lo hacía por primera vez desde que habíamos salido del local y vi una pequeña sonrisa.

—Está bien. Pero no esperes que te llame ni nada por el estilo. Mañana te habrá olvidado y se irá a por otra.

Le sonreí, pero por obligación. Jey no significaba nada, pero tampoco es que me gustara que me olvidara así de rápido, que una tenía su orgullo y dejar algo de huella en alguien después de tanto tiempo habría estado bien. Miré por la ventanilla las luces de la ciudad, pero Ron me hizo volver de golpe de mis pensamientos.

—Elena, solo intento evitarte más dolor…

¿Pero qué…? ¿Qué sabía él de dolor? ¿De mi dolor? ¡Ala! Definitivamente se acababa de ir a la mierda una noche que, hasta entonces, había estado muy bien.

Lo miré con dos interrogantes en los ojos y él me miró con pena. ¡¡Con pena!! ¡¡Por favor!!

—Carmena me explicó algo de lo que te había pasado. Y no mereces que alguien como Jey te trate así.

Puso su mano sobre la mía y la apretó mientras seguía conduciendo.

No supe contestar nada, ni una frase, ni una palabra… Solo un sonido que no me comprometía a nada. Pero, de golpe, me llegaron las palabras:

—Ron, no te preocupes por mí, en serio. Esta noche lo he pasado muy bien, me he sentido otra vez como cuando no tenía novio, cuando me sentía completamente libre. Lo de Jey ha estado bien, muy bien, pero no hay nada más.

Él no dijo nada y yo puse los ojos en blanco.

—De verdad, que no me he enamorado de tu amigo, así que no me puede hacer daño… —fui clara.

Él me miró e intuí que también quería saber algo más.

—En cuanto a lo de Víctor, es otro tema. Ahí tengo mucho que

pensar, pero lo de esta noche me ayuda a descubrir lo que quiero. Además —me salió un tono burlón—, he venido a trabajar, no a buscar novio. Así que todo bien. Jey no importa, no te preocupes, en serio.

Me miró con una gran sonrisa. Volvía a ser Ron, sin enfados, sin las cejas juntas. Estábamos llegando a casa y, antes de salir del coche, me dijo:

—Prima, tienes mi teléfono. Llámame siempre que lo necesites.

Asentí con la cabeza y con una gran sonrisa se lo agradecí.

En aquel rincón del mundo había encontrado un amigo que se preocupaba por mí, una familia que me cuidaba tanto como la mía. Descubrí que mi primo, el introvertido, el que casi no hablaba conmigo, había estado velando por mí todo el tiempo y supe que podría acudir a él en cualquier momento.

---

5 Insulto dominicano.

9
¿En serio?

Santo Domingo, junio 1997

A las diez de la mañana había quedado con Marisa para ir al aeropuerto a buscar a los que serían mis nuevos compañeros de trabajo, de piso y, deseaba, mis nuevos amigos. Todo genial si no fuera por el tremendo dolor de cabeza que arrastraba, a pesar de que intentaba esconderlo bajo unas enormes gafas de sol de pasta negra con forma de ojos de gato que me había prestado Carmena. La cerveza descontrolada me estaba pasando factura delante de mi jefa.

—Tienes cara de cansada —me dijo mientras íbamos de camino.

—Anoche salí con mi primo y sus amigos y me ha costado dormir, pero estoy bien. Esta noche recuperaré horas de sueño en mi nueva cama —contesté bromeando.

¡Ah! Pinchazo en la cabeza. Esperaba que el ibuprofeno que me había tomado con el desayuno me hiciera efecto pronto.

Mientras ella conducía, perdí la vista en el paisaje marítimo que tenía a mi lado. Nada de pensar, nada de hablar durante un rato. Por suerte, Marisa había puesto la radio con el volumen muy bajo y la música era tranquila. No me cansaba de ver palmeras, arena y agua turquesa, me parecían un regalo que tenía que aprovechar después de toda una vida en la ciudad repleta de edificios grises y tristes plataneros solitarios en las aceras.

—¿Estás lista para independizarte? —Escuché que me hablaba y regresé de la ensoñación.

—¿En serio? Me he ido de casa, de mi país, ¿y me preguntas si estoy lista?

Reímos a la vez. El pinchazo en la cabeza fue más leve. Buena señal.

—Estoy convencida de que te irá bien aquí, Elena. Eres fuerte y te

adaptas bien. En estos días has demostrado una gran capacidad de trabajo y te llevas muy bien con todos. Eres organizada y eso me gusta. Si sigues así, dentro de poco podrás escribir de lo que quieras.

Esa era la confirmación que esperaba. Después de la tragicomedia de noche que había pasado, sus palabras me decían lo que quería escuchar, que debía centrarme en el trabajo, que era a lo que había ido y olvidarme del resto… Vale, ella no dijo eso, pero era lo que yo quise entender.

Marisa conducía de forma relajada, con serenidad, sin acelerones ni adelantamientos ni cambios de carril constantes como hacían mis primos y el resto de los conductores del país. Incluso utilizaba los intermitentes. Era como si el caos circulatorio no fuera con ella.

—Gracias, Marisa. Intento aprovechar al máximo esta oportunidad. Sé que tengo mucha suerte de estar aquí y hacer algo que me apasiona. Te aseguro que voy a poner todo mi empeño en hacerlo lo mejor posible. Porque quiero escribir y quiero que te guste lo que escribo.

Me miró con calidez, con ternura y un toque de orgullo. Sonrió.

—Hemos llegado. Agarra el cartel con los nombres y vamos a buscarlos.

Estábamos en la terminal de llegadas, entre las decenas de personas que esperaban, aunque no nos metimos en la multitud, nos quedamos a un lado, cerca de la rampa por la que descendían los recién llegados. Esa misma rampa por la que había caminado hacía un mes cuando mi cuerpo comenzó a sudar descontrolado. Reí al recordarlo y Marisa me miró interrogándome con la mirada. Le expliqué mi primera experiencia en el país: el sudor, mi primo levantando una libreta con mi nombre y los taxistas que querían llevar mi equipaje a sus coches. Parecía que habían pasado mil años y lo bueno es que me había aclimatado porque ya no sudaba… tanto. Entonces no hubiera pensado que un mes después estaría allí en el lado contrario, esperando la llegada de dos desconocidos y alzando un cartel con sus nombres: Hugo Martín Pérez y Juanra Expósito Del Prado.

Veíamos salir parejas de recién casados. Se notaba en sus miradas, las risas tontas y la forma de agarrarse de las manos siempre y cuando él no estuviera cargando con todo el equipaje y ella se conformara con llevar colgado del antebrazo el último modelo de la marca más cara de complementos. También grupos de amigos que se hablaban a gritos adelantándose a las futuras borracheras del todo incluido; y de amigas

que los miraban entre risas descaradas y miradas provocadoras. Algún ejecutivo por la forma de vestir y de dirigirse al chófer privado que lo estaba esperando, y muchas familias dominicanas que regresaban al hogar.

Vimos a un muchacho joven un poco despistado, con la mirada perdida entre la multitud sin saber a dónde dirigirse y supe que era uno de ellos. Estaba haciendo lo mismo que hice yo: buscar algo sin saber qué. Era moreno, de pelo liso y corto peinado con una perfecta raya al lado, con gafas de pasta oscuras que se apoyaban en una nariz delicada y afeitado de forma perfecta. Lo veía bajar la rampa y seguía buscándonos, haciendo visera con la mano en la frente para evitar que el sol le deslumbrara. Vestía pantalón vaquero negro y un polo azul marino que, por suerte para él, disimulaba bastante bien las marcas de sudor que comenzaban a crecer bajo las axilas. Sonreí al recordar el bofetón de calor con el que me recibió la isla y al que conseguí aclimatarme con el paso de los días. Era algo más alto que yo y arrastraba una gran maleta, parecida a la que había traído yo misma unas semanas antes, también cargada de sueños y expectativas. Nos saludó con la mano y una sonrisa algo tímida cuando vio su nombre.

—Hola, soy Hugo —dijo empujando el puente de sus gafas.

Marisa le extendió la mano para saludarlo. A su lado, yo lo observaba intentando averiguar algo más de mi nuevo compañero de piso.

—Hola, Hugo. Soy Marisa, hemos hablado por teléfono. Y ella es Elena, también trabaja con nosotros y viviréis juntos.

Me miró con curiosidad y los ojos agotados. Bajo las gafas se intuían unas leves ojeras, algo que no me extrañó después del largo viaje. Como no le extendí la mano igual que había hecho Marisa, se acercó a saludarme con dos besos… Hacía tiempo que nadie me daba dos besos y reí. Él me miró con curiosidad.

—Perdona, Hugo. Es que aquí saludan con un beso y hace un mes que nadie me da dos —dije para que no creyera que me reía de él.

—No te preocupes. Tendré que acostumbrarme a este país —sonrió al hablarme.

Tenía una mirada limpia, de persona en la que se podía confiar con los ojos cerrados.

Mientras lo observaba, se acercó también un chico que había descartado pensando que iba con uno de los grupos de amigos del todo incluido. Iba despistado, pero no lo normal en aquella situación,

sino muy despistado, demasiado. Vestía una camisa clara remangada y arrugada, muy arrugada, como si estuviera recién sacada de una secadora que se había puesto más tiempo del necesario. Unas bermudas verde militar y chanclas de goma negras. ¿Chanclas de goma? ¿En serio? Ese tío venía directo de la playa o de una fiesta… O pensaba aterrizar en una. En la espalda cargaba una pequeña mochila colgada sobre un hombro. Nada más. Ni maleta grande ni pequeña ni mediana. Nada. Solo una mochila. Se tocaba el pelo pasando el flequillo de un lado a otro de forma inconsciente, con gestos nerviosos. Hacía tiempo que esa cabeza no tenía la fortuna de conocer un peine. Me pareció raro. Él, todo entero, era raro.

—¿Sois de la editorial? —Además de los gestos extraños tenía una risa nerviosa, de esas que te contagiaban también de nerviosismo—. Me han dicho que vendrían a buscarme.

—Tú debes de ser Juanra —contestó Marisa.

Seguía riendo sin mirarnos a ninguno en concreto. Vi que Hugo estaba tan sorprendido como yo. Volvió a empujar el puente de las gafas mientras lo miraba de arriba a abajo.

—¿Y el equipaje, Juanra? —preguntó intrigada Marisa.

—Aquí, en la mochila —dijo sin preocupación alguna señalando el bulto que llevaba a la espalda.

Las dos nos miramos sin entender nada, pero mi jefa decidió no hacer más preguntas. Pensé que, después de tantos años, estaría acostumbrada a ver de todo.

—Perfecto. Pues ya estamos —dijo iniciando la marcha—. Vamos al coche. Os quiero llevar a un lugar relajado para que nos conozcamos antes de ir al apartamento.

Marisa salió del aeropuerto en dirección contraria a la capital, rumbo a Boca Chica. Pocos minutos después paró en un aparcamiento en el que había dos coches más, era el aparcamiento del restaurante Atlantis situado, literalmente, sobre el mar. La entrada estaba pintada de blanco intenso con el nombre del local en azul celeste. La zona de recepción era oscura, toda rodeada de madera de caoba con bambú a su alrededor, como si entraras en la boca profunda de un lobo y de repente llegaras a la zona más luminosa, clara y brillante que pudieras encontrar al aire libre. Era como atravesar un túnel y quedar cegada por el sol al salir. El efecto que habían conseguido era sobrecogedor, abrumador, como sentirse una mota de polvo atravesada por el haz de luz más puro e intenso.

Había una primera zona de mesas bajas y bancos corridos junto a las paredes llenos de cojines mullidos que invitaban a sentarse para estar con los amigos. Todo bajo toldos beige que filtraban el sol y el calor.

A partir de ahí se extendía una pasarela de madera sobre el mar en la que se había creado la zona de restauración dividida también en dos espacios: el primero con mesas más grandes también bajo toldos que cubrían todo el espacio y el segundo, hacia el final de la pasarela, con mesas para menos comensales protegidas del sol con estructuras revestidas de hojas de palma que las integraban de forma perfecta en el paisaje, como si pudieras comer bajo las palmeras a la vez que lo hacías dentro del mar. En aquel espacio se cuidaba hasta el más mínimo detalle. Los manteles eran blancos, sin una sola arruga, las servilletas de tela, las copas de cristal acompañadas de flores en el centro de las mesas que daban un toque de color, la cubertería pulida y brillante y había pequeños detalles marinos en tonos azules en cada rincón. Varios trabajadores estaban dejando las mesas preparadas para el servicio de mediodía, incluyendo un pequeño vaso con vela acompañando a las flores del centro. Pensé que aquel lugar sería increíble de noche, con una puesta de sol junto a una buena botella de champán y una comida de diez, porque allí se tenía que comer de maravilla.

Nos quedamos en la zona más de batalla, en la que esperabas mientras tomabas algo hasta que te daban mesa. Marisa se sentó en uno de los bancos lleno de cojines en tonos azulados y fui a su lado. Los chicos se sentaron frente a nosotras. A Hugo se le notaba algo tenso y Juanra seguía igual, con ese aura extraño que lo acompañaba.

Pidieron unas cervezas después de que Marisa les recomendara que probaran la Presidente, la oficial del país, y a mí casi me diera una arcada. Yo me decidí por una piña colada, sin alcohol, respetando el mensaje que me acababa de enviar el estómago. Estuvimos hablando de las ganas que teníamos de aprender y crecer como periodistas y de que nos parecía una gran oportunidad hacerlo, a la vez que nos independizábamos de nuestras familias. Era como una oferta dos por uno y las recompensas eran libertad, independencia y trabajo. Para los tres era nuestro primer trabajo serio.

Hugo me pareció muy sensato. Era la cordura y la razón hechas persona. Tenía muy claro que su objetivo era desarrollarse como periodista y conseguir la máxima experiencia para regresar a España

con un buen currículo que le facilitara el acceso a un trabajo. Quería aprender al máximo y escribir, escribir y escribir, porque era su gran pasión. Venía dispuesto a embeberse de la vida del país y hacer los mejores artículos sobre ella. Tenía las cosas muy claras… Ojalá me pasara igual, aunque yo también había ido allí con la misma intención, dejando de lado que también escapaba de una relación, así que me iba a centrar en lo que importaba: el trabajo. Nada de distracciones como la de la noche anterior.

En cambio, Juanra era todo lo contrario: un loco divertido, o eso me pareció al principio. Nos explicó entre risas que había venido a vivir una aventura lejos de casa, a disfrutar, a pasarlo bien… Y para hacerlo necesitaba dinero, más dinero del que le mandaban desde casa. Así que el trabajo había sido la excusa perfecta para sus padres. Seguía maltratando su flequillo de lado a lado mientras decía que quería descubrir la isla, su gente, sus fiestas y sus mulatas.

A Marisa y a mí casi se nos salen los ojos de las órbitas al escucharlo. Ni una mención al trabajo, así que la cara de mi jefa era un poema: se iba desencajando por momentos, aunque intentó disimular dando un trago a su cerveza. Marisa era elegante hasta para llevarse la botella a la boca.

—Entonces, ¿viviremos los tres juntos? —preguntó Juanra mientras me miraba.

Ella asintió con la cabeza.

—Elena ya está instalada —explicó—. Ahora os llevaré al apartamento y podréis descansar hasta mañana. A las nueve os esperaré en la editorial para explicaros cómo funciona todo y qué tendréis que hacer. Me gusta la puntualidad —recalcó—. No olvidéis que habéis venido a trabajar.

Marisa dirigió sus últimas palabras a Juanra clavando su mirada en él.

—Estupendo —contestó sin darse por aludido—. Así esta tarde me puedo ir de compras.

Los tres lo miramos con cara de sorpresa. Si me hubieran pinchado en ese momento, no me habrían sacado sangre, lo prometo.

—¿De compras? —No pude quedarme callada.

—Claro, iré a comprar ropa. Vengo con lo puesto. —Soltó una gran carcajada.

¿Se podía ser más raro? En aquel momento no me hizo ninguna gracia y creo que, a Hugo, por su expresión, tampoco. No habíamos

tenido una buena primera impresión y comprendí que necesitaría paciencia para acostumbrarme a él y a sus ocurrencias. Era la primera vez que iba a vivir con personas que no eran de mi familia, así que debería intentar que la convivencia fuera pacífica o, por lo menos, soportable. Me alegré mucho de haber escogido la habitación grande, porque intuí que pasaría mucho tiempo en ella.

Y eso fue justo lo que pasó. A medida que pasaban los días, Hugo y yo nos entendíamos a la perfección. Era tan metódico, tan ordenado y responsable que aportó el toque de cordura y sensatez que necesitaba en mi vida. Gracias a sus rutinas, establecimos turnos en casa y pudimos organizar la convivencia evitando que el caos y el desorden se apoderara de nosotros. Las zonas comunes estaban en perfecto estado de revista, cualquier madre las hubiera aprobado, y las privadas solo había dos formas: ordenada o con pilas y pilas de ropa, sin distinción entre sucia y limpia, amontonadas en el suelo, como si el armario fuera un simple accesorio al que no había que darle uso. Era fácil intuir cómo era la habitación de cada uno.

En cuanto al trabajo, Hugo sobresalió por encima del resto de periodistas, incluidos los que llevaban más años en la redacción, por su pulcritud a la hora de escribir los textos. Todos los datos que aportaba estaban contrastados, ofrecía las dosis necesarias de información para que los lectores sacaran sus propias conclusiones, desarrollaba una buena estructura, ordenada y con análisis muy detallados de las informaciones y hechos de actualidad y, evidentemente, lo llevaron directo a *Aquí y ahora*. Tenía que aprender los intríngulis de la sociedad dominicana, pero estaba preparado para desarrollar cualquier tema que le encargaran, así que comenzó con reportajes más generales y entrevistas y, poco a poco, llegó a escribir sobre política, economía y sociedad. Hugo había nacido para escribir.

En el otro extremo estaba Juanra. No es que fuera lo opuesto a Hugo, no. Es que parecía venido directo de otra galaxia. Su compromiso con el trabajo era el justo e imprescindible para cobrar a final de mes. Y no es que escribiera mal, qué va. Lo hacía bien, pero su vida no era trabajar. Intentaba entenderlo y respetarlo, porque su filosofía era que a la vida no habíamos venido a trabajar, sino que el trabajo era parte de nuestra vida, pero yo me tomaba aquella oportunidad como única y me dolía que él no la valorara. Quizás porque a mí me había costado más que a él llegar hasta allí.

Juanra había crecido teniéndolo todo. Disfrutaba de una vida llena

de comodidades y sin carencias en la que no tenía necesidad de esforzarse para conseguir lo que quería, así que se había acostumbrado a que, con solo abrir la boca o incluso antes, ya tenía lo que deseaba, desde el capricho más pequeño hasta la mayor locura. Con el tiempo me di cuenta de que todavía era un niño pequeño, mimado y caprichoso. Y pretendía seguir siéndolo el resto de su vida. Pero se olvidaba de que ya no estaba en casa con sus papás y, seguramente, con personal de servicio incluido.

Los sábados aprovechábamos para hacer limpieza general. En realidad, Hugo y yo hacíamos tareas mientras Juanra no dejaba de dar vueltas por el apartamento sin hacer nada concreto. Uno de aquellos días, a media mañana, salí de la cocina sudando a chorros y cargada con un cesto de mi ropa recién lavada ¡a mano! Era urgente conseguir una lavadora, porque lavar sábanas y toallas a mano era de lo más pesado que había hecho en esta vida. Y, para colmo, después de la colada tenía que subir hasta la azotea del edificio, sin ascensor, para tender toda la ropa al sol.

—Elena, ¿me planchas la camisa?

Juanra estaba sentado en el sofá con un montón de ropa arrugada a su lado sin saber qué hacer. Y yo me estaba volviendo loca: por un momento me pareció ver a Víctor sentado en el lugar de Juanra. ¿Pero qué hacía Víctor ahí rodeado de ropa? Sacudí la cabeza para eliminar esa visión y me planté ante él cargada con el cesto, estaba segura de que podía ver el humo que me salía por las orejas. La respuesta me salió del alma:

—¿En serio? ¿De verdad tienes tanto morro o es que te lo hacían todo en España?

Cerré la puerta principal de un leve portazo para remarcar la indignación que sentía y escuché una gran carcajada de Hugo, que estaba barriendo el salón. Aquella fue la primera vez que dejé de oír la risa nerviosa de Juanra. Mientras subía los cinco pisos del edificio, pensé que vendería mi alma al diablo si era necesario por una lavadora, pero por nada del mundo plancharía, lavaría, cocinaría o haría cualquier otro verbo que implicara labores domésticas para un compañero de piso que no demostraba ningún tipo de preocupación o respeto por los demás. Se había pasado mucho de la raya y mi paciencia llegaba al límite. No era la primera vez que me pedía que le planchara o le lavara la ropa, porque decía no saber hacerlo. Era tal el acoso que sentía por su parte en cuanto a los trabajos de casa, que me

parecía un crío o un adolescente trasnochado al que ya no soportaba.

Refunfuñé sobre la situación mientras subía las escaleras sin dejar de sudar… «Pues ¡aprende, tío! ¡Aprende, que ya tienes casi 23 años!», estaba hablando sola. Después de tender la ropa me senté un rato en la azotea para relajarme y sacar a Juanra de mis pensamientos. Sin embargo, me llegó uno que era peor: ¿me enfadaba tanto con él porque pensaba que mi vida con Víctor iba a ser así? ¿Por eso me había parecido verlo? ¿Era esa la vida que me esperaba junto a él? Recordé cuando Víctor decía cosas como: «Espero que hagas las lentejas tan buenas como las de tu madre, que están espectaculares» o «no te preocupes, que el piso tiene una cocina increíble, te encantará seguro». Lo cierto era que Víctor estaba acostumbrado a que su madre lo hiciera todo en casa, así que sí, quizás Juanra me estaba recordando demasiado a él.

Sacudí la cabeza con fuerza para expulsar esa idea y me levanté para asomarme a mirar la ciudad, una ciudad que desde allí se veía llena de tejados, inundada por el canto de las aves tropicales y con el azul del cielo más limpio que había visto en años. Olvidé a Juanra. Olvidé a Víctor. Olvidé la ropa y la cocina. Cerré los ojos y respiré con ganas.

Pareció que mi enfado surtió efecto y Juanra se encargó de la cena aquel día. En realidad, era a lo único que se comprometía de vez en cuando. Lo cierto era que tenía mano para la cocina; sin embargo, sus propuestas de cena eran de *delicatessen*: salmón a la plancha a las finas hierbas, filetes de ternera al roquefort, setas salteadas con tomate deshidratado… Juanra creía que vivía en el Ritz, pero nosotros no podíamos permitirnos sus caprichos. Olvidaba que éramos tres novatos en el trabajo, viviendo en un piso compartido, en un país con alimentos diferentes a los nuestros. Si hasta para comprar pimientos o tomates casi teníamos que empeñar un riñón.

Por suerte para mí, mi habitación era grande y Ron me había prestado un radiocasete que tenía por casa. Así que aquel era mi espacio, mi lugar, mi desconexión. Me tumbaba en la cama a leer con música de fondo y pasaba las horas hasta que me dormía. Lo de ver la televisión, la «imprescindible, magnífica y maravillosa» televisión de tubo con cuernos era imposible: solo se sintonizaba la televisión nacional y tampoco se veía bien. En casa de mis tíos, como casi en el cien por cien de los hogares dominicanos, había televisión por cable que permitía ver canales internacionales. Incluso en las viviendas más

humildes se las ingeniaban para conseguir antenas parabólicas. Nosotros debíamos de ser los únicos pardillos del país que solo podíamos ver tele local y, claro, pues no la veíamos. Así que la tele apagada y sin lavadora…

Grité al pensarlo.

Otra de las sorpresas de la convivencia me la dio Hugo cuando descubrí que era *heavy*. Me reí al no esperar para nada que esos fueran sus gustos musicales. Cuando recordaba la primera imagen que tenía de él en el aeropuerto con el polo bien puesto y peinado de forma perfecta con la raya al lado, pensé que le pegaba más la música clásica: Beethoven, Tchaikovsky, Mozart o algo por el estilo… Pero *heavy* hubiera sido lo último en lo que pensara. Tenía camisetas que solo se ponía para estar por casa, nunca para ir al trabajo, o cuando salíamos a comprar o a tomar algo con los compañeros de trabajo. Metallica, Iron Maiden, AC/DC o Guns N' Roses eran su fondo de armario y se convirtieron en parte de la banda sonora de las tareas domésticas, compartiendo espacio musical con Maná, Alejandro Sanz o Texas, que eran mi aportación para contrarrestar tanto grito de *rock* duro. Convivíamos y me gustaba la tranquilidad que sentía.

¿Qué escuchaba Juanra? Pues ni lo sabía y, francamente, ni me importaba.

Al salir del trabajo Hugo y yo aprovechábamos para comprar algo que nos faltara en casa, normalmente agua embotellada, y paseábamos por las calles secundarias para descubrir la ciudad relajados. Hablábamos de lo que habíamos escrito, de cómo había ido alguna entrevista, de lo que nos sorprendía cada día la ciudad y su gente, de los compañeros y sus curiosidades o de nuestros libros y películas favoritas. Siempre nos acompañaba música de fondo, porque en Santo Domingo, además de escuchar los pájaros en la espesura de los árboles, también había merengue y bachata saliendo de cualquier hogar a todas horas. Muchas tardes también nos acercábamos al centro comercial donde trabajaba mi tío y aprovechaba para ayudarlos en el cierre mientras Hugo y Ron hablaban de sus cosas. A veces, cenábamos en casa de mis tíos y después Ron nos acercaba al apartamento. La verdad era que todo fluía mejor de lo que había imaginado cuando Juanra no estaba. Nos cruzábamos por el pasillo o por la mañana preparando el desayuno, pero poco más. Él vivía en su habitación cuando estaba en casa y yo intentaba no encontrármelo, así que casi era como si no estuviera allí.

10
Aprendiendo

En algún lugar sobre el océano Atlántico, enero 2018

Tu risa me devuelve a la cabina del avión. Te miro alzando una ceja y levantas las manos a la defensiva.

—Perdona, es que me hace gracia la vida que llevabas allí —dices—. ¿Lo de la lavadora es en serio? No puedo ni imaginar tener que lavar toda la ropa a mano.

Sigues riendo.

—Claro que es en serio. Los comienzos no suelen ser fáciles y en la capacidad de adaptación está el nivel de supervivencia —contesto haciendo una mueca burlona en respuesta a tu risa—. No puedes ni imaginar lo que es vivir con personas a las que acabas de conocer en un país extraño, con una cultura diferente y aprendiendo cada día algo nuevo.

Mirándolo con perspectiva, aquellas pericias consiguieron hacerme crecer como persona. Enfrentarme a nuevos retos dentro de la cotidianeidad me permitió conocerme mejor y afrontar mis límites. Tuve que salir de mi zona de confort a la fuerza.

—La vida es un largo aprendizaje —digo—. Pero aquel año fue un curso intensivo.

Me uno a tu risa.

—Por cierto —dices con una gran sonrisa—, me encantaría ver una foto de aquel sofá. Tenía que ser feo de narices.

La carcajada que suelto es tan grande que los pasajeros que van delante nuestro se giran con curiosidad.

—No te lo puedes ni imaginar —asiento sin parar de reír.

11
Peces muertos

Santo Domingo - Samaná, septiembre 1997

Después de un par de meses escribiendo sobre uñas, *spas*, tendencias en cortes de pelo, vestidos de verano, colores de pintalabios, maquillaje de ojos y composición de cremas antiarrugas que era el último encargo que me habían hecho, Marisa me llamó a su despacho. Dejé abierta la página web en la que estaba consultando los componentes antioxidantes naturales de las cremas para mujeres mayores de cincuenta años.

A finales de los noventa, en Santo Domingo, internet estaba muy extendido gracias a la influencia directa de Estados Unidos, mientras que en España todavía estábamos a años luz. Aunque era el principio y las webs eran estáticas. También eran habituales los teléfonos móviles entre la población cuando en España eran unos pocos los que comenzaban a utilizarlos. Aquellos primeros aparatos eran de gran tamaño y yo me hice con un celular[6] de última generación: un *zapatófono* porque, literalmente, era del tamaño de mi zapato.

Entré en el despacho de Marisa y me senté frente a ella. Crucé las piernas y apoyé mi libreta dispuesta a tomar nota de lo que me dijera, se había convertido en un gesto automático que hacía siempre para escribir las indicaciones que me daba para los textos que tenía que preparar.

—Elena, te va a llamar Laisy. —Levanté la cara para mirarla con sorpresa y vi que me estaba sonriendo—. Quiere encargarte un reportaje para *Aquí y ahora*. Han aparecido centenares de peces muertos en la bahía de Samaná y quiere que vayas allí a entrevistarte con la entidad ecologista de la zona que ha denunciado un vertido ilegal de un hotel. —Los ojos se me iban a salir de las órbitas y no conseguía cerrar la boca mientras Marisa se reclinaba relajada en su

silla dibujando una leve sonrisa. Se retiró una diminuta pelusa que tenía en la manga de su impoluta camisa blanca—. Por supuesto, también tendrás que hablar con ellos y recoger todas las versiones de los hechos. A ver si consigues saber qué ha pasado. De todas formas, Laisy te lo explicará mejor.

—¿En serio? —conseguí hablar—. ¡Me encanta! Claro… Por supuesto… —estaba balbuceando—. Hablaré con todos y escribiré un gran reportaje. Gracias, gracias.

Me había levantado de la silla de golpe y la libreta y el boli habían ido a parar al suelo sin que me diera cuenta. Estaba dando vueltas por el despacho, caminando sin parar, con la ilusión reflejada en mi cara. Marisa me miraba y sonreía divertida.

—Eso no es todo, Elena. Siéntate, por favor —dijo señalando la silla de la que me acababa de levantar.

—Claro, claro, perdona.

Me senté y vi en el suelo la libreta. Me agaché a recogerla.

—Aquí es donde entro yo. —Reclinó el cuerpo hacia delante apoyando los antebrazos en la mesa y agrandó su sonrisa. Consiguió intrigarme—. He pensado que vayas el próximo viernes. Ray irá contigo para hacer las fotos y os llevará Elías. Tienes todo el día para hacer las entrevistas que necesites y ellos regresarán por la tarde, pero creo que tú te puedes quedar allí. Es una oportunidad para que conozcas una de las zonas más bonitas de la isla y, ya que tienes que ir, aprovecha el fin de semana. Tengo un amigo que es dueño de un pequeño complejo hotelero en la zona. Si quieres, puedo pedirle que te reserve habitación, te hará buen precio. Y el domingo por la tarde vuelves en autocar. ¿Qué te parece?

Qué ¿qué me parecía? Tenía la boca tan abierta que me iba a costar un dolor de mandíbula. Me había dejado sin palabras. No solo iba a hacer mi primer reportaje de interés nacional, sino que me podía quedar todo el fin de semana en un hotel.

—¿Qué me dices? ¿Te apetece? Si no quieres, te puedes volver con ellos el mismo...

—¡No! —grité y no le permití acabar la frase—. Quiero decir: ¡sí! ¡Claro que sí! ¡Me quedaré allí el fin de semana! ¡Gracias! ¡Mil gracias, Marisa!

Chillé de la emoción mientras mi jefa se reía.

—*Okey*. *Okey*. Llamaré a mi amigo y te reservaré habitación hasta el domingo.

Creo que salí bailando del despacho y dando saltitos de alegría. En el pasillo me crucé con Sigrid, la responsable de personal. Vestía un traje chaqueta de falda con corte por debajo de las rodillas con un estampado floreado nada discreto. ¿A qué me recordó? ¡Ah, sí! ¡A nuestro sofá! Acababa de descubrir quién había comprado aquel horror. Y reí a carcajadas. Me miró fijamente, pero no dijo nada y siguió su camino.

—Hugo, no te lo vas a creer. Después, en casa, te cuento —dije nada más llegar a la redacción.

Tenía que explicarle la gran noticia del reportaje y del fin de semana. Y por supuesto informarle de quién había decorado nuestro apartamento.

Por la tarde, sentados en el sofá, no podíamos parar de reír cuando le expliqué lo del traje de Sigrid. En cuanto al resto, me sonrió y sus únicas palabras fueron «te lo mereces».

Durante el resto de la semana me documenté a fondo y cerré entrevistas con el Centro para la Conservación y Ecodesarrollo de la Bahía de Samaná y su Entorno (CEBSE), con la fundación ecologista Acción Verde, con el alcalde y con diferentes hoteleros de la zona. Me volqué en aquel trabajo, porque era la gran oportunidad llamando a mi puerta. La *súper* periodista todo terreno estaba a punto de desembarcar en *Aquí y Ahora* y no iba a desaprovechar la ocasión, ni aunque me costara una semana entera de sueño porque los nervios y la adrenalina no me dejaron dormir demasiado aquellos días. Llegaba a la redacción la primera y me iba la última, quería tenerlo todo atado y bien atado, no se podía escapar ni el más mínimo detalle. Iba a dar lo mejor de mí. Me iba a convertir en la periodista más profesional sobre la faz de la Tierra, la más imparcial, la más inquisitiva… Elena, la más. «Elena, por favor, aterriza», me obligué a regresar del mundo fantástico al que me estaba llevando la falta de sueño. Con hacerlo lo mejor que supiera dando lo mejor de mí, sería suficiente.

Lo que no sabía entonces es que aquel viaje cambiaría mi vida para siempre.

El viernes, a las siete de la mañana, salimos hacia Samaná.

—¿Preparada para la aventura? —dijo Elías nada más subir a la camioneta de la editorial.

Me delataba la gran sonrisa en la cara, a pesar de las marcadas ojeras que no había podido disimular con maquillaje.

—Preparadísima —contesté.

Elías y Ray comenzaron a reír a carcajadas.

—Pues, tranquila, porque tenemos por delante un viaje de tres horas —me explicó Ray mientras levantaba las manos para que me lo tomara con calma.

—Sin problema. Tengo muchas ganas de conocer Samaná —dije muy animada.

—*Okey*. Pues ponemos música y vamos allá. ¿Qué te gusta? Merengue, bachata, salsa, *perico ripiao* —decía Elías mientras movía el sintonizador de la radio.

—Lo que prefieras, a mí me suenan bastante igual.

Los dos gritaron a la vez unas palabras de indignación por lo que yo había dicho. Giraron sus cabezas para mirarme con los ojos a punto de estallarles.

Al ver sus caras desencajadas supe que acababa de cometer uno de los mayores crímenes contra la historia de la música dominicana, en concreto, y caribeña, en general. Sin ser consciente, la había acuchillado en pleno corazón y se estaba desangrando a borbotones. Aquello podría llegar a considerarse homicidio involuntario, pero mis dos compañeros iban a hacer un torniquete de urgencia que duraría tres infinitas y largas horas.

—A ver, mi niña. No puedes decir que todo te suena igual. El merengue es la sal de la vida, la chispa, el ritmo, la alegría... Y el resto están ahí para acompañarlo. Si no los distingues, tenemos *toooodo* el camino para darte clases. Cuando lleguemos a Samaná, serás una experta —dijo serio mientras negaba con la cabeza—. No puede ser. No puedes vivir aquí y no sentir nuestra música. Es como si me dices que no me entiendes cuando te hablo, la misma vaina —sentenció Elías.

Reí en mi mente intentando que no se me escapara la carcajada, porque todavía había veces en las que seguía sin entender lo que me decían.

Así que mi aventura de fin de semana en Samaná comenzó con una clase magistral de música dominicana. Desde aquel día, gracias a los mejores y más persistentes maestros y a tres intensas horas de ritmos caribeños taladrándome la cabeza, aprendí a distinguir la salsa del merengue, la bachata y el *perico ripiao* de forma digna, no como una dominicana nativa, por supuesto, pero suficiente para defenderme. La nota hubiera sido «progresa adecuadamente».

Sobre las diez entrábamos en un pueblo adornado frente al mar con

hileras de casas de dos plantas color pastel que la llenaban de vida. El sol daba intensidad a sus tonos y las revelaba como cajas de regalo que se ofrecían directas al mar azul turquesa que llegaba a sus pies. La espesura de la vegetación daba la sensación de que era la misma selva la que se acercaba al agua para acariciarla o ser acariciada, dependiendo del momento y del movimiento de las olas que rompían directas contra el malecón y el pequeño puerto. Porque Samaná era la montaña sobre el mar, el acantilado directo sobre las aguas, la vida hecha a medida de la naturaleza sin imposiciones, sin restricciones, sin restar importancia y solemnidad a quien estaba allí primero. A mi derecha me impresionó un gran puente peatonal de piedra elevado sobre el mar que conectaba con dos islotes que nacían de las aguas turquesas.

—¿Podremos ir después a ese puente? —pregunté.

—Claro, mi niña, después te enseñaremos la ciudad —contestó Elías.

Se sentía orgulloso de su país y se notaba. Elías me caía muy bien. Era un dominicano de piel muy morena y pelo negro, rizado y corto, muy corto. Era alto, muy alto, y delgado, muy delgado. Era como un palo algo desgarbado, a veces parecía que sus extremidades eran demasiado largas para su cuerpo y se movía en un lento balanceo intentando mantener el centro de gravedad. Tenía los ojos redondos, oscuros y profundos como pozos, y una gran sonrisa tatuada de forma perpetua en la cara, una sonrisa de las de verdad, de las que no se forzaban. Su blanca dentadura daba luz a la oscuridad de su tez. Elías era «pura vida dominicana», como decía él mismo. Vivía al otro lado del río Ozama, en la zona más pobre y desfavorecida de Santo Domingo, el lugar más alejado del turismo. Hugo y yo habíamos ido por allí alguna vez con él y, a pesar de la miseria, veíamos la alegría en los rostros de quienes nos saludaban, de quienes se paraban a hablar con él, porque Elías era conocido en toda la capital. Me sorprendía ver que aquellas personas, las que menos tenían eran las que, en realidad, menos necesitaban. Podía ver su ansia por beber la vida a grandes sorbos, devorarla a bocados, disfrutarla a manos llenas, aunque las suyas estuvieran vacías, porque sabían exprimir la felicidad que habitaba en cada segundo del día y no permitían que se les escapara entre los dedos a base de quejas y lamentos sin sentido. ¿Qué importaba lo que hubiera ocurrido en el pasado? ¿Qué importaba lo que viniera en el futuro? Lo importante, lo real, lo de verdad, estaba

en el presente, en el ahora, en ese preciso momento. Las preocupaciones no servían de nada, ya solucionarían los problemas en el momento en el que llegaran y tuvieran que enfrentarlos. Así, a bocados, es como había que vivir para ser feliz. Veíamos a niños jugando en la calle con balones viejos y rotos, saltando en los charcos que aparecían tras las intensas tormentas tropicales o bañándose bajo el agua de lluvia que caía de los canalones de las chabolas. Siempre estaban riendo, siempre había alegría en su rostro, siempre se les veía felices. Todo eso era Elías. Y sí, sabía que tenían necesidades básicas que cubrir, que sus vidas estaban llenas de carencias, que merecían más, mucho más, pero entendí que la felicidad no era mayor cuanto más tenías, sino cuando descubrías que no necesitabas nada más. Lo aprendí mirando aquellas caras risueñas, inocentes y llenas de ilusión. Supe que sentía envidia de su alegría, de sus ganas de exprimir la vida, de su felicidad porque yo no era capaz de enfrentar los miedos que me devoraban por dentro y que me habían llevado tan lejos de casa. Tenía que comenzar a hacerlo, tenía que enfrentarme a las decisiones que debía tomar para conseguir acercarme a esa felicidad.

La mañana en Samaná fue muy productiva. Pudimos hacer todas las entrevistas que había concertado y las fotografías de un rincón de la bahía llena de peces muertos. También hablé con pescadores de la zona y, aunque al principio se mostraron reacios a hablar con la prensa porque tenían mucho respeto a salir en *Aquí y Ahora*, al final conseguí que me hablaran de sus métodos de pesca y sus sospechas sobre lo que había pasado. Intenté convertirme en Woodward y Bernstein[7], pero no averigüé la causa del desastre natural, aunque recogí diferentes versiones que apuntaban a que los movimientos de tierra que se habían producido por la construcción de una parte del malecón habían arrojado muchos sedimentos al mar y esa se establecía como la causa más probable de la tragedia ecológica. Otras fuentes también apuntaban a la utilización de redes inadecuadas por parte de los pescadores. Lo que sí descartaban todos los entrevistados es que se hubiera producido algún tipo de derramamiento de sustancias contaminantes, ni intencionada ni accidentalmente[8]. Tenía material de sobra para escribir un buen reportaje y unas fotos espectaculares de la zona. Todo se ponía a mi favor para desarrollar la vertiente de periodista profesional en la que me quería convertir y por la que tanto estaba trabajando.

A primera hora de la tarde habíamos acabado el trabajo y nos

sentamos en el malecón a la sombra de unas palmeras para comer *pizza* con pepperoni y cerveza bien fría. «Esto es pura vida», decía Elías después de cada bocado.

—Tenéis un país maravilloso.

Pensé en voz alta mientras perdía la vista justo donde el agua rompía contra la vegetación en los acantilados de la zona. Quería grabar aquella maravilla en mi memoria porque nunca había visto algo tan bello y salvaje a la vez.

Los dos me miraron y sonrieron.

—Ay, mi niña, cómo me alegro de que te guste —contestó Elías dando un trago largo a su cerveza.

—La licenciada Tejero nos dijo que te llevemos a Los Cacao, que te vas a quedar allí todo el fin de semana —comentó Ray—. El domingo, aquí mismo, debes coger la guagua de regreso a la capital. —Me señaló la parada de autobuses que había a nuestra espalda.

Ray era más organizado que Elías, estaba más pendiente de los detalles y algo preocupado por dejarme sola el resto del fin de semana, lo noté en la pequeña arruga que se le dibujó en la frente.

—¡Qué bien que me llevéis! Pero si venís al hotel, me gustaría que os quedéis a cenar conmigo. Os invito yo y así después regresáis sin prisa a la capital.

—Yo acepto. ¿Qué dices tú, Ray? —contestó Elías.

Ni se lo pensó. No iba con él eso de que la mujer no podía pagar.

—Siempre acepto una buena cena —dijo haciendo un guiño.

Estaba convencida de que Elías y Ray eran los mejores compañeros de viaje que podía tener en aquel momento, los guías turísticos más entregados que una recién llegada podría encontrar. ¿Recién llegada? Eso me dio una idea.

—Estupendo, pero primero voy a llamar a Hugo. Creo que podría venir mañana en el autobús y quedarse conmigo hasta el domingo. Le gustará Samaná, todavía no ha salido de la capital. Y así no me quedo sola, Ray. —Le hice un guiño cómplice para que supiera que había comprendido su preocupación por dejarme allí.

Me alejé un poco para hacer la llamada con mi *zapatófono*.

—Hugo, hay un autobús que sale de la capital a las nueve de la mañana. Llegarías aquí a la una, ¿cómo lo ves? —Deseaba que me dijera que sí.

—Me parece bien —contestó. A través del teléfono intuí la sonrisa en su rostro y también cierto estupor por la propuesta—. Un fin de

semana fuera de casa. Mañana estoy allí.

La verdad es que ni lo había pensado. Hugo siempre conseguía sorprenderme porque, a pesar de ser la persona más racional que conocía, era también capaz de tomar las decisiones acertadas sin tener que pensarlas dos minutos.

—Genial. Hasta mañana —me despedí.

Pero, al colgar, me vino a la cabeza que había otras personas con las que quería compartir aquel fin de semana. Así que hice otra llamada.

Era increíble cómo podía notar la gran sonrisa de Carmena sin verle la cara. Carlos y ella también vendrían a pasar el fin de semana conmigo. Mis tres días se acababan de convertir en unas minivacaciones. Me sentía muy feliz.

—Estoy lista. Ya podemos irnos —dije a mis compañeros—, pero antes tenemos que pasar por esa maravilla de puente, me lo habéis prometido.

Si dijera que el lugar era espectacular, me quedaba corta. No por los puentes en sí, que también, sino por todo el paisaje que los envolvía. Los puentes de Samaná se elevaban sobre el mar unos cincuenta metros de altura para unir tierra firme con dos pequeños islotes: Cayo Linares, situado a noventa metros de la orilla y Cayo Vigía, a 550 metros. Eran como una gran espada que los atravesaba y por la que podías pasear sobre las aguas cristalinas de la bahía. Los puentes se convertían en un mirador perfecto de la ciudad, del puerto marítimo y de la vida que llenaba el fondo marino que habitaba en aquella parte de la isla: estrellas de mar, peces de colores y corales que se podían ver bajo los pies. Parecía que estabas surcando el mismo cielo, como si caminando pudieras llegar al horizonte y rozarlo con la mano, casi como si pudieras volar. Y eso hice: volar. En el centro del segundo puente extendí los brazos en cruz y cerré los ojos apoyando el cuerpo sobre la barandilla de piedra. El sol y la brisa me acariciaban, mecían mi melena y me hacían sentir la sal del mar sobre la piel. El aroma a sal y yodo me envolvía. Todo era perfecto. Todo era como debía ser en aquel rincón perdido del mundo en el que yo me estaba encontrando. Por un momento dejé de ser la Elena periodista *súper* profesional, la guardé en un rincón de mi mente y dejé que mi yo interior, el que estaba lleno de miedos, el que siempre se dejaba dirigir por los demás, saliera a plena luz del día. Porque esa Elena debía volar, debía dejarla salir de su jaula para que se alejara de mí…

Esa Elena tenía que desaparecer y no había mejor lugar que aquel. Me llegó una ráfaga de viento algo más intensa y me agarré fuerte al pasamanos sin abrir los ojos. Nada conseguiría que me echara atrás en mi determinación, nada me haría desfallecer. Sentía que estaba respirando por primera vez en mucho tiempo a pulmón lleno, con libertad, con coraje y con confianza en mí misma. Samaná me estaba dando vida. Samaná se estaba convirtiendo en la respuesta que había ido a buscar a la isla. Allí iba a encontrar mi determinación, estaba segura. Allí iba a entender que hacía tiempo que había dejado de huir. Porque no se podía huir de lo que habías decidido que no formaba parte de tu vida. En el puente entre Cayo Linares y Cayo Vigía comprendí que Víctor ya no era parte de mí y lo dejé partir con la brisa, que lo alejó de mí para siempre. Allí supe que el miedo desaparecía, lo sentí, lo viví, lo respiré. Respiré libre. Y dejé de huir. Y Elena renació. El siguiente paso sería afrontar mi decisión con valentía y coraje. El temor se acababa de esfumar con un golpe de brisa marina.

No sé cuánto tiempo estuve así, pero al abrir los ojos tenía a Elías y Ray a mi lado, en silencio, apoyados en la barandilla y mirando al horizonte respetando mi momento. Dibujaron una gran sonrisa al verme regresar del mundo en el que me había perdido, del momento que acababa de vivir.

—Mi niña —dijo Elías—, me alegro de verte tan feliz. Veo luz brillante en tus ojos.

—No me he podido resistir y te he hecho alguna foto, Elena. Estás radiante, realmente bella —dijo Ray sonrojándose.

—Gracias por traerme aquí, chicos. Gracias a los dos por este día, no lo olvidaré nunca.

Me acerqué para abrazarlos a los dos al mismo tiempo. Me sentía feliz y ellos eran, en parte, muy responsables. Les di un beso a cada uno en la mejilla.

—Ya podemos irnos —dije feliz.

---

6 Celular es como se conoce en los países latinoamericanos al teléfono móvil.

7 Bob Woodward y Carl Bernstein ganaron el premio Pulitzer en 1973. Sus investigaciones periodísticas contribuyeron a desenmascarar una gran red de espionaje político impulsada por el entonces presidente de EE.UU., Ricard Nixon. El caso Watergate se convirtió en todo un referente del periodismo de investigación.

8 En 1999, en Samaná hubo una gran mortandad de peces cuando se construía el

malecón, ya que, debido al movimiento de tierra, muchos sedimentos fueron arrojados al agua y provocaron la muerte de miles de peces. (Fuente: diario hoy.com.do).

Por necesidad de la historia, la autora se ha tomado la licencia de adelantar este hecho dos años .

12
Esto SÍ es el paraíso

Samaná, septiembre 1997

Salimos de Samaná dejando el mar a nuestra espalda y siguiendo una carretera de dos carriles que ascendía adentrándose en la naturaleza, literalmente. Árboles, matorrales, flores y arbustos se asomaban con fuerza a los laterales de la vía reivindicando su espacio, de donde habían sido expulsados por el asfalto y la mano del hombre. No era ninguna experta en botánica, ni siquiera llegaba a aprendiz, así que por el camino solo fui capaz de identificar las altas palmeras cocoteras, pero me maravillaban todos los árboles y arbustos que las acompañaban en aquella espesura casi selvática. Aunque también distinguí la eterna amarilis, de la que ya me había enamorado en la capital, decorando la isla con sus pinceladas de color intenso sobresaliendo sobre el verde poco acomplejado de aquella naturaleza tan viva que se abría paso en cada centímetro, en cada milímetro. La Bahía de Samaná destacaba precisamente por su vegetación, por su naturaleza y por su pureza virginal; no en vano se la proponía como reserva de la biosfera para su preservación. Me sorprendían las diversas tonalidades de verde brillante, vivo, acentuado que veía por la ventanilla bajada de la camioneta y me hacían sentir que, hasta llegar a la isla, había vivido rodeada de una naturaleza que se me antojaba ficticia, de tonos apagados, átona y sin luz, como si estuviera cubierta por una perpetua capa de polvo. Volví a respirar con intensidad sintiendo el viento en la cara. Había ido allí a respirar libre, con fuerza, y lo estaba haciendo. Si me viera mamá, estaría muy orgullosa de mí. Sonreí al pensar en ella y en el fuerte abrazo que me daría.

Entre la vegetación, que a veces veía tocando la orilla del mar, pude distinguir alguna construcción que me parecía demasiado frágil.

No eran más que maderas apiladas para dar cobijo a familias sin recursos, aunque casi todas tenían antena parabólica. Aquella era una de las grandes paradojas de la isla que me tenía loca.

Elías giró a la derecha y tomó un sendero que nos llevó a la entrada de *The little beach*[9]. A pesar de que Marisa me había dicho que era un hotel pequeño, yo esperaba algo similar a lo que se podía encontrar en los catálogos de viaje con un todo incluido. La sorpresa fue descubrir un pequeño recinto que se integraba con armonía en la naturaleza, como si formara parte de ella. Las habitaciones eran pequeñas casitas blancas individuales con tejados a dos aguas cubiertos de hojas de palma, un porche delantero y una pequeña terraza en la parte trasera. Estaban dispuestas en forma circular, no había más de una decena, y de todas salía un camino de tierra que llevaba a un edificio central abierto más grande, situado en el centro del complejo, también con el tejado de hojas de palma. A su lado había una gran piscina con forma ovalada de un azul intenso, de esos que invitaban a tirarte de cabeza sin comprobar antes la temperatura del agua porque sabías de antemano que estaría perfecta. Todo el suelo era de césped, hierba y pequeñas plantas que, junto a piedras integradas en la tierra, delimitaban los senderos que salían de cada habitación. Me dieron ganas de quitarme las deportivas y caminar por allí descalza sintiendo su frescura en la planta de los pies, pero no lo hice. A parte de los edificios, no había nada de obra, nada de cemento, nada de ladrillo. Todo era tierra, piedras, hierba, palmeras, árboles frutales y arbustos repletos de rosas de Bayahibe, la flor nacional dominicana, de intensos tonos rosados y morados que combinaban a la perfección con el rojo carmín de las amarilis. La naturaleza autóctona de la zona era la gran protagonista del recinto. Ni tan solo había setos recortados de forma artificial para crear formas excéntricas que delimitaran las terrazas de las habitaciones, como sí había visto en catálogos para turistas. En *The little beach* habían logrado que la mano del hombre pasara desapercibida formando parte del entorno con suavidad, sin invadirlo y mostrando simbiosis con la naturaleza en todo el espacio, como si ella les hubiera dado permiso para construir allí.

Me quedé con la boca abierta. Aquello era mucho mejor que cualquier hotel de todo incluido repleto de turistas con pulseras de colores y actividades programadas. Era más real, más auténtico, más dominicano.

—Cierra la boca, mi niña, o no te van a dejar entrar —dijo Elías

riendo.

No lo escuchaba. Estaba absolutamente abrumada por lo que estaba viendo.

Con la maleta de mano que había preparado para el fin de semana nos dirigimos al edificio principal. Allí estaba la recepción en un lateral y el salón para las comidas ocupando la zona central. En el otro lateral había un espacio de relax y juegos. No era demasiado grande, pero respiraba un aire muy familiar y acogedor. En la recepción había un chico moreno, alto, algo mayor que yo. Le di mi nombre y sonrió.

—Usted es la amiga de Marisa. Nos pidió que la tratásemos bien. —Seguía sonriéndome.

¿Es que en ese país la gente no dejaba de sonreír nunca? ¿Era parte de un gen que les venía de serie? ¿Y por qué tenía que ser tan atractivo?

—Pero ella solo hizo reserva para una persona. —Nos miró a los tres algo contrariado.

—Esto... Sí... —Tenía que centrarme para contestarle.

Acababa de perderme en sus increíbles ojos azules. Eran del tono exacto de aquel Mar Caribe, un tono turquesa profundo, oscuro y brillante a la vez.

—Ellos se quedarán a cenar conmigo y después regresan a la capital, ¿es posible?

No podía dejar de mirarlo. Esos ojos, benditos ojos. Seguro que tenía cara de boba. Apoyé los antebrazos sobre el mostrador para mantenerme firme. Mis pulgares jugaban a agarrarse con fuerza.

—*Of course.*[10]—Volvió a sonreír mientras tecleaba algo en el ordenador.

Recogí un mechón suelto de mi largo flequillo tras la oreja. Me pareció un gesto muy coqueto, aunque él seguía tecleando sin mirarme. Con el índice de mi mano izquierda comencé a dar golpecitos de forma inconsciente en el mostrador.

—Me gustaría saber si tenéis habitaciones disponibles. Necesitaría dos más, una doble para esta noche y otra individual para mañana.

Intentaba hablar con un tono tranquilo, relajado. No quería que se notaran los nervios que se me acababan de instalar en el estómago. Estaba sintiendo un millar de mariposas revoloteando en mi interior. «Por favor, Elena, ¡céntrate! ¿A qué viene esto ahora?», me dije. Vale, el chico era un bombón, pero yo había decidido que me iba a centrar en el trabajo y olvidarme de las distracciones.

—Por supuesto. Este fin de semana es muy tranquilo y tenemos disponibilidad. No habrá problema. Hago las reservas.

Siguió tecleando en el ordenador sin mirarme.

—Gracias... —dejé la palabra en el aire y conseguí la respuesta que buscaba.

—Erik, mi nombre es Erik. —Me guiñó un ojo, me flaquearon las rodillas y tuve que apoyarme con fuerza en el mostrador para no derretirme, todo a la vez—. Cualquier cosa que necesite, por favor, no dude en pedírmelo.

«No me digas eso porque ahora mismo te pediría la luna», pensé dibujando una sonrisa. Menuda fuerza de voluntad tenía. Nula. Cero. *Nothing. Rien de rien.*

Me dio las llaves de la habitación y sentí un escalofrío cuando su mano rozó la mía. Respiré profundamente para serenarme. Volví a tocarme el pelo. Debía salir de allí con la mayor dignidad posible así que rogué a mis piernas y a mi cerebro que se coordinaran para no dejarme caer.

Tras dejar mis cosas en la habitación, me reuní con Elías y Ray en el salón para disfrutar del amplio bufé y del baño en la piscina que nos dimos antes de su regreso a la capital.

—Muchísimas gracias por hoy, de verdad. No os imagináis lo bien que me he sentido y lo mucho que me habéis ayudado en todo. Y, además, me he divertido. Ya sé diferenciar el merengue de la salsa —confesé entre risas mientras nos acercábamos a la camioneta.

—*You're welcome*[11], mi niña. Nosotros también nos hemos divertido contigo. El lunes nos vemos. Sé buena —dijo Elías despidiéndose con un beso en la mejilla.

—No le hagas caso, Elena. Tienes que ser todo lo mala que puedas —respondió Ray entre risas.

Cuando se marcharon, regresé a la habitación a deshacer la maleta. Todavía podía escuchar sus risas: «menudos elementos están hechos estos dos», pensé divertida.

Como llevaba el biquini puesto y tenía que hacer tiempo hasta que llegaran mis primos, decidí darme un baño en la playa. «Un baño de noche en aguas caribeñas», me dije, «esto no tiene precio, Elena», así que cogí la toalla y no lo pensé ni un segundo. Llegué a un sendero que iba directo hacia la playa desde el complejo bordeando la recepción. La luna iluminaba mis pasos porque no había luz más allá del edificio central y los caminos que llevaban hasta las habitaciones.

Llegué a una pequeña cala. A mi derecha intuí unas tumbonas apiladas lejos del agua bajo las palmeras oscuras. Parecía una playa virgen, llena de vegetación y rocas que en ese momento brillaban a la luz de la luna. Bajo mis pasos sentía crujir la arena, a pesar de que la notaba fina y cálida al tacto también había algo de mayor tamaño que se rompía al contacto con mis pisadas. Al día siguiente averiguaría qué era, aunque la suave luz me permitía ver pequeñas conchas y caracolas. El agua serena permanecía oscura a excepción del reflejo plateado trazado por la luna y las estrellas. Podía ver el firmamento sin mirar al cielo, reflejado en aquel espejo maravilloso sin horizonte, sin límites. Me quité la camiseta y me adentré poco a poco. No estaba fría, en aquel país el agua siempre era cálida, incluso de noche. Me encontraba sola con la inmensidad, con el mar, con el firmamento, con la arena, con toda la naturaleza. Sola conmigo misma...

—¡Joder, joder, joder!

Miles, quizás millones de pececillos me estaban mordiendo por todo el cuerpo. No podía dejar de saltar.

—Mierda de baño tranquilo.

Intenté salir del agua rápido y solo conseguí tropezar con la arena y las piedras. Acabé a cuatro patas en la orilla y regresé a la habitación envuelta en la toalla corriendo como si el mar me persiguiera mientras no dejaba de reírme de mí misma y mis ocurrencias.

Tuve tiempo de ducharme y salir del baño cuando escuché sonar mi celular.

—Elena, ya estamos aquí. —Era Carmena.

—Enseguida salgo. Esperadme en la recepción.

Me sequé el pelo con una toalla y me puse unos vaqueros, una camiseta y las deportivas para salir a buscarlos. En la recepción, me sorprendió encontrar también a Hugo.

—¿Pero…?

Carlos me interrumpió:

—Elena, me dijiste que mañana vendría también Hugo, así que hemos pasado por tu casa a buscarlo y ahorrarle el viaje en guagua.

Mi primo pensaba en todo. Ni se me había pasado por la cabeza esa opción.

Erik nos dio sus llaves. Me di cuenta de que ya no sonreía tan abiertamente como antes, aunque seguía siendo muy amable, por supuesto.

—Son mis primos y un amigo —le dije como si tuviera que darle

una explicación. Menuda tontería, pero me salió sin pensar.

Su mirada volvió a ser alegre, había una chispa de luz en sus ojos y no pude aguantarla. Bajé la vista y encontré unos brazos musculosos que se marcaban bajo su camiseta negra. Tenía que centrarme de nuevo, me estaba perdiendo.

Acompañé a mis primos a la habitación para que dejaran sus cosas mientras Hugo hacía lo mismo en la suya y después fuimos al salón a tomar unos cócteles. La calidez de la noche y la música relajada invitaban a disfrutar de la compañía hasta tarde.

—Venga, Elena, explícanos qué hacemos aquí —dijo Carlos.

Tenía cara de intrigado, aunque se le veía muy contento.

—He pensado en devolveros todo lo que habéis hecho por mí. Durante vuestra «supuesta» —marqué las comillas con los dedos— luna de miel me habéis llevado con vosotros a todos lados y este fin de semana quiero invitaros a pasarlo conmigo aquí. —Di un trago a mi piña colada, estaba deliciosa—. En realidad, me gustaría que disfrutéis de estar solos todo el tiempo que queráis, pero solo hasta el domingo, que es cuando volvemos a casa. —Les hice un guiño y saqué la lengua en broma—. Es la primera vez que salgo de casa un fin de semana entero y quería compartirlo con vosotros.

Carmena se levantó de un salto y me dio un fuerte abrazo. Era increíble la vitalidad que tenía, desprendía energía por todos los poros de la piel.

—Prima, eres la mejor. Me encanta este regalo. Está muy *ápero*[12].

Me abrazó más fuerte. Sus caras de felicidad eran mi mayor regalo.

—Y a Hugo tenía que sacarlo de casa, ya parece un fantasma de lo blanco que está. Tiene que darle el sol o al final se convertirá en vampiro. —Reímos—. En serio, todavía no ha salido de la capital y me apetecía que viera este lugar tan increíble. A mí me ha enamorado tanta naturaleza.

Estuvimos largo rato hablando de todo y de nada, riendo y compartiendo experiencias de España y de República Dominicana entre cócteles de colores estridentes y nombres impronunciables. De reojo veía pasar a Erik y, una vez que nuestras miradas coincidieron, aparté la vista muy rápido sin poder ocultar la sonrisa que me provocaba. Intenté disimular dando un trago largo a mi copa, pero casi me atraganté. La única salida era seguir la conversación como si nada e intentar no buscarlo con la mirada. Así que me centré en el trabajo y les expliqué todo lo que había hecho desde que llegué por la

mañana a Samaná.

—Estoy deseando leer tu reportaje. Ya podré decir que tengo una prima en *Aquí y ahora*.

Carlos bromeaba, pero vi en su mirada que se sentía orgulloso. Acabamos los cócteles y nos despedimos.

—Nos vemos mañana en el desayuno —dije.

—Gracias otra vez, prima.

Carmena se despidió de mí con un beso enorme y un abrazo de los que te abrigan el alma más que una manta en invierno. Porque así era ella, dulzura y vitalidad a partes iguales, energía y sabor caribeño a raudales y en estado puro. Jamás en la vida me podría cansar de tenerla a mi lado, era un regalo envuelto en seda que había llegado a mi vida para llenarme de energía y confianza. Agarró a Carlos de la mano y se alejaron despacio, paseando bajo una magnífica noche estrellada para perderse en su amor.

Hugo también se despidió y yo aproveché para echar una última ojeada a mi alrededor a ver si veía a Erik, pero no hubo suerte. Cuando llegué a la habitación, me tiré literalmente sobre la cama. No pude cambiarme de ropa, estaba agotada y me quedé dormida pensando en el maravilloso puente de Samaná, en mi libertad, en la nueva Elena y en unos profundos e increíbles ojos azules en los que me había prometido no volver a perderme.

La luz entraba a raudales por el gran ventanal de la habitación que daba a la terraza. Había amanecido un día de sol radiante y había olvidado bajar la persiana y correr las cortinas la noche anterior. Me desperté sobresaltada pensando que sería muy tarde, pero al mirar el reloj marcaba las siete.

«¡Por favor! En este país el sol sale a las seis de la mañana y se pone a las seis de la tarde. ¡Vaya horas! Quiero dormir un poco más», me quejé en voz alta y di media vuelta para volver a coger el sueño, pero mi cabeza ya se había puesto en marcha y sabía que no podría dormir. Así que me levanté y fui directa a por una ducha templada. A esa hora ya comenzaba a sentir el calor, así que volví a secar mi cabello con una toalla porque era impensable utilizar el secador con aquella temperatura. Desde que había llegado a la isla, me había acostumbrado a dejar que mi melena se secara al sol y lo cierto era que lucía genial, suelta, ondulada y de un color algo más claro. Tenía un toque salvaje que me gustaba porque me hacía sentir diferente,

alejado del liso perfecto que se amoldaba a la Elena estructurada y cumplidora de todas las normas. Quizás era un toque de libertad o de rebeldía, no lo sabía, pero me sentía bien. Y cuando el calor apretaba, lo revolvía en un moño a media altura que mantenía con una pinza, o a veces con un bolígrafo, del que se escapaban mechones rebeldes que me adornaban el rostro. Todo muy informal pero muy mío. Me puse un vestido corto de tirantes nada ajustado y salí hacia el comedor. Comenzaría a desayunar, aunque Carlos, Carmena y Hugo no estuvieran allí; era demasiado temprano para ellos. Además, me apetecía estar un rato a solas en aquel espacio tan maravilloso y reflexionar sobre lo que había sentido en el puente. Al salir de la habitación, me recibió un intenso y profundo aroma a hierba y tierra húmedas con toques dulzones de rosa que casi se podía tocar. Respiré con ganas para hacerlo mío, para guardarlo en la memoria.

En el restaurante solo había dos parejas más.

—Buenos días —saludé al entrar.

—*Good morning* —contestaron con una sonrisa.

«Americanos», pensé. Cogí algo de fruta del bufé mientras me llevaba una fresa directa a la boca desde la bandeja. En aquellos tres meses había descubierto que me encantaba la fruta del país: mangos, lechosa[13], chinola[14] y otras muchas de las que todavía no me había aprendido los nombres, pero sí su sabor, que era delicia pura. Sin lugar a duda, mi preferida era la lechosa en todas sus versiones: al natural, en jugo, en batido... Y los manguitos, unos mangos pequeños y jugosos que cabían en la palma de la mano y que se comían a pequeños bocados, sin necesidad de cortarlos. Era lo más rico que había saboreado en años, dulces y con un toque cítrico, aunque también eran lo más pringoso que te podías llevar a la boca. Con cada bocado, su jugo desbordaba mi boca y resbalaba por la barbilla, el cuello y las manos, así que siempre acababa chupándome los dedos a conciencia. No, no era aconsejable comerlos por la calle dando un paseo si no querías que todo el mundo te mirara por tanta guarrería… Pero eran una de las mayores delicias que había probado, ummmm. Por suerte para los demás comensales, en el desayuno ofrecían el mango cortado, así que no daría ningún espectáculo público con mi voracidad y escaso glamur.

Además de fruta, también me hice unas tostadas y un café con leche cargado, imprescindible para acabar de despertarme. Con todo el arsenal alimentario, fui a una de las mesas con vistas a la piscina y

comencé a comer despacio mirando el agua, saboreando cada alimento, regodeándome en la suerte que tenía de estar allí y dándole gracias infinitas a Marisa por permitirme disfrutar de esos días, de esa calma y de un momento de conexión conmigo misma que había ido aplazando desde mi llegada. Había sido un gran regalo.

—Buenos días, señora Elena, ¿está todo a su gusto?

La voz de Erik me sobresaltó, no lo había visto acercarse.

—Todo está perfecto, Erik, gracias. Y, por favor, nada de señora, me hace sentir muy mayor. Solo Elena, y tutéame, que soy más joven que tú. —Le sonreí y volví a tocarme el pelo de forma inconsciente para colocarlo detrás de la oreja. Seguía húmedo—. ¿Te apetece tomar un café conmigo?

¿Pero qué acababa de proponerle? ¿Qué estaba haciendo? Me quedé callada asimilando mi arrebato, pero él, en cambio, ni se lo pensó.

—Será un placer, Elena —contestó.

Fue a buscar un café solo y se sentó frente a mí. Debía de medir un metro noventa, pensé al tenerlo más cerca. Vestía camisa blanca remangada hasta los codos, pantalones cortos *beige* y unas deportivas blancas. Me gustó el detalle porque me sentí identificada con él, aunque solo fuera por las zapatillas. Los tonos claros resaltaban el moreno natural de su piel, que era del color de mi café con leche. Y sus ojos, esos ojos azules que tanto me habían impresionado la noche anterior, ahora tenían más luz, un tono algo más claro. Sin embargo, me seguían mirando con la misma intensidad. Su pelo era negro y muy corto, «cabello malo» llamaban allí al pelo rizado afro. La nariz rompía la simetría de su rostro, estaba algo desviada hacia la izquierda como si alguna vez se hubiera roto. Tenía una barba completa y bien cuidada, rasurada, que enlazaba con su pelo y resaltaba unos labios gruesos, «perfectos para besar», pensé. La barba le daba un aspecto algo mayor para la edad que tenía: 26 años.

Estuvimos hablando del hotel, de sus estudios de Turismo y Dirección de Empresa en Estados Unidos y de cómo dirigiría *The little beach* cuando tomara el relevo de su padre. Hablaba con mucha seguridad porque tenía todo planeado. Estaba convencido de las decisiones que iba a tomar en el futuro y los movimientos contundentes de sus manos acompañaban su determinación. No había vacilaciones. No dudaba. Tenía muchos proyectos en mente para ampliar la oferta turística, pero su padre prefería mantener, de

momento, la esencia familiar que siempre había tenido el hotel.

—A mí me gusta mucho cómo lo tenéis —dije—. Si ampliáis, se convertirá en un espacio que perderá su alma, su esencia. Aunque también entiendo que, a mayor oferta, vendrán más turistas, lo que significará más ingresos y más prestigio. —Era algo contradictorio.

—Exacto. Pienso que es mejor tener más clientela y seguir ofreciendo servicios de calidad. Tal y como estamos ahora, no podemos rivalizar con el turismo que se concentra en Bávaro, Punta Cana o Puerto Plata. Allí hay miles de actividades para los clientes y nosotros solo tenemos una pequeña playa virgen, sin más servicios que el del mejor mar y sol del mundo —dijo algo resignado—. Somos un lugar de paso, no un hotel en el que quedarse para una estancia larga.

Fui consciente de que me perdía en el acento de su voz, que era tan musical como todo en aquel país. En las ces disfrazadas de eses suaves, dulces y sonoras. Su tono relajado me arrullaba y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para concentrarme y atender a lo que me explicaba. Esos ojos, esa voz, esos labios. «Elena céntrate, por favor», me ordené.

—Para mí, eso es suficiente —contesté mientras volvía a colocarme el pelo detrás de la oreja.

Él me sonrió y me aferré a la taza de café con leche para intentar sentirme más segura. Me estaba derritiendo bajo su mirada.

—Es posible. Hay momentos en los que se busca la desconexión y para eso nosotros somos los mejores de toda la isla. Pero los turistas que vienen a este país, en su mayoría, no es lo que desean. Ellos quieren un todo incluido, con comida y bebida todo el día, una hamaca en la playa y alguna actividad deportiva sin salir del hotel. Fiesta por la noche, diversión y música, mucha música.

Supuse que tenía razón. Lo tenía muy claro y él sabía más que yo de ese mundo, desde luego.

Hablamos también de mí, de los motivos que me habían llevado a la isla. De la huida de una relación asfixiante y sin futuro y la tristeza regresó a mi mirada. Una cosa era pensar que todo había acabado y que debía afrontarlo y otra muy diferente era ponerlo en palabras de nuevo y volver a pensar en Víctor. Quizás le expliqué demasiado. Quizás lo estaba asustando, aunque por su expresión no lo parecía. Me escuchaba atento, dando algún que otro sorbo a su café, pero sin apartar la mirada de mí. Me había relajado hablando con él, no me sentía juzgada, no me interrumpía mientras le explicaba cómo una

persona había sido capaz de empujarme a ocho mil kilómetros de casa y yo había dado el paso sin pensarlo demasiado, escapando. Huyendo.

—Me alegro de que tomaras esa decisión —dijo con una media sonrisa—. Hay que ser muy valiente para dejarlo todo atrás y comenzar desde cero.

¿Valiente? En ningún momento me había planteado que fuera valiente, simplemente huía. En realidad, pensaba que había sido cobarde al escapar. En ese momento, Hugo entró en el comedor y, tras él, llegaban Carlos y Carmena. Se sentaron con nosotros.

—Perdonad —dijo Erik mirando su reloj—. Tengo que volver al trabajo. Hace rato que me deben de estar buscando. Ha sido un placer, Elena.

Se levantó de la silla para marcharse.

—Igual, Erik.

Me quedé mirando cómo se alejaba en dirección a la cocina.

—Vaya, vaya, prima. No podemos dejarte sola. No pierdes ni un minuto —bromeó Carlos.

No quise hacerlo, pero sé que me sonrojé, no pude evitarlo. Mi primo tenía razón, había pasado algo, había notado una conexión. Algo, por cierto, que no debería haber sentido porque mi gran propósito en este viaje, además de trabajar, era evitar las distracciones.

—¿Qué vamos a hacer después de desayunar? —preguntó Carmena cuando volvió con medio bufé en el plato.

No me cabía en la cabeza dónde metía tanta comida en ese cuerpo tan delgado.

—Si queréis, podemos quedarnos aquí —comenzó a decir Carlos— hasta mediodía. Podemos bajar a almorzar a Samaná y después os tengo preparada una sorpresa —dijo de forma intrigante.

—¿Qué es? ¿Qué es? —Carmena abrazaba impaciente a su marido mientras desprendía alegría por cada poro de su piel.

—Mi amor; si te lo dijera, no sería sorpresa. Tendrás que esperar —contestó dándole un beso a modo de consolación.

—Pero ¿cómo has preparado una sorpresa si llegasteis anoche? —También había conseguido despertar mi curiosidad.

—Privilegios de haber nacido en la isla, prima. —Me hizo un guiño.

Era cierto que Carlos conocía el país como la palma de su mano y era capaz de elaborar los planes más increíbles en un segundo.

Besó a su mujer en los labios para acallar un amago de protesta,

porque sabía que Carmena insistiría. Hugo los miraba sonriendo.

Después del desayuno fuimos a la playa. Era el momento de descubrir la cala en la que había estado la noche anterior y recordé las hamacas, así que, además de la toalla, me llevé mi libreta y un bolígrafo. Esperaba estar tranquila y encontrar el momento en el que ponerme a escribir, tenía mucho sobre lo que reflexionar después de la conversación con Erik.

El camino que llevaba a la playa se veía diferente a como lo había intuido por la noche. Estaba delimitado por arbustos de hojas grandes y flores de colores vivos que me llamaban a acercarme. Su textura era suave, aterciopelada, y su aroma intenso, sugerente, fresco y con toques dulces que contrastaban con el olor fuerte, desgarrado y salado del mar que nos llegaba mientras nos acercábamos. De banda sonora, además del sonido de las olas que iba *in crescendo*, teníamos el canto inagotable de las aves tropicales que anidaban en las palmeras. La playa se nos mostró con todo su esplendor al final del camino, casi como una aparición entre la verde espesura. La luz del día la teñía de todos los colores posibles: los azules del agua y el cielo, el dorado de la arena y el sol, los verdes de la naturaleza selvática que llegaba hasta la orilla y los marrones y grises de las rocas y los montículos que la delimitaban. Era una cala virgen, con las hamacas como único elemento que distorsionaba aquel paisaje tan increíble, tan de película de piratas o de náufragos. Ese lugar, sí o sí, representaba el verdadero paraíso. Porque aquello tenía que ser el paraíso, era imposible que existiera nada mejor. Sentí que todo aquello era para mí, que me había convertido en la persona más afortunada del mundo por tener la oportunidad de verlo, respirarlo, tocarlo, por estar allí, por sentirlo. Me acerqué a la orilla y cerré los ojos para respirar profundo, igual que había hecho en el puente de Samaná el día anterior. Llené los pulmones con mucha conciencia de olor a verde y a azul, a palmeras y a mar, y me llené hasta sentir que en mi cuerpo no cabía nada más, que solo había espacio para mí y para toda la belleza que me rodeaba.

Dejamos las cosas en las tumbonas y me di cuenta de que estábamos solos en el paraíso. Entonces comprendí lo que Erik me explicaba a primera hora: ellos podían ofrecer la mejor playa del mundo, pero el turismo que llegaba a la isla buscaba otra cosa.

Carmena y yo no desaprovechamos el tiempo y nos dimos un baño mientras esperábamos a que llegara Carlos, que había ido a hablar con Erik manteniendo el misterio de la sorpresa que preparaba. Hugo

también tardó en regresar de su habitación y, cuando lo hizo, fue directo a tumbarse bajo la sombra de las palmeras con uno de sus inseparables libros. Mi compañero de piso era poco acuático, parecía que tenía alergia al agua del mar y a la arena de la playa. Sí, Hugo había ido allí a trabajar. Lo que era seguro es que no había ido a descubrir las playas caribeñas.

El agua estaba perfecta: cálida y cristalina. Me sumergí para descubrir su roce en toda la piel y sentirme aún más libre, sin ataduras. El mar conseguía eliminar mis cargas mentales, me daba tiempo y espacio para no dejarme llevar por los pensamientos, por las decisiones que debía tomar y que no podía seguir posponiendo. El agua me daba paz, pero también la fuerza y la confianza que necesitaba para sentirme capaz de desprenderme del peso que llevaba sobre mis espaldas. Nadaba, buceaba y observaba la vida marina que había a mi alrededor sin dejar de sorprenderme por los colores tan intensos de los peces y los corales que veía bajo mis pies.

Al salir, Carlos y Carmena estaban acaramelados en las toallas y Hugo perdido en su mundo, así que decidí *investigar* por allí. Paseé por la orilla y descubrí conchas de caracolas que me cabían en la palma de la mano de diferentes tonos amarillos, naranjas y rosados que me llamaron la atención porque eran perfectas, como pequeños tesoros que alguien había dejado allí para ser encontrados. También había caracolas grandes, de esas que te permitían escuchar el sonido de las olas en su interior cuando te las acercabas al oído, y conchas de almejas, cangrejos y restos de coral que crujían con cada uno de mis pasos.

En la cala había un par de palmeras de película, de las que tenían el tronco tumbado sobre el agua y un pequeño saliente montañoso a la izquierda, de unos cinco metros de altura, que se convertía en un pequeño acantilado contra el que rompían las olas con suavidad. Allí había un sendero que lo atravesaba y que llevaba hasta otra cala. Volví al agua y nadé hasta ella bordeando el acantilado. La nueva playa era todavía más virgen que la anterior, ya que no llegaba ningún camino peatonal, a excepción del pequeño sendero que había visto. Salí del agua agotada y me dejé caer de espalda sobre la arena, absorbiendo todos los rayos del sol que caían sobre mí. Cuando abrí los ojos después de recuperar el aliento, vi un coco verde caído en la arena cerca de donde estaba. Fui a por él para beber agua, estaba sedienta. Pero, problemas del primer mundo, no tenía nada para

cortarlo. Así que se me ocurrió golpearlo contra la rama de un tronco que había tirado cerca del agua. Utilizando todas mis fuerzas y un gran empeño, conseguí hacer un agujero y beber su agua dulce. Fue un momento muy especial, casi me sentí como Robinson Crusoe. Pude comprobar que era fuerte y capaz por mí misma, y estaba feliz de no depender de nadie. Era como si estuviera creciendo a pasos agigantados y, mirando al cielo, un grito me salió de las entrañas: «¡No, Víctor! ¡No volveré a casa con el rabo entre las piernas! ¡No te necesito!».

Volví a dejarme caer sobre la arena para disfrutar de la soledad y la fuerza que había en mí. Seguí bebiendo agua del coco, era deliciosa, y me vino a la cabeza un poema de Walt Whitman[15] que había leído en uno de mis interminables viajes en tren al trabajo cuando estaba en Barcelona:

No dejes que termine el día
sin haber crecido un poco,
sin haber sido feliz,
sin haber aumentado tus sueños.
No te dejes vencer por el desaliento.

No permitas que nadie te quite
el derecho a expresarte,
que es casi un deber.
No abandones las ansias de
hacer de tu vida algo extraordinario.

En el momento en que lo leí en el tren esperando a que llegara mi parada supe que aquellas palabras me estaban retando y de alguna forma consiguieron guardarse en mi mente. Sin embargo, entonces no me sentí preparada para soñar en grande ni para finalizar el día siendo feliz. No tenía fuerzas para hacerlo. Pero aquella playa, el sol y la arena hacían que en ese instante me sintiera reflejada en cada verso... Estaba escrito para mí. Whitman me susurraba al oído y yo me dejaba arrullar entendiendo su mensaje mientras me inundaba el abrazo cálido del sol.

Quizás estuve una hora perdida en mis pensamientos, analizando cómo había llegado allí y por qué, dibujando líneas sin sentido en la arena dorada mientras decidía si había sido cobarde o valiente. Quería

hacer de mi vida algo extraordinario y comprendí que, de hecho, lo estaba haciendo desde el primer día que pisé suelo dominicano. Miré a mi alrededor: estaba sola en una playa desierta, rodeada de palmeras increíbles, un mar cristalino que me acompañaba como banda sonora, un cielo despejado con un sol maravilloso que me arrullaba con su calidez, una brisa suave que no quería molestar mis pensamientos y la fina y delicada arena sobre la que estaba tumbada convirtiéndose en la mejor cama que encontraría en toda la vida. ¿Qué más podía pedir? ¿Quién me iba a decir hacía unas semanas que estaría allí, en el paraíso, encontrándome a mí misma? Estaba haciendo algo extraordinario. Estaba respirando sin dificultad.

Tenía que escribir para ordenar todas las ideas que me bullían por dentro, así que regresé a la playa del hotel a nado y me tumbé agotada en la hamaca. Después de unos minutos, comencé a poner negro sobre blanco; de esa forma ya no habría vuelta atrás.

Cada día me despierto intentando avanzarme a lo que me deparará la jornada pero, desde que llegué, no lo consigo. Es imposible anticiparme a las sorpresas que se me desvelan a manos llenas. Así que me dejo llevar y vivo cada nueva experiencia de forma intensa, sin desperdiciarla. Cuando suena el despertador, me descubro desperezándome con una sonrisa. Tengo la ilusión disparada a mil y la alegría alojada de forma permanente en el corazón, que ya ha encontrado el ritmo adecuado en el que quiere latir. Sí, mi corazón ya ha encontrado su lugar.

Estoy rodeada de personas que ya se han convertido en imprescindibles en mi vida, que me llenan de amor y confianza. Gracias a ellas, ahora sé que debo desprenderme de una última pieza que no encaja en este puzle. Víctor debe convertirse en pasado, en historia para permitirme estar completa, para poder ser libre de forma definitiva. ¿He sido cobarde o he sido valiente? Todavía no lo tengo claro, pero sí sé que quiero mirar de frente a la decisión que tengo que tomar para cortar el último hilo que me lastra. Conseguiré que el ancla se hunda en el fondo del mar mientras yo salgo a flote. Ahora sé que tengo el coraje que en su día me faltó. He entendido que lo nuestro no es amor, quizás costumbre o dependencia, no sé, pero amor seguro que no. No hay mariposas, no hay pasión, no hay cosquilleo, no hay latidos desbocados, no hay deseo… Y dudo de que hubieran existido en algún momento, no lo recuerdo.

Me di un año de margen para reflexionar sobre esta relación, sobre nosotros, sobre mí… Pero he comprendido que no necesito tanto tiempo. No quiero un año entero cuándo ya sé lo que quiero hacer. En unos meses he conseguido respirar y volver a ser yo en mi esencia más pura. He recuperado la ilusión, la alegría y la confianza. Me quedo con esta Elena. La triste, cobarde y dependiente voló en el

puente de Samaná.

A veces, una simple mirada o la palabra exacta pueden cambiar tu vida entera… Solo hay que estar atenta para percibirlas.

En algún momento me quedé dormida mecida por la brisa que me acariciaba y templaba la temperatura. La voz suave de Carmena me despertó con cariño, era hora de ir a Samaná.

Comimos en un pequeño restaurante italiano cercano al malecón y, al acabar, Carlos recuperó su aire misterioso llevándonos hasta el muelle del puerto, donde habló con el propietario de una pequeña barca a motor. De uno en uno y con la ayuda del propietario, embarcamos en Ariel. Me gustó mucho ver que tenía el nombre de La Sirenita. Era un *bote concho*[16] que nos llevaba mar adentro, saltando sobre las olas a velocidad elevada sin que supiéramos todavía cual era nuestro destino. Tras unos minutos, mi primo no tuvo más remedio que ceder ante la insistencia de su mujer y nos lo reveló a gritos para que pudiéramos escucharlo por encima del ruido del motor. Nos dirigíamos a Cayo Levantado.

—¿Qué es Cayo Levantado? —preguntamos Hugo y yo también gritando mientras nos agarrábamos con fuerza al pasamanos metálico de la barca.

El agua salada nos salpicaba en la cara.

—Es un islote cercano con unas playas que te van a enamorar, Elena —contestó Carmena elevando la voz—. Hace muchos años que no voy allí. De pequeña, mis padres nos llevaban en vacaciones. Es un lugar al que le tengo mucho cariño. —Dio un fuerte abrazo a Carlos solo con una mano, con la otra seguía agarrada para no salir volando —. ¡Gracias!

Pero, de repente, el barquero paró el motor de la lancha y se hizo el silencio. Seguíamos en medio del mar y por allí no se veía ningún islote. Una gran sombra pasó por debajo de la embarcación. Era una figura enorme, de unos cuatro o cinco metros de longitud, que emergió a unos metros de nosotros balanceando la embarcación. ¡Era una ballena! De tonos grisáceos oscuros saltando ante nuestros incrédulos ojos. Volví a quedarme con la boca abierta porque no había forma humana de reaccionar ante el espectáculo que teníamos justo delante de nosotros. Hugo se puso las gafas con celeridad para no perder detalle, ya que se las había quitado al subir a la lancha. Junto a la primera ballena, segundos después, apareció otra algo más pequeña,

de unos dos metros que también saltó en el agua.

—Son ballenas jorobadas, una hembra y su cría —dijo el dueño de la barca—. En invierno siempre vienen al Caribe buscando el calor de nuestras aguas, pero parece que este año se han adelantado algunas semanas, debe de ser por esa vaina del cambio climático del que tanto hablan. No nos gusta molestarlas, pero se han convertido en una atracción turística, así que intentamos mantenernos a cierta distancia respetando su espacio y siempre con los motores parados hasta que se alejan. Hoy parece que son ellas las que se quieren acercar a nosotros.

Mientras nos explicaba que las ballenas jorobadas visitaban la bahía cada año, ellas seguían saltando como si estuvieran bailando y jugando para nosotros… O quizás con nosotros, quién lo podía saber. ¿Sería posible que en algún momento aquel país dejara de sorprenderme? ¿Ballenas en libertad? Ni en mis mejores sueños podría haberlo imaginado. Estuvimos allí cerca de un cuarto de hora, en silencio, admirándolas hasta que se marcharon. El barquero esperó unos minutos más y volvió a encender el motor poniendo rumbo a Cayo Levantado.

—¿Os ha gustado la sorpresa? —preguntó Carlos.

—Es lo más increíble que me ha pasado desde que estoy aquí —contestó Hugo sin apartar la vista del lugar en el que habían desaparecido las ballenas.

—Carlos, ha sido maravilloso —contesté.

Seguía con la emoción a flor de piel:

—En la vida me lo habría imaginado. Ballenas, aquí mismo… Es como si lo hubieras tenido todo preparado.

Me miró sonriendo y asintió con la cabeza. Pude observar la felicidad en su rostro.

El agua nos salpicaba a medida que aumentaba la velocidad de la pequeña embarcación. Estaba viviendo un sueño tan real que me costaba asimilarlo. Me vino la imagen de mis padres a la cabeza y sentí que tenía que agradecerles su insistencia para que diera el paso hacia aquella aventura. Todo aquello era posible por ellos. Les hubiera gustado tanto estar allí que me emocioné, pero las gotas del mar disimularon las lágrimas de felicidad que permití salir.

En Cayo Levantado pasamos la tarde entre cocoteros, cócteles, un ajetreado paseo en kayak en el que dejamos claro que Hugo y yo no habíamos nacido para el deporte, y baños interminables en playas de arena coralina. Todo se grababa a fuego en mi retina para que no lo

olvidara jamás.

Regresamos en el último bote concho y, después de una merecida ducha en el hotel, compartimos una cena divertida en la que no dejaban de reír cuando les expliqué mi aventura con el coco, aunque la experiencia de las ballenas eclipsaba cualquier otra cosa de aquel día que parecía que había tenido mil horas. Compartimos un rato en la terraza junto a la piscina. La temperatura era tan agradable que invitaba a alargar la noche, pero mis primos se estaban poniendo tiernos y Hugo y yo nos marchamos a pasear por el complejo. Acabamos sentados en la orilla de la playa contemplando el reflejo de la luna y las estrellas en el mar en calma. El agua negra se convertía en el reflejo perfecto de la grandeza del universo en el que nosotros éramos poco menos que dos motas de polvo.

—Hugo, gracias por venir.

—No tienes que agradecerme nada, Elena. Me siento bien cuando estoy contigo y hoy ha sido un día fantástico. Lo de las ballenas… Es que todavía no tengo palabras…

Le pellizqué en el brazo.

—¡Auuuu! ¿Qué haces? —se quejó mientras pasaba su mano con fuerza sobre el punto exacto del pellizco.

—Es para que mañana no pienses que lo has soñado —dije sin dejar de reír—. Todo esto es de verdad, Hugo.

Se unió a mi risa mientras seguía frotando el brazo para calmar el dolor.

Estuvimos en silencio durante mucho tiempo observando la noche. Era agradable estar así con alguien, sin necesidad de rellenar espacios, solo compartiendo el momento. Tenía la sensación de conocerlo de toda la vida, como un hermano mayor que siempre hubiera estado a mi lado y que me regalaba, sin saberlo, momentos de felicidad compartida.

Al día siguiente preparamos todo para salir después del desayuno. Haríamos el almuerzo en Las Terrenas para conocer otra parte de aquella maravillosa bahía y, de allí, vuelta a la capital.

Con la pequeña maleta en la mano, me dirigí a la recepción para hacer el *check-out* mientras ellos acababan de recoger sus cosas y me esperaban en el coche. Allí acababa el fin de semana más maravilloso que había tenido hasta el momento en la isla y que creí que nunca podría superar. Era la despedida de Samaná… Y de Erik.

Me había gustado todo: el lugar, la experiencia, la conversación y

la persona que había conocido. Sabía que me iba a costar decir adiós. Así que intenté alargar el momento cuando volví a perderme en su sonrisa, en su mirada y noté las dos mil quinientas mariposas que se volvieron a disparar en mi estómago mientras él guardaba las llaves que le acababa de entregar. Sin pensarlo demasiado le pedí dar un último paseo hasta la cala. Me sentía extraña por aquellos nervios, porque no los recordaba de antes. Con Víctor había sentido alegría al comienzo de nuestra relación, pero no esa sensación desbocada que me palpitaba por dentro, con el corazón intentando salir disparado del pecho. Era como si Erik consiguiera despertar una parte de mí que hasta entonces no conocía o que, quizás, había estado anestesiada muchos años y ya no la recordaba. O puede ser que jamás la hubiera sentido porque esos nervios, esas ganas de tenerlo a mi lado, de que me volviera a rozar la mano... No me recordaba tan ansiosa por alguien, con tantas ganas de saltar de alegría, con los ojos llenos de ilusión. Por nada del mundo quería renunciar a esas sensaciones que me hacían sentir tan bien, pero ¿qué podía hacer?

Mientras caminábamos hacia la playa, mi cabeza iba a mil por hora buscando las palabras exactas que debía decir para que aquello no fuera el final. Quería volver a verlo. Sí, decidido. Quería volver a quedar con ese hombre, así que regresaría a Samaná otro fin de semana con cualquier excusa, ya la encontraría o me inventaría otra historia sobre la que escribir. Pero, para mi sorpresa, fue él quien se adelantó explicándome que en unas semanas iría a Santo Domingo y que le gustaría volver a verme. Casi se me sale el corazón por la boca. Erik tenía que escucharlo porque era imposible no oír el incesante martilleo que había en mi pecho. Estaba convencida de que el sonido llegaba a kilómetros de distancia, así que tenía que notarlo.

Nos detuvimos a la sombra de las palmeras, antes de llegar a la orilla. «Sería perfecto», conseguí contestar. Busqué mi libreta en la mochila que llevaba en la espalda y arranqué una hoja para escribir, con la mano temblorosa, mi número de teléfono. Y ahí, justo en ese momento, en esa milésima de segundo, algo dentro de mí comenzó a hablarme: «Venga, Elena, atrévete. Hazlo. ¿Qué puede pasar? ¿Qué te rechace? ¿Que se eche para atrás? ¿O que te responda? ¡Atrévete! Demuestra que eres valiente». Aunque también apareció doña razones, por el otro lado, intentando acallar a esa voz que se estaba envalentonando como un caballo desbocado y comenzó con sus contras: «¿Y si es una locura? ¿Y si no siente lo mismo? ¿Y si solo

quiere ser amable? ¿Pero no has dicho que dejabas las distracciones y te centrabas en el trabajo? ¿Y si…?». Mi odiosa cabeza había metido la quinta marcha y estaba acelerando… Pero no lo permití.

Le di el papel, rocé su mano, lo miré a los ojos, me puse de puntillas, me aferré a sus brazos y besé esos labios que me estaban volviendo loca desde hacía horas. Unos labios jugosos, dulces e irresistibles que se mostraron sorprendidos ante el primer contacto pero que me respondieron con suavidad. ¿Qué estaba haciendo? Yo no era así… O tal vez sí... No, no me reconocía para nada. Aunque quizás esa era yo y había estado escondida bajo un montón de mantas que se habían apolillado y me habían hecho dependiente. Erik me había dicho que era valiente, ¿era verdad o es que había conseguido transmitirme parte de su confianza o es que el país me estaba cambiando o existía la posibilidad de que me estuviera volviendo loca o quizás era una suma de todo? Sin embargo, me gustaba lo que sentía, cómo me sentía. Y si me gustaba tanto, «¿se podía saber qué narices hacía dándole vueltas a la cabeza mientras estaba besando a un chico increíble?», reñí a mi mente para silenciarla. Me concentré en sentir el calor de sus labios, el suave roce de su piel y mi corazón a punto de salir despedido del pecho. No fue un beso memorable, pletórico ni apasionado, ¡qué va! Era tímido. Un roce de labios con vergüenza, delicado, un aproximamiento suave… Había conseguido lanzarme, pero todavía no había destruido todas las barreras que me limitaban.

Vi su sonrisa al separarnos y adiviné un punto más de luz en sus ojos. Era posible que hubiera pensado que le iba a dar un beso de despedida en la mejilla y con total seguridad le había sorprendido mi actitud. Pero, entonces, la sorprendida fui yo por su respuesta: «Nos veremos pronto, Elena», dijo mientras posaba sus manos con suavidad sobre mi rostro y se acercó para besarme de nuevo. Sí, sí… ¡Él a mí! Con intensidad, sin miedos y sin prudencia. Me perdí en sus labios medio abiertos buscando los míos con deseo, húmedos y deliciosos. Se movían con suavidad devorando mi labio inferior y su lengua se adentró con timidez buscando la mía. Sentí su sabor unido al mío en una mezcla perfecta que me transportaba lejos de allí, a las alturas, haciéndome sentir que el paraíso existía en la tierra. Era dulce, era chocolate, era el mismo cielo. Menudo beso. Menudo primer beso. Me derretí con el anhelo de su boca, con la suavidad de sus caricias, con las mariposas alborotadas que se alojaron a vivir eternas en mi

estómago y con el corazón a dos mil quinientos por hora. Levité. Estaba convencida de que mis pies no tocaban el suelo y mis manos acariciaban sus brazos fuertes, fibrosos, esculturales. Lo que creía que era un «adiós» se acababa de convertir, por arte de magia y gracias a un tremendo beso, en un «hasta pronto». Aquella pequeña playa se había transformado para siempre en *nuestra* playa y yo acababa de caer en la mayor distracción del mundo. No había salida y no quería encontrarla. No había otra opción y tampoco la deseaba. No podía ser de otra forma. Era perfecto. Seguí con los ojos cerrados cuando separó su boca de la mía, mientras mis pies continuaban sin tocar tierra en el paraíso.

---

9 *The little beach* significa la pequeña playa.

10 *Of course* significa: «Desde luego».

11 *You're welcome* es el formalismo de respuesta en inglés a «gracias».

12 Ápero significa algo bueno, que gusta.

13 Papaya.

14 Fruta de la pasión.

15 Walter *Walt* Whitman (31 de mayo de 1819 - 26 de marzo de 1892) fue un poeta, enfermero, voluntario, ensayista, periodista y humanista estadounidense. Su trabajo se inscribe en la transición entre el trascendentalismo y el realismo filosófico, incorporando ambos movimientos en su obra.

16 *Bote concho* es una barca que hace las funciones de taxi en el mar para llevar a los turistas a los cayos y pequeñas islas de la zona.

13
Todo duele

Santo Domingo, septiembre 1997

El lunes intenté concentrarme con toda mi alma, mi mente, mi corazón, mis intestinos, mi estómago, mis pulmones, mi hígado y hasta con el bazo, si eso era posible, para escribir el mejor reportaje sobre los peces de Samaná. Pero mi cabeza se había quedado en la bahía y me resultaba imposible centrarme.

Así que hice lo que no había hecho hasta entonces.

Después de toda la mañana dando vueltas a la entradilla del texto del que no había conseguido escribir ni cinco líneas, me marché a casa a comer algo ligero y me preparé un termo cargado de café y un sándwich. Regresé a la redacción con el objetivo de no moverme de mi mesa hasta que tuviera escrito algo medio presentable que pudiera pulir a lo largo de la semana. Estaba dispuesta a no dormir si era necesario, pero tenía que centrarme, dejar de lado a Erik, aunque me costara la vida y volver a ser la *súper* periodista que se iba a comer el mundo, o la isla, o la capital, o por lo menos iba a escribir algo de lo que sentirme orgullosa. No iba a desperdiciar la oportunidad que me habían dado por muchas mariposas agitadas que volaran, cantaran y bailaran con coreografía de natación sincronizada incluida en mi estómago.

Y salió. Acabé tarde, pero escribí un primer borrador con todos los hechos, fuentes de información, declaraciones y estructura argumentativa. Podría acabar siendo un buen reportaje. Toda la línea periodística apuntaba a que los movimientos de tierra provocados por la construcción del malecón podrían ser la causa de la tragedia y que debían tomarse medidas preventivas y de seguridad para evitar que los hechos se repitieran. No estaba mal. Agotada y con los ojos casi cerrados, llegué a casa para caer rendida en la cama. Al día siguiente

pensaría en el resto… Y en comer, porque aquel lunes ya no daba para más. Hasta las mariposas que habían venido a vivir en mí hacía horas que estaban dormidas.

Después de aquel primer esfuerzo por centrar la cabeza, la semana fue mejor. Pude concentrarme en el trabajo y conseguí escribir un buen reportaje, o por lo menos a mí me lo parecía, que entregué a Laisy antes de la fecha límite. Lo leyó ante mí. Me sentía como si acabara de hacer un examen y la profesora lo estuviera corrigiendo allí mismo. Estuve a punto de volver a morderme las uñas, pero, sentada ante su mesa, apreté los puños sobre la falda y no me moví en los pocos minutos que tardó en leerlo y que a mí me parecieron horas. Asintió con la cabeza al finalizar.

—Muy bien, Elena. Me gusta.

Respiré. Sentí que me había olvidado de respirar en todo ese rato.

—Ven a verme mañana. Tengo otra historia para ti.

Sonrió y le di las gracias. Me levanté de la silla con mucha solemnidad y caminé hacia la salida con la confianza reforzada hasta el infinito. Al llegar al pasillo, me aseguré de que había cerrado bien la puerta de su despacho y que no había nadie cerca antes de dar un salto de alegría silencioso, conteniendo el enorme grito que empujaba por salir directo desde el estómago. Era consciente de que no era el lugar y debía mantener la imagen de *súper* periodista que me estaba labrando. Pero, al llegar a casa salté, grité, bailé y dejé escapar toda la emoción contenida. Hugo me miraba sonriendo mientras que Juanra dejó escapar algo como «niñata». Me era indiferente, ni él ni su envidia podían empañar la alegría que sentía.

Al día siguiente, Laisy me habló de una organización que trabajaba con jóvenes que se rehabilitaban de diferentes adicciones, sobre todo drogas. Esa historia iba a ser dura, me avisó, así que tendría que prepararla bien y prepararme también yo para escuchar historias muy difíciles que me removerían por dentro. Ella quería que enfocara el texto en el trabajo que hacía el grupo de profesionales con ellos, en las vidas de los chicos, en cómo habían llegado allí, en cómo se sentían ahora, en sus opciones de futuro y en los mensajes que enviaban al resto de jóvenes que podían encontrarse en la misma situación. Tenía que escribir sobre las dificultades de la vida con el objetivo de trasladar un mensaje de esperanza y poner en valor todo el trabajo que realizaba la organización. La teoría parecía sencilla, lo difícil iba a ser la práctica.

Así fue. Por mucho que lo trabajé y me preparé para escuchar sus historias, no pude evitar que se me encogiera el corazón con las vidas de aquellos chicos que desde niños habían estado marcados. Habíamos viajado hasta el centro de la isla, a la provincia de La Vega. Esa vez me acompañaron Elías y Rosita, una fotógrafa argentina que también trabajaba con nosotros y que estuvo conmigo durante las entrevistas. Al acabar el trabajo que habíamos preparado, subimos a la camioneta en silencio, con los ojos agachados, incapaces de mirarnos. Tras cinco minutos de viaje, Rosita y yo conseguimos mirarnos con los ojos muy brillantes y pedimos a Elías que parara en el lateral de la carretera, llena de arbustos. Necesitábamos salir y llorar. Soltar todo lo que habíamos tenido que contener allí dentro con mucho esfuerzo por nuestra parte mientras escuchábamos cada historia, cada tragedia, cada desgracia. Los chicos explicaban que las drogas habían sido su única escapatoria a los miedos de su infancia, al dolor y al sufrimiento. Tanto Rosita como yo conseguimos soltar todos las tragedias ajenas que habíamos sentido como nuestras por un momento. Ella se apoyaba en la parte trasera de la camioneta mientras yo me doblaba sobre mí misma agarrándome la cintura para intentar contener el dolor. Elías nos miraba con tristeza, sabiendo lo que sentíamos. No había querido entrar, no había sido necesario. Él veía a diario la cara más dura de la vida, la que no residía en los privilegios de los barrios ricos y acomodados de la ciudad.

Probablemente fue uno de los textos más difíciles de escribir, pero también uno de los que me hizo sentir más orgullosa. Me permitió profundizar en la parte más dura y cruel de la vida, la que suele situarse junto a las personas más débiles y vulnerables sin ofrecerles ninguna opción. Al mismo tiempo, pude escribir sobre el esfuerzo, la fortaleza y la superación del ser humano cuando decidía luchar por sí mismo y su supervivencia rebasando sus propios límites. Además, me permitió ver la importancia de la implicación, la confianza y la solidaridad de personas que se empeñaban en crear vínculos de protección, seguridad y ayuda que se convertían en imprescindibles para ejercer la fuerza necesaria en quienes querían lograr la superación personal, sin darse por vencidos. Personas que luchaban por no dejar que nadie se perdiera, ni siquiera los que habían dejado de creer en sí mismos. Ese reportaje me marcó, me hizo llorar y me obligó a exprimirme hasta la extenuación porque aquellas personas merecían que todos conocieran sus historias. Yo tenía esa

responsabilidad. Mi texto tenía que convertirse en un granito más de arena para conseguir que tuvieran la oportunidad de vivir mejor.

Desde entonces, Laisy me convirtió en una periodista más de su redacción y me encargó más reportajes para *Aquí y Ahora*, que también combinaba con encargos de Marisa para sus revistas. Mi volumen de trabajo iba aumentando a la vez que la confianza en mis capacidades profesionales. Una periodista tenía que ser capaz de escribir de cualquier cosa, porque lo de «aprendiz de todo, maestro de nada», estaba hecho para nosotros. Así que mis siguientes textos fueron temas tan dispares como la probabilidad de que se produjeran terremotos en la isla a partir del análisis de la historia sísmica del país, una crónica sobre los huracanes más devastadores que habían atravesado República Dominicana y sus terribles consecuencias sociales, sanitarias y económicas o la importancia del masaje infantil en los primeros meses de vida de un bebé.

En el trabajo me sentía muy acompañada por Hugo, que siempre estaba dispuesto a ayudarme mientras seguía con sus reportajes políticos, con entrevistas a ministros y miembros de la oposición sobre temas controvertidos de la actualidad dominicana. En breve se convocarían elecciones presidenciales, así que él también tenía mucho que hacer.

Llegábamos a casa y seguíamos hablando de cómo enfocar nuestros textos, de las entrevistas que teníamos pendientes o de cómo habíamos escrito una idea que nos rondaba la cabeza. Nuestro salón se convertía en una extensión de la redacción. En esas conversaciones nunca, jamás, encontrábamos a Juanra. Él seguía a lo suyo, cada vez más distante y casi desaparecido de nuestras vidas. Vivía en su habitación, encerrado cuando estaba en casa y ya no compartía nada con nosotros, ni tan solo la hora del almuerzo o la cena. Sentía que hacía tiempo que me miraba con cierto desprecio y, desde que había pasado a *Aquí y Ahora*, me había bautizado como «listilla», intentando menospreciar cualquier texto mío que cayera en sus manos.

—¿De verdad piensas que vas a ser alguien en el mundo periodístico de este país? —dijo una noche al salir de su cuarto para interrumpir la conversación que manteníamos Hugo y yo mientras cenábamos—. Si leyeras algo de lo que escribes, verías que no tiene ni pies ni cabeza. Lo que pasa es que tienes «enchufe», pero ya caerás, ya.

Me miró con odio y regresó a su habitación hecho una furia. Me

dejó con la boca abierta sin saber qué contestarle. ¿Qué narices le pasaba? ¿Me estaba amenazando? ¿Por qué la tomaba conmigo? ¿Todo era porque no aceptaba lavarle y plancharle la ropa? No podía creerlo. ¿Y qué quería decir con que tenía enchufe?

Hugo me recomendó que lo olvidara, que estaba resentido porque él solo escribía sobre sucesos y todavía no le habían encargado nada para *Aquí y ahora,* mientras que yo cada día tenía más trabajo y las editoras me reconocían la calidad de lo que escribía. «Son celos», sentenció mi amigo.

Aquella noche no pude dormir dándole vueltas a la cabeza. No alcanzaba a comprender por qué Juanra me odiaba tanto. Era cierto que nuestras personalidades eran completamente incompatibles y que habíamos chocado desde el primer momento, pero tanto como para que me amenazara de aquella forma… No lo entendía. Así que tomé una decisión: daría mi brazo a torcer por el bien de nuestra convivencia. Los tres nos merecíamos una oportunidad y estaba dispuesta a poner de mi parte, aunque seguiría sin aceptar hacerle las tareas domésticas.

A la mañana siguiente salí temprano hacia la cocina a preparar un desayuno de tregua. Cuando mis compañeros despertaron, encontraron sobre la mesa tostadas, fruta, café recién hecho y a mí esperándolos sentada con la mejor de mis sonrisas. Hugo me miró alzando una ceja extrañado y un gran signo de interrogación dibujado en el rostro, mientras Juanra se sentó sin dirigirme la palabra.

Mientras desayunaban les expliqué que teníamos que reconducir aquella situación, que no podíamos seguir conviviendo con tanta tensión y que estaba dispuesta a firmar una tregua con Juanra si él también ponía de su parte. Hugo casi se atraganta con el café al escuchar mis palabras. Tosió y miró a Juanra, expectante. Pero él siguió mordiendo su tostada sin levantar la vista. Yo sabía que estaba dándole vueltas a la cabeza y no quería que intuyera su respuesta.

Segundos después me miró y asintió con la cabeza antes de comenzar a hablar:

—Está bien. Lo intentaré.

Pero su rostro seguía siendo serio.

—No te voy a lavar ni planchar la ropa, Juanra —advertí convencida y con mucha serenidad mirándole a los ojos—, pero puedo enseñarte a hacerlo.

Vi la incredulidad reflejada en su mirada y sonreí con dulzura al

reconocer en él a un niño pequeño y perdido.

—Aprenderás, Juanra. No es tan difícil —dije intentando ser cordial.

Me estaba esforzando mucho por el bien de los tres. Quería que aquello funcionara.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? —preguntó sin apartar su mirada de mí.

Volví a ponerme seria para que entendiera que las condiciones eran innegociables. Sus ojos me escrutaron y consiguió hacerme sentir incómoda a pesar de que hice verdaderos esfuerzos por mostrarme segura.

—Colaborar más en casa, hacer la parte que te toca y no tratarme como a una criada. Eso estaría muy bien —contesté.

—Está bien —dijo al fin—. Lo intentaré.

Sin mediar más palabras se levantó y recogió los restos del desayuno. En el fregadero limpió los vasos, los cubiertos y los platos y lo dejó todo en el escurridor mientras Hugo y yo lo mirábamos todavía sentados en la mesa del salón sin creer lo que estaban viendo nuestros ojos. ¿Sería posible que fuera tan fácil? Aunque estaba segura de que la prueba de fuego llegaría el día que tuviera que enseñarle a planchar.

Respiré al sentir que la paz había regresado a casa. Sin embargo, la verdadera sorpresa llegó por la tarde al volver del trabajo. Aquel día acabé antes de lo habitual y, al abrir la puerta, encontré a Juanra sentado en el horroroso sofá con mi libreta en las manos.

—Pero ¡¿qué crees que estás haciendo?! —grité al sorprenderlo.

Del susto que le di se le cayó la libreta al suelo. Sin embargo, se recompuso con rapidez y se agachó a recogerla con la máxima tranquilidad.

—Vaya, vaya… Así que huiste de tu novio…

Me acerqué a él lo más rápido que pude y se la quité de las manos.

—¿Cómo te atreves? —dije indignada.

Había leído sobre Víctor, sobre mi familia, sobre mis sentimientos. En aquel momento me sentí vulnerable y completamente expuesta ante él. Sonrió con superioridad y siguió hablando:

—Una lectura muy interesante, Elena. Eres una pobre niña que ha escapado porque su novio la agobiaba. Me das pena, Elena, mucha pena.

Volvió a sentarse en el sofá con total indiferencia mientras yo sentí

el puñal que me acababa de clavar en la espalda y lo odié con todas mis fuerzas. Me puse frente a él para que me viera bien y me escuchara mejor:

—Se suponía que lo de esta mañana era una tregua, pero ya veo que contigo no funciona nada —dije muy seria intentando mantener un tono sereno, aunque estaba a punto de explotar—. He intentado que podamos vivir con tranquilidad y estaba dispuesta a poner de mi parte, pero eres un completo egoísta al que no le importa nada ni nadie.

Respiré para evitar derramar una lágrima porque no iba a permitir que me viera derrumbarme. Apreté los puños con fuerza y continué:

—Si quieres seguir siendo un niño mimado toda tu vida, adelante, es tu elección. Pero no cuentes conmigo…

Y entonces ocurrió. Me dolía tanto que hubiera leído mi historia que por un momento dejé de pensar o perdí la cabeza o solo actué de forma irracional. El caso es que vi la plancha en un rincón del salón y me acerqué a encenderla. Él me miraba en silencio con curiosidad sin entender qué estaba haciendo. Cuando la plancha estuvo caliente, cogí la camisa que Juanra había dejado tirada sobre la silla del salón y un segundo después la estaba achicharrando con el electrodoméstico.

Cuando mi compañero de piso comprendió lo que estaba pasando saltó del sofá para detenerme, pero fue tarde. Acababa de quemar su camisa preferida.

Por suerte para ambos, en ese momento llegó Hugo para poner fin a una escena que podría haber acabado muchísimo peor. Al ver la tensión que se respiraba, cerró la puerta y preguntó qué estaba pasando. Juanra contestó a gritos:

—¡Esta tía está loca! ¡Muy loca!

Él me quitó la camisa de las manos y la agarró como si pudiera borrar la marca negra que le acababa de hacer.

—Pasa que Juanra se va a marchar de esta casa. ¡Ya! —dije retándolo con la mirada mientras seguía con la plancha en la mano a modo de escudo de protección.

Él alzó las dos cejas sin creer lo que acababa de escuchar.

—Sí, Juanra. Te vas a ir hoy mismo —dije recuperando la templanza.

Y mirando a Hugo, añadí:

—Hugo, ya no lo soporto más. O se va él o me voy yo.

Hugo no dejaba de mirarnos a uno y a otro como si estuviera en un

partido de tenis, pero comprendió la situación en una milésima de segundo.

—Esto no puede seguir así —dijo mi amigo—. Juanra, te vas a marchar. Ni Elena ni yo queremos seguir viviendo contigo, así que busca otro lugar. Mañana hablaremos con Marisa y le explicaremos la situación.

Juanra salió indignado hacia su habitación con la camisa entre las manos. El portazo que dio hizo retumbar todo el apartamento. Hugo se acercó a mí y me quitó la plancha con suavidad, yo no era consciente de que todavía la tenía en mis manos temblorosas.

…

Días después Juanra desapareció por completo de nuestras vidas. En la editorial se encargaron de facilitarle varios contactos para que encontrara otra vivienda y, además, le propusieron un traslado laboral: la empresa estaba poniendo en marcha un nuevo portal informativo en internet y Juanra formaría parte de su nueva redacción que, por fortuna para mí, estaba situada en otro edificio.

Sin embargo, a pesar de que pasaban los días, su amenaza seguía rondando mi cabeza: «Ya caerás, ya». Quizás fueron esas palabras que me pusieron a la defensiva, o la dureza del reportaje de los chicos en rehabilitación, o la mayor confianza en mi trabajo y, en consecuencia, en mí misma, o el fin de semana en Samaná, pero supe que había llegado el momento de tomar la decisión que había estado posponiendo tanto tiempo: debía terminar con Víctor ya, de una vez por todas, porque no cabía en mi vida, no había espacio. Llevaba más de tres meses viviendo sin él y desde que lo tenía lejos volvía a ser yo, llena de confianza, haciendo lo que me gustaba y tomando decisiones conscientes, y algunas también sin pensar, que me hacían sentir bien. Era feliz sin él, feliz en mayúsculas. Así que no iba a esperar un año para decirle adiós. Aquello iba a terminar de una vez por todas… Me senté en mi cama con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared. Abracé la almohada para mantenerme firme y puse la música de Texas de fondo, bajita. El sol iluminaba la habitación, los rayos llegaban hasta el mismo centro y veía millones de motas de polvo volando en su luz. Me dejaba abrazar por su calidez. A pesar de mi seguridad, necesitaba el abrigo del mediodía. Había llegado el momento. Lo llamé por teléfono.

La sorpresa fue que, en cuanto Víctor escuchó mi voz, me anunció alegre que tenía un billete para venir a pasar las navidades conmigo.

¿Qué? ¿Pero qué decía? Me desmontó por completo.

Me tomé un segundo para respirar y me rearmé. Me había sorprendido. Sin embargo, no me había hecho dudar ni replantearme la decisión que había tomado. Mi voluntad se había vuelto firme como las columnas jónicas de los templos griegos, dispuestas a soportar todo el peso que cayera sobre ellas. Era fuerte, me sentía más fuerte que nunca.

—No quiero que vengas —dije con contundencia, sin darle margen. Él no estaba acostumbrado a escucharme así—. Sabes que debemos dejarlo. Lo nuestro hace mucho que no funciona y alargarlo solo nos hace más daño. Y no quiero eso, Víctor. Nos hemos querido mucho, pero ya no somos felices.

Se tomó un segundo antes de contestar. Lo hizo con una voz que reflejaba que había perdido por completo la alegría inicial y subió el volumen de forma considerable.

—¿No somos felices? —dijo—. Pero, si vamos a vivir juntos, Elena. ¿Qué estás diciendo?

Ese era el Víctor que conocía, el que quería controlar mi vida.

—No vamos a vivir juntos, Víctor. Olvídate de eso. No quiero vivir contigo, no estamos bien y lo sabes.

Insistí con paciencia. Ni yo me reconocía hablando con él con tanta confianza en lo que decía.

—Estás con otro, ¿verdad? —dijo de repente con un hilo de voz.

Me sorprendió escucharlo tan débil y roto.

—No. No estoy con nadie, Víctor. Pero sabes que lo de irme al otro lado del mundo no ha sido casualidad, ¿no crees? —Escuchaba su respiración agitada al otro lado del teléfono. Seguí—: necesitaba respirar. Necesitaba ser libre. Necesitaba estar lejos de ti, de tu control, de tus elecciones sobre nosotros. Tenía que volver a ser yo, tomar mis propias decisiones, aunque me equivoque, y tenía que alejarme de quien me obligaba a ir a remolque… —Tomé aire para seguir. Debía mantenerme serena y firme—. Quizás no eres consciente de tu forma de ser, Víctor, pero no puedo seguir así. No quiero seguir así.

Se mantuvo en silencio. Yo también, pero solo durante unos segundos hasta que no pude evitar decir:

—Olvídame, Víctor, es lo mejor para los dos.

Abracé con fuerza la almohada. Era mi punto final.

—No sabes lo que dices —contestó con todo el dolor y desprecio que pudo impregnar en sus palabras.

Colgó el teléfono. En dos minutos acabaron cuatro años de relación.

Se desató el nudo que se me había hecho en el estómago durante la conversación y sentí unas ganas inmensas de llorar. Comenzaron a brotar lágrimas rebosantes de tristeza porque era el final de una relación y, a la vez, llenas de alegría por el mismo motivo, por haber puesto fin a una historia muy dañina para mí que se había convertido en un mal sueño en los últimos tiempos. Las contradicciones de la vida me llevaban a sentir polos opuestos al mismo tiempo, era extraño pero muy liberador.

Respiré hondo para calmar el llanto y me metí en la ducha. Necesitaba el agua caliente resbalando sobre mí para limpiar las lágrimas, los sentimientos y las emociones contradictorias. Porque, a pesar de todo, era difícil terminar. Porque, a pesar de todo, dolía. Lloré bajo el agua hasta agotarme, hasta sentir que me vaciaba y hasta sacar a Víctor de mi vida. Y reí. Reí porque lo había conseguido, porque había sido fuerte, porque había sido capaz de terminar, aunque hubiera sido con una llamada. Fue algo regenerador, extraño, como si hubiera conseguido poner mi vida de nuevo en el punto de partida, como si todo volviera a comenzar desde cero, como si estuviera en la línea de salida de una maratón que podría recorrer día a día con nuevas personas a mi lado, nuevas experiencias, nuevas historias y nuevas oportunidades. Con energía, alegría y coraje. Veía cómo el desagüe de mi bañera rosa se estaba tragando una relación entera y se llevaba todo el dolor que me había provocado impidiendo que regresara otra vez. Supe que acababa de recuperar el control de mi vida y, a partir de entonces, solo quería escoger la felicidad.

Salí de la ducha para hacer la segunda llamada del día. Con la serenidad recuperada y la alegría desbordándome, llamé a mis padres para decirles que por fin era libre.

14
Él

Santo Domingo, octubre 1997

Entre el trabajo y la ruptura con Víctor había perdido la noción del tiempo y mi cabeza había conseguido guardar a Erik en un cajón medio cerrado. Por supuesto, no dejaba de pensar en él, pero había estado tan ocupada que no fui consciente de que casi había pasado un mes desde que estuve en Samaná. Tenía tanto trabajo que, cuando llegaba a casa, apenas tenía ánimo para hacer una cena rápida y descansar hasta el día siguiente. Fueron días tan intensos que agradecí tener la mente ocupada en escribir… Hasta que sonó mi teléfono.

Todavía estaba en la redacción. Volvía a ser la última en irme porque había cogido el gusto a quedarme hasta tarde ya que la tranquilidad que se respiraba en el edificio cuando todos se marchaban me permitía centrarme más en los textos. Estaba tan concentrada tecleando, que me asusté cuando sonó el *zapatófono*… Y, al escuchar su voz, las mariposas renacieron y se agitaron tan nerviosas en mi estómago que casi se me cayó el teléfono de la mano. Me dijo que vendría a la capital al día siguiente y me preguntaba si querría cenar con él. No le grité que sí porque no tenía que saber que me moría por volver a verlo y porque no quería dejarlo sordo, así que le contesté con tranquilidad que «me apetecía mucho». Quedamos en que me vendría a buscar al salir del trabajo.

¿Y entonces qué? ¿Cómo tenía que saludarlo? ¿Lo besaba otra vez? ¿Un beso en la mejilla? ¡Ay, madre! Iba a volverme loca.

Diez minutos antes de las cinco ya había mirado el reloj unas veinte mil veces siguiendo el caminar lento del segundero y desesperándome más a cada minuto que pasaba. Me levanté para ir al baño que había al final del pasillo, tenía que volver a mirarme en el espejo por enésima vez para asegurarme que todo estaba correcto: maquillaje

sutil, pelo recogido de forma aceptable y una sonrisa de tonta que no me quitaba de encima. Y, cuando dieron las cinco, salí corriendo, despidiéndome con rapidez de todos y bajando las escaleras de dos en dos para no perder ni un segundo más con el ascensor.

Allí estaba, en el aparcamiento de la entrada principal apoyado en su coche con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa que apareció en cuanto me vio. Me acerqué con los nervios a flor de piel y la respiración acelerada por la carrera, todavía sin saber qué hacer, pero Erik posó las manos con suavidad en mis mejillas y me dio un beso tan dulce, casto e inocente en los labios que me dejó con ganas de más. Cerré los ojos para volver a sentir la emoción desbocada que había vivido en Samaná y un ciclón regresó para apoderarse de todo mi cuerpo. Las piernas me temblaron de nuevo, pero confié en que no me fallarían. No podían hacerlo.

—Elena —dijo muy suave sin soltarme las mejillas.

Escucharlo decir mi nombre y notar cómo me miraba mientras me veía reflejada en sus bellos ojos azules consiguió calmarme de golpe.

—¿Me acompañas? Tengo que acabar unas gestiones y después iremos a cenar, ¿quieres? —hablaba sin borrar su sonrisa.

Claro que quería. Él no lo sabía y, por supuesto, tampoco se lo iba a decir, pero en ese momento iría con él al fin del mundo. Aunque, en realidad, fuimos a un centro de materiales de construcción que borró todo el romanticismo que había imaginado para nuestra primera cita. Me explicó que estaban de reformas en el hotel y había pasado el día haciendo compras y gestiones pensando que terminaría antes de ir a buscarme, pero no lo había conseguido, así que ahora tenía que acabar para que pudieran llevarlo todo a Samaná.

En la tienda corroboré que la primera impresión que había tenido sobre su seguridad había sido acertada: discutía la rebaja de precios, cerraba las fechas de entrega y mantenía una actitud firme que no permitía que su interlocutor vacilara. Su rostro era serio y sus brazos marcaban la tensión de cada uno de sus músculos mientras gesticulaba de forma intensa con las manos. Se había cortado el pelo casi al cero y vestía vaqueros y camiseta negra. «Me gusta», pensé mientras lo observaba. Era decidido y seguro. Tenía muy claro lo que quería y cómo conseguirlo. Al acabar, se giró hacia mí y dibujó esa sonrisa tan maravillosa que tenía.

—Vamos —dijo—. Aquí ya he terminado. Ahora soy todo tuyo.

Todo mío. No sabía lo que había dicho. Mi imaginación se

aceleraba y me ruboricé por el camino que estaba tomando. Todo mío. «Elena, por favor, tranquilízate», me ordené. Salimos a la calle y se puso las gafas de sol que llevaba sobre la cabeza, dándole un toque misterioso a su rostro, como si intentara ocultar el azul de sus ojos a mi mirada y me besó de nuevo. Me gustaban esos besos sencillos, dulces y deliciosos, como pequeñas perlas que depositaba sobre mis labios dejándolos a la espera de la dulce miel. Las mariposas seguían revoloteando, saltando y chocando de forma estruendosa contra las paredes de mi estómago mientras mi corazón se aceleraba. Subimos al coche y fuimos a un restaurante japonés.

—Elena, tengo que ser sincero. La verdad es que no sabía si llamarte o no —confesó mientras sujetaba una pieza de sushi de salmón con los palillos.

Lo miré con sorpresa.

—¿Por qué?

—Aquel beso en la playa me sorprendió. Durante el desayuno en el hotel estuve muy a gusto, me gustó hablar contigo y creo que conectamos de alguna forma, pero no sé, no sabía qué ibas a pensar. No quería que creyeras que eras una más. Y también está el tema de tu relación complicada… —Estiró su mano por encima de la mesa hasta posarla sobre la mía con delicadeza—. No sé, no quiero interponerme ni aparecer en tu vida en un momento difícil. No me va convertirme en una excusa que te sirva para acabar con tu novio. Pero la vaina es que me apetece conocerte mejor, que nos conozcamos... ¡*Oh, shit*[17]! ¡Qué complicado! —Se llevó una mano a la frente y apoyó el codo sobre la mesa como si así aclarara las ideas—. Es la primera vez que le doy tantas vueltas a la cabeza. Pero es que no podía dejar de pensar en ti y al final decidí llamarte… —Levantó el rostro para volver a mirarme a los ojos—. Y ha sido verte y besarte de nuevo sin pensar en nada, sin dar más vueltas.

Tenía razón. El pobre se sentía en medio de mi relación sin saber que había acabado.

—Si te soy sincera, me habría gustado que me llamaras antes —contesté sin evitar su mirada—. Estos últimos días ya creía que no lo harías, ha pasado mucho tiempo y he pensado lo mismo que tú: quizás pensabas que te metías en medio de una historia complicada y lo cierto es que seguro que estás mejor sin crearte más problemas. Pero, Erik, —apreté su mano— mi relación acabó hace unas semanas. Saqué fuerzas y coraje de donde no creía tener y he terminado con Víctor

definitivamente.

Conseguí dibujar una sonrisa tímida antes de continuar.

—¿Sabes? Cuando te besé, cosa que no suelo hacer, no te vayas a creer —le saqué la lengua burlona y rio—, me di cuenta de que mi cuerpo reaccionaba, notaba nervios y ganas de estar contigo. Supe que hacía años que no me sentía así, por lo que no tenía ningún sentido seguir alargando la agonía. Lo nuestro estaba muerto antes de venir a República Dominicana, pero supongo que necesité poner un océano por medio para atreverme a terminar con él. Debe de ser la perspectiva que nos da la distancia…

Fijé un momento la mirada en el cocinero, que hacía fideos con gambas sobre una plancha. Pero regresé para perderme de nuevo en el océano de sus ojos.

—Después de eso pasaban los días sin saber de ti y pensé que no querrías nada conmigo. Pero ayer, al escucharte, es como si lo de Samaná hubiera sido hace dos días. —Entrelacé mis dedos con los suyos—. La verdad es que he pasado días muy difíciles y creo que lo mejor ha sido estar sola, sin «distracciones» —le hice un guiño— que enmascararan lo que realmente sentía. He llorado mucho, pero sé que tenía que hacerlo para poder curarme, para volver a encontrarme conmigo misma, no sé si me entiendes. —Asintió con la cabeza—. Así que supongo que tampoco era el mejor momento para nosotros. —Sonreí con timidez—. Para volver a verte tenía que ser yo otra vez, sin mis lastres del pasado, porque también siento que, de alguna forma, conectamos en Samaná. Aunque… —puse mi mano bajo la barbilla— también existía la posibilidad de que te hubiera asustado con mi atrevimiento.

Le hice un guiño y soltó una gran carcajada. Me gustó verlo tan relajado. Nuestras manos seguían unidas, los dedos jugando a rozarse.

—No me asustaste, Elena, aunque sí me sorprendiste, no te lo puedo negar. —Seguía riendo—. ¿Atrevimiento, dices? Lo tuyo es azúcar al lado de lo que he tenido que aguantar. A veces llegan turistas al hotel a pasar unos días buscando una aventura con un mulato, como si fuéramos un trofeo o algo así, o como si nos liáramos con cualquiera, deben de pensar que estamos desesperados. Elena, han intentado meterme mano, tocarme el trasero haciéndose las despistadas, hasta intentar meterme dinero en los bolsillos, te lo prometo, o incluso acercarse a mi habitación… La suerte es que se ven venir a años luz y es fácil evitarlas. Pero contigo fue diferente: no sentí

que me quisieras utilizar, era algo inocente, no sé explicarlo de otra forma… Y hubo sentimientos que coincidieron.

Mantenía la mirada fija en mí, hacía rato que una pieza de sushi esperaba en su plato a que la probara. Pero él no tenía prisa, seguía hablando:

—He necesitado un tiempo para convencerme de que lo que sentí por ti fue algo sincero y que quizás tú habías sentido lo mismo. Porque, Elena, aquel beso me puso del revés. Y ayer, cuando al final decidí llamarte, no sabía si querrías volver a verme después de tanto tiempo. Te confieso —dijo entre risas— que estaba de los nervios, como un adolescente y, cuando me dijiste que sí, ¡Dios!, me tembló todo el cuerpo de alegría —confesó mientras me cogía con ambas manos—. Aquella mañana, cuando me pediste que tomara un café contigo pensé: «¿En serio esta belleza quiere que me siente con ella?». Y mientras hablábamos solo podía pensar: «Ojalá no quede solo en un café». Me explicaste cosas que me hicieron sentirte vulnerable y despertaste en mí un sentimiento de protección, no quería que nadie te hiciera daño. Me pareció extraño porque acababa de conocerte. —No podía apartar mi mirada de sus ojos mientras hablaba—. Y después me besaste, Elena...

No supo o no pudo seguir hablando.

—Lo sé. A mí me pasó lo mismo. Sentí el impulso de besarte y no dejé pasar la oportunidad, no me lo hubiera perdonado. Estabas tan seguro de ti mismo que me transmitiste tu confianza, creo. —Reí—. Es la primera vez que hago algo así: besar a un desconocido de buenas a primeras. Pero ahora... —susurré—. Estás aquí... Conmigo… Y tiene que significar algo, ¿no?

Apreté fuerte sus manos y sonreí. No recordaba haber tenido una conversación tan sincera con Víctor en todos los años que habíamos estado juntos, y ahora Erik desnudaba sus sentimientos ante mí. Acabamos la cena con las emociones a flor de piel, rozándonos, mirándonos e intentando adivinar nuestros pensamientos. Lo que teníamos claro era que la noche no iba a finalizar con aquella cena, así que decidimos seguir con un paseo por la Zona Colonial, por sus calles adoquinadas repletas de siglos de historia, edificios antiguos y romanticismo. Él me explicaba que le gustaba la capital, su bullicio le daba vida. De hecho, había nacido allí y su madre y su hermana seguían viviendo en Santo Domingo, así que venía a verlas a menudo. Hacía años que sus padres estaban divorciados, pero mantenían una

relación más o menos cordial, aunque no entró en demasiados detalles y yo tampoco quise preguntar, me pareció algo demasiado personal y respeté su silencio. Erik estaba muy unido a su hermana, Megan, pero al acabar de estudiar había comenzado a trabajar en el hotel con su padre y se había trasladado a vivir a Samaná mientras que Megan seguía viviendo en la ciudad con su madre.

Seguíamos paseando de la mano por las calles peatonales que nos llevaron hasta la plaza España, donde nos esperaba el Alcázar de Colón mientras él continuaba detallándome su vida. Parecíamos una pareja de novios paseando de forma relajada, disfrutando del tiempo juntos. Era una sensación extraña porque me sentía muy bien con él y, si me detenía a pensarlo, en realidad no lo conocía demasiado. Me gustaba tenerlo a mi lado explicándome su vida, sintiendo el roce de su mano, su sonrisa, su mirada alegre, la caricia de su voz bajo la luz tenue de las farolas… Regresé a la conversación. Me hablaba de que solo había tenido una relación que se pudiera considerar «seria», porque las chicas que había conocido estaban más interesadas en el negocio de su padre y en su dinero que en él. Así que todo acababa pronto, en cuanto les descubría el interés material. Me confesó que se sentía desencantado de las relaciones, que el amor le parecía algo complicado, aunque, quizás, me miró de reojo, era porque todavía no había conseguido dar con la persona adecuada y que llevaba mucho tiempo sin buscarlo, sin sentir la necesidad de estar con alguien. «Pero… —Aquel «pero» me sonaba maravilloso, dedicado a mí y a mis mariposas risueñas—. Despertaste mi curiosidad en el hotel cuando invitaste a cenar a tus compañeros de trabajo y después me acabaste de sorprender al reservar las habitaciones para tu familia», me dijo.

Según él, yo no era consciente de lo que representaba ese gesto nada egoísta en un país en el que ciertas mujeres, me explicó, esperaban encontrar a un hombre para que las invitaran a todo, para que tuvieran detalles caros.

—Elena, eres aire fresco. Invitaste a cenar a dos tipos mayores que tú y todo eran risas, había alegría a vuestro alrededor y no pude evitar fijarme en ti. Eres diferente… Aunque te confieso que después vi llegar a tu amigo y creí que era tu novio.

—¡Qué va! —reí—. Hugo es como mi hermano. Vivimos juntos desde que llegó al país y creo que es una de las personas que mejor me entiende.

—Pero después me besaste... Y no entendía nada de nada. —

También rio y me rodeó la cintura para volver a besarme—. Pero me gustó. Mi cabeza comenzó a dar vueltas sin saber qué hacer, por eso tardé tanto en llamarte. No quería comenzar nada, no me apetecía, pero es que no dejaba de pensar en ti, así que tenía que volver a verte para descubrir qué es toda esta vaina dentro de mi cabeza. Y, no sé, Elena, pero aquí dentro hay algo —dijo señalándose el pecho.

Me levantó del suelo y me dio un par de vueltas en el aire como si volviera a ser una niña pequeña. Estaba feliz. Estábamos felices. Las mariposas habían escapado de mi interior y las veía volar a nuestro alrededor adornando cada beso que nos dábamos. ¿Era posible sentirse tan bien? ¿Era posible que todo aquello fuera real? ¿Era posible que existiera alguien que fuera tan sincero conmigo? Me invadía la felicidad. El sueño era real. Erik era real y estaba dejando de ser la distracción de un fin de semana para convertirse en algo que reclamaba mi corazón con latidos que parecían golpes de tambor.

Llegamos hasta las ruinas de San Francisco.

—Este fue el primer monasterio del nuevo mundo, como decís los españoles —me explicaba—. Se comenzó a construir en 1508, cuando llegaron los padres franciscanos, y ahora es el escenario ideal para bailar. ¡Vamos!

Me llevó de la mano al interior, donde me sorprendió un grupo de música en vivo que tocaba merengue. Sin soltarme, Erik fue directo a la zona de baile donde había muchas parejas en plan *Dirty Dancing*.

—Erik, no sé bailar merengue —dije entre risas elevando la voz para que me escuchara.

No me creía lo que estaba pasando.

—Déjate llevar. Es fácil, solo tienes que sentir el ritmo.

También hablaba a gritos mientras me daba una vuelta para agarrarme por la cintura y comenzar a moverse como si sus pies no tocaran el suelo. Me giraba, me alejaba y me acercaba, me soltaba y volvía a darme otra vuelta. Acercaba su cuerpo al mío y movía las caderas al ritmo de la música mientras yo hacía lo que podía. Intentaba seguirlo, entender los pasos, hasta que desistí y me dejé llevar con el único objetivo de disfrutar el momento. Y entonces pasó. Mi cuerpo comenzó a moverse con el suyo, se acoplaba a él y respondía a lo que Erik marcaba. Cerré un momento los ojos para dejarme llevar y mis pies, por fin, consiguieron seguir el ritmo. Sonreí. Estaba bailando. Sentí sus manos sobre mi cuerpo. Sentí su sonrisa sobre mi rostro. Sentí su aliento rozando mis labios. Sentí su mirada

intensa. Sentí su erección bajo el pantalón.

Seguimos bailando tres, cuatro o diez canciones, la verdad era que había perdido la cuenta, pero distinguí el son, el merengue, la salsa y la bachata. Él me enseñaba los pasos y nuestros cuerpos cada vez se entendían mejor, conectaban al ritmo de la música. Los movimientos nos daban permiso para explorarnos y convertirnos en uno solo. Las caricias eran infinitas. Las respiraciones estaban aceleradas. Notaba que mi corazón latía más rápido fruto del ejercicio que estaba haciendo y de la emoción de tenerlo tan cerca, tan mío, tan feliz. Sabía que en cualquier momento se podía salir del pecho porque debía existir alguna regla física que impedía que un corazón latiera a un ritmo tan desbocado: la ley de la gravedad o de la termodinámica o de la atracción… Sí, sí, seguro que estaba actuando la ley de la atracción, porque de esa íbamos sobrados. Seguía dando vueltas bajo su magistral dirección y ya confundía el ritmo de la música con mis latidos y el deseo de estar con él. Quería besarlo. Necesitaba besarlo. Mucho. Besarlo y no separarnos nunca, jamás. Fundirme con él. Y el universo me escuchó porque comenzó a sonar el último éxito de Elvis Crespo[18]. No podía ser casualidad que todo se pusiera a mi favor en el momento justo de la vida. Nos cantaba a nosotros:

Cuando tú me besas
Me siento en el aire
Por eso cuando te veo
Comienzo a besarte
Y si te despegas
Yo me despierto
De ese rico sueño
Que me dan tus besos
Suavemente
(Bésame, que yo quiero sentir tus labios)
Besándome otra vez

La música seguía, pero habíamos dejado de escucharla. Me lancé a besarlo con ansiedad, con deseo, con pasión y me recibió con los labios abiertos, buscando mi lengua, recorriendo nuestras bocas, sintiendo los gemidos que luchaban por emerger. Habían desaparecido los besos pequeños y dulces y se habían convertido en labios que se buscaban para encajar, para ser mordidos, para saborearse. Tuvimos

que marcharnos de allí porque ya no respondíamos de nuestros actos, de nuestro deseo, de las caricias que llegaban a terrenos que no habíamos recorrido antes pero que no debían ser descubiertos en público. Las calles más antiguas de la capital se convirtieron en testigos silenciosos de los besos que no queríamos acabar, de la unión de nuestras salivas. Aquello era imparable, habíamos pasado una línea imaginaria que nos llevaba al descontrol, a desear más, mucho más. Sentí que una corriente eléctrica recorría todo mi cuerpo erizándome la piel. Sin separarme de su boca y casi sin aliento conseguí susurrar:

—Erik, ¿vas a dormir a casa de tu madre?

Deseaba que me contestara que no, que dijera que pasaríamos juntos una noche de locura y pasión, que nos descubriríamos, que nuestros cuerpos arderían, que amaneceríamos y seguiríamos desbordados por el deseo, que aquello no acabaría nunca… Y mi corazón, que no entendía de razones, dejó de latir durante un segundo para escuchar su respuesta.

—En realidad, Elena, tengo una reserva en el Sheraton para esta noche —contestó mirándome a los ojos sin perder ni un solo reflejo de deseo mientras sus manos apartaban el cabello de mi frente—. ¿Quieres que vayamos?

Asomó un punto de timidez, o quizás era vergüenza por lo que yo podría pensar, que intentó disimular pasando un dedo suave por mis labios. No supe si reír por su inseguridad repentina o pensar mal por haber reservado una habitación. Pero no, no iba a pensar en ese momento porque mi cabeza no estaba invitada a la fiesta. Y quería volver a besarlo precisamente por haber reservado una habitación. Mis labios decidieron y el beso fue para ese dedo perdido sobre mi boca. No hizo falta decir nada. En cualquier caso, si después aquello se convertía en una equivocación, ya asumiría las consecuencias, pero esa noche era nuestra. Suya. Mía. Nuestra… Y estaba a punto de arder.

Aproveché el viaje en coche para mandar un mensaje a Hugo avisándole de que pasaría la noche fuera y aparté los pensamientos que me acribillaban como luces de emergencia avisándome de que podía estar cometiendo el mayor error de mi vida porque yo no era así, ni atrevida ni decidida. Sin embargo, estaba comenzando a darme cuenta de que sí era atrevida y sí era decidida, así que, si aquello se convertía en una equivocación, sería mi error, el que yo había decidido. Mi cabeza no dejaba de hablar, pero mi corazón estaba

pletórico, a punto de reventar de la emoción. Sentía que, por fin, él era el protagonista de mi vida y estaba tomando el control. Cierto que lo hacía rumbo a lo desconocido, sí, pero era un rumbo que me llenaba de felicidad porque, cuanto más miraba a Erik a la vez que él hacía esfuerzos titánicos por concentrarse en la conducción y no perderse en el roce de su mano sobre mi pierna, más convencida estaba yo de que hacía lo correcto. O, por lo menos, estaba haciendo lo que quería que, en ese momento no era otra cosa que estar con él. Dentro de aquel coche se respiraba fuego a la vez que me sentía confiada y segura del paso que estaba a punto de dar.

El Sheraton estaba en el malecón, pero ni me fijé en las increíbles vistas al mar que había desde la terraza, ni en la enorme habitación, ni en la decoración, ni en nada de nada. Entramos cuando consiguió introducir la tarjeta en la ranura de la puerta, algo que no había sido sencillo de hacer entre besos y caricias desenfrenadas. Estábamos comiéndonos literalmente, chocando contra las paredes mientras me levantaba para subir a su cintura. No mirábamos por dónde íbamos y casi caímos al suelo cuando tropezó con una de las sillas que había junto a la mesa redonda situada en un lateral de la sala que antecedía al dormitorio. Tuvimos que separarnos y encender las luces para respirar, para intentar serenarnos y para que la noche no acabara en accidente. Las risas nerviosas nos dieron una tregua, pero no consiguieron ralentizar nuestras pulsaciones desenfrenadas, aunque Erik, intentando poner algo más de romanticismo al momento y sin soltarme la mano, aprovechó para poner música tranquila y hacerme dar unos pasos de baile en el centro del salón. Volvimos a besarnos con calma, de forma relajada como si todo volviera a empezar a pesar de que nuestros latidos indicaban que hacía rato que esa fase había quedado atrás. Se agachó para desabrocharme las sandalias y él se quitó las deportivas con los pies, pisándolas en el talón. Me bajó los tirantes del vestido y lo dejó deslizarse hasta el suelo mientras no despegaba los ojos de mi cuerpo. Sonrió. Se quitó la camiseta por la cabeza, se desabrochó el pantalón y me llevó de la mano hacia el baño.

—Necesito una ducha… contigo.

Estábamos empapados de sudor por la combinación de la humedad de la noche caribeña, los bailes y la elevada temperatura de nuestros cuerpos, pero me sorprendió su propuesta porque pensé que iríamos directos a la cama. Esperaba desenfreno desde el primer minuto, pero

ahora todo era calmado, como si quisiera que nos descubriéramos con lentitud, disfrutando cada segundo juntos, cada centímetro de piel que íbamos a recorrer. La ducha se convertiría en un preámbulo estupendo a una noche que no quería que acabara jamás. Lo miraba mientras acababa de quitarse la ropa después de desnudarme y mentiría si dijera que no había pensado en él desnudo, pero ni en mis mejores sueños me había acercado a la imagen que estaba viendo: era como si una escultura del Renacimiento hubiera cobrado vida después de que unas manos expertas hubieran cincelado con mimo cada detalle de su cuerpo, cada uno de sus músculos, de sus lunares, de sus cicatrices para que yo los descubriera en aquel preciso instante. Contuve la respiración mientras extendía mi mano con lentitud hasta rozar su pecho con delicadeza, solo para cerciorarme de que el dios moreno que tenía delante era real. Vi que sus ojos tenían un tono más oscuro de azul y colocó, mientras dejaba escapar un pequeño suspiro, su mano sobre la que yo acababa de poner sobre su torso. Se acercó despacio para besarme con suavidad, rozando los labios solo durante unos segundos hasta que dejamos escapar toda la pasión que teníamos acumulada y que peleaba por su libertad convirtiendo nuestros besos en deseo desbocado, en pasión, en mordiscos que unían el sabor de nuestras bocas bajo el agua templada que caía sobre nosotros.

—¿Llevas protección? —susurré sobre sus labios.

Asintió con la cabeza sin separarse de mí. Mi lengua se encontraba con la suya para recorrer su boca. Necesitaba saborearlo, descubrirlo. Todo mi cuerpo ansiaba sentirlo. Mis manos recorrían su pecho, su espalda, sus fuertes brazos y él acariciaba mis pechos, mi vientre y mi trasero apretándome contra él hasta levantarme para que mis piernas rodearan su cintura. Hacía rato que no notábamos el agua que seguía cayendo sobre nosotros. Apoyó mi espalda contra la pared mientras agarraba con fuerza mis nalgas, apretándolas y consiguiendo que mis piernas se abrazaran aún más a su cintura hasta que lo sentí dentro de mí. Gemí. Deseaba morder su boca, su cuello, sus lóbulos, devorarlo entero a la vez que él seguía empujando fuerte, entrando en mí cada vez más rápido, con más intensidad, con más fuerza mientras se deshacía en jadeos junto a mi oído. Mis manos se aferraban a su espalda y mi boca seguía mordiendo su piel entre gemidos que no quería silenciar. Seguimos hasta el final arañando nuestros cuerpos, mordiendo nuestros deseos y quedándonos sin aliento.

Respiraba en mi cuello sin salir de mí, intentando que las

pulsaciones descendieran poco a poco para dejar atrás el resuello que se había apoderado de nosotros hasta que volvió a besarme, suspirando mi nombre y supe que su necesidad no había finalizado. El agua continuaba cayendo sobre nosotros como una suave lluvia que intentaba interponerse entre dos cuerpos unidos, buscando resquicios por los que resbalar. Erik me miró con una gran sonrisa a la vez que me descabalgaba y alcanzaba las toallas. Me dijo que era una «diosa» mientras me abrazaba envolviéndome con mucha delicadeza para secarme, como si pudiera romperme. ¿Yo, una diosa? ¿Pero es que no se había mirado nunca en el espejo? Supe que lo que sentí en aquel momento no lo olvidaría nunca. La toalla era de un algodón tan suave que parecía que una nube me acariciaba la piel. Tenía tanta sed de él, de sentirlo cerca, que cuando su mano me rozó el hombro se me erizó el vello de todo el cuerpo y el pulso volvió a acelerarse sin necesidad de nada más, una leve caricia fue suficiente para activar de nuevo todo el deseo que sentía por él. ¿De verdad era real todo lo que estaba pasando? Puse mi mano sobre la suya y le besé el pecho mientras seguía secándose. Me levantó la barbilla con un gesto suave y abrió sus labios para recibir los míos con deseo. Dejó caer la toalla y me llevó en brazos, entonces sí, hasta la cama.

Nos amamos con calma, dejando de lado la urgencia que habíamos sentido en la ducha. Era el momento de saborearnos, de descubrir cada rincón de nuestros cuerpos, de tropezar con montañas y valles que nos llevaban por la senda del placer. Era deseo, era pasión, eran pulsaciones desbocadas, era placer, era sexo… Y era algo más que no sabía definir. Me perdí por completo cuando su lengua comenzó a recorrer mi cuerpo desde el cuello en sentido descendente. Hizo una parada larga e intensa en mis pechos. Era como si mis pezones supieran que existía y llevaran siglos esperando con ansia su boca porque se conocían y sabían cómo responder a sus labios, lengua y dientes. Los llenaba de vida, una vida que no habían descubierto hasta entonces y que hizo que no nos sintiéramos defraudados, ni ellos, ni yo, por supuesto. No podía dejar de gemir mientras me agarraba con fuerza a la almohada y él seguía un sendero imaginario besando mi vientre y lamiendo mi ombligo a la vez que sus manos me acariciaban las piernas para abrirlas y besarlas en su cara interna. Me estremecía. Sentía cada roce de su piel, de su tacto, de sus labios, de su lengua y mi cuerpo se abría a él para recibirlo con ansia, con desesperación, con necesidad. Erik sabía cómo hacerlo esperar hasta el momento

justo, como si ya lo conociera. Sus manos seguían tocando los puntos exactos que me hacían parecer una contorsionista por la forma en que se retorcía mi cuerpo y su lengua recorría los rincones que me hacían gritar y anhelar más y más.

Fue una noche larga. Intensa. Llena de sexo, pero sexo del bueno, de ese que pensaba que solo existía en las películas porque aunaba el romanticismo y el placer más salvaje combinando cada caricia, cada beso, cada gemido con la intensidad que la vida nos reclamaba en el único momento en el que lo mejor que podíamos hacer era abandonarnos al placer, porque no había nada más. Nadie más que nosotros. Nada de pensamientos, nada de análisis, lamentos ni culpabilidad. Solo placer, solo felicidad extrema y pura. Solo el momento.

Erik acababa de despertar en mí algo que jamás había sentido, algo que no sabía que necesitaba tanto como el aire que respiraba. Sabía que, en realidad, si antes de esa noche no lo había sentido era porque nunca lo había tenido. Sabía que no era el momento de comparar, pero lo que acababa de vivir con él en una sola noche no lo había vivido nunca con Víctor. El deseo, la desesperación casi dolorosa por sentir sus manos en mi cuerpo, por besar sus labios… Eso no me había pasado. Por supuesto, habíamos tenido relaciones, pero no eran ni remotamente comparables con lo que había descubierto aquella noche. Quizás era la sangre o la temperatura o la *pura vida* caribeña, pero Erik había hecho explotar mi cuerpo de forma feroz y salvaje al mismo tiempo que lo sentía a él y todo su deseo por mí, como si pudiera tocarlo, porque era tan real como el azul de sus ojos. Y no, seguía sin querer comparar, pero es que nunca me había sentido así, tan plena y exhausta a la vez, tan desnuda y arropada, tan cuidada y salvajemente feliz como lo hacía en aquella enorme cama de sábanas blancas tiradas por el suelo mientras veía cómo amanecía sobre el mar y maldecía al sol por venir a sacarnos de la noche más maravillosa.

Lo observé dormir boca abajo con un brazo descansando sobre mí. Incluso dormido sabía que me hacía sentir decidida, segura y valiente. Era una sensación extraña en la que no había espacio para la duda, la inseguridad ni el temor que había sentido tiempo atrás. Sabía que debía recorrer un largo camino, pero, estando con él, me sentía como si hubiera llegado a mi vida para ser el guía que necesitaba, la luz que me iluminaba paso a paso para convertirme en la persona que quería ser. Me gustaba todo de él: su voz musical, su piel tostada, el azul

infinito de sus ojos, sus besos abrasadores, las caricias… Pero me maravillaba cómo me hacía sentir. No tenía necesidad de ser deseada, como me había ocurrido con Jey en su momento. Con Erik disfrutaba con seguridad, sin dependencia. Pensé en los meses que habían pasado hasta esa noche y entendí que Jey había agitado una botella que llevaba años dormida para comenzar a liberar los vapores, pero Erik la había descorchado permitiendo que todo el contenido saliera disparado de golpe. Exacto, así era como me sentía, como si acabara de abrirme y me hubiera liberado de todo lo que había reprimido durante años sabiendo que él conseguiría beberme a sorbos hasta el final, sin derramar ni una gota. Sonreí y me quedé dormida mirando al dios que tenía a mi lado.

Cuando abrí los ojos era él el que me observaba. «Eres tan hermosa, Elena», dijo besándome de nuevo con deseo, con necesidad de mí. Me apartó con suavidad el cabello de la cara, sonrió con malicia y subió de nuevo sobre mi cuerpo para hacerme renacer.

---

17 ¡*Oh, shit*!: ¡Oh, mierda!

18 Elvis Crespo publicó el álbum *Suavemente* el 14 de abril de 1998. La autora se ha tomado la licencia de situarlo unos meses antes en la historia.

15
Detalles

En algún lugar sobre el océano Atlántico, 2018

Recordar ese momento me hace sonreír. Es imposible no hacerlo.

Me giro hacia ti y te veo observarme con dulzura. Tienes la mirada iluminada.

—¿Demasiados detalles? —pregunto—. Quizás no esperabas que te explicara esa parte de la historia.

Sonríes.

—Me gusta escucharte —contestas—. Tu voz se vuelve música cuando hablas de él.

Asiento con la cabeza mientras noto que mi corazón vuelve a latir agitado por los recuerdos. Tantos años después, me cuesta entender cómo mi memoria guarda el sabor de sus labios, el deseo que viví con cada una de sus caricias.

Pido un té a la azafata.

—¿Quieres algo? —pregunto tras mirarte de nuevo.

—Un café. Todavía queda mucha historia.

Me haces un guiño.

16
Un nuevo camino

Santo Domingo, octubre 1997

Cuando el sol ya estaba en lo más alto supimos que teníamos que dejar la habitación a pesar de que ninguno queríamos hacerlo. Pese a todo, nuestros estómagos ya rugían más fuerte que los gemidos que se nos escapaban entre caricias, besos y deseo, así que decidimos bajar a desayunar para recuperar fuerzas porque estábamos pletóricos, pero también agotados y hambrientos. Mis piernas temblaban y no era por sus miradas ni por nervios ni mariposas, qué va, estaba famélica. A aquella hora ya estaban preparadas las mesas para el almuerzo. El desayuno había quedado atrás hacía horas. Y dimos buena cuenta del bufé.

—¿Qué planes tienes para hoy? —me preguntó.

—¿Hoy? Nada en especial. Es sábado y suele ser el día de la colada.

—Pues te llevaré a un lugar espectacular que seguro que todavía no has visitado.

Su sonrisa me hacía recordar los momentos que acabábamos de vivir en la habitación y que, allí vestidos, me hacían sentir diferente, como si una capa invisible se interpusiera entre nosotros. Quería volver a tener sus manos sobre mi piel, sentir su aliento en mi cuello, sus besos en mis pechos… «¡Elena, para!», me ordené cuando comencé a notar palpitaciones en la entrepierna. Agaché la mirada intentando disimular el deseo para desconectar de sus ojos y concentrarme en el par de gambas que había en mi ensalada. Estaba convencida de que las personas que nos rodeaban podían escuchar mis latidos acelerados taladrándome el pecho. Luché con el cuchillo y el tenedor para pelar las dichosas gambas y así conseguí descargar la tensión. Fueron las víctimas inocentes que habían aparecido en mi plato. Cuando conseguí llevarme la primera a la boca, vi que él me miraba con su endiablada

y maravillosa sonrisa sabiendo que podía leerme el pensamiento. Mastiqué despacio, saboreando el crustáceo poco a poco, como había hecho antes con su boca, y le regalé una sonrisa pícara y una caricia en su pierna con mi pie descalzo que le hizo sonrojar.

—Elena, Elena… —pronunció con un tono de voz de aviso—. ¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Ummm. La verdad es que no.

No pude contener la risa porque me había descubierto.

—Te voy a enseñar un lugar que te va a encantar.

—Dudo mucho de que haya un lugar en esta ciudad que me guste más que la habitación de arriba.

Rio al escucharme y la pareja de la mesa de al lado nos miró sonriendo.

—*Touché* —contestó.

Después de salir del hotel pasamos por mi apartamento para cambiarme de ropa. Hugo estaba en el salón con un libro en las manos, como siempre, y saludó a Erik muy serio. Me resultó curioso que no intentara hablar con él ni ofrecerle nada, ya que solía ser muy hospitalario cuando teníamos visita, pero lo cierto era que estaba tan impaciente por saber a dónde me quería llevar que no le di importancia a su falta de «diplomacia». Salí disparada de la habitación después de ponerme unos vaqueros cortos, una blusa y mis deportivas más cómodas, agarré de la mano a Erik y, tirando literalmente de él hacia la puerta, dije a Hugo que pasaría el resto de la tarde fuera. Cerré detrás de nosotros y simulé no haber visto el gesto de enfado que se adueñó de su cara sin disimulo.

Quince minutos después habíamos llegado al Parque Nacional Los tres ojos, un rincón de la capital situado muy cerca del Faro a Colón. Estaba inundado de naturaleza y, en su interior, escondía un lugar casi mágico: una gran caverna de piedra caliza que albergaba un lago de agua dulce dividido de forma natural en tres lagos más pequeños que solo se podían ver desde su interior. Las aguas cristalinas estaban llenas de peces y tortugas que convivían con multitud de aves tropicales que anidaban en la espesura natural, resguardados de las inclemencias de la ciudad. Era increíble tener como banda sonora el trinar de los pájaros y no las bocinas incansables de los coches en medio de la capital. No sabía si mirar arriba o abajo, aunque mejor abajo para ver dónde ponía los pies y no caer en el agua. Paseábamos de la mano disfrutando de la naturaleza y por momentos olvidé que

seguíamos en la ciudad y que estábamos a poco más de diez minutos de mi apartamento.

—Es una antigua cueva de taínos y caribes —me explicaba—. Y ahora es uno de los principales reclamos naturales de la capital para atraer el turismo.

—No me extraña. Es increíble.

A pesar de que no veíamos demasiados turistas, sí que había familias dominicanas disfrutando del frescor del lugar igual que nosotros. Me gustaba escuchar cómo hablaba de su país con pasión mientras caminábamos bajo árboles interminables junto a las aguas transparentes de los lagos. Era un lugar muy agradable, ya que nos cobijaba de la humedad gracias a la sombra que se proyectaba en todo el espacio y que permitía el paso de contados rayos de sol que iluminaban los lagos proyectando reflejos que los llenaban de magia y encanto. Me senté en la orilla y me quedé embobada viendo cómo las tortugas nadaban de forma lenta y suave, casi sin mover el agua, como si no quisieran molestar al resto de animales que tenían alrededor. Era tan relajante que me desconectó por un momento de la realidad, hasta que metí la mano en el agua fresca y salpiqué a Erik en la cara. Sentía que habíamos creado un espacio de intimidad y conexión que me permitía bromear con él sabiendo que no reaccionaría mal. «Los tres ojos, qué nombre tan apropiado», pensé.

—Elena, me gustaría que siguiéramos viéndonos —dijo sacándome de mi ensoñación—. Siento que todo esto es especial y quisiera saber a dónde nos lleva.

Juntó nuestras manos y bajó la mirada inseguro. Después de lo que acabábamos de vivir no me podía creer que estuviera así.

—A mí también me gustaría, Erik. —Levantó la vista—. Ha sido una noche mágica. Y no solo por el sexo, que ha sido increíble, sino por todo lo que he sentido estando contigo.

Me acerqué despacio para besarlo de forma suave, casi tímida, como si mi intención fuera depositar un leve beso sobre sus labios mientras rozaba su mejilla con los dedos y sentía cómo reaparecía su bonita sonrisa. Sí, definitivamente quería saber a dónde nos llevaba todo aquello, hasta dónde seríamos capaces de llegar.

Salimos de Los tres ojos sin soltarnos las manos, paseando entre la gente y la naturaleza sintiendo que estábamos solos en el universo. Sentí que todos los planetas, las estrellas y las constelaciones se habían creado para que nosotros dos nos conociéramos y nos

devoráramos en besos de fuego interminables que no podían verse en público.

Había llegado el momento en el que él tenía que regresar a Samaná y debíamos seguir con nuestras vidas sabiendo que acababan de dar un vuelco. Cuando nos despedimos en el coche ante mi apartamento, comprendí que mi vida acababa de ponerse del revés, como un calcetín girado. Lo sentí en el beso intenso, apasionado, de los de verdad, de los que habíamos tenido la noche anterior plagado de deseo… Aunque, en aquel momento, todavía no sabíamos que aquel fin de semana había sido el principio de nuestro amor.

Era consciente de que acababa de iniciar un nuevo camino en mi vida. Un camino que no había buscado y que no planificaba encontrar con aquel viaje pero que, en ese instante, tuve muy claro que quería recorrer en su compañía. Solo hacía unos meses que había huido de la opresión que sentía en el pecho y ya había encontrado la forma de respirar a pleno pulmón, con libertad. Si entonces me hubiera visto el doctor Andreu, me habría dicho que las palpitaciones que sentía en el pecho mientras veía cómo Erik se alejaba no tenían nada que ver con la ansiedad, sino con ser feliz. Porque, justo en ese mismo momento, comenzaba a entender lo que significaba la felicidad y lo lejos que había estado de ella.

El azul turquesa de unos ojos profundos era el responsable de que mi vida acabara de ponerse patas arriba y de que me olvidara de mi propósito de alejarme de las «distracciones».

17
La sorpresa

Santo Domingo, diciembre 1997

El tiempo me demostró que, a veces, por mucha voluntad que pusiéramos de nuestra parte, la vida se empeñaba en crear dificultades para que las superáramos con esfuerzo, como si intentáramos alcanzar una cima y resbaláramos una y otra vez. Sin embargo, sabías que lo podrías conseguir paso a paso con perseverancia, paciencia y muchísimo esfuerzo. Porque la recompensa que había al final era muy grande e impedía el desfallecimiento… Pues algo así fue lo que nos pasó.

Sería fácil suponer que nos vimos y estuvimos juntos de nuevo… Pero no. Durante dos meses intentamos quedar los fines de semana en Samaná, pero su trabajo lo complicó, o propusimos vernos en la capital, pero mis reportajes requerían más tiempo y necesitaba concentrarme, o surgía cualquier imprevisto en las obras del complejo y no podía venir. Era desesperante. Por suerte, estaba el teléfono y hacíamos llamadas interminables casi a diario que solo conseguían que el deseo de volver a estar juntos se disparara hasta niveles inimaginables. Tenía su voz, pero me faltaban sus besos, sus caricias, su aliento y me refugiaba en los recuerdos de la noche que habíamos pasado juntos para dar rienda suelta a la necesidad de placer que tenía mi cuerpo… Y el suyo.

A pesar de todo, aquel tiempo separados me permitió volver a recuperar a la Elena *súper* periodista y el trabajo se convirtió en un refugio que me desconectaba de los diálogos inagotables y cansinos de mi loca cabeza, como decía Hugo, que solo giraban en torno a un tema: ÉL. En las horas en las que escribía era cuando conseguía guardar en un cajón los sentimientos más intensos, olvidarme por un momento del tiempo que faltaba para volver a vernos y de la

necesidad que tenía de él. Pero el cajón no tenía llave ni candado y, nada más llegar a casa, volvía a abrirse para dejar escapar todo lo que guardaba. Era desesperante, en serio. Estaba hasta irritada y de mal humor, aunque se me pasaba en cuanto escuchaba su voz.

A pesar de mi mal carácter, Hugo intentaba que mantuviera la mente distraída recuperando nuestros paseos y los momentos de música y lectura que compartíamos desde siempre. Pero cada vez me encerraba más en la habitación y me tiraba en la cama a escribir sobre lo que sentía, sobre cómo estaba cambiando mi vida a pasos agigantados a pesar de ese parón impuesto por el destino, y descubría entre letras que me sentía fuerte, decidida, con capacidad de dirigir mi destino hacia donde yo quería ir.

Hacía unas semanas que había comenzado a dar los primeros pasos por un camino al que había llegado casi por casualidad y sabía que no quería abandonarlo. Mi habitación, mi libreta, un bolígrafo con plumas rosas en el capuchón, un té verde que dejaba enfriar olvidado en el suelo porque no tenía más muebles que la cama y la cajonera, y música tranquila de fondo se convirtieron en amigos inseparables durante aquellos días de larga agonía. Hugo se encargaba de las cenas la mayor parte de los días.

Además, para colmo, quedaba poco para Navidad. La primera Navidad lejos, muy lejos, de casa. Aquello comenzaba a ser deprimente y ni siquiera habíamos pensado en decorar nuestro triste apartamento. Sí, ya me parecía hasta triste. Dios, si no conseguía salir de ese pozo, iba a pillar una depresión…

Por suerte para mí, y para Hugo, que ya no sabía qué hacer conmigo, mi tío llamó por teléfono para invitarnos a pasar la Nochebuena en casa con toda la familia.

—Por supuesto —contesté con verdadera alegría—. Allí estaremos. Muchísimas gracias, tío Javier.

Hugo también agradeció la invitación, aunque creí que lo hizo más por verme sonreír de nuevo que por pasar la Navidad en familia. En realidad, los dos extrañábamos a nuestros seres queridos y la Navidad acrecentaba la sensación de lejanía. Siempre sentí que las fiestas en familia eran extrañas. Había personas con las que congeniabas más, pero sabías que estabas rodeada de seres queridos que eran de los tuyos. Existía una conexión, quizás eran los lazos de sangre, pero creaban un sentimiento de pertenencia. Además, cuando la familia era nueva, y quizás ni era familia como en el caso de Hugo, parecía que

intentabas pertenecer a ella con más desesperación para no acabar sintiéndote sola. Sobre todo, si estabas en un país extraño. Y, con sinceridad, yo necesitaba gente, alegría, fiesta, música, risas y mucho, mucho cariño, algo que tendría en casa con mis tíos y mis primos.

Pero la alegría de verdad, la que me devolvió la sonrisa permanente y borró mi mal humor, llegó cuando Erik me invitó a pasar las Navidades en Samaná con él. ¡Por fin volveríamos a vernos! A pesar de que tendría que trabajar, porque el hotel estaba completo, había reservado tiempo libre para pasarlo conmigo y no quería seguir retrasando nuestro encuentro después de dos largos e interminables meses. Acepté sin pensarlo, casi dije que sí antes de que acabara de hablar, pero le expliqué que el 24 por la noche estaría con mi familia y que nos veríamos el 25. ¡Por fin la vida se volvía a poner de nuestro lado!

—Lo entiendo, no te preocupes —dijo—. Pero la Navidad la pasarás conmigo, ¿sí? Se me está haciendo eterno tanto tiempo sin verte.

Con su llamada regresó la alegría además de las ganas de comerme el mundo y tenía claro que empezaría arrasando en las tiendas comprando regalos para todos. ¿Quién sería mi mejor aliada para conseguir los detalles perfectos? Carmena, por supuesto. Ella me ayudaría a elegir lo más adecuado para cada uno, aunque no descartaba que me metiera en algún lío, que ya la conocía.

Desde pequeña me había gustado la Navidad y preparar sorpresas para mis padres y mi hermana. En realidad, me gustaba más ver sus caras de alegría que recibir regalos, y ese año iba a hacer lo mismo, con la misma ilusión. Hasta compraría algunas luces para adornar la terraza y que el apartamento dejara de ser el único de toda la ciudad que no estaba decorado de Navidad desde noviembre. Quedé con mi prima en que vendría a buscarme a la salida del trabajo para hacer todas las compras.

—Licenciada Elena, hay un joven esperándola en la recepción —dijo Anthony cuando me llamó a mi extensión telefónica.

—Gracias, Anthony. Bajo enseguida.

Estaba tan concentrada recogiendo las cosas, pensando en los regalos y esperando a Carmena que no me di cuenta de lo que había dicho Anthony hasta que entré en el ascensor y me vinieron a la cabeza sus palabras: «Un joven». No lo podía creer, tenía que ser él. Estaba saltando de alegría de forma figurada, porque jamás saltaría en un ascensor por pánico a que se descolgara y cayera al vacío, pero mi

corazón estaba haciendo volteretas, literal. Así que era imposible imaginar mi cara al salir y encontrarme allí de pie a Víctor.

¡Sí, Víctor! Ese Víctor. El que estaba fuera de mi vida desde hacía meses.

Me quedé paralizada por la impresión. Llevaba el bolso en la mano y cayó al suelo dejando que la cartera, las llaves y el *zapatófono* salieran despedidos por mi maldita manía de no cerrar la cremallera. Mi corazón paró un segundo y se encogió hasta hacerse un ovillo para ocultarse en algún rincón muy escondido del cuerpo, quizás detrás del riñón derecho para que no le volvieran a hacer daño. Anthony me miró desde la recepción sin entender mi reacción y se acercó con rapidez para ayudarme a recoger las cosas. Era tan agradable.

—Licenciada, ¿se encuentra bien? —susurraba mientras me miraba con preocupación—. El joven me ha dicho que la conoce, que es familia.

—Gracias, Anthony. Está bien, no te preocupes.

Acabé de poner las cosas en el bolso y me acerqué a Víctor, que seguía de pie observándome con una sonrisa de suficiencia sin mover un músculo del cuerpo. Estaba tenso pese a que intentaba disimularlo; no me engañaba, ya no.

—Hola, Elena. ¿Sorprendida?

Apreté los dientes en cuanto dije:

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Menudo recibimiento. Pensé que te alegrarías de verme. —Se acercó para besarme en los labios, pero giré la cara a tiempo de que encontrara mi mejilla—. Te dije que vendría para Navidades.

—Y yo te dije que habíamos terminado, ¿o es que no me entendiste?

Anthony había regresado a su lugar en la recepción y nos miraba con preocupación. Agarré el brazo de Víctor con demasiada fuerza y lo saqué del edificio, no me apetecía tener espectadores ante la discusión que se avecinaba. Me paré al llegar al aparcamiento y lo solté, iba a tener mis dedos marcados una temporada. Apoyó la espalda en uno de los coches y cruzó los brazos en un gesto que pretendía ser despreocupado pero que yo sabía que estaba cargado de tensión. Le había crecido el pelo y llevaba días sin afeitarse. Seguía sonriendo y yo estaba ante él con la mayor fuerza de voluntad que había conseguido reunir en toda mi vida.

—¡¿Me puedes explicar qué narices haces aquí, Víctor?! ¡¿Cómo te

atreves?! —grité.

—He venido para llevarte a casa. Ya está bien de este jueguecito que te traes… Se han acabado las vacaciones.

—Pero ¿¿¿qué estás diciendo??? ¿¿¿Qué vacaciones??? ¡¡¿Estás loco o qué?!! ¡Estoy trabajando, no de vacaciones! ¡Y no voy a volver a casa! ¡Y menos contigo, ya te lo dije! —hablé a gritos. Las palabras salían de mi boca sin control.

Me había sulfurado y estaba tan enfadada que notaba que era capaz de escupir bilis por la boca si me lo proponía. Tenía los puños tan apretados que no los sentía.

—Te vuelves a casa conmigo, Elena. No hay más que hablar —dijo con contundencia.

Estaba convencida de ser pacifista, pero en ese momento le hubiera dado un puñetazo en la cara o en la boca del estómago o en los huevos para que se doblara por la mitad y cayera de rodillas ante mí.

—Pero ¿qué te has creído? ¿Que vas a venir aquí y la pobre Elenita va a marcharse contigo sin rechistar? Estás muy equivocado, Víctor.

Levanté el dedo índice para amenazarlo con él.

—Esa Elena, la que tú conociste y manejaste a tu antojo, ya no existe —continué—. He cambiado y ahora decido yo.

Mi voz sonó tan firme que por fin conseguí borrar la sonrisa burlona de su cara. Aun así, no pude callarme.

—Te lo dije bien claro: hemos terminado, Víctor. Intenté que fuera por las buenas, que pudiéramos ser amigos cuando nos volviéramos a encontrar, pero has preferido que sea por las malas. Pues aquí me tienes, esta soy yo. —Me señalé de arriba a abajo—. Y te digo en la cara que me olvides. Que no quiero estar contigo. Que me has hecho tanto daño que tuve que venir hasta aquí para curarme y recomponerme de los mil pedazos en los que estaba rota. Que nunca, jamás, volveré contigo. Jamás, ¿me oyes? Así que ahora haz lo que quieras: disfruta de la isla o márchate a España, me da igual porque me importa un pimiento. Pero hagas lo que hagas, yo no estaré contigo, ¿me entiendes? —seguía gritando.

Sentí que una mano me rodeaba por el hombro. No la había visto venir, pero tenía a Carmena a mi lado.

—Prima, ¿todo bien?

—Sí, Carmena. Todo está bien —contesté sin dejar de mirar a Víctor a los ojos y relajando el tono de voz—. Él es Víctor, pero ya se iba… Para siempre.

Ella dio un paso al frente al querer defenderme.

—*Papito*, ya oyó a mi prima. Disfrute de la isla si quiere, es bien bonita y seguro que se divertirá. Pero aléjese de ella o se las tendrá que ver conmigo, y le aseguro que no le va a gustar verme *quillada*[19], ¿entendió? —Carmena lo señalaba con el índice—. No, *papito*, no le va a gustar nada esa vaina. ¿*Okey*?

Por la cara de Víctor supe que no entendía la mitad de las palabras que le decía mi prima, pero sí le quedaba claro el mensaje. Abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar. Estábamos ante él las dos, fuertes, decididas y comprendió que no había nada que hacer. De pronto, su postura cambió, sus hombros se habían hundido.

—¿Ya no me quieres? —preguntó roto.

—No. No te quiero, Víctor. Hace mucho que no te quiero, pero no me había dado cuenta hasta ahora. Tuve que irme a la otra parte del mundo para averiguarlo.

—Dime por lo menos si estás con otro —casi rogó.

—¡Ay, mi *amooool*! —contestó Carmena con desenfado y mucho énfasis—. Elena estará con quien quiera. Tiene a media isla *crazy* por sus huesos lindos y a la otra media comiendo de su mano, así que lo va a pasar chévere en cuanto ella decida, *ya tú sabes* —dijo impregnando toda la guasa que pudo a su acento musical. Solo le faltó hacer algún paso de baile.

Tuve que cerrar los labios con firmeza para evitar que se me escapara una gran carcajada. Menuda actriz estaba hecha. Pero consiguió lo que quería: vimos la derrota reflejada en la mirada de Víctor, que bajó los ojos y dejó de enfrentarlos a los míos. Había perdido y yo acababa de ganar mi libertad.

—Siempre te he querido, Elena —dijo casi en un susurro.

Entonces me acerqué y le acaricié el rostro. Ya no estaba enfadada.

—Nos quisimos, Víctor. Pero lo nuestro dejó de ser amor cuando se convirtió en dependencia y obligación. Piénsalo un poco y verás que hace mucho que tendríamos que haber terminado, porque el amor no puede doler así.

Me miró con tristeza y continué:

—Encontrarás a alguien a quien consigas amar de verdad, sin dirigir su vida… O quizás a alguien que acepte que la vida contigo será así, pero esa no soy yo, Víctor. Yo necesito ser libre, sentirme feliz y realizada. Y es justo lo que estoy haciendo. Ahora que no estoy contigo es cuando me he encontrado, cuando he descubierto quién soy

y quiero seguir siendo así.

Lo miré con ternura. Tenía ante mí a un chico que me había querido pero que había confundido el amor con la posesión y en ese momento comprendía que me había perdido para siempre.

—Vuelve a casa, Víctor, y sé feliz —dije con dulzura.

Me despedí con un beso en la mejilla. Carmena volvió a abrazarme mientras vimos cómo se subía a un coche alquilado y se marchaba de mi vida para siempre.

—¿Estás bien, prima? —dijo Carmena.

—Estoy mejor que nunca. —Le di un beso—. Ahora soy libre de verdad.

---

19 *Quillada* es enfadada.

18
Nochebuena en familia

Santo Domingo, diciembre 1997

A pesar de la tensión que acabábamos de vivir, Carmena consiguió hacerme reír. Pasamos una gran tarde escogiendo regalos. Sabía que se estaba esforzando para que olvidara el encuentro con Víctor, pero no era necesario. Me sentía tan bien conmigo misma que casi me costaba saber de dónde salían tanta confianza, seguridad y decisión, como si no fueran mías, como si fueran un regalo que me habían hecho hacía tan solo unos meses atrás. Carmena me ayudó a elegir varios vestidos para lucir durante las fiestas. Tenía en mi mano una falda estrecha negra que no iba nada con mi estilo, mientras ella sostenía un top de lentejuelas plateado sin espalda, cuando dijo:

—Erik te encontrará irresistible.

Le gustaba ver cómo me sonrojaba y sabía que lo conseguía cada vez que lo mencionaba. Le había explicado nuestro encuentro en el hotel y ella me animaba a seguir adelante con la relación.

—Te explicaré qué es el *cocomordan* y Erik no te dejará jamás. —dijo.

La miré alzando una ceja mientras ella no dejaba de reír.

—¿El *cocomordan*? —pregunté intrigada.

No entendía por qué se reía tanto y por qué nos observaban sin disimulo unas chicas que nos habían escuchado. Ya habíamos llegado a la sección de lencería y se acercó para hablarme al oído:

—Sí, prima. Te voy a revelar la técnica de las mujeres dominicanas para volver locos a los hombres. Tienes unos músculos en la vagina que, si sabes cómo moverlos, tu hombre no querrá salir nunca de ti.

Se separó de mi rostro para reír a carcajadas y dejarme otra vez como un tomate en medio de la tienda mientras mirábamos unos modelos muy atrevidos para ella. De verdad que quería a Carmena, la

adoraba, pero a veces me decía unas cosas… Aunque reconozco que había despertado mi curiosidad por saber más de las técnicas amatorias dominicanas. Deberíamos dedicar una sesión monográfica al tema, aunque, por supuesto, no iba a ser en medio de una tienda llena de gente haciendo las compras de Navidad.

Acabamos la tarde con un buen batido de lechosa en la última planta del centro comercial. Aquellos batidos, deliciosos, estaban comenzando a poner quilos de más en mi cuerpo, a pesar de que Carmena insistía en que estaban poniendo las curvas que mi cuerpo necesitaba. Reímos tanto que acabé con agujetas en la barriga y amnesia selectiva del encuentro con Víctor.

Por fin llegó el 24 de diciembre. Tenía tantas ganas de pasar la noche en familia que me desperté con toda la ilusión del mundo, como una niña esperando los regalos de Papá Noel. Hugo y yo estuvimos limpiando el apartamento y me di cuenta de que cierta rutina me permitía aplacar los nervios. Me sentía ansiosa y no sabía si era por la noche que íbamos a pasar en familia o porque solo quedaba un día para ver a Erik. Estaba en mi habitación saltando y bailando con la música a todo volumen mientras ordenaba. Era consciente de que pensar en él me hacía estremecer de placer y necesitaba desfogarme para no volverme loca. Así que sí, definitivamente estaba nerviosa, ansiosa, deseosa y todas las «osa» que se me pudieran ocurrir, por volver a verlo.

—Hugo, me gustaría que mañana vinieras a Samaná conmigo, a pasar la Navidad —dije cuando volví a la cocina para barrerla.

Ya había hablado con Erik y había guardado una habitación para él. Hugo, que estaba acabando de limpiar la terraza, puso cara seria y no contestó. Pensé que no me habría escuchado.

—¿Hugo? ¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, te he escuchado —su tono era muy serio.

—¿Y?

—Prefiero no ir.

Dejé de barrer y lo miré.

—¿Por qué?

—Elena… —dudaba al hablar—. No me gusta Erik. Ya está. Ya lo he dicho.

Parecía que se acababa de quitar un peso enorme de encima y yo no entendía nada.

—¿No te gusta? Pero ¿por qué?

Tuve que sentarme en una silla por la sorpresa. Para nada esperaba su respuesta.

—Lo acabas de conocer y ya has pasado la noche con él, sin pensar en qué te podía pasar, en si te podía hacer algo u obligarte o, no sé, mil historias.

Su voz comenzaba a elevarse, estaba muy crispado. Nunca lo había visto así. Él, que siempre era tan racional y sensato, estaba perdiendo los nervios.

—Pero ¿qué estás diciendo? —también comencé a gritar cuando escuché que dudaba de las intenciones de Erik—. Él no me ha obligado a hacer nada que no quisiera hacer. No lo haría, es un buen chico.

Intenté tranquilizarme, pero no lo conseguí.

—¿Y cómo lo sabes, Elena? ¿Cómo estás tan segura de que es un «buen chico»? —Hizo el gesto de comillas con los dedos al decirlo—. ¿Acaso sabes algo de él? —seguía gritando.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿Qué derecho tienes a decirme esto? ¿A meterte en mi vida? ¿Quién te crees que eres?

Nada más decirlo, me arrepentí de mis palabras. La cara de Hugo se transformó reflejando todo el daño que le acababa de hacer.

—Hugo… —Me levanté de la silla para acercarme a él—. No quiero decir eso... —Había dejado de gritar—. Es que no entiendo tu reacción.

Mi intención era rebajar el tono de la discusión.

—Elena, no quiero que te hagan daño y, si lo piensas bien, no sabemos nada de Erik. Solo que tiene un hotel, que ha venido a verte una vez y ha conseguido que pases la noche con él. Pero, después de eso, nada en dos meses y ahora, de repente, otra vez quiere que estés con él. Es que no me gusta, no me fío. Creo que te está utilizando, Elena. Soy un tío y sé cómo somos y lo que muchos tienen en la cabeza —su tono también se había serenado un poco—. Elena, es que hace dos días estabas llorando por tu ruptura con Víctor, aquí mismo, en este sofá, y ahora ya estás dispuesta a tirarte en los brazos de otro, de un desconocido.

Cuánto daño me hicieron sus últimas palabras. El dolor provocó que volviera a gritar:

—No tienes ningún derecho, ¿me oyes? Ningún derecho a decirme eso, Hugo. —Estaba muy, muy indignada—. Solo sabes lo que te

expliqué de mi historia con Víctor, pero no tienes ni idea de todo el dolor, del daño que me hizo, del sufrimiento que viví con él. No tienes derecho, ningún derecho, a decirme eso. A hablar de algo de lo que no sabes nada de nada. —Sentí que mis lágrimas comenzaban a derramarse e intenté contenerlas—. Y ahora, ¿qué quieres decir? ¿Que soy una cualquiera por pasar la noche con Erik? ¿O que me voy a ir con el primero que me lo proponga? —gritaba.

Me levanté de la silla y salí como un rayo a la habitación dejando a Hugo con la palabra en la boca y la cara desencajada. Di tal portazo que retumbó el apartamento entero y, quizás, parte del edificio. Me dejé caer en la cama y permití que las lágrimas se desbordaran mientras sentía cómo salía todo el dolor que había acumulado durante años. Un dolor que el maldito Hugo acababa de traer de vuelta. ¿Por qué tenía que ser tan cruel conmigo? ¿Por qué no entendía que Erik me hacía feliz?, ¿que ahora tenía algo que me gustaba?, ¿que estaba con alguien que no quería controlarme? No dejaba de dar vueltas a la cabeza y no podía parar de llorar. Sin embargo, en algún momento debí de quedarme dormida porque me despertó la mano de Hugo sobre mi espalda.

—Elena. Elena, despierta —hablaba despacio, casi susurrando—. Lo siento. Perdóname por lo que te he dicho. —Se había sentado a mi lado en la cama. Yo seguía tumbada con la cara hundida en la almohada intentando aguantar el tremendo dolor que me martilleaba la cabeza—. Tienes razón, no tengo derecho a meterme en tu vida, es solo que no quiero que sufras. Y ahora el que te ha hecho daño he sido yo. Lo siento, Elena. Perdóname, por favor.

Su voz era apagada, como si le costara mucho decirme esas palabras. Conseguí levantarme y le abracé con fuerza. Hugo era mi pilar, mi gran apoyo, la cordura dentro del caos, mi hermano en Santo Domingo y, si él se tambaleaba, todo se venía abajo. No quería que nos peleáramos porque no sabía estar sin él en mi vida.

—Lo he pensado mejor, Elena, y mañana iré a Samaná. Quiero pasar la Navidad contigo y, supongo que será la manera de conocer mejor a Erik. Si tú estás bien, es suficiente para mí.

Me dio un beso en la mejilla. Sabía el gran esfuerzo que le suponía decirme aquello, así que lo abracé más fuerte y le di las gracias. Unas gracias sinceras, de corazón, porque el mejor regalo que me podía hacer era tenerlo conmigo.

—Ahora date una ducha. Vas a necesitar mucho maquillaje para

disimular esas ojeras que te he provocado —dijo.

Consiguió dibujarme una sonrisa. Me levanté de un salto y fui a mirarme al espejo. Tenía razón, menuda cara tenía.

—También necesitaré una pastilla para el dolor de cabeza.

Me concentré en la imagen que me devolvía el espejo: cara agotada, con ojeras profundas, moradas y los ojos hinchados. Era el vivo reflejo del dolor, de la pena y de la tristeza más profunda, justo lo que me había prometido no volver a sentir porque me había convencido hacía tiempo de que todo eso había quedado atrás. Lo vi sentado en la cama mirándome con preocupación mientras agarraba la almohada en la que momentos antes estaba hundida y la abrazaba. Supe que estaba intentando recuperar las fuerzas que no tenía. Sobre él, en la pared, un póster del *ballet* que meses antes se había estrenado en la capital y que habíamos ido a cubrir. Resultaba incongruente ver su cara de derrota surcada por una profunda arruga en el entrecejo bajo la imagen de unas preciosas piernas de bailarina con un tul blanco sobre fondo rosa palo: *Todo lo que significas para mí*, se titulaba la obra. Sentí la ironía cruel de la vida cuando golpeaba con fuerza en el corazón porque, entonces, entendí que era cierto aquello de que daña quien puede, no quien quiere. Y Hugo había podido. Y había dolido muchísimo. Sabía que él no había querido herirme porque su intención era protegerme, pero lo hacía de una forma bastante torpe y absurda.

Seguía atenta al contraste de su rostro con el póster que se había convertido en la única decoración que había conseguido para la habitación. Bueno, el póster y las cortinas *beige* que tía Marina me había hecho cuando percibió que cualquiera que se acercara desde la calle podía ver la habitación. Recordé el día de la rueda de prensa del *ballet* cuando, al terminar, me acerqué a entrevistar a los bailarines principales y me regalaron aquel póster después de explicarles que habían conseguido trasladarme a la niñez, porque también yo, en algún momento de la infancia, había soñado con ser bailarina y danzar al son de *El Lago de los cisnes* con una preciosa falda de tul que me permitiera volar.

—Hugo, te quiero.

Se lo dije cuando fui consciente de que mi corazón volvía a latir con normalidad, curando con rapidez la herida que le habían causado sus palabras. Porque sí, le quería como a un hermano y no deseaba, por nada del mundo, que volviéramos a pelear. Seguía frente al

espejo, con las manos apoyadas sobre la cómoda y vi cómo le brillaron los ojos.

—Yo también te quiero, Elena —dijo con la voz rota y llena de dolor, a pesar de que intentó disimular dibujando una leve sonrisa, aunque al final agachó la mirada.

Fuimos los últimos en llegar a casa de mis tíos. Lo supe en cuanto bajamos del taxi y escuché la algarabía que salía del jardín: músicas, voces y risas, muchas risas.

Mis tíos estaban felices de tenernos a todos en casa y se habían esforzado para no olvidar ni el más mínimo detalle. Desde el gran salón, que tenía unos ventanales que se abrían al jardín, se veían multitud de pequeñas luces blancas intermitentes distribuidas entre las ramas de los frutales y las palmeras más bajas, como si fueran luciérnagas. En un lateral, un árbol de Navidad con luces y bolas de colores repleto de regalos. En el centro habían instalado una gran pérgola para cubrir una enorme mesa de madera decorada con flores, velas y una preciosa vajilla que dejaba espacio a varias bandejas de frutas. Todo era tan bonito como irreal, porque no me cabía en la cabeza que celebráramos las fiestas en un jardín al aire libre, con una temperatura tan agradable que me hacía olvidar que esa misma noche tenía que llegar Papá Noel directo desde el Polo Norte para dejar sus regalos. Todos estaban descalzos, disfrutando del tacto de la hierba fresca, así que dejé mis sandalias en el porche y me recordé que estábamos a 24 de diciembre. Aquellas eran mis primeras navidades tropicales, una experiencia inolvidable.

Teníamos un bufé repleto de manjares repartidos en el poyete de la fuente ornamental de piedra blanca, como si todo formara parte del decorado de una película romántica. La música ambiente se unía al sonido del agua y conseguían llenar de magia el jardín. Me pareció ver a un hada diminuta revoloteando alrededor de las gotas que caían en el agua de la fuente consiguiendo crear preciosos reflejos plateados en las ondas. Estaba convencida de que la vi, porque era imposible que se resistiera a los deliciosos platos de ensaladas, pescado, marisco, pavo, carne en salsa, verduras a la brasa y los mil y un postres que, antes de comenzar, ya sabía que me sería imposible probar. Ni aunque allí hubiera reunidas cincuenta personas podrían acabar con tanta comida. Me serví algo de ensalada y me lancé directa a por el pavo. Veía a Hugo charlar con mi tío sobre su último reportaje a la vez que

Carmena le decía algo a tía Marina que no alcancé a escuchar, aunque me dejó intrigada porque ella sonrió y le dio un fuerte abrazo. Tenía que preguntarle a mi prima qué estaba pasando.

Después de cenar y con las barrigas a rebosar, mis tíos pensaron que sería buena idea bailar. ¿En serio? Pero si no me podía mover, me había convertido en el pavo que engordaban para ser la comida de Navidad, pero Ron me agarró de la mano y no hizo caso a mi negativa ni a la barriga que me había salido de repente para rellenar el vestido que llevaba. Y, para colmo, a bailar merengue.

—Ron, no respondo de mantener la comida en el estómago, voy a reventar. —Apreté los labios para ralentizar el trabajo de mi estómago —. ¿Pero tú no eras el que no bailabas?

Soltó una gran carcajada mientras me hacía dar vueltas y dijo:

—Ya ves, las cosas cambian. ¿Cómo te va, prima? ¿Ya has encontrado al dominicano que te ha vuelto loca? —Volvió a reír con ganas.

—Vaya, supongo que ya sabes algo, ¿verdad?

—En esta familia somos muchos y es difícil guardar un secreto.

—Pues sí, hay alguien y me gustaría que lo conocieras. Seguro que te caerá bien. —Otro giro—. Uno de los días que venga a la capital te aviso y nos vemos, ¿te parece?

—*Okey*. Me gustaría conocer al tipo que te ha hecho perder la cabeza, debe de ser un buen mulato. —Rio con ganas—. En serio, prima, espero que te trate bien. Ya te avisé de que debes tener mucho cuidado.

Se había puesto serio.

—Es un buen chico, Ron. No creo que me invitara a pasar la Navidad con él si solo pensara en mí como un pasatiempo, ¿no?

—Espero que tengas razón. Ya te lo diré cuando lo conozca, pero no tardes en presentármelo.

Volvió a hacerme girar sobre mí misma con destreza. Estaba empezando a tomarle el punto al merengue y, por lo menos, ya no parecía un pato. Incluso me estaba ayudando a bajar la comida y me sentía algo mejor, menos pesada que hacía un rato.

Tío Javier nos reclamó a todos para volver a la mesa, donde habían aparecido como por arte de magia frutas tropicales, chocolate, dulces y botellas de champán.

Cuando era pequeña, mi padre siempre se disfrazaba de Papá Noel y nos traía los regalos dentro de un saco enorme que llevaba a la

espalda, a excepción del año en el que me regalaron una bicicleta, que me esperaba llena de globos en mi habitación. Camuflaba la voz y simulaba el tradicional «jo, jo, jo» que veíamos cada año en millones de películas de Navidad. Marta y yo lo mirábamos con una mezcla de ilusión y temor, porque aquel señor sabía todo de nosotras y año tras año nos repetía que debíamos ser buenas y hacer caso a lo que nos decían los mayores. Nunca nos dimos cuenta de que en esos momentos solo teníamos a mamá junto a nosotras, papá siempre desaparecía. Pero estábamos tan embriagadas por la magia que no pensábamos en nada. Hasta que crecimos y lo descubrimos. El primer año fue una gran decepción: ya no había magia, nada era real, todo era una simple invención de los adultos que, generación tras generación, mantenían a los niños en una ilusión que era una verdadera mentira globalizada. Pero entonces papá nos dijo algo que jamás olvidaré: «La magia vive en vosotras. Nada ni nadie puede hacer que desaparezca si seguís creyendo que todo es posible».

Sí. Todo era posible. Aquella noche me sentía llena de ilusión, pasando la Nochebuena con un vestido ligero y descalza en un jardín lleno de luces y risas… Sí, la magia existía.

—Ha llegado Papá Noel —anunció tío Javier devolviéndome al presente—. Como Elena y Hugo mañana no estarán aquí, abriremos ahora los regalos que nos ha dejado en el árbol.

Nos miró con cariño mientras Hugo me agarró por la cintura y vi la emoción en sus ojos porque se sabía querido. A pesar de estar tan lejos de casa, habíamos encontrado una familia que nos amaba tanto como la nuestra.

Ron no pudo disimular una sonrisa de satisfacción al tener en sus manos una nueva tabla de surf y Carmena y Carlos por fin disfrutarían de su ansiada luna de miel en Costa Rica. A Hugo le regalaron unos libros de historia dominicana «para que conozcas bien nuestro país y puedas escribir mucho mejor sobre él», le dijo mi tío pasando el brazo sobre su hombro. Y a mí una cámara de fotos digital con disquete, que era la última novedad del mercado, además de una pluma estilográfica para que, «además de seguir escribiendo a mano todas las historias que te pasan por la cabeza, fotografíes cada recuerdo que no quieras olvidar», dijo mi tío. Lo abracé tan fuerte que se quejó. Enseguida los hice posar a todos para guardar para siempre la magia de esa noche. Pero, a pesar de la enorme alegría que nos rodeaba, la mayor sorpresa, la de verdad, la que no esperábamos, llegó de la mano de Carlos y

Carmena:

—En realidad, es un regalo único —dijo Carlos mientras abrazaba a su mujer por la cintura—. Como no tenemos mucho dinero, hemos pensado en uno para todos.

Había conseguido intrigarme.

—¡Vamos a ser papás! —anunciaron a coro después de dirigirse una mirada cómplice.

Estaba convencida de que, a pesar de la distancia y del muro que rodeaba la casa, los vecinos tuvieron que escuchar nuestros gritos de felicidad. Saltamos, nos abrazamos, reímos y les dimos besos hasta cansarlos y dejarles los carrillos morados. Por supuesto, Carmena fue el destino de mi mayor abrazo, la agarraba tan fuerte que me pidió, entre risas, que la soltara para poder respirar. Estaba feliz. Estábamos felices.

—Me alegro tanto por vosotros —dije.

—Pues que sepas, prima, que esto es culpa tuya —contestó señalándose la barriga.

Su cuerpo no guardaba ni un gramo de más, por lo que me costaba creer que había una criatura creciendo en su interior.

—¿Culpa mía? Creo que de «eso» no puedo ser responsable—dije con una gran carcajada y poniendo la palma de mi mano sobre su vientre.

—Sí, culpa tuya porque el *bebito* viene de Samaná —me recriminó con su mejor sonrisa.

Me abrazó y me dijo al oído que todavía faltaba mi regalo, así que, de la mano, me llevó al salón, donde había guardado en un rincón una caja blanca de cartón envuelta con un lazo rojo, que depositó en mis brazos como si me entregara algo delicadísimo y de valor incalculable. Lo abrí nerviosa, me hacía ilusión que Carmena tuviera un detalle así conmigo hasta que vi el contenido y la fulminé con la mirada:

—¡¿Pero qué narices es esto?!

En mis manos tenía el conjunto de lencería más *sexy* que había visto en mi vida. Un dos piezas negro con encajes, satén, transparencias, liguero y una fina cinta de seda roja que le daba el toque provocativo, por si no era suficiente. Levanté la ceja mientras sostenía entre los dedos unas braguitas diminutas, más bien escasas, exactamente un hilillo de tela que costaría encajar en cualquier parte de mi anatomía.

—En realidad, el regalo es para Erik. Deséale feliz Navidad de mi

parte. Vas a estar divina, prima.

Me hizo un guiño y rio al ver que mi cara se había vuelto del color del tomate maduro. Hacía solo medio año que me conocía, pero Carmena sabía bien cómo sacarme los colores a la vez que era capaz de darme el empujón que necesitaba para ser más atrevida. En realidad, estaba convencida de que mi prima era una estrella caída del cielo que había aterrizado en mi vida para darme la chispa justa de alegría, como la sal a la comida. Había tenido que venir a la República Dominicana para que ella me sacara de mi zona de confort de golpe, sin anestesia y de una patada en el culo. «A ver si espabilas, Elena», me reñí mientras daba vueltas al hilillo de seda que tenía entre las manos a la vez que dibujaba una sonrisa de circunstancias mientras ella seguía retorciéndose de la risa. «Eres una bruja», le dije cuando no pude contener más las carcajadas.

Era de madrugada cuando los futuros papás nos acercaron a casa. Todavía teníamos algunas horas para dormir antes del viaje a Samaná y, a pesar de los nervios que me comían por dentro y que pensé que no me dejarían descansar, caí rendida en la cama, donde me atrapó un sueño profundo en el que aparecía una playa, lencería negra y algunos cocos tirados en arenas doradas.

19
Cálida Navidad

Samaná, diciembre 1997

Acababa de dormirme y ya tenía el despertador sonando en el oído, o esa era mi sensación. Me acompañaba un leve dolor de cabeza incluso antes de abrir los ojos, demasiado champán y cerveza mezclados con música, risas y conversaciones interminables llenas de emoción. La noche había sido maravillosa.

Un sonido estridente golpeó mis oídos. Tenía un despertador de los antiguos, esos redondos con dos pequeñas campanillas en la parte superior y un martillo en medio que las golpeaba sin compasión y sin interrupción emitiendo un sonido tan insoportable que me ponía de los nervios. No lo soportaba, me despertaba de mal humor sí o sí. Pensaba que esos relojes eran hijos del demonio, porque solo una mente perversa y retorcida era capaz de crear tal elemento de tortura autorizado en pleno siglo veinte. Y entonces, ¿por qué lo tenía? Porque era el único que conseguía levantarme de la cama, así de simple. Sin embargo, aquella mañana ni el insoportable *ring*, ni las molestias en la cabeza, ni la lengua acartonada consiguieron borrar la más enorme, sincera y bonita sonrisa que se dibujó en mi rostro cuando paré el despertador. ¡Por fin vería a Erik! No importaba nada más, excepto conseguir disimular las enormes ojeras que tenía como señal imborrable de la fiesta que habíamos tenido y las pocas horas de sueño.

Después de levantarme de un salto, tomar un café rápido, dar un bocado a la tostada que no pude acabar y correr de un lado a otro para preparar la mochila, salí corriendo de casa para llegar con tiempo de sobra a la parada de autobús. Tan rápido iba que casi olvido que Hugo venía conmigo. Me seguía unos pasos detrás porque le costaba seguir el ritmo impuesto por los nervios que se habían

apoderado de mí. Tenía la sensación de que casi no rozaba el suelo al caminar, estaba segura de que podría volar si me lo propusiera. Pensar en Erik me daba alas.

Media hora después me perdía en los paisajes selváticos del interior de la isla que veía por la ventanilla de la guagua al mismo tiempo que Hugo, sentado a mi lado, leía. Aproveché para observarlo y llegué a la conclusión de que en realidad estaba absorto en sus pensamientos, durante varios minutos no había pasado de página. Volví a mirar por la ventanilla para permitirle estar a solas.

Al llegar a Samaná, Erik nos esperaba en la estación. Lo vi desde la ventanilla apoyado en el coche, con las gafas de sol, los brazos cruzados sobre el pecho y una pierna sobre otra a la altura del tobillo. El corazón me dio un vuelco y el estómago lo acompañó. Regresaron el millar de mariposas para decirme que ese hombre, ese ser deslumbrante, me esperaba a mí. Lo saludé con la mano como una niña pequeña y él me regaló una sonrisa que me hizo olvidar el agotamiento del viaje y de las pocas horas de sueño que llevaba encima. No me dio tiempo a bajar el último escalón del autobús cuando me cogió por la cintura haciéndome girar en el aire y me dio un beso increíble lleno de felicidad y ansiedad a partes iguales. Estaba impresionante después de tanto tiempo sin verlo, con una camisa blanca remangada hasta los codos que parecía escogida para que no pudiera apartar la vista de su piel tostada y unos vaqueros que marcaban su trasero y que miré sin disimulo.

Hugo había recogido nuestras mochilas y se acercó a nosotros con un gesto amable en la cara. Erik le recibió con una gran sonrisa y le tendió la mano.

—¡Feliz Navidad! Me alegro de volver a verte, Hugo. Es un placer que pases la Navidad con nosotros.

—Te agradezco la invitación, Erik. ¡Feliz Navidad! —contestó estrechando su mano tendida con cordialidad.

Pensé que el encuentro sería más tenso teniendo en cuenta la discusión que habíamos tenido el día anterior, pero mi amigo estaba cumpliendo con lo que me había dicho: venía a conocerlo y le iba a dar una oportunidad… aunque solo fuera para averiguar qué intenciones tenía.

De camino al hotel, Erik nos explicó que había reservado dos habitaciones para que nos quedáramos hasta el domingo. Teniendo en cuenta que era jueves, aquellos días iban a ser casi unas mini

vacaciones, las primeras que tendríamos desde nuestra llegada al país. Por el retrovisor vi sonreír a Hugo mientras admiraba las increíbles vistas. Erik seguía hablando:

—Podéis descansar y disfrutar del complejo mientras trabajo y el sábado, que ya será más tranquilo, podemos hacer alguna excursión por la zona, si os apetece —dijo mirándome sin soltar mi mano mientras conducía.

Sentía que se aferraba a mí, como si intentara convencerse de que aquello era real, que por fin estábamos juntos después de tantas semanas. Su mirada era alegre, feliz. Sus ojos marinos tenían una luz especial, intensa.

—Me apetece hacer alguna excursión —contestó Hugo—. La última vez que estuvimos aquí lo pasamos muy bien.

Llegamos a *The little beach* y Erik nos acompañó a las habitaciones. Después de dejar a Hugo en la suya, me llevó a la que había preparado para mí. Al entrar, cerró la puerta, corrió las cortinas de la gran cristalera que daba a la terraza y me agarró con delicadeza por la cintura para besarme con toda la pasión que había acumulado durante dos meses. Sentí que éramos una olla a presión a punto de explotar. Sus labios encajaban en los míos con ansiedad y las lenguas exploraban cada rincón de nuestras bocas con deseo. Me besaba de forma salvaje, sus manos sobre mi rostro para que no me alejara y su cuerpo junto al mío. Nuestra respiración era entrecortada. Comencé a desabrochar su camisa. Él me levantó los brazos y me quitó la blusa mientras besaba mi cuello, los lóbulos de las orejas, la cara, la boca… Me levantó a pulso para llevarme a la cama.

—Dios, cuánto te he echado de menos —me susurró al oído erizando toda mi piel.

Sus labios seguían buscando los míos con desesperación, pero los dejaron y se fueron a descubrir de nuevo mi cuello, mi clavícula, mis pechos... Consiguió desabrochar el sujetador después de mantener una pequeña pelea con el cierre y siguió bajando hasta mi ombligo. Sus manos acompañaban el recorrido mientras me acariciaba el cuerpo como si no quisiera dejar ninguna parte de mí sin tocar, como si tuviera que volver a descubrirme después de tantos días separados. Se sentó sobre mis piernas y comenzó a desabrocharme el pantalón mientras me miraba con deseo y una sonrisa traviesa. El color de sus ojos se había vuelto de un azul más profundo.

—Elena, eres preciosa —dijo mientras me quitaba el pantalón y las

bragas.

Volvió a besarme el ombligo y siguió bajando su boca y sus manos hasta encontrar lo que buscaba. Yo jadeaba y gemía incapaz de dejar de moverme, de agarrar su cabeza para que siguiera buscando con su lengua todo mi placer... hasta que me hizo estallar. Grité. Me tapé la cara con la almohada y grité más mientras me deshacía bajo sus estímulos. Parecía que conocía cada centímetro de mi piel y mi cuerpo lo esperaba con ansiedad para revivir. Mi respiración era acelerada, no podía hablar, me había dejado sin aliento. Solo podía seguir acariciándolo para sentirlo junto a mí. «Erik» era el único sonido que salía de mi boca.

Se tumbó a mi lado para seguir tocándome con suavidad el cabello, apartando algún mechón rebelde de mi rostro, rozándome las mejillas con los dedos, ahora delicados y suaves, los mismos que hacía unos segundos estaban dentro de mí. Seguía allí tumbada, desnuda, sin aliento y él todavía estaba con los vaqueros puestos. Vi que había conseguido quitarle la camisa.

—Elena —dijo mi nombre mientras me seguía acariciando—. Necesitaba comprobar que eres real, que no eres fruto de mi imaginación.

—¿Imaginación? —Mis manos acariciaban su torso musculoso y de vello escaso.

—No puedo creer que estés aquí conmigo —dijo mientras sus dedos dibujaban círculos en mi mejilla—. Alguien tan perfecta como tú. —Sonrió—. Estoy viviendo un sueño.

—No soy perfecta, no creas —contesté entre risas—. Soy yo la que piensa que esto es un sueño. —Lo besé en la punta de su nariz torcida—. Me pareces de película.

Sus carcajadas resonaron por toda la habitación.

—¿En serio? —dijo con una gran sonrisa que alcanzó su mirada—. Creí que durante estas semanas igual te habrías arrepentido de lo que pasó. Que lo habrías pensado mejor, que no estarías segura de seguir adelante o de querer estar conmigo, no sé.

Me puso un mechón tras la oreja.

—Pero ¿por qué no iba a querer estar contigo? —pregunté con verdadera curiosidad.

No daba crédito a sus dudas, a la inseguridad que me estaba demostrando. Él, que desde aquel primer café me pareció una de las personas más seguras y con las ideas más claras que había conocido.

—Bueno, eres una española soltera, bellísima, y te aseguro que en este país puedes aspirar a mucho más, a todo lo que quieras. Aquí funciona así. —Vi la duda reflejada en sus ojos—. Y estamos tan lejos…

Me sorprendió ver cómo bajaba la mirada con timidez.

—Erik. —Levanté su barbilla con un dedo para que volviera a mirarme a los ojos—. Te aseguro que eres lo más maravilloso que me ha pasado en mucho, mucho tiempo.

Lo besé con toda la pasión y el deseo que pude poner en mis labios para transmitirle la confianza que sentía en nosotros. Él me abrazó fuerte y respondió a mi beso como si nunca antes nos hubiéramos besado.

—Te he reservado esta habitación porque no quería que pensaras que soy un descarado, pero me gustaría que pasaras estos días conmigo, en mi habitación. Además, tampoco sabía qué pensaría Hugo si, de repente, solo hubiera reservado una habitación para él. No sé, ¿quizás crees que todo va demasiado rápido?

Volvió a acariciarme la mejilla y yo contesté con una sonrisa.

—Me encantará estar contigo —dije.

Pasé mi mano por su cabello rizado. En cuanto a lo de Hugo, no quise darle ninguna otra explicación.

—Ahora hazme un favor —añadí.

—Lo que quieras, *amor*.

¿*Amor*? ¿Me había llamado *amor*? Acababa de derretirme como el chocolate en verano.

—Quítate el pantalón —ordené traviesa.

…

Quizás habían pasado un par de horas, no estaba segura. Lo cierto era que había perdido la noción del tiempo, pero intuía que ya estaría el salón lleno de clientes preparados para la comida de Navidad.

—Tengo que volver al trabajo —dijo mientras me besaba antes de salir de la cama—. Te veo en el bufé.

Se vistió a toda prisa recogiendo la ropa que habíamos tirado al suelo.

No podía apartar la vista de él. Cada movimiento me llevaba a pensar en su cuerpo sobre mí, en el roce delicado o salvaje de sus dedos, en sus besos recorriéndome, en mis manos con fuerza sobre su

espalda, en mis piernas abrazando su cintura, en mi boca buscando sus rincones secretos. Mi cara bobalicona debía de ser considerable porque Erik comenzó a reír al ver cómo lo miraba mientras se abotonaba la camisa. Me dio un beso de despedida antes de salir de la habitación y sentí que todo era muy físico, muy intenso. Sacudí la cabeza para sacar la imagen de su cuerpo desnudo de mi mente y decidí que, antes de presentarme en el salón, tenía que darme una ducha que me permitiera recuperar fuerzas, relajar las emociones desbocadas e intentar estar lo más presentable posible. Me sentía tan feliz que creía que podía flotar en el paraíso, literalmente, porque aquel lugar era el paraíso. Nunca, jamás, ni en mis mejores sueños, imaginé que aquel viaje que emprendí con los bolsillos llenos de incerteza y el corazón abotargado por la tristeza y el temor a lo desconocido me tenía preparadas tantas sorpresas y, mucho menos, que allí encontraría a un hombre que me haría sentir tan feliz. El agua templada me caía en el rostro mientras pensaba que nuestra atracción, el deseo desenfrenado y la necesidad de estar juntos no podía ser solo algo físico. Lo que sentíamos tenía que significar algo más. Enjabonaba mi cuerpo mientras me venían preguntas a la cabeza: ¿había sentido antes una atracción tan fuerte por alguien? No. ¿Me había sentido alguna vez tan deseada? No. ¿Mi cuerpo había reaccionado alguna vez con tanta necesidad ante una mirada, una sonrisa, una palabra gritada en silencio? No. ¿Me había compenetrado con alguien de una forma tan perfecta como con él? No. ¿Había deseado a alguien tanto como a él? No. La espuma resbalaba por mi cuerpo mientras me convencía de que todos esos noes tenían que significar algo. Sentía el agua en la cara y seguía cavilando: ¿era una relación? Todavía no estaba segura, pero creía que sí, o por lo menos iba camino de serlo, aunque en realidad solo nos habíamos visto dos veces. Sin embargo, acababa de llamarme «amor» y esa palabra era tan grande y significativa como lo que sentía por él, que comenzaba a ir más allá de la atracción física. Y, por otro lado, no podía olvidar que, para colmo, le parecía perfecta. Se me escapó una gran carcajada bajo el agua. Pensé que ya se encargaría el tiempo, si seguíamos juntos, de demostrarle que, de perfecta, nada de nada.

Salí de la ducha envuelta en una suave toalla blanca de algodón con el logotipo del hotel y respiré profundo ante el espejo. Estaba serena, tranquila y pude identificar una sonrisa nueva en mi rostro, una sonrisa que, en realidad no era nueva pero que hacía muchos años

que no veía. Mi tez estaba algo tostada y me habían aparecido algunas pequeñas pecas alrededor de la nariz que acentuaban el carácter aniñado de mi cara. Los tonos miel de mis ojos se habían intensificado con la luz o con la felicidad, no lo sabía, y tenía el cabello más claro por efecto del sol caribeño. Mi rostro estaba diferente, relajado. Era el reflejo de la seguridad que sentía. Sonreí mirándome a los ojos. Me sonreí porque entendí lo que me había dicho Erik con aquel primer café: «Había sido valiente». Valiente por marcharme, valiente por afrontar un reto a pesar de la incertidumbre, valiente por haberlo besado, valiente por hacer caso a mis padres y vivir con intensidad cada día desde que pisé la República Dominicana. «Para disfrutar de la vida tienes que ser valiente, Elena», le dije a mi reflejo con el más absoluto convencimiento.

Me puse un poco de rímel en las pestañas para marcar la mirada con disimulo, aunque, en realidad, mi cara de felicidad no necesitaba más maquillaje. Sin embargo, estaba a punto de conocer al padre de Erik y quería causar buena impresión, así que un pelín de colorete y algo de brillo en los labios también ayudarían.

Entré en el salón y los vi en una mesa al fondo, cerca del bufé. Los tres hablaban de forma animada, como si se conocieran de toda la vida, aunque entre ellos solo había un extraño que estaba allí para descubrir las intenciones más oscuras de uno de los otros dos hombres. Bendito Hugo y su sobreprotección, y bendita yo por adorarle y pasar por alto sus intenciones. El camarero estaba abriendo una botella de vino blanco cuando me acerqué. El padre de Erik me recibió con una sonrisa tan grande y sincera que aplacó mis nervios al momento.

—Así que tú eres la bella Elena —dijo levantándose para darme un beso en la mejilla—. Soy Michael, el papá de Erik. *She's really pretty*[20] —dijo girándose hacia su hijo para darle un codazo cómplice al tiempo que yo intentaba disimular la sonrisa y Erik se ruborizaba levemente.

—Un placer conocerlo, Michael —contesté alegre.

Me senté al lado de Hugo, justo delante de Erik, que estaba al lado de su padre, y le rocé la pierna con mi pie en un gesto travieso que quedaba para nosotros. Me gané una sonrisa y guiño mientras se acercaba la copa de vino a la boca.

Michael era divertido, no existía una palabra mejor para definirlo. Reía casi tanto como hablaba, y hablaba mucho y rápido, mezclando el americano y el dominicano en un dialecto extraño que hacía difícil

seguirlo y que nos obligaba a estar muy atentos a cualquier palabra que decía. Todo lo que pronunciaba me parecía música. Nos transmitía su alegría y conseguía hacernos reír todo el tiempo sin saber bien de qué o quién, o por qué. Hacía rato que Hugo había caído rendido a su carisma.

Nos explicó que era de Florida. pero llevaba muchos años instalado en la República Dominicana. Allí había conocido a la madre de Erik hacía casi 30 años y vivieron en Miami durante la infancia de los niños. Después se trasladaron a la isla y, tras divorciarse, él se había quedado en el país.

—Su mamá tiene mucho carácter —explicaba entre risas—, es una *doña very doña. ¿Do you know*[21] lo que es una *doña*? —Nos miró y rio cuando negamos con la cabeza—. *Okey*, a ver cómo os lo explico. Es una mujer *very strong,* muy fuerte, con mucho genio y siempre, siempre, *absolutly always* tiene razón, aunque no la tenga, *you know*. Y, por encima de todo y de todos están sus hijos. Los protege con uñas y dientes *like a lioness*, como una leona. Nadie podría hacerles daño, aunque quisiera. Y así es su mamá. —Sonrió a Erik—. Pero, cuando quiere, es dulce, melosa y cariñosa. Aunque *I think*[22] que con la edad esa parte se le está olvidando. —Soltó una gran carcajada y alzó la copa como si quisiera brindar por ella—. Nos amamos mucho y también llegamos a odiarnos, éramos muy jóvenes, *very young*. Ahora nos llevamos mejor que cuando estábamos casados, pero es porque nos vemos poco. Mi ex vive en la capital con Megan, *my little daughter*[23], pero *I'm in love*[24] de este rincón del Caribe y no hay quien me mueva de aquí, *¿is it true, son*?[25] —dijo revolviéndole el cabello a Erik como si fuera un niño pequeño.

—*It's true, dad*[26]. Cierto. No hay quien lo mueva de Samaná. Mi padre vive en la ciudad, pero está aquí casi todo el día para vigilarme y controlar que hago todo tal y como a él le gusta —contestó bromeando.

—Estás aprendiendo qué hacer y cómo hacerlo —explicó Michael —. Lo más *important* es saber tratar con la clientela, y eso, por mucho que te lo enseñen en la universidad, solo lo puedes aprender con la práctica *day by day, step by step*[27].

—Estoy de acuerdo —intervino Hugo—. A nosotros nos pasa lo mismo. En la carrera de Periodismo nos enseñan muchas cosas, pero todo es teoría. Cuando comenzamos a trabajar y nos enfrentamos a cómo escribir las primeras noticias y los reportajes a veces nos

encontramos sin recursos por muchos libros que hayamos leído. Cuando alguien escribe bien es porque se esfuerza y no deja de escribir nunca. La práctica, hacer millones de noticias, es lo que de verdad nos hace mejorar cada día. Y, sobre todo, no desfallecer y no ser conformista. Intentar explicarlo todo de la mejor manera y siendo lo más objetivo posible, aunque la objetividad no existe, esto me lo enseñaron el primer día de clase.

—Me cae bien este muchacho —dijo Michael riendo mientras cortaba un trozo de carne en salsa.

—Vale, papá, pero no negarás que lo hago bastante bien al frente del hotel —dijo Erik.

—Bueno, bueno... Últimamente estás algo despistado. Que si Elena por aquí, que si Elena por allí.

Gesticulaba con las manos abriendo los brazos de forma exagerada. Todo él era tan exagerado como divertido.

—¡Papá! —Erik se había sonrojado y, por supuesto, yo también.

Hugo y Michael reían a nuestra costa.

—Reconócelo, hijo, esta muchacha te tiene *crazy*[28]. Y la verdad es que no me extraña.

Michael me hizo un guiño después de sus últimas palabras, mientras seguía riendo a mandíbula abierta a la vez que mis mejillas ya debían de haber alcanzado el tono bermellón. Por suerte para mí, Erik también estaba pasando tanta vergüenza por los comentarios de su padre que hubiera preferido que se lo tragara la tierra. Lo miré y le sonreí con timidez. Me devolvió el mismo gesto y se encogió de hombros resignado, no había nada que hacer, Michael iba a estar chinchándolo toda la comida.

Efectivamente, reí más de lo que mi cuerpo aguantaba y, al acabar la comida, tenía agujetas en el vientre. Michael seguía explicándonos anécdotas, aventuras y curiosidades americanas mientras Hugo y Erik seguían atentos sin perder palabra a pesar de que él había escuchado a su padre mil veces. Por un momento, dejé de prestar atención a Michael y me concentré en los gestos de mi compañero de piso. Estaba relajado, reía, gesticulaba mientras intervenía en las anécdotas que nos explicaba y miraba a Erik de forma amistosa. Para mí era muy importante que los dos se llevaran bien, que Hugo comprendiera que Erik no pretendía aprovecharse de mí, que de verdad le gustaba y quería estar conmigo. Tenía que dar una tregua a su afán protector, debía entender que con Erik estaría bien. Y, que, aunque no estuviera

con él, también me sentiría bien porque, si algo había demostrado en todo ese tiempo, era que sabía cuidarme sola, que no necesitaba a nadie que lo hiciera por mí: Ni Hugo, ni Víctor, ni Erik. Yo, Elena, me sobraba y me bastaba. Sonreí y vi que Erik me observaba con curiosidad. Sabía que no estaba escuchando la conversación, que hacía rato que me había perdido en mis pensamientos. Juntó las cejas para preguntarme en silencio y asentí levemente con la cabeza y una sonrisa delicada. Consiguió que regresara a la realidad.

Estábamos tan relajados y sonrientes que parecía que nos conocíamos de toda la vida, como si fuéramos familia, y quise guardar el momento, así que saqué la cámara nueva del pequeño bolso de tela marrón que había colgado en el respaldo de la silla y le pedí a uno de los camareros que nos hiciera una foto. Sabía que, a pesar de la mesa llena de platos, copas y servilletas, sería una gran foto.

Después de la comida y una larga sobremesa con turrón incluido, algo que habían preparado especialmente para nosotros, Hugo y yo nos fuimos a la playa mientras Erik se quedaba ultimando los detalles de la cena y Michael se marchaba a echar la siesta. Porque sí, Michael era muy americano y muy dominicano, pero había integrado en su vida uno de los mayores placeres españoles. Aunque mi objetivo en la playa era el mismo: echar una buena siesta en la hamaca arropada por el sonido suave del oleaje. Al llegar a la playa, vi que volvíamos a estar solos. No entendía que los clientes del hotel no utilizaran ese rincón paradisíaco para desconectar, aunque, gracias a eso, nosotros disfrutábamos de la privacidad de aquel lugar. Para mí, aquella cala era la que mejor guardaba la magia del país, su verdadera esencia, la que me hacía sentir que vivía en un paraíso virginal sin artificios creados para atraer el turismo.

Dormí por tiempo indeterminado, aunque por la marca de la toalla que me quedó en la cara supuse que había sido mucho. Al abrir los ojos vi que Hugo leía a mi lado y decidí imitarlo poniéndome boca arriba para sentir el calor del sol filtrado por las hojas de las palmeras y suavizado por la leve brisa. El rumor de las olas y el sonido de las aves de fondo impidieron que escuchara a Erik cuando se acercó, por lo que me sorprendí al verlo a mi lado en bañador con las gafas de sol puestas, una toalla sobre el hombro y un par de gafas y tubos de *snorkel.* Me miraba con su media sonrisa sin ser consciente de que parecía un modelo recién salido del anuncio de un perfume caro. Cogí la cámara y le hice una foto, estaba impresionante.

—¿Te apetece un baño? —preguntó riendo mientras dejaba las gafas de sol y la toalla sobre mi tumbona—. Tengo un rato libre hasta la hora de la cena.

¿Que si me apetecía? Aquel hombre todavía no era consciente de las emociones y las reacciones que provocaba en mí. Lo que en realidad me apetecía era comérmelo entero desde los pies hasta el último pelo de la cabeza sin dejarme ni un milímetro de su piel sin saborear. Sonreí con malicia, pensando en que era afortunada por guardar mis pensamientos a buen recaudo, aunque mi cara nunca había sabido esconderlos demasiado bien. Él intuyó alguna cosa porque me miró alzando una ceja y no consiguió disimular un gesto travieso.

Hugo siguió leyendo mientras sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa que no quiso disimular y nosotros nos fuimos al agua. Nadamos hasta una gran roca que sobresalía unos metros más adentro y que estaba rodeada de vida coralina. Allí estuvimos un buen rato buceando, admirando todo lo que guardaba el fondo marino sin dejar de asombrarme. Me gustaban los peces payaso que nadaban entre anémonas y que años después alcanzarían la fama mundial gracias a *Buscando a Nemo*; los corales rojos con forma de abanico y los canela con forma de cerebro eran alucinantes. Nos sumergíamos y Erik me señalaba todo lo que había a nuestro alrededor: estrellas de mar, erizos, bancos de peces de colores, tortugas… Fue una experiencia llena de vida y paz al mismo tiempo, algo como sentir el síndrome de Stendhal bajo el agua.

—Me gusta Hugo —dijo Erik mientras miraba hacia la orilla. Acabábamos de sentarnos en la roca para descansar—. Te cuida mucho y se preocupa por ti.

—Sí, es como un hermano mayor —contesté mirando a Hugo en la distancia—. Tengo suerte de que en mi vida haya alguien tan organizado como él. Es tan tranquilo que consigue que yo también lo sea y eso me da mucha seguridad. —Moví los pies en el agua cristalina —. Creo que llegó en el momento justo, cuando todo a mi alrededor era un caos y lo cierto es que es como si tuviera un pedacito de mi tierra aquí, como si me anclara a mi origen en medio de este país de locos.

—¿Cómo que país de locos? —Rio y me salpicó agua en la cara.

—Reconoce que vuestro ritmo de vida es diferente, es como si las normas no fueran para vosotros.

Me pasé el pulgar por el ojo para quitar una gota de agua que me había entrado.

—No sé, creo que nosotros somos más serios, más ordenados y mucho más responsables —añadí y le saqué la lengua burlona—. A ver, que sí, que también somos más sosos, en eso también os ganamos.

Me miró con una gran sonrisa, pero yo continué.

—Y eso que nosotros también somos de sangre latina. No quiero ni imaginarme cómo viviría un nórdico entre vosotros, seguro que moriría por un cortocircuito en el cerebro.

Los dos estallamos en carcajadas.

—Vosotros siempre estáis alegres, hasta en los momentos complicados —insistí, pero él me sorprendió al mirarme con seriedad —. Vale, quizás no alegres todo el tiempo, pero sabéis sacar la sal a la vida y os admiro por tener tanta vitalidad. —Agarré su mano—. Lo que me cuesta entender todavía hoy es la poca prisa que tenéis para todo, de verdad. Si algo no sale en el momento, ya saldrá *ahorita.* ¡Y no sé nunca cuándo es *ahorita*!

Volvimos a reír a la vez.

Le expliqué que la primera vez que había ido con Elías a hacer una entrevista, me dijo: «*Ahorita* nos vamos» y salió de la redacción. Recogí mis cosas y guardé la libreta, el bolígrafo y la grabadora en el bolso, pensando que aparecería en cualquier momento por la puerta para marcharnos, pero estuve tres horas de reloj sentada en mi escritorio esperando. Aquella había sido mi primera experiencia con *ahorita*, una medida de tiempo que aprendí que podía significar tanto diez minutos como cinco horas. Erik reía mientras asentía con la cabeza.

—*Okey*. Reconozco que somos más relajados, nos tomamos la vida con calma. Pero piensa —me apartó un mechón de pelo de la frente—, ¿qué prisa hay? No necesitas correr para llegar a algún lugar, porque llegarás en el momento exacto. ¿Sabes eso de que «no por mucho madrugar amanece más temprano»? ¿De qué sirve andar todo el día con un reloj pisándote los talones? ¿Correr? Solo para estresarte, para decir que siempre llegas tarde, para intentar abarcar más de lo que en realidad puedes hacer o que quizás ni tan solo deseas hacer, que es todavía peor. Vive, Elena. —Me dio un beso suave en la mejilla—. ¡Relax! Sé de lo que hablo porque en Estados Unidos es muy parecido, siempre corriendo a todos lados para no llegar nunca a tiempo. Aquí todo es mejor, más tranquilo. Disfrutamos la vida, cada momento…

Todo llega cuando tiene que llegar, te lo aseguro.

Zanjó el monólogo besándome en la frente.

…

Por la noche, Hugo y yo volvimos a cenar con Michael mientras Erik atendía al resto de clientes y se mantenía al cuidado de todos los detalles de la cena. El hotel estaba lleno y no podía dejar margen a ningún imprevisto que acabara complicando la velada, así que no se sentó con nosotros.

Notaba su ausencia a pesar de que la conversación era tan divertida como al mediodía. Michael se esforzaba por cubrir el hueco de su hijo, pero yo no podía evitar estar pendiente de él mientras lo veía entrar y salir de la cocina dando indicaciones a todo el personal. De vez en cuando me miraba, me hacía un guiño y yo me derretía, literalmente. Sentía como mi cuerpo se deshacía bajo su sonrisa. Estaba tan embobada observándolo que hacía rato que había perdido el hilo de la conversación entre Michael y Hugo y solo volví a prestar atención cuando escuché mi nombre:

—Elena, veo que en serio te gusta mi hijo.

«Pues claro que me gusta su hijo. Adoro su mirada, su sonrisa, sus labios sobre los míos, sus caricias en mi piel, sus suspiros acallando mis gemidos, su…», tenía que dejar de pensar o me perdería en medio del salón.

—Sí. Me gusta mucho —opté por contestar algo breve y sincero.

Hugo me miró y sonrió de medio lado.

—Tú también le gustas mucho, Elena. No había visto a mi hijo así en años, *really*, con tantas ganas de ver a alguien y tan feliz, *so happy*. —Michael observaba a su hijo mientras se movía por el salón atendiendo a los clientes—. Ha estado con otras muchachas, *you know*, pero hasta ahora *never*, nunca, me había dicho que quería que las conociera. *You're different,* contigo es diferente. Lleva días preparando vuestra llegada, nervioso y sin dejar de hablarme de ti. Quería que te conociera, Elena, y que le diera mi aprobación, como si eso importara para algo, *¿really*? —Rio clavando su mirada en mí—. Es como si volviera a ser un *teenager*[29]. Has despertado algo, *something*, en él que hace mucho tiempo que no veía, *ya tú sabes*. —Me hizo un guiño cómplice—. Erik es alegre por naturaleza, trabajador, muy metódico, ordenado y seguro, muy seguro de sí mismo. *He's really smart*[30]. *Well*[31],

pues estos días lo he visto dudar, equivocarse y mostrar una inseguridad que no le veía desde que tenía quince años *and that*[32], Elena, tiene un nombre: *Love*. Amor. Mi hijo está perdidamente enamorado de ti, aunque aún no lo sepa. —Me dejó sin palabras. De hecho, iba a llevarme un pedazo de pescado a la boca y el tenedor se quedó a medio camino. Michael hablaba completamente en serio—. Solo te pido que no le hagas daño. *Be carefull, please*![33]

Sus últimas palabras provocaron que me pusiera a la defensiva. Dejé con suavidad el tenedor con el pescado en el plato y acerqué la servilleta a los labios para ganar tiempo. Después di un trago de agua. Acababa de pasar del asombro más absoluto al escuchar que me hablaba del amor de su hijo a estar dolida. Hugo, a mi lado, ni se movía, casi ni respiraba. Había notado la rigidez que se apoderó de mi postura. Solté la servilleta sobre mis piernas y acaricié la tela para eliminar una pequeña arruga que se había formado. Después alcé la mirada para fijarla en Michael mientras seguía hablando:

—No te aproveches de él —continuó indiferente a mi reacción—. Si no quieres nada serio con mi hijo, déjalo antes de que sea más tarde. No quiero verlo sufrir, *please*[34].

Antes de contestar me acomodé en la silla intentando descargar la tensión que sentía sobre los hombros. Estiré la espalda y me senté lo más recta que pude, con toda la dignidad que fui capaz de reunir.

—Por supuesto que mi intención no es hacerle daño a su hijo, Michael. Y lo cierto es que me ofende bastante que pueda pensar algo así, aunque entiendo que no me conoce y voy a pasarlo por alto. —Alcé el mentón—. Su hijo me gusta de verdad. —De forma inconsciente busqué a Erik por el salón, pero no lo encontré—. De hecho, hace mucho que no sentía lo que siento por él. En realidad, siendo sincera, no estoy segura de haberme sentido nunca así.

Noté que Hugo, a mi lado, volvía a respirar.

—Así que espero que le quede bien claro que no pretendo hacerle daño —continué y me mantuve muy seria mirando a Michael—. Pero ¿sabe una cosa? Tampoco deseo que me lo hagan a mí, y lo que tengo claro es que en una relación hay que poner por ambas partes para que funcione. —Entrelacé mis manos sobre la mesa y uní los pulgares—. Por mi parte, estoy dispuesta a conocer a su hijo y averiguar hasta dónde podemos llegar juntos, porque siento que es sincero en sus sentimientos hacia mí y me respeta. —Tenía la boca seca y di un sorbo de agua mientras seguía ordenando las ideas—. Además, debe saber

que también yo estoy arriesgando. Hugo —dije mirando a mi amigo, que seguía en silencio a mi lado escuchando con atención cada palabra—, le puede explicar que he pasado un momento muy difícil en mi vida y no quiero, por nada del mundo, volver a vivir algo así. Pero usted ya sabe que en el amor nada está garantizado. Así que sí, estoy dispuesta a poner todo de mi parte y siento que su hijo hará lo mismo. Si no lo creyera, Michael, ahora mismo no estaría aquí, se lo aseguro.

Volví a llevarme el vaso de agua a la boca. Él me miró y asintió con la cabeza. Dio un trago a su copa de vino antes de contestarme.

—Veo que tienes las cosas claras, Elena, y eso me gusta, así que os deseo lo mejor, *the best* —dijo como si nos estuviera dando su bendición.

Entonces, no supe cómo ni de dónde me brotaron las palabras más claras y sinceras que había dicho en toda mi vida:

—Pero con esto, Michael —me puse un mechón suelto tras la oreja —, tampoco le prometo que me vaya a casar con su hijo. No sé si pasaremos el resto de la vida juntos, así que todavía no piense en boda, por favor.

Intenté dibujar mi sonrisa más dulce. Deseaba no haber sonado demasiado tajante, pero quería que le quedaran claras mis ideas. Michael me sorprendió con una gran carcajada, de esas que salen directas del estómago sin contención. Fue tan estridente que consiguió que Erik, que estaba atendiendo a los clientes de una mesa cercana, nos mirara con curiosidad.

—No, Elena, *of course*[35]. Nada de boda... *for the moment*[36] —decía sin dejar de reír y con las manos levantadas como si se estuviera defendiendo de un ataque.

Hugo volvió a sonreír y yo sentí que la tranquilidad se apoderaba de mí. Habíamos conseguido romper la tensión del momento y las cosas quedaban bastante claras.

Unas copas en la terraza pusieron el punto final a la velada de Navidad. Navidad... Qué día tan extraño habíamos pasado: en la playa, con una «no familia» que nos había hecho sentir como en casa. Fui consciente de que llevaba alguna copa de más cuando no paraba de reír ante cualquier tontería que decía Michael, así que pedí a Hugo que diéramos un paseo para despejarme y evitar perder las formas en las cómodas butacas en las que nos habíamos instalado. Necesitaba aire fresco, así que Michael se despidió de nosotros y Hugo y yo

paseamos por el recinto. Me quité las sandalias para caminar descalza, necesitaba sentir la hierba fresca bajo los pies.

—Elena, te confieso que lo he pasado bien. No esperaba una Navidad tan diferente, pero me alegro de haber venido. Siento mucho lo que te dije en casa...

—No quiero volver a hablar de eso —le interrumpí.

Me había agarrado a su brazo y lo apreté fuerte.

—No, Elena. —Dejó de caminar y me obligó a mirarlo a los ojos—. Quiero decirte que he cambiado de opinión. He podido conocer algo más a Erik, y sabes que he venido contigo para eso. He visto que es cierto que no quiere aprovecharse de ti, veo en su mirada que le importas, y mucho.

Sonreí.

—Además… —quiso continuar—. Hemos conocido a su padre y eso debe de significar algo, ¿no?

Pensé que Hugo no cambiaría nunca, que siempre sería protector conmigo.

Se lo agradecí y volvimos a caminar.

—Sé cuidarme sola, te lo aseguro —dije—. Pero te agradezco que te preocupes tanto por mí, en serio. Creo que lo que me acabas de decir es el mejor regalo de Navidad que me podías hacer. —Lo miré de lado con una gran sonrisa.

—¿Regalo de Navidad? —dijo con sorpresa—. Me había olvidado por completo. Espera aquí.

Salió corriendo hacia su habitación y me dejó plantada con las sandalias en la mano en medio del camino que llevaba a la playa. Hugo era muy protector conmigo, pero también algo despistado. Mientras pensaba, me di cuenta de que estaba bastante más perjudicada de lo que me había parecido; sola en aquel sendero sentí que todo comenzaba a dar vueltas, así que me recosté en el tronco de una gran palmera y cerré los ojos. Por suerte para mí, regresó rápido y me agarré de nuevo a su brazo para seguir caminando con el objetivo de volver a encontrar mi centro. «Maldito alcohol», me dije. Vi que Hugo me tendía un paquete pequeño, rectangular.

—Feliz Navidad, Elena.

Al quitar el envoltorio tenía un pequeño libro entre las manos: *Siddhartha*, de Hermann Hesse. Lo abrí con curiosidad y leí su dedicatoria:

Santo Domingo, dic. 1997.

Un hombre arriesga su vida cada vez que elige y eso mismo lo hace libre.

Elena, para tu elección y tu libertad en el camino pedregoso de la vida, Siddhartha te mostrará la lección más difícil de todas: pese a todo, vivir.

¡VIVIR! Para que Siddhartha te muestre cómo encontrar la belleza en cada momento de la vida, cómo ser feliz en este momento (que es toda la vida), pese a las dificultades y a todo lo que has arriesgado en la lejanía.

Con cariño.

Sé feliz.

Hugo

Sentí resbalar por las mejillas unas breves lágrimas emocionadas. En tan solo seis meses, Hugo me conocía mejor que Víctor en cuatro años. Había conseguido volcar todo su cariño en unas palabras que me llegaron directas al corazón. Cerré el libro con delicadeza y le di un beso en la mejilla, un beso que guardaba todo el amor y la amistad que sentía por él.

Me limpié las lágrimas con la mano y le dije que también tenía un regalo para él, así que caminamos hasta mi habitación, donde le di un sobre que llevaba guardado en la maleta.

—En realidad es un regalo para nosotros. No sé si te va a gustar, pero es algo que quiero compartir contigo —dije.

Hugo me miró con una medio sonrisa mientras lo habría y sacaba dos entradas para el concierto que Maná daría en la capital en enero.

—Ya sé que no son muy de tu estilo...

—Me gusta mucho, Elena. Total, ya has hecho que me aprenda sus canciones con la matraca que me das en casa —dijo revolviéndome el pelo como si fuera una niña pequeña—, y verlos en directo será genial. ¡Feliz Navidad, Elena!

—¡Feliz Navidad, Hugo! —contesté con una gran sonrisa.

Nos abrazamos fuerte, como dos hermanos que se querían tanto que no necesitaban decirse nada con palabras. Justo llegaba Erik cuando Hugo se despedía de mí:

—Buenas noches, Elena. Nos vemos mañana en el desayuno.

Se alejó con las entradas en la mano y se paró a hablar con Erik

cuando se cruzaron. Este le sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté intrigada.

—Cosas nuestras —dijo travieso.

Me agarró por la cintura y me levantó dándome un par de vueltas en el aire mientras reía.

—Ahora ya soy todo tuyo, amor. —Me besó—. ¿Qué quieres que hagamos?

—De momento, dejar de dar vueltas, por favor —dije soltando un bufido tras el mareo—. O vas a recoger piña colada por todo el jardín.

Soltó una gran carcajada.

Era cierto que mi ocurrencia había sido graciosa, pero pensé que tampoco era para tanto.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —pregunté intrigada.

—¿Tú sabes lo que es *coger*?

Mi cara era de desconcierto total. No entendía a qué venía su pregunta.

—¿Coger? Pues claro, es como agarrar —dije con una ceja levantada.

—Eso será en tu país, amor. Aquí significa algo muuuuyyyy diferente. —No paraba de reír y yo seguía sin entender nada—. *Coger,* para nosotros, es como para vosotros follar, así que imagina cuando además dices *recoger*.

No pude evitar sonrojarme al comprender las incongruencias dialécticas de hablar un mismo idioma con significados tan diferentes. Obvié pensar en cuántas veces había podido decir *coger* y *recoger* en el medio año que llevaba en el país, pero seguro que me sonrojé todavía más mientras me sumaba a sus carcajadas.

—Lo tendré en cuenta, gracias —intenté decir con cierta ironía sin parar de reír.

—*Okey*. Y ahora, ¿qué quieres que hagamos? Aunque lo de *coger* no suena nada mal… —Me sacó la lengua.

No sabía si se estaba burlando de mí o lo decía en serio.

—Sorpréndeme. —Coqueteé sin ningún disimulo, no hacía falta.

Me dio un beso en la frente y me agarró de la mano para llevarme hasta la playa.

—¡Sorpresa! Ahora sí nos vamos a bañar tú y yo en este maravilloso mar —decía mientras me miraba sonriendo.

—No sé… —dudé—. La última vez que me bañé aquí de noche me mordieron miles de pececillos.

—Lo sé. Te vi salir corriendo del agua y no podía parar de reír.

Justo igual que estaba haciendo en ese momento, sabía que se lo estaba pasando en grande a mi costa.

—¿Me viste? ¡Qué vergüenza! No tenía ni idea… —contesté con apuro mientras sentía la arena fresca bajo los pies.

—Te vi caminar hacia la cala y estuve un rato vigilando, por si acaso. A veces, hay clientes que beben demasiado por la noche y piensan que un baño en el mar es una buena idea para pasar la borrachera. Más de una vez hemos tenido que sacar a alguien del agua —me explicó—. Cuando te vi salir corriendo, me hizo mucha gracia, pero me di cuenta de que estabas bien, así que regresé al salón. —Me puso un mechón de pelo tras la oreja y me besó—. Ahora ven conmigo al agua, verás que no te pasa nada.

Me besó de nuevo y comenzó a desabrocharme el vestido. Tenía una cremallera en la espalda que bajó con diligencia y lo dejó encima de las hamacas, que esperaban apiladas al día siguiente. Acerqué las manos a su camisa para desabotonarla y se la quité mientras seguíamos besándonos. También desabroché sus pantalones, que acabaron junto a mi vestido después de que él sacara un condón del bolsillo trasero.

—Si ahora me viera algún cliente del hotel, perdería toda mi credibilidad como propietario del negocio —dijo con la respiración acelerada. Llevaba mi pelo hacia atrás con las manos para besarme el cuello—. No me vas a creer, Elena, pero nunca he hecho esto aquí —confesó mirándome a los ojos.

Qué ojos tan maravillosos tenía, de un azul claro intenso, profundo, redondos y con grandes pestañas negras que los enmarcaban solo para acentuar su color y la sinceridad de su mirada. Nos desnudamos y fuimos al agua sin soltarnos las manos. Ese baño fue muy diferente del que habíamos tenido por la tarde. Nos abrazamos y nos besamos hasta conseguir que nuestros cuerpos encajaran a la perfección, como si hubieran sido creados para unirse. Mis piernas ancladas en su cintura, mis brazos en su cuello y mis manos en su cabeza, acariciando su cabello, su cuello, su rostro casi perfecto. Lo besaba como si aquella fuera la última noche del mundo, o la primera quizás, como si no hubiera nadie más en la Tierra, como si fuéramos el centro del universo. Erik respondía con ansia a mis besos, a mis caricias y buscaba el tacto de mi piel. Su boca recorría mi cuello salado, sus manos apretaban mis pechos, rozaban mis pezones y bajaban hasta

mis nalgas. Nos movíamos al compás mecidos por el suave oleaje, sabiendo con exactitud cómo debíamos hacerlo para darnos más placer. Recordé el *cocomordan* que me había explicado Carmena unos días antes y apreté mis músculos internos con fuerza provocando que Erik jadeara con intensidad. «Elena, Elena…», repetía mi nombre mientras yo pensaba en lo feliz que lo estaba haciendo. En ese momento éramos uno bajo las estrellas de una noche sin luna, con un mar en calma que nos recibía como amantes insaciables. Llegamos al clímax, primero él, después yo, y no podía dejar de besarlo, de abrazarlo, de sentirlo dentro de mí. Y entonces me di cuenta de que no había notado ningún pez sobre mi piel. Solo le había sentido a él de la forma más intensa posible.

Salimos del agua y cogimos —perdón—, agarramos la ropa para ir a su habitación.

—Antes tenemos que pasar por la mía a por tu regalo de Navidad —hablé con voz mimosa intentando dar un aire enigmático a la sorpresa que tenía preparada —. Y un par de toallas, que no podemos pasearnos desnudos por el hotel —dije entre risas.

Una vez estuvimos en su habitación, le pedí un minuto a solas en el baño. Necesitaba una ducha rápida para quitarme la sal, la arena y ponerme la lencería que me había regalado Carmena.

Me silbó al verme salir.

—Estás increíble —añadió después.

Algo coqueta di una vuelta como si llevara puesta una falda de vuelo en vez de un diminuto tanga.

—Este es tu regalo de Navidad, ¿te gusta?

—¿Que si me gusta? Creo que es el mejor regalo que me han hecho nunca. —dijo y después golpeó con suavidad la cama señalándola —.Ven aquí

Para ser sincera, el regalo duró poco en su sitio. Con lentitud me fue rozando con la yema de los dedos hasta conseguir erizar todo el bello de mi piel. Con la boca iba recorriendo mi cuerpo, comenzando por las manos, siguiendo por los brazos, los hombros y el cuello sin olvidar el lóbulo de la oreja. Llegó a mi boca y estuvo un rato recorriendo mis labios, descubriendo mis dientes con su lengua, rozando mi lengua y dejándome con ganas de más. Después hizo el camino inverso, bajando por mis clavículas hasta llegar a mis pechos, alternando uno y otro hasta hacer que mi cuerpo se doblara de placer ansiando más. «Todavía no, amor», me decía. Seguía recorriendo mi

cuerpo. Ahora era el turno del ombligo y de seguir el descenso hasta llegar a la cara interna de mis piernas y yo, devorada por el deseo, ansiaba que llegara de una vez al punto exacto de destino… Pero no. Siguió besando mis piernas, recorriéndolas con los labios y la lengua hasta alcanzar mis pies y besar cada uno de mis dedos. No sabía que se podía llegar a sentir tanto placer en aquel lugar. Mi cuerpo seguía contorsionándose, pidiendo más, rogando un final rápido, inmediato. Necesitaba más y lo necesitaba ¡ya! Así que me incorporé y le agarré la cabeza para que subiera hasta unir de nuevo nuestros labios. «Te necesito dentro», le pedí. Y lo hizo después de ponerse un condón que tenía en el cajón de la mesita de noche. Empujó con suavidad mientras me miraba y retiraba el cabello de mi cara. «Despacio, Elena, tenemos toda la noche», me decía. Pero yo no lo escuchaba. Solo quería sentirlo dentro de mí. Me movía al ritmo de sus caderas para respirar cada uno de los poros de su piel. Lo abrazaba, lo besaba y hasta le clavaba las uñas para que empujara más fuerte, pero se lo tomó con calma, con mucha calma. Mi cuerpo se retorcía pidiendo más y, cuando sintió que era el momento, lo hizo. Llegamos juntos al éxtasis entre jadeos, con mis manos apresándolo y gritando su nombre. No recordaba haber tenido antes esa sensación de plenitud, felicidad, vacío y agotamiento todo a la vez. Nos quedamos dormidos mientras su regalo de Navidad permanecía tirado en el suelo de la habitación.

---

20 Es muy guapa (en inglés).
21 ¿Sabéis? (En inglés).
22 Creo (en inglés).
23 Mi pequeña niña (en inglés).
24 Estoy enamorado (en inglés).
25 ¿Verdad, hijo? (En inglés).
26 Es cierto, papá (en inglés).
27 Día a día, paso a paso (en inglés).
28 *Crazy*: loco (en inglés).
29 Adolescente (en inglés).
30 Es muy inteligente (en inglés).
31 Bien (en inglés).
32 Y eso (en inglés).
33 Sé cuidadosa, por favor (en inglés).
34 Por favor (del inglés).
35 Desde luego (en inglés).
36 Por ahora (en inglés).

20
¿*TQM?*

Samaná, diciembre 1997

Me despertó una suave luz que se filtraba por las cortinas opacas y que iluminaba de manera tenue la habitación. Erik no estaba a mi lado. En su lugar, había una nota sobre la almohada: «Estás muy bella cuando duermes. Te veo en el desayuno. *TQM*».

¿*TQM*? ¿Qué era *TQM*? Demasiado complicado para pensar recién levantada, sin saber la hora y sin café. Por las mañanas no era persona hasta tener el café circulando por mi organismo y lo cierto era que prefería que nadie me hablase hasta entonces, porque era capaz de transformarme en Elena, la bárbara —como Conan—, o la destructora, o la odiosa… Vamos, que podía llegar a ser híper-mega-súper repelente y estúpida hasta que me despertaba del todo. Aunque estaba convencida de que, si tuviera a Erik a mi lado en ese momento, seguro que sería dulce y cariñosa. *Ummmm*… Me abracé a la almohada, que todavía conservaba su olor, y permanecí remoloneando unos minutos más hasta que supe que era el momento de la ducha. Pensé que, si era tarde, ya llegaba tarde, y si era temprano, pues tenía tiempo de sobra. Ya averiguaría después qué era *TQM*.

Erik tenía un champú de olor cítrico que me transportó directa a la infancia, al momento exacto en el que mi abuela me daba naranja con azúcar espolvoreada para merendar, debía de tener unos cinco años… Hacía tanto de aquello que me parecía mentira haber llegado hasta ese momento bajo el agua.

Me puse un vestido ligero de tirantes que había cogido la noche anterior de mi habitación, me dejé el cabello suelto para que se secara al aire y aproveché para echar un ojo a la habitación. Era más espaciosa que la de los clientes y tenía un pequeño salón adosado a modo de despacho, con un sofá de tres plazas y una mesa redonda de

centro en la que descansaba un ordenador portátil. En el resto de la habitación había pocos muebles: una gran cama *king sice* con las sábanas muy revueltas que aproveché para estirar; una mesita de madera clara a la derecha y, sobre ella, una sencilla lámpara con base de mimbre y una bombilla grande, sin pantalla; un libro de Stephen King a medio leer y un pequeño reproductor de música. Accioné el *play* y la habitación se inundó del suave sonido de la guitarra y la voz melódica de Elvis Presley en *Love me tender* que me quedé escuchando maravillada. Estaba encantada de que no fuera merengue ni bachata y comencé a danzar descalza por la habitación hasta acercarme al armario de cuatro puertas que quedaba a la izquierda. A su lado, apoyada en la pared, una gran tabla de surf blanca con finas líneas azules. La acaricié con suavidad sabiendo que ahí había estado él, intentando encontrar su rastro en los surcos que la teñían de historias vividas en el mar. Me atreví a abrir el armario, aun sabiendo que me estaba pasando, pero era una gran oportunidad que no podía desaprovechar y mi curiosidad, totalmente lícita, estaba deseando descubrir grandes secretos ocultos. Para mi sorpresa, encontré una completísima colección de películas clásicas en blanco y negro y en versión original, entre las que destacaba toda la filmografía de Alfred Hitchcock. El resto de las puertas guardaban ropa bien doblada o colgada en perchas ordenada por colores. ¡*Yeah*! Era cierto lo que decía su padre: Erik era organizado y me encantaba.

Y poco más. En la habitación también había un televisor colgado en la pared frente a la cama, cerca de la puerta corredera que daba acceso a un baño amplio y luminoso de azulejos claros con bañera y ducha. Un gran ventanal al fondo de la habitación con vistas a la parte trasera y, a su lado, sobre una pequeña repisa… un horrible y asqueroso terrario con una horrible y asquerosa serpiente marrón con manchas negras que me miraba desde la distancia como si fuera una intrusa en su mundo. ¡¿Qué maldita obsesión tenían las serpientes conmigo que desde que llegué no paraba de encontrármelas?!

Paré la música, cogí mis cosas y salí disparada por la puerta sin volver la vista.

Después de pasar por mi habitación, llegué al salón y vi a Erik charlando con una pareja joven de recién casados, lo intuí por la forma en que se agarraban de las manos. Sin poder controlarlo, mi cuerpo se estremeció al recordar la suavidad de las caricias de Erik sobre mi piel. «Respira, Elena. Respira y serénate», sonreí para

tranquilizarme mientras un millar de mariposas me alborotaban el estómago. Al verme, sonrió de oreja a oreja y mantuvimos las miradas unos segundos hablándonos sin necesidad de palabras hasta que volvieron a decirle algo y se rompió el contacto. Aproveché para buscar a Hugo y lo descubrí en una de las mesas del fondo.

—Buenos días, dormilona. —Mi amigo me recibió con una sonrisa —. Veo que has dormido bien.

—Buenos días. Tengo hambre. ¿Qué hay para desayunar?

—Lo que quieras: fruta, tostadas, beicon, huevos, leche, café, Erik… —bromeó.

—¿Qué? —Seguía medio asustada pensando en la maldita serpiente y me costó entender su broma.

—Erik. Lo tienes ahí. Si pudiera, te desayunaría entera. No puede dejar de mirarte.

El caso era que tenía razón, no apartaba su mirada de mí. Me levanté y le hice un leve gesto con la cabeza para que se acercara al bufé mientras me servía algo de fruta, tostadas y un gran café con leche bien cargado que me acabara de despertar. Me dio un beso en la cabeza en cuanto estuvo a mi lado.

—Buenos días, bella durmiente.

No podía dejar de sonreírle.

—Buenos días. Tengo dos preguntas.

—Vaya, espero que sean fáciles —rio—. Dispara.

—Una: ¿Qué es *TQM*?

—Si no lo sabes, ya lo descubrirás —contestó dejándome con la intriga mientras me ponía un mechón de cabello húmedo tras la oreja —. ¿Y dos?

—¿Dos? ¿Quién es esa amiga que tienes en la habitación?

Soltó una carcajada.

—Es Bazil.

—La próxima vez, avísame, por favor. Me dan pavor esos bichos.

—¡Oh! Lo siento. Anoche no me acordé de ella, tenía la cabeza en otro sitio. —Me sacó la lengua—. Pero no te preocupes, saldrá de la habitación para que estés tranquila.

—Pues te lo agradezco, de verdad. —Sentí cómo mi cuerpo se relajaba de golpe—. No te imaginas el miedo que me dan esos malditos bichos, no puedo estar cerca de ellos. Es algo que me supera.

Puse un par de fresas en mi plato junto a la rodaja de melón que acababa de coger con las pinzas.

—Sin problema, Bazil se alojará en otro lugar. Entendido.

Y me volvió a besar en la coronilla como si fuera una niña de tres años.

—Y por curiosidad, ¿se puede saber qué come esa bestia?

—Ratones, *of course*. Los guardo en el congelador de la cocina con el resto de la carne que servimos —su tono era de lo más normal.

Casi se me saltan los ojos de las órbitas y el plato que tenía entre las manos estuvo a punto de aterrizar en el suelo, aunque, por fortuna, Erik era de reflejos rápidos y lo alcanzó al vuelo. Mi cara se había descompuesto ante el asco que me habían producido sus palabras.

—No puedo contigo, Elena. ¡Te lo crees todo! —No paraba de reír —. Es broma. ¿Cómo los voy a tener con la comida? No estoy tan loco.

Se lo pasaba genial tomándome el pelo y a mí me gustaba que mostrara tanta confianza conmigo.

—Me los traen de Samaná una vez a la semana. Bazil no come demasiado —seguía explicándome entre risas.

Me devolvió el plato y me abrazó para tranquilizarme. Me dijo que me había puesto más blanca que el papel y le contesté que, aunque le creía, no iba a desayunar nada de carne: ni salchichas, ni beicon, ni chorizos. Me dejó ante el bufé de fruta mientras él se alejaba hacia la cocina muerto de risa.

Regresó cuando estábamos acabando, para explicarnos que, tras el desayuno, salían muchos huéspedes del hotel por lo que tendría más tiempo para estar con nosotros y había preparado una excursión. Poco más de una hora después íbamos en *jeep* por un camino sin asfaltar lleno de socavones que Erik intentaba esquivar con maestría. Nuestro destino era un rancho situado a las afueras del pueblo de El Limón, donde un amigo suyo nos iba a prestar tres caballos para una larga, calurosa y sorprendente excursión a través del bosque tropical de la península de Samaná.

Mientras íbamos a caballo, agradecí la sombra que nos proporcionaban los inmensos árboles para resguardarnos del sol abrasador del mediodía. Aunque poco podían hacer ante la humedad del ambiente, que se pegaba sin piedad en la piel haciéndonos sudar sin consideración. Suerte —o no— que Erik nos había pedido que lleváramos vaqueros largos como forma de protegernos de los animales y de su propio sudor, aunque personalmente estaba comenzando a odiar los pantalones que llevaba puestos y que se estaban disolviendo sobre mis piernas. Sin embargo, a pesar del calor,

la humedad sofocante que nos hizo beber casi dos litros de agua en menos de una hora, y los odiosos mosquitos que habían decidido acompañarnos, el paseo era bastante agradable, sin prisas. Erik nos explicaba historias de la zona y de sus antiguos pobladores, algo que interesaba de forma especial a Hugo, que no hacía más que preguntarle por tradiciones y creencias taínas que no dejaban de sorprenderme.

—Cuando llegaron los españoles, se quedaron sorprendidos por la pelota que utilizaban los taínos para el *batú*, porque era la primera vez que veían una pelota que rebotaba, algo que desconocían en toda Europa.

—¿En serio? —dijo Hugo.

—Aquí utilizaban una mezcla de goma, hoja y resinas que permitía que la bola rebotara. De hecho, el *batú* consistía en evitar que la pelota cayera al suelo utilizando cualquier parte del cuerpo, excepto las manos, para conseguirlo. Dos equipos de hasta treinta jugadores, hombres y mujeres. —Sonrió—. Debía de ser tremendo.

Seguíamos el camino y nos cruzábamos con turistas que regresaban de algún lugar en el que, afortunadamente había agua porque estaban empapados, así que pensé que el destino de la excursión sería una de las maravillosas playas de la zona. Escuché con atención la conversación de una familia que pasaba a nuestro lado y que consiguió dejarme intrigada. La niña pequeña, rubia con una larga trenza a la espalda, le decía a su madre que lo había pasado genial en la piscina. ¿Era posible que fuéramos de camino a una piscina en medio de la selva?

Los caballos alzaron las orejas atentos a un sonido que nosotros todavía no escuchábamos, pero que llegó pocos minutos después. Erik me miró sonriendo, atento a mi reacción.

—¿Qué es ese ruido? —le pregunté.

Poco a poco se hacía más intenso, llegando a ser ensordecedor, aunque los caballos seguían a paso tranquilo esquivando grandes rocas y arbustos entre las interminables plantaciones de café y cacao hasta llegar a un espacio que se abrió ante nosotros con una enorme cascada de casi cincuenta metros de altura que caía de forma salvaje creando una piscina natural y refrescando el ambiente. Hugo se ajustó las gafas con el índice en un gesto muy suyo, de concentración total en lo que estaba viendo, como si intentara grabar en su mente cada imagen, cada sonido, cada aroma, mientras yo miraba a Erik, que sonreía ante

nuestras caras de sorpresa.

Los dominicanos habían bautizado la Cascada de El Limón como «la cascada más bonita de la isla». Y creí que tenían razón. Varias columnas de agua caían por una enorme pared llena de helechos como si resbalaran por allí sin querer hacerlo. A pesar de la fuerza del sonido del agua, era tan apetecible que la misma cascada nos estaba invitando a tomar un baño regenerador de agua dulce. Aquella era otra sorpresa más de un país maravilloso que no dejaba de asombrarme.

—Y ahora, la recompensa —dijo Erik muy animado—. ¿Os apetece un baño?

No hacía falta contestar. Dejamos los caballos a la sombra en un espacio habilitado con agua para ellos y me quité la ropa hasta quedarme en biquini sin pensar en nada más que en el agua fresca que había a escasos metros. Salí disparada sin esperar a nadie, no iba a aguantar ni un segundo más de calor innecesario.

El agua estaba helada, pero soporté estoicamente el contraste de temperatura y me zambullí por completo. Emergí cual sirena de película, con la melena hacia atrás dejando resbalar las gotas por mi espalda y sintiéndome renacer después de la larga travesía a caballo. Me giré y los vi observándome desde la orilla, con el agua a la altura de los tobillos. Erik tenía las manos al lado de la boca a modo de altavoz y me gritaba que no me acercara a la pared de roca ya que el agua caía con muchísima fuerza. Reí al ver que tenía a dos guardianes velando por mí sin que ninguno de los dos supiera que no los necesitaba. Me sentía feliz, libre y llena de energía. El Salto de El Limón me estaba dando vida.

A ellos les costó entrar al agua. En realidad, Hugo se lo pensó más que Erik, pero al final se lanzaron y estuvimos nadando hasta que escuché que alguien decía que había visto una serpiente cerca de las rocas y salí disparada mientras oía sus carcajadas.

—Sí, las odio, ¿qué pasa? ¿Acaso habéis visto algún *cachorrito* de serpiente mono y mimoso? No, ni uno, *of course*. Porque esos bichos no son mascotas, son animales del demonio traídos a la tierra para exterminarnos —hablé con los brazos en jarras intentando mantener una actitud digna mientras los dos se morían de risa dentro del agua, aunque no pude evitar sumarme a sus carcajadas.

Después de secarnos y disfrutar un rato al sol bajo el sonido revitalizante del agua, regresamos al rancho y comimos en el pueblo

unos sándwiches riquísimos de jamón y queso, que nos supieron a gloria antes de volver al hotel. Acabamos el día cenando bajo las estrellas en un picnic improvisado para dos que Erik preparó en la playa mientras Hugo hacía rato que había desaparecido inventando una excusa difícil de creer: dolor de cabeza por insolación durante la excursión.

Fue un fin de semana maravilloso que nos permitió conocernos mejor y descubrir que nos entendíamos, que encajábamos a la perfección, que nos reíamos juntos y que lo que sentíamos iba subiendo de nivel a pasos agigantados. Lo cierto es que no regresé a mi habitación en los siguientes dos días, aunque también contribuyó descubrir que Erik había cumplido su palabra y Bazil había sido exiliada de su guarida, así que esa batalla la había ganado yo: Elena, uno – Bazil, cero.

El domingo llegó antes de que quisiera darme cuenta y regresábamos a casa después de cuatro días increíbles de desconexión navideña. Erik se ofreció a llevarnos a la capital con la excusa de visitar a su madre y a su hermana, aunque yo sabía que pretendía alargar el momento de la despedida. En cuanto llegamos a la puerta del apartamento, Hugo desapareció con nuestras mochilas y nosotros nos quedamos en el coche sin querer decirnos adiós.

—Erik... Esto va en serio, ¿verdad? Siento que sí, pero necesito que me lo digas.

Estábamos sentados dentro del coche y lo miraba con intensidad para perderme en sus preciosos ojos.

—Pues claro, Elena, muy en serio. —Me colocó un mechón de pelo tras la oreja. Mi vello se erizaba cada vez que hacía eso—. Me gustaría pasar todo el tiempo del mundo contigo. Quiero que nos conozcamos mejor. Me lo paso muy bien cuando estamos juntos, nos entendemos, me haces reír y me gusta. Me gustas mucho…

Se acercó a besarme.

—Es algo físico... —dije sin separar los labios de los suyos.

—No. No es solo físico. —Se apartó un poco para mirarme serio —.Aunque no te voy a negar que cada vez que te veo solo pienso en tenerte desnuda entre mis brazos, acariciarte, besarte. Pero hay algo más, algo que hacía mucho que no sentía. —Me agarró las manos—. Has conseguido despertar algo que estaba dormido y ahora no puedo ni imaginar no tenerte a mi lado. Quiero seguir descubriendo la vida contigo, amor. Y los días que vamos a estar separados se me van a

hacer eternos.

Puso las manos en mis mejillas y se acercó para despedirse con el mejor beso que jamás alguien me había dado en un coche. Un beso que sellaba la mayor evidencia del mundo: acabábamos de poner nuestras vidas patas arriba.

21
Revivir

En algún lugar sobre el océano Atlántico, enero 2018

Regreso de mis recuerdos y me sorprendo al sentir que tengo los dedos sobre los labios acariciándolos con suavidad, como si pudieran devolverme el sabor de aquel beso que me marcó para siempre. Cierro los ojos y me pierdo durante un segundo en la sensación, intentando atesorarla.

Entonces noto tu mano rozándome la mejilla y regreso del pasado. Al mirarte veo la sonrisa traviesa que tanto conozco dibujada en tu rostro y te sonrío con complicidad. Sé que algo te ronda la cabeza.

—¿Alguna vez soñaste con pasar unas navidades tan diferentes? —preguntas.

—La verdad es que no. Vivir en Santo Domingo fue una oportunidad inesperada que llegó a mi vida de repente, sin darme tiempo a planificarla ni a pensar en nada, y lo que menos imaginé es que en diciembre estaría en la playa.

Reímos a la vez. Sé que intentas alejarme por momentos de los recuerdos, pero te tranquilizo:

—No te preocupes, estoy bien. Me doy cuenta de que necesitaba revivir todo aquello. Ahora que he comenzado, no voy a parar…

22
Bettany

Santo Domingo, enero 1998

Había días en los que cargábamos el peso del mundo sobre nuestras espaldas. Sin saber qué había pasado o cómo, soportábamos una mochila que íbamos llenando con nuestros problemas y con los que no nos pertenecían. Quizás nos habían enseñado desde pequeños que el peso compartido era más soportable, pero nunca nos explicaron que era mejor no cargar con lo que no era nuestro. En ocasiones, con muchísima suerte, encontrabas en el camino a personas que te enseñaban a descargarte de los problemas ajenos y te convencían de que tenías suficiente con los propios, aunque siempre podías ayudar a otros a soportar los suyos. Sin embargo, para hacerlo, había que ser muy consciente de que sus obligaciones y sus responsabilidades no nos pertenecían, sino que eran suyas. Así que lo mejor era aprender a acompañar y dejarnos acompañar. De esa forma seríamos capaces de pedir ayuda cuando la necesitáramos. Aunque también existían momentos en los que la ayuda llamaba a nuestra puerta sin que la hubiéramos pedido… Y eso fue justo lo que le pasó a Hugo.

Era el día de Reyes y en República Dominicana no se celebraba, lo que nos dejó descolocados a los dos. La tradición de los Reyes Magos era una de las más arraigadas en España, el día en que todos los niños recibían regalos y, además, era festivo. Pero allí no entendían que celebráramos ese día después de haber pasado la Navidad, que era cuando en realidad se repartían los regalos. Así que Hugo y yo estábamos trabajando en un día que siempre, desde que habíamos nacido, había sido fiesta. Teníamos un sentimiento contradictorio y algo triste por perder la alegría de ese día, la inocencia de la infancia. Aunque lo peor fue que, en realidad, tampoco pasamos el día juntos. A mi amigo le habían encargado un reportaje que lo tuvo fuera hasta

última hora de la tarde. Llegó a casa agotado, de mal humor y triste mientras yo preparaba una cena rápida. No quiso hablar y se dejó caer rendido en el sofá con los ojos cerrados, se quitó las gafas y se frotó el tabique nasal intentando descargar la tensión acumulada. Lo había visto pocas veces así, pero sabía que lo mejor era dejarlo descansar y no insistir.

Me dijo que no quería cenar, pero le acerqué algo de fruta y consiguió dibujar una leve sonrisa de agradecimiento. Después se encerró en su habitación y yo dejé los platos en la fregadera sin limpiar para no hacer ruido. Al levantarme al día siguiente, él había recogido la cocina, tenía el desayuno preparado y estaba de mejor humor. Era el momento de hablar.

Me explicó que le habían encargado un reportaje sobre los presos de la cárcel La Victoria y sus condiciones de vida. Había pasado el día hablando con jóvenes de unos veinte años que estaban allí por hurtos menores. Decía que estaba indignado con el sistema, con la sociedad y con la falta de oportunidades de los dominicanos más vulnerables que se veían arrastrados a una vida de miseria, que solo encontraban alguna salida en los pequeños delitos, esos que se castigaban con mayor dureza que los cometidos por personas ricas, influyentes y poderosas. Hugo estaba dispuesto a hacer un verdadero reportaje de denuncia social, de esos que removían conciencias. Pretendía aportar su grano de arena para intentar cambiar el sistema.

—Elena, no he conocido a ninguna mala persona, te lo prometo.

Sentados en la mesa, él untaba su tostada con mantequilla mientras yo me llevaba mi taza de café con leche a la boca. Lo escuchaba con atención:

—Solo son jóvenes que no han tenido ninguna oportunidad en la vida y que lo que necesitan es educación, un sistema educativo que funcione de verdad y que les dé a todos las mismas oportunidades. Deberían tener posibilidades de formación desde pequeños, no es justo que sus vidas estén marcadas desde el nacimiento por su posición social, por su falta de dinero o por no tener recursos —decía indignado mientras apretaba con fuerza el cuchillo de la mantequilla —. Tengo que hacer todo lo que pueda por ellos. Sé que no voy a sacarlos de allí, pero hay que intentar que otros tengan las oportunidades que ellos no han tenido. —Levantó la mirada hacia mí —. Si hubieras visto lo que vi ayer: hacinados, derrotados, sucios y hambrientos; hambrientos de comida y de oportunidades, Elena.

Soltó la tostada en el plato y supe que no la iba a probar.

—Son seres que se creen inservibles —continuó—. Y no lo son. Allí dentro hay personas muy inteligentes que podrían reconducir sus vidas si tuvieran una oportunidad, por muy pequeña que fuera.

Se lanzó a remover su café de forma inconsciente sin darse cuenta de que no le había puesto azúcar. Hugo quería cambiar el mundo, era un idealista convencido de que podía hacerlo. A mí me parecía mucho más difícil, pero sabía que su compromiso y sus valores le daban fuerza y podría conseguir alguna cosa, aunque quizás no todo lo que deseaba cambiar. Estaba segura de que llamaría a todas las puertas que estuvieran a su alcance hasta agotar las opciones, hasta caer derrotado o hasta conseguir resultados. Habría apostado mis escasos ahorros a la tercera opción sabiendo que ganaría.

Los días que siguieron a nuestra charla fueron de trabajo muy intenso para él. Pasaba horas y horas escribiendo sin dejarse ningún detalle de todo lo que había visto en la prisión y consiguió que le dieran permiso para regresar más veces a La Victoria y profundizar en las historias de los muchachos que había conocido. Fue tal su implicación y el impacto del primer reportaje que consiguió la portada y las páginas centrales de *Aquí y Ahora* y transformó aquellas historias en una sección fija mensual. Su nombre comenzaba a sonar en el mundo periodístico del país, empezaban a fijarse en él, en su forma de escribir y, lo más importante, estaba removiendo conciencias en círculos importantes.

—Voy a ir los sábados a darles clase —me dijo un día mientras cenábamos en casa—. Tienen que aprender bien a leer y escribir para que comiencen a tener confianza en sí mismos como personas capaces y merecedoras de oportunidades y dejen de verse como delincuentes.

Era evidente que tenía las cosas claras y que había encontrado la forma de dejar su huella en el mundo. Aquellos chicos habían tenido la gran fortuna de dar con él y eran los primeros en poner en valor que alguien se interesara por sus vidas, que confiara en ellos y que les diera una nueva, quizás la primera, oportunidad de su vida, aunque fuera dentro de aquellas paredes malditas.

Lo mejor de todo fue comprobar cómo Hugo cada vez se sentía más satisfecho con los resultados que conseguían, por ver cómo se esforzaban y cómo esperaban ilusionados la llegada de los sábados para seguir aprendiendo, para acrecentar la brizna de esperanza que mi amigo estaba haciendo nacer en ellos, para que soñaran por

primera vez con los ojos abiertos que tenían un futuro que podía ser mejor. Recordé cuando en el aeropuerto, junto a Marisa, esperaba su llegada. Al verlo intuí que era alguien centrado y responsable. Sin embargo, en ese momento también sabía que era alguien orgulloso de su herencia, capaz de luchar con todas sus fuerzas por la igualdad de oportunidades y la justicia social. Una persona que nunca dejaría de sorprenderme y a la que estaba segura que admiraría toda la vida.

Estábamos en el sofá mirando sin ver nada concreto en la televisión, ese aparato que no nos servía para nada pero que alguien creyó que sería «esencial» para nuestras vidas a diferencia de la lavadora —por suerte, tiempo atrás una compañera del trabajo nos había regalado la suya al comprar una nueva. Era vieja, de carga superior y danzaba por el suelo cada vez que centrifugaba, pero yo amaba a aquella lavadora—. Hugo, perdido en el *zapping* que estaba haciendo, me sorprendió con una propuesta que no esperaba:

—Hace meses que estamos solos, Elena. ¿Has pensado en que venga a vivir alguien con nosotros?

Alcé una ceja con curiosidad mientras él seguía pasando los canales.

—No me mires así. Si encontramos un nuevo compañero de piso, podremos volver a dividir los gastos entre tres. No me parece descabellado —dijo.

—No lo es, pero es que no quiero que vuelva a aparecer un Juanra para amargarme la vida, la verdad.

Me miró para corregirme enseguida.

—No todas las personas van a ser como él —dijo—. Igual encontramos a alguien que te encanta y me acabas echando a mí de casa.

Me hizo un guiño y me lanzó el cojín del sofá a la cara.

—No pensarás que Erik va a venir a vivir aquí, ¿no?

Por supuesto Erik era la primera persona que me había venido a la cabeza.

—Pues claro que no. Él vive en el paraíso… No se le ha perdido nada en esta ciudad gris y ruidosa.

Casi lo asesiné con la mirada.

—Vale, vale… —dijo entre risas—. Seguro que estaría encantado de venir a vivir contigo, pero no pensaba en él, precisamente.

—¿Ah, no? ¿Entonces estás pensando en alguien?

—Bettany.

—¿Bettany? —repetí con asombro.

Él asintió con la cabeza.

—Me ha preguntado varias veces por la habitación libre —explicó—. Dice que está buscando algo cerca del trabajo porque cada día tarda más de una hora en llegar desde su casa y además tiene ganas de independizarse. ¿Qué te parece?

—Me cae muy bien y, por supuesto, no tiene nada que ver con Juanra —afirmé y en cuanto lo pensé bien la idea me fascinó—. ¡Me encanta! Otra chica en casa, va a ser la bomba.

Comencé a hacer palmas por la ilusión que me hacía su propuesta y se le descompuso la cara al escucharme y comprender que no había pensado en lo que podía significar para él tanta hormona femenina junta. Bettany era arrolladora, no había otra forma de definirla. Escribía en exclusiva para las revistas femeninas de la editorial y se encargaba de temas jugosos y candentes: rupturas sentimentales, nuevas relaciones, tendencias, sexualidad, empoderamiento femenino y cualquier otro tema que se le pasara por la cabeza. Sabía que sus propuestas siempre eran valoradas por Marisa, ya que era capaz de rociar con picante cualquier texto hasta hacerlo tan atractivo que te obligaba a leerlo hasta el punto final. Tenía una forma de redactar explosiva, exuberante, como ella misma. Sus letras eran como su cuerpo, de curvas en los lugares perfectos, capaz de dejar sin respiración a quién la mirara durante más de dos segundos y provocando que se perdiera en las formas que dibujaban sin disimulo ni rubor sus ajustados vestidos. Utilizaba zapatos de tacones infinitos para estilizar su figura enmarcada en una larga y morena melena, perfectamente alisada. Sin embargo, si había algo en ella que destacaba con voz propia eran sus ojos: castaños, profundos y redondos delineados por pestañas extralargas. Su piel tostada hacía el resto convirtiendo a Bettany en el prototipo ideal de la belleza del país. Además, era un amor de persona, regalaba sonrisas a cada segundo, sus palabras siempre eran amables y sinceras y nunca, jamás, alzaba la voz más de lo necesario. No lo necesitaba porque su dulzura, su musicalidad y su tono meloso conseguían cualquier cosa que se propusiera… Y a quien se propusiera, como averiguaría después.

Desde que Hugo me hizo la propuesta, la observaba más atenta en la redacción intentando buscar puntos débiles o reacciones que me hubieran pasado desapercibidas hasta entonces y que me permitieran intuir si la convivencia podría resultar complicada. Lo que tenía claro

era que no estaba dispuesta a volver a vivir encerrada en la habitación para no encontrarme con ella, como me había pasado con Juanra. Pero era imposible, Bettany era un encanto. Sin embargo, mi observación atenta me permitió apreciar que sonreía de forma especial, diferente y más coqueta a Hugo. Algo de lo que, por supuesto, él no se había percatado para nada: Mi amigo no descubriría las señales femeninas ni aunque se le acercaran a la velocidad de los misiles e impactaran contra su cabeza. Yo veía miradas, caídas de ojos y sonrisas provocativas, pero él nada de nada. Así que sí, estaba preparada para que Bettany entrara en nuestras vidas y arrasara con todo, especialmente con Hugo. Estaba segura de que me iba a divertir. De un día para otro llegó a nuestras vidas un soplo de aire fresco… O, mejor dicho, un increíble torbellino de vientos huracanados. Su alegría era infinita y muy contagiosa. Se pasaba el día riendo, cantando y bailando la música caribeña que tan poco habíamos escuchado en casa hasta ese momento.

Hugo y yo nos mirábamos en el salón presintiendo que nos íbamos a hartar de merengue, salsa y bachata. Y me era imposible dejar de reír al ver las caras de circunstancias de mi amigo, aunque lo cierto era que me lo estaba pasando genial a su costa. Los primeros días me miraba sin entender nada cuando de repente Bettany me levantaba del sofá y comenzaba a bailar conmigo, a darme vueltas, a reír sin dejar de cantar. Después ella intentaba hacer lo mismo con Hugo, pero no lo conseguía. Él se defendía con ambas manos, como si estuviera siendo atacado por una leona. Aunque creo que era exactamente lo que estaba pasando. Pocas veces me había reído tanto como aquellos primeros días de desconcierto de Hugo.

Poco a poco pasaba el tiempo y nos acostumbramos a tener a alguien con tanta energía y vitalidad entre nosotros. En realidad, Hugo no se daba cuenta, pero Bettany se lo iba ganando de forma sigilosa, estando siempre pendiente de él y, al mismo tiempo, despertando y provocando sus instintos más básicos. Acostumbraba a ir por casa bastante ligera de ropa, de forma natural como era ella en realidad, y Hugo alcanzaba el color del tomate maduro cada vez que veía su cuerpo apretado en un mínimo vestido que no dejaba espacio a la imaginación. Intentaba seguir leyendo en el sofá mientras ella iba a la cocina, pero no conseguía disimular cómo la seguía con la mirada. Me divertía mucho verlo así, tan descolocado, tan fuera de lugar en nuestra propia casa, sin saber qué hacer y sin evitar ruborizarse... Él,

que siempre sabía estar y comportarse ante cualquier situación, ahora se encontraba con que le faltaban dedos para colocarse bien las gafas cada vez que la miraba.

Lo cierto era que llegar a casa después del trabajo había dejado de ser una rutina. Íbamos al cine, de compras o a cenar fuera. Bettany nos llevaba a lugares que conocía, como un puesto callejero en el que se hacían los *hot dog* más deliciosos de la capital, o los *chimichurri* más pringosos del malecón, esos que te llenaban las manos de salsa y te obligaban a relamer los dedos con veneración para seguir saboreándolos. Nos enseñó a cocinar comidas tradicionales dominicanas que a nosotros nos gustaban pero que siempre teníamos que comer fuera de casa porque no sabíamos hacerlas: sancocho[37], mangú[38], bandera dominicana[39] y tostones[40]. Hugo y yo nos habíamos hecho fans acérrimos de los tostones, ya que acompañaban a la mayoría de los platos de carne y pescado y sustituían a la perfección a nuestras patatas fritas. La manera en que Bettany cortaba, machacaba y freía el plátano era todo un ritual y ambos la mirábamos embelesados mientras no dejaba de bailar, cantar y provocar a mi amigo con sus profundos ojos oscuros que lo atravesaban hasta transformarlo en un muñeco sin voluntad que dependía por completo de ella. Era un verdadero soplo de aire fresco del que Hugo no iba a salir indemne, tal y como vaticinaba Erik, que me decía entre carcajadas que «más pronto que tarde Hugo acabará en los brazos de esa *mamasita*».

Bettany ya llevaba un mes con nosotros en casa cuanto Erik nos propuso pasar el domingo en La Romana. Sería una salida para descubrir otra zona nueva del país, situada en el sureste de la isla, y diferente a las que habíamos visto hasta entonces. La diferencia la vi en cuanto atravesamos la garita de acceso a Casa de Campo, uno de los espacios más exclusivos, lujosos y ricos de la isla. Había apartamentos de lujo, villas y mansiones rodeadas de interminables campos de golf y playas privadas con servicios exquisitos. Aquellas casas pertenecían a actores y actrices de Hollywood, diseñadores internacionales o músicos de fama mundial. Todas estaban rodeadas de impresionantes medidas de seguridad para preservar su total intimidad y privacidad. Por supuesto, Erik tenía contactos también dentro de aquel paraíso turístico de lujo exorbitante, lo que nos permitió disfrutar de la playa Minitas como si fuéramos Oscar de la Renta, Shakira o Jennifer Lopez, que era como nos sentíamos mientras

caminábamos por su preciosa arena blanca a la vez que admirábamos los yates que fondeaban sobre el agua turquesa. Todo aquello era maravilloso, pero tanto Bettany como Hugo y yo, nos sentíamos fuera de lugar, así que nos tumbamos en la orilla a la sombra de las palmeras para disfrutar sin pensar demasiado en quién teníamos cerca. Aunque intenté identificar a algún famoso entre las personas que había en las exclusivas hamacas con toldos claros que filtraban el sol a nuestra espalda y que estaban permanentemente atendidas por camareros que repartían aperitivos y cócteles entre bellezas de cuerpos perfectos en biquini, camufladas bajo enormes pamelas y gafas de sol oscuras.

—Es un país tan de contrastes que no deja de sorprenderme —dijo Hugo mirando cómo un camarero acercaba una inmensa copa de helado a una joven que tomaba el sol adormilada mientras dos hombres tipo armario la vigilaban a unos metros de distancia—. Hay personas tan hundidas en la miseria que no tienen para alimentar a sus familias mientras que aquí se respira la riqueza más absoluta. Sé que esto pasa en todos los lugares, pero aquí es tan evidente que me duele. —Recostó la cara de lado sobre sus brazos cruzados y siguió hablando casi para sí mismo—. Hay demasiada diferencia entre unos y otros, sin que exista un término medio que lo pueda equilibrar o que permita dar una leve esperanza al que está más abajo. Ayer estaba en la cárcel dando clases a personas que no han tenido ninguna oportunidad en la vida y hoy estoy rodeado de toda esta ostentación. Tanta diferencia no es justa. El mundo no es justo.

Cerró los ojos mientras Bettany, tumbada a su lado, no dejaba de mirarlo con ternura.

—No creo que sea justicia, Hugo —intervino Erik—. A mí tampoco me gusta esta diferencia. Deberían existir las mismas oportunidades para todos, sin que nos marcara el lugar o el momento en el que nacemos, pero también pienso que, en ocasiones, nosotros mismos nos labramos el destino con nuestras acciones, con el esfuerzo o la dejadez que ponemos en el día a día. —Estaba sentado con los brazos rodeando sus rodillas y la mirada perdida en el mar—. Sé que a veces el camino que nos encontramos nos obliga a tomar decisiones erróneas. Y es cierto que aquí las cosas son muy de contrastes, de todo o nada, de blancos y negros sin que existan los tonos grises. Quizás por eso pensamos mucho en disfrutar hoy porque no sabemos lo que ocurrirá mañana. —Se giró hacia mí y me agarró la mano—. Te doy la

razón, Hugo, en que los que tienen mucho lo tienen todo y los que no tienen nada es casi imposible que consigan algo, pero este país es así de difícil —concluyó con mucha resignación, aceptando su sentencia casi como una imposición divina.

Era difícil resignarse ante esa pasividad. Quizás si luchaban contra esa sociedad tan de extremos podrían conseguir que los más vulnerables alcanzaran una vida mejor, más digna, con más recursos. ¿Pero quién era yo para pretender cambiar el mundo?

Por supuesto, Bettany no iba a desaprovechar la ocasión de estar en Casa de Campo y exprimió cada segundo de aquella mañana como si fuera el último día de su vida. Tomamos un almuerzo contundente en uno de los restaurantes situados junto al mar y después fuimos a visitar Altos de Chavón. Allí, Erik volvió a sonreír ante mi cara atónita al descubrir uno de los lugares más mágicos del país. Altos de Chavón era la réplica de un pueblo mediterráneo del siglo XVI, de calles adoquinadas repletas de flores y casas construidas con piedra coralina y terracota que guardaba todo el encanto de las villas medievales italianas. Me sentía como si acabara de llegar al escenario de una película que me ofrecía unas vistas impresionantes del río Chavón, que quedaba a los pies de la montaña sobre la que estaba el pueblo. Agarré con fuerza la mano de Erik y le pedí con la mirada que no me soltara para no despertar de aquel sueño. Recorrimos sus calles en soledad, sintiendo la magia y el romanticismo que desprendía cada piedra que veía. Hugo y Bettany iban por delante, enfrascados en una conversación más prosaica en la que ella le explicaba que aquel lugar se había convertido en una ciudad de artistas y un centro cultural para toda la zona. Le señalaba talleres de artesanía y galerías de arte camufladas en construcciones de dos plantas que parecían viviendas y le detallaba con orgullo el programa de estudios artísticos que se había creado y que permitía aprender desde cerámica a diseño o moda. Y lo hacía rozando con disimulo el hombro de Hugo, agarrando su mano casi por casualidad o pasando su brazo por la cintura para acercarlo mientras le señalaba alguna curiosidad. Sonreí al ver que Bettany era una experta conquistadora.

En la plaza central, como ocurría en los pueblos mediterráneos, había una pequeña iglesia con un rosetón y una portada neoclásica en la fachada principal.

—Es la iglesia de San Estanislao —me explicó Erik cuando nos paramos frente a ella—. Aquí vienen muchas parejas a casarse,

dominicanas y extranjeras.

Lo dijo con un tono de voz diferente, como si no quisiera darles demasiada importancia a sus palabras, pero dejando claro lo que acababa de decir. Me agarró de la mano para subir las escaleras que había a la derecha de la iglesia y que llevaban hasta dos grandes campanas situadas al aire libre en lo alto de una torreta, también de piedra. Aquel lugar era como si hubiéramos viajado en el tiempo y acabáramos de llegar a la Edad Media rodeada de tradición, piedras y silencio absoluto. Nos apoyamos en la barandilla para observar la plaza, lo que me permitió ver cómo Bettany y Hugo entraban en un edificio de dos plantas situado frente a nosotros.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando el lugar.

—Es el museo arqueológico. Vamos, te gustará.

En el museo descubrí a una de las mujeres más valientes que habían existido en toda la historia dominicana y que, desde aquel día, marcó mi vida sin ser consciente de ello. Era Anacaona, una reina taína que había luchado hasta el final por defender a su pueblo. Erik estaba serio mientras mirábamos con atención la pintura de una mujer de piel morena, delgada, de mirada intensa, nariz afilada, labios gruesos y una larga melena negra que sujetaba una lanza con gesto desafiante. Su belleza era evidente pero su inteligencia y su fuerza nos llegaban a través de los trazos del pincel. Vestía con un gran collar tribal de plumas rojas que le tapaban el pecho y una falda del mismo color que salía de un ancho cinturón adornado con motivos marinos. Anacaona era menuda pero rotunda, nos miraba con desafío, con valentía, mostrándonos todo el amor que sentía por su pueblo y la decisión que había tomado de luchar por él hasta el final. Me sentí tan abrumada por su fuerza y su determinación como si me estuviera hablando desde el mismísimo cuadro. Sin embargo, era Erik el que me explicaba su historia:

—Anacaona se interesó por los españoles cuando llegó Colón, porque supo ver que pensaban de forma diferente a su pueblo y poseían otros conocimientos, así que quiso aprender de ellos. Pero enseguida comenzaron los abusos de los españoles y Anacaona mandó matar a todos los hombres que Colón había dejado en el fuerte cuando regresó a España. Era una mujer fuerte, inteligente y decidida que sabía gobernar y dirigir a su pueblo, pero, por encima de todo, lo quiso proteger y lo acabó pagando con su vida. Los españoles la ahorcaron en 1504 delante de su gente.

—Es increíble —pensé en voz alta.

Estaba atrapada por aquella mirada de mujer fuerte, valiente y segura de sí misma.

—Anacaona luchó por los suyos, defendiéndolos hasta su último aliento. Eso es el verdadero amor —dijo.

—Admirable y muy triste. Lo siento mucho.

Era como si, de repente, hubiera caído sobre mí todo el peso de la historia y de las desgracias que habían causado los españoles en las supuestas conquistas del nuevo mundo, como nos habían explicado en las clases de historia. Una historia que, como siempre, se vendía desde la perspectiva de los vencedores, ocultando el dolor, el horror, la muerte y la miseria que habían dejado a su paso con la mísera excusa de civilizarlos. Erik me miraba y deslizó con suavidad su pulgar bajo mi ojo derecho, del que me resbalaba una lágrima de la que no era consciente. Me besó con dulzura en los labios.

—Elena, tú tienes la fortaleza de Anacaona, aunque aún no lo sepas.

Me sonrió de esa forma que solo él sabía y que conseguía despertar en mí el millar de mariposas que seguían aposentadas en mi estómago. Era capaz de despertar cada célula de mi cuerpo, cada poro de mi piel con una palabra, con una mirada, con su sonrisa.

Al salir del museo, mis amigos estaban en una tiendecita de artesanía comprando un collar de cuentas para Bettany.

—Venid —dijo Erik— todavía nos queda una sorpresa final.

Bettany y él se miraron sonriendo, porque sabían que todavía teníamos que descubrir la guinda del pastel y que, si Altos de Chavón nos había maravillado, lo que faltaba nos iba a dejar boquiabiertos, como pasó cuando Hugo y yo vimos el enorme anfiteatro romano que apareció a nuestros pies.

—Aquí se hacen conciertos para cinco mil personas —dijo Bettany.

Sin pensarlo, comencé a bajar las interminables escaleras de piedra situadas en un lateral de las gradas hasta llegar al escenario. Bettany me seguía y, cuando estuvimos en el centro, gritamos muy fuerte, con los brazos extendidos y dando vueltas mientras Hugo y Erik, que se habían convertido en seres diminutos en lo alto de las gradas, reían. Era feliz, completa y absolutamente feliz. ¿Qué más podía pedir a un día tan intenso?

Mientras regresábamos al coche caminando por las calles empedradas llenas de historia, me pareció ver que Bettany agarraba la

mano de Hugo, pero entonces Erik me besó y cerré los ojos para perderme en sus labios.

---

37 Guiso parecido al cocido, con tubérculos, carne y vegetales.

38 Plato habitual en el desayuno compuesto por un puré de plátano, acompañado por queso, huevos y salami frito (**los Tres Golpes**).

39 Arroz blanco acompañado por habichuelas guisadas, pollo o ternera y ensalada.

40 Los tostones se hacen a base de plátano verde frito y se sirven como acompañante.

23
La llamada

Santo Domingo, enero 1998

No. No era fruto de mi imaginación. Hugo y Bettany estaban juntos.

Regresaba del trabajo por la tarde cuando hacía rato que todos se habían marchado de la redacción. Hacía tiempo que me había acostumbrado a seguir escribiendo sola en mi escritorio, cuando el silencio se adueñaba del edificio. Era entonces cuando las ideas me fluían mejor, cuando me visitaban las musas y podía escribir y escribir sin darme cuenta de que el tiempo pasaba. A veces, incluso, aprovechaba para reflexionar sobre la vida, sobre mí, sobre cómo estaba cambiando todo y cómo me sentía. En aquella sala silenciosa me sentía protegida y con libertad para abrir mi mente y permitir que los dedos se deslizaran sin prisa sobre el teclado escribiendo cualquier cosa que me salía directa desde el corazón. Era mi momento y lo alargaba todo lo que podía. También aprovechaba para ultimar detalles de los reportajes de moda y tendencias que me encargaban, aunque hacía tiempo que además había entrado en temas de psicología femenina y me apasionaba indagar con expertas dominicanas de reconocido prestigio. En casa también se habían acostumbrado a que llegara tarde. Lo habitual era que saliera la última de la redacción y que solo me encontrara con Daisy, la señora de la limpieza que era puro amor. Cada tarde me traía un pedazo de tarta o bizcocho que había hecho en casa por la mañana y me decía: «Coma, señorita Elena, que está usted muy flaca». Sus tartas estaban deliciosas.

Aquella tarde llegaba a casa todavía con el delicioso sabor del chocolate en el paladar. Las cortinas del salón estaban descorridas y desde el gran ventanal de la terraza podía ver el interior de casa. Estaban en el sofá, besándose. Hugo se había quitado las gafas y

acariciaba el rostro de Bettany mientras ella lo abrazaba. Era imposible que entrara en ese momento y rompiera la magia, así que di media vuelta y comencé a pasear por la calle sin rumbo fijo con la única pretensión de darles tiempo a solas. Lo iban a necesitar ya que por fin Hugo había despertado. Estaba oscureciendo cuando intuí que mis pasos me llevaban al centro comercial en el que trabajaba mi tío. En realidad, no lo había pensado, pero hacía días que no estaba con él y me apetecía un rato en familia. Me alegré cuando vi la gran sonrisa de tío Javier reflejada en el espejo cuando entré mientras él estaba acabando de arreglar el cabello de la última clienta del día. Ron estaba en la recepción cerrando la agenda del día siguiente y repasando la caja.

—Ven, que te voy a peinar esos pelos de loca que llevas. No puedes decir por ahí que eres mi sobrina o perderé la buena reputación que tengo en la capital —dijo mi tío riendo.

No podía llevarle la contraria, era imposible. Si algo sabía de mi familia era que a cabezones no nos ganaba nadie, así que le dejé hacer. En un momento me cortó cuatro dedos la melena y me peinó estirando el cabello a conciencia. Era relajante sentir la experiencia de sus manos en mi cabeza, tenía tanta confianza que no era necesario decirle lo que quería que me hiciera porque él sabía lo que era mejor para mí, cómo tenía que peinarme para resaltar mi rostro. Más de treinta años de experiencia se filtraban en cada movimiento de sus dedos, en la maestría con la que movía el peine y las tijeras. Al acabar, dio su visto bueno sonriéndome en el espejo y les ayudé a cerrar.

—Ven a cenar a casa —me pidió Ron—. Hace tiempo que no nos vemos y tenemos que ponernos al día. Después te acerco a tu apartamento.

Acepté sin pensarlo dos veces. Había pasado casi un mes desde Navidad y me apetecía mucho pasar un rato con ellos. Esperaba a Marina en casa, pero la sorpresa fue encontrar también a Carlos y Carmena, que habían regresado esa misma mañana de su viaje a Costa Rica y tenían mil aventuras que explicarnos mientras comíamos las deliciosas empanadillas de atún que había hecho mi tía.

Regresamos tarde a casa y Ron aprovechó el camino para recordarme que todavía no conocía al «mulato que me había hecho perder la cabeza», según sus propias palabras y que, tal y como le había explicado Carmena, era un «tremendo *papasito*». Lo miré con una sonrisa, era imposible no sonreír si pensaba en Erik, y le prometí

presentárselo a la semana siguiente sin retrasarlo más. Quizás fuera una tontería, pero estaba nerviosa por ese encuentro. No era que Ron pudiera marcar cómo iba a ser nuestra relación, ni que tuviera que darme el visto bueno o algo así, pero quería que le cayera bien porque su opinión era importante para mí. Era egoísmo puro, lo sabía, pero me dejaría mucho más tranquila si el encuentro era cordial. Todavía recordaba su enfado el día del *incidente* con Jey y no quería que se repitiera algo parecido.

Cuando llegué a casa, las cortinas del salón estaban corridas y solo se vislumbraba el resplandor de la televisión en el interior. Saqué las llaves del bolso moviéndolas para hacer ruido y las metí en la cerradura despacio, dándoles tiempo para que entendieran que estaba a punto de entrar. Me reía por dentro solo de pensar en encontrar a Hugo sin escapatoria. Mis labios dibujaron una gran sonrisa cuando, al abrir, los vi sentados cada uno en un extremo del horroroso sofá floreado de tres plazas. Mi amigo tenía las gafas torcidas, los labios enrojecidos por los besos y las mejillas ruborizadas sin disimulo. Bettany comía palomitas y parecía concentrada en la película. No pude evitarlo y solté una gran carcajada cuando cerré la puerta con el pie y accioné el interruptor de la luz.

—A ver chicos, no hace falta, en serio. Os he visto esta tarde, así que no tenéis que disimular más. Me encanta veros felices.

Bettany dejó el bol de palomitas a un lado y se levantó de un salto para abrazarme.

—Gracias, mi hermana.

Me llegó al corazón. Hugo me sonreía y asintió con un ligero movimiento de la cabeza, no hacía falta añadir nada más, nos entendíamos a la perfección con la mirada y yo estaba feliz de ver que su círculo se completaba: La suerte le sonreía en el amor, del que tanto había escapado hasta ese momento, y en el trabajo, con unos reportajes increíbles y comprometidos. Se merecía que la vida le fuera bien.

—Eso sí —dije cuando Bettany me soltó—, solo os pido que no hagáis demasiado ruido por las noches, que tengo el sueño muy ligero.

Estallé en carcajadas ante la cara de sorpresa de Hugo. No atinaba a ponerse bien las gafas intentando disimular la vergüenza que sentía, así que les deseé buenas noches y me marché a la habitación a llamar a Erik. Quería escuchar su voz. Cada vez tenía más necesidad de verlo, de sentirlo cerca, de estar con él y lo mejor era saber que a él le

pasaba lo mismo. Los días que estábamos separados se nos hacían eternos y solo servían para encender más el deseo de estar juntos. Hablábamos por teléfono todas las noches y mi corazón latía desbocado los segundos de espera previos a que contestara mi llamada o cuando sonaba mi *zapatófono* y veía su nombre en la pequeña pantalla. Lo que sentía por él era cada día más fuerte, más intenso. Era más, mucho más.

—Hola, amor —contestó.

Escuchaba esas palabras y me estremecía como si me acariciara con la voz.

—Hola, Erik.

¿Por qué yo no podía decirle algo igual de cariñoso? ¿Por qué no le decía *amor, cariño, vida* o cualquier otro apelativo ñoño que transmitiera todo lo que significaba para mí? ¿Por qué era incapaz de poner en palabras lo que sentía? Podría decirle que era mi mundo, mi todo, el amor más grande que había tenido jamás… Pero no me salía, aunque estaba segura de que llegaría el día en que encontraría la manera de hacerlo. Todavía no era el momento. A pesar de la felicidad y la confianza que existía entre nosotros me sentía muy vulnerable hablando de mis sentimientos, como si temiera que al ponerles nombre pudieran romperse en mil pedazos y desaparecer. No quería volver a sentir un dolor intenso y amargo. Pero el caso era que quería hacerlo, quería decirle que lo nuestro ya no era simple atracción, que había mucho más, que lo quería como jamás había querido a nadie, que lo amaba con todo mi ser, mi alma y mi corazón, con todos mis sentidos, con cada célula de mi cuerpo, que inspiraba y espiraba amor tan solo de pensar en él.

Y entonces se me ocurrió algo.

—¿Vendrás esta semana?

—Por supuesto, amor. Me muero por verte.

Sonreí al escucharlo.

—Yo también necesito verte. ¿Podrías venir el viernes? Estoy pensando en algo —dije intentando impregnar mi voz con un tono seductor.

Era fácil porque estaba tumbada en la cama hablando con él y mis manos, siguiendo los hilos de mi imaginación, habían comenzado a dibujar sus caricias sobre mi cuerpo.

—Algo que, *of course*, no me vas a explicar. —Sabía que no se lo diría—. Está bien. Sorpréndeme, amor —habló con un hilo de voz,

como si él también estuviera estirado en la cama.

—Lo haré, no lo dudes... Aunque, pensándolo bien, en realidad tendremos que hacer dos cosas. Ven preparado para una cena elegante.

—Está bien —dijo, contento—. Pero ahora dime qué haces y qué llevas puesto.

Y también estaba juguetón.

—Te sorprendería ver que estoy tumbada en la cama completamente desnuda.

Era una pequeña mentira nada inocente. No podía decirle que llevaba puesta una vieja camiseta de Mafalda y un pantalón corto, habitual en mí para dormir y que, justo en ese momento, era lo menos *sexy* que podía llevar. Si quería jugar, íbamos a jugar.

—¡Ah! Elena, me vuelves loco. Quiero tenerte aquí ahora —susurró.

—Pues ven a buscarme —contesté lo más mimosa que pude.

El silencio apareció de repente seguido de un pitido molesto. ¿En serio acababa de cortarse la llamada?

—¡Erik! ¡Erik! —intenté recuperar la conversación.

No hubo respuesta. Me quedé mirando el teléfono como una tonta. Volví a llamarlo y nada. Esperé unos minutos para volver a marcar. Sin respuesta. No me lo podía creer, seguro que se había quedado sin batería y a mí me había dejado con las expectativas bien cargadas. Me tapé la cara con la almohada para ahogar la decepción que sentía por haber perdido lo que prometía ser una gran conversación. Respiré hondo para calmarme un poco y cogí un libro para intentar distraer la mente. Sabía que me iba a costar dormir después de hablar con él, pero me engañé pensando que leer me ayudaría. Tras releer tres veces la misma página sin interiorizar ni una sola palabra fui a la cocina a por un vaso de leche caliente con cacao, la única *medicina* que me ayudaría a conciliar el sueño. Desde el pasillo escuché murmullos y risas acalladas que salían de la habitación de mi amigo. Sonreí. Merecía ser feliz. En realidad, Hugo necesitaba a alguien que pusiera un punto de locura en su vida tan seria, ordenada y responsable, y Bettany era justo esa luz brillante que lo iba a iluminar por completo.

Volví a la cama con mi leche caliente y la idea de perderme de nuevo en la historia de una antigua reina egipcia que protagonizaba mi última lectura a pesar de que, en realidad, el único objetivo que tenía era conciliar el sueño, algo que ocurrió en algún momento de la

noche. No podría decir si habían pasado diez minutos o cinco horas, pero me pareció escuchar un ruido que intentaba despertarme: toc, toc, toc. Silencio. Toc, toc, toc. Otra vez silencio. Toc, toc, toc… Eran pequeños e insistentes golpes contra un cristal que escuchaba en la lejanía provenientes del mundo onírico. Me giré intentando recuperar el sueño profundo. Toc, toc, toc. No, no eran un sueño, los estaba escuchando de verdad. Me costó levantar los pesados párpados, pero me asusté al comprender que había alguien que golpeaba contra la ventana de mi habitación. Me acerqué despacio y a oscuras para mover levemente la cortina sin que me vieran, no me gustaba nada el nudo que me apretaba el estómago. Sin embargo, no estaba preparada para la sorpresa que tenía ante mí. No podía creer lo que veían mis ojos. Los restregué con fuerza y me pellizqué para asegurarme que estaba despierta: veía a Erik tras la ventana haciéndome señales para que le abriera la puerta.

—No he querido tocar el timbre para no despertar a nadie —susurró mientras me abrazaba, me besaba y cerraba la puerta a sus espaldas, todo al mismo tiempo.

—Estás completa y absolutamente loco, lo sabes ¿verdad?

—Estoy completa y absolutamente loco por ti, amor —dijo sin dejar de besarme. Se separó un momento y me miró de abajo a arriba con una sonrisa—. Elena, ¿eres consciente de que me has mentido?

Ronroneé.

—Solo un *chin*[41] —contesté.

Después hice un gesto con la mano acercando índice y pulgar mientras le sonreía con la mayor dosis de inocencia que pude impregnar en mi rostro.

Me levantó en brazos para llevarme directa a la habitación. Allí me quitó la vieja camiseta sin que Mafalda ni yo protestáramos. Me besó los pechos cuando vio cómo mis pezones lo esperaban erectos y gemí al sentir el roce de sus labios, de su lengua, sus mordiscos, su pasión. Acababa de despertarme por completo.

Lo llevé de la mano para tumbarlo en la cama después de sacar los preservativos del cajón de la mesita y le quité la ropa recorriendo su cuerpo con la punta de la lengua mientras saboreaba su piel morena. Degustaba cada rincón de su anatomía y sentía cómo se estremecía bajo mi deseo rendido por completo. Inicié el camino en su cuello ancho, robusto, y descendí hacia las clavículas hasta encontrar su pecho casi sin bello y reseguir la musculatura de su vientre con los

labios. Mis manos, que descendían más rápido que mi boca, empeñada en descubrir nuevos sabores de su piel, ya habían llegado a su pene y acariciaban con suavidad su erección. Susurraba al ritmo de mis caricias sin evitar estremecerse por completo. Todo su vello estaba erizado y esperaba con ansiedad que siguiera el descenso con mi lengua. Y llegué. Y jadeó. Y gritó al sentir el placer más intenso cuando se derramó por completo.

Se incorporó para acariciar mi rostro y besarme mientras me agarraba de la cintura y me hacía encajar sobre él para iniciar de nuevo el baile juntos, marcando el ritmo, acariciando mis pechos con sus manos, mi cintura, mis nalgas, mis muslos, mi vagina y conseguía que me perdiera por completo. Giramos para situarse sobre mí y me penetró con delicadeza, con dulzura, sin dejar de besarme ni acariciarme mientras susurraba mi nombre al oído. Se movía con lentitud, con suavidad hasta elevar mi deseo al infinito. Mis piernas se abrazaban a su cintura para sentirlo más, mucho más. Quería devorar cada uno de sus movimientos para que formara parte de mí. Quería sentirlo muy adentro, tan adentro que no encontrara el camino de salida jamás. Quería que se derritiera, que gritara mi nombre, que me necesitara. Quería convertirme en la única persona del mundo para él. Sus movimientos iban incrementando el ritmo y mis caderas respondían a la demanda de nuestros cuerpos sudorosos. Estábamos respirando pasión, calor, fuego. Los muelles de la cama se quejaban emitiendo algún sonido chirriante que no escuchábamos bajo la agitación de las respiraciones aceleradas. Seguía empujando, entrando y saliendo, seguía y seguía cada vez más rápido hasta que gritamos de placer. Me tapé la cara con la almohada en un intento desesperado por acallar los gemidos mientras Erik posaba la cabeza rendida sobre ella. Ojalá mis compañeros de piso estuvieran tan entretenidos como nosotros porque de otra forma iba a ser imposible que no nos hubieran escuchado.

—Te amo, Elena —me dijo al oído retirándome la almohada del rostro—. Te amo como nunca creí que pudiera hacerlo.

Me besó con toda la delicadeza que pudo depositar sobre mis labios, con tanta suavidad que parecía que estaba a punto de resquebrajarme como un jarrón de porcelana. Parecía mentira que un segundo antes estuviera sobre mí derramándose con pasión.

—Erik… —me temblaba la voz—, yo también te amo.

En mi cabeza estallaron aplausos, vítores y fuegos artificiales, todo

a la vez. Había sido capaz, por fin, de poner en palabras mis sentimientos y decirlas en voz alta, algo que se me antojaba casi imposible. Sabía que lo nuestro era muy especial, que iba más allá de lo que había sentido nunca, que quería estar con él, que lo deseaba, que me derretía cada vez que lo veía, que volaba cuando me besaba y tocaba el cielo cuando sentía su cuerpo, pero no estaba preparada para hablar de amor, no después de todo lo que había pasado, de lo que había huido, del miedo a volver a equivocarme… Hasta ahora. Con él no había miedo, no había precipicio que no fuera capaz de afrontar, no había obstáculo que no pudiera superar porque tenía la fuerza, la confianza y la valentía para hacerlo. Y eso no era otra cosa que AMOR —sí, en mayúsculas—, porque, cuando te sentías capaz de todo, cuando sentías que podías derrotar a gigantes y escalar montañas, cuando sabías que el mundo estaba a tus pies porque ibas de la mano de la persona en la que más confiabas porque nunca, jamás, te traicionaría ni te abandonaría, sabías a ciencia cierta y sin ninguna duda que estabas siendo amada. Fue entonces cuando descubrí que lo que había sentido antes, todo por lo que había sufrido, llorado y luchado no se acercaría ni en un millón de años a lo que sentí en aquel momento. Lo que había creído que era amor no pasaba de ser un capricho adolescente, un escalón necesario que debí ascender para madurar, una amistad con mucho cariño, un descubrir poco a poco quién era. Lo que parecía una herida profunda sin cura ni remedio, se transformaba en una leve rozadura que no llegaba ni a escocer. Y sonreí al descubrirlo, al descubrirme, al reconocer mis verdaderos sentimientos. Porque entonces sí, aquello era amor de verdad, del de respeto, del que no duele, del de final de película en blanco y negro, del de beso infinito bajo la lluvia de París, del de banda sonora *in crescendo*. AMOR en mayúsculas.

Lo amaba. Y me amaba.

—¿Recuerdas el *TQM*? —preguntó mientras me acariciaba el rostro retirándome un mechón de cabello de la frente—. «Te Quiero Mucho» —dijo depositando un casto beso en mi mejilla—. La noche en que te vi salir corriendo de la playa se despertó algo en mí: curiosidad.

Apoyé mis brazos sobre su pecho y recosté la barbilla encima para observarlo mientras me hablaba.

—Me parecías divertida, diferente al resto y muy inocente —añadió.

No dejaba de acariciarme el cabello mientras hablaba.

—Has logrado que lo que siento por ti sea cada día más fuerte. Cada vez que te veo creo que se me va a salir el corazón por la boca y me siento incompleto cuando no estás, me haces falta. Necesito estar contigo, sentirte, tocarte, hablarte, acariciarte, besarte, escucharte, reír. Tu risa, Elena, si supieras lo feliz que me hace. Te quiero porque ya eres parte de mí. Eres tan fuerte que, sin darte cuenta, has conseguido abrir un camino hasta mi corazón que estaba cerrado desde hacía muchos años. Eres lo más grande y maravilloso que me ha pasado en la vida —dijo mirándome a los ojos.

Me di cuenta de que la pequeña luz de la mesita de noche se había quedado encendida y me alegré de poder perderme en sus increíbles ojos mientras me declaraba su amor.

—Erik, yo siento que me completas. Que juntos somos uno. Que eres el regalo que me da la vida por haber venido hasta aquí. —Sonreí—. Y ya no entiendo mi vida sin ti. —Le acaricié el rostro y lo besé—. No sé cómo lo haces, pero consigues que me sienta fuerte, segura, poderosa y capaz de cualquier cosa. Me transmites la confianza que necesito y, sobre todo, me respetas, algo que no sentía desde hace mucho tiempo y que valoro casi más que cualquier otra cosa. Te quiero. Te quiero muchísimo, Erik.

Ya me había soltado y las palabras fluían. Era capaz de declararle mi amor sin miedos, sin reticencias, sin vergüenza. Acaricié su barba corta con la yema de los dedos. Sentía pequeñas cosquillas que me recorrían hasta alcanzar los rincones más escondidos de mi cuerpo mientras nos comíamos con la mirada. Nos besamos de nuevo y volvimos a comenzar. Volvimos a sentirnos incapaces de separarnos, incapaces de dormir. No íbamos a permitir que nadie nos robara ni un segundo juntos, ni aunque el mismísimo Morfeo apareciera ante nosotros en medio de la habitación. Era imposible dejar de tocarnos, de mirarnos, de besarnos, de decirnos lo mucho que nos amábamos. Era imposible que no nos sintiéramos las personas más afortunadas del mundo porque en aquel momento no existía nadie más que nosotros en toda la galaxia ni en el universo entero. Nuestras palabras acababan de derribar el último, pequeño y débil muro que quedaba entre nosotros para permitir que nos sintiéramos por completo, igual que lo hacíamos antes, pero de una forma diferente. Qué importantes eran las palabras siempre. Acabábamos de dar la vuelta a todas las cartas para exponer nuestros sentimientos y, al contrario de lo que había pensado, no me sentía vulnerable. Mi vida había cambiado por

completo en pocos meses. Había pasado de estar perdida y sin rumbo a tener un propósito, un camino que seguir junto a una persona a la que amaba y que me amaba. Me sentía segura de mí misma gracias a la confianza que Erik me transmitía y al día a día en aquel país que me llenaba de fuerza.

En algún momento de la madrugada las emociones nos hicieron caer rendidos en un sueño profundo que compartimos abrazados. Me despertó la claridad que se filtraba por las finas cortinas y, sin abrir los ojos, sentí su mano reposando confiada en mi cintura. Observé cómo dormía tranquilo, con su semblante transmitiendo paz. Deslicé mis dedos por su barba recortada y dibujó una sonrisa durante un segundo. Ya habíamos dormido juntos, pero esa noche había sido especial, más intensa, con más sentimiento, con amor. Y lo supe. En ese momento supe que él era la persona que quería tener a mi lado todas las mañanas al despertar. Toda la vida.

Abrió los ojos lentamente al sentir el roce de mis dedos y me regaló una mirada cargada de promesas que anticipaba un futuro juntos… Un futuro que comenzaría otro día, porque entonces debía regresar a Samaná.

—Nos veremos el viernes, amor—dijo mientras nos despedíamos en la puerta del apartamento con mil besos—. Cenaremos donde digas y después nos iremos juntos a pasar el fin de semana a *The little beach*. Quiero tres días solo para nosotros.

A través de la terraza lo vi caminar hacia el coche. Me parecía imposible que aquel hombre tan increíble estuviera enamorado de mí, una chica española que se estaba convirtiendo en mujer a pasos agigantados en un país que se había convertido en hogar. Tenía que creerlo, era real y me estaba pasando. Con el corazón batiendo sus alas para invadir mi pecho y una sonrisa que no me cabía en el rostro fui directa a la ducha para acabar de despertarme. Después, preparé el desayuno, necesitaba un café bien cargado para encarar el día. Seguía con los sentimientos tan a flor de piel que me parecía imposible comer nada. Aunque para cuando aparecieron Bettany y Hugo, ya había dado buena cuenta de un par de tostadas y un bol gigante de fruta. «Pues no, el amor no me iba a quitar el hambre», pensé. Me miraron con una sonrisa.

—Vaya, Elena… Anoche no fuimos nosotros los que hicimos ruido—dijo Bettany mientras untaba mantequilla en una tostada.

El café se me fue por el conducto que no era y comencé a toser.

—Esto… Erik me sorprendió viniendo de madrugada —conseguí decir mientras me golpeaba el pecho para no ahogarme.

—Pues menos mal. O era eso o que te habías comprado un vibrador muy escandaloso. No nos habéis dejado dormir en toda la noche —dijo Hugo entre risas.

¿En serio? ¿Quién era ese y qué había hecho con mi amigo?

—¿Ah, sí? ¿No habéis dormido? Pues espero que hayáis aprovechado el tiempo —contesté sacándole la lengua.

Casi se atraganta con el zumo de naranja. Ahí estaba, ese era mi Hugo.

Bettany se unió a mis risas y asintió con la cabeza.

—No lo dudes —contestó—. Tampoco hemos dormido demasiado.

---

41 La expresión dominicana *un chin* significa «un poco».

24
Atlantis

Santo Domingo, enero 1998

Los días pasaron muy lentos y las horas se hicieron eternas. Parecía que esa semana tenía más días que cualquier otra, como si el tiempo estuviera en nuestra contra y no quisiera avanzar más rápido para que pudiéramos estar juntos. Me desesperaba. Pero, por fin, llegó el viernes y la cita que había preparado.

Erik llegó a casa a media tarde y lo hizo muy elegante, con pantalón de vestir gris oscuro y camisa clara perfectamente planchada, a pesar de las tres horas de viaje que acababa de hacer. Yo llevaba un vestido negro corto entallado con cremallera trasera que se ajustaba a mi figura, con muchas más curvas que cuando había llegado meses atrás. La culpa de mi nueva silueta era de la deliciosa comida dominicana de Bettany, las tartas de Daisy y los batidos de lechosa, que se encargaban de rellenar poco a poco mi delgado cuerpo. Además, me atreví con unos zapatos de tacón alto y un pequeño bolso a juego que me había prestado Carmena. Mi prima me ayudó a peinarme y maquillarme resaltando mis ojos castaños. Erik sonrió al verme aparecer en el salón.

—Estás impresionante, amor —dijo antes de besarme.

—Gracias. En mi país a esto se le dice ser un pibón —contesté entre risas.

Me sentía muy segura de mí misma aquella noche. Había reservado en Atlantis, el restaurante al que nos había llevado Marisa cuando llegaron Hugo y Juanra y que tanto me había gustado. Quería que fuera una velada muy especial.

—Después te digo a dónde vamos a cenar. Antes tenemos que ir al *Central Place* —le guiñé un ojo.

—Donde digas, amor.

Caminaba agarrada a su brazo para no caerme con los tacones. A pesar de que había practicado en casa, no estaba demasiado convencida, así que era mejor asegurarme que caerme de bruces al suelo. Me abrió la puerta del coche para que entrara. Nunca había dado importancia a esos detalles, no era demasiado partidaria de ellos, pero esa noche me sentía especial y me gustó su gesto delicado. Quería disfrutar de cada segundo juntos a pesar de que los nervios me invadían en ese momento. Lo cierto era que me preocupaba el encuentro entre Ron y Erik, tenía que salir bien porque en mi cabeza no había lugar para que fuera de ninguna otra forma. Al llegar al centro comercial, fuimos directos al salón de tío Javier. Erik me miró sin entender qué hacíamos allí.

—¿Quieres que me corte más el pelo? —bromeó.

—Nada de eso. Ven, pasa.

Ron estaba en la recepción, enfrascado en organizar las reservas del día siguiente.

—Hola, prima —saludó y se acercó a darme un beso—. ¡¡Erik, hermano!! ¿¿Así que eres tú?? —dijo entre risas.

¿Me estaban gastando una broma? Me quedé sin palabras al ver que se abrazaban como dos viejos amigos que hacía mucho tiempo que no se veían. Comprendí que, si el mundo era un pañuelo, una isla se convertía en una diminuta mota de polvo.

Entre los dos y de forma atropellada entre risas y palmadas en la espalda, consiguieron explicarme que se conocían de surfear en Puerto Plata. Habían estado años en el mismo grupo y quedaban todos los fines de semana en las playas del norte de la isla, donde encontraban las mejores olas del país. Se dejaron de ver cuando Erik comenzó a tener más responsabilidad en el hotel y hacía años que no habían vuelto a coincidir, a pesar de que él se escapaba cuando podía.

—No puedo creer que seas tú el que tienes loca a mi prima, hermano —dijo Ron sin dejar de sonreírme mientras pasaba su brazo por encima del hombro de Erik y le daba un suave puñetazo en el estómago.

La complicidad que había entre ellos era más que evidente.

—*Bro*, si hubiera sabido que tenías una prima como Elena, hace años que te habría obligado a traerla.

Reían y seguían palmeándose la espalda mientras yo continuaba observándolos en silencio. No me había recuperado de la sorpresa, pero estaba muy feliz por lo que estaba viendo. Ni en mis mejores

sueños habría podido imaginarlo: tenía ante mí dos buenos amigos que se reencontraban después de mucho tiempo y que tenían mucho que explicarse para ponerse al día. Así que los dejé en la recepción mientras me acerqué a saludar a mi tío.

—¿Quién es, Elena?

—Es… Es mi novio, tío.

No había pensado que me costaría tanto decirlo. Hasta ese momento, ni Javier ni Marina sabían nada de mi relación y definirla con una palabra implicaba hacerla oficial del todo. En mi interior estaba dando saltos de alegría por poder decir, por fin, que Erik era mi novio, a pesar de que decírselo a mi tío me daba algo de vergüenza, como si de pronto volviera a ser una niña pequeña y necesitara el permiso de los adultos. Javier lo veía con naturalidad, de hecho, no dejaba de sonreír mientras los miraba.

—¿Y es amigo de Ron?

—Bueno, no tenía ni idea. Vive en Samaná y lo he traído para que lo conozcáis, pero no me imaginaba esto.

—¿Eres feliz, Elena?

¡Uf! Menuda pregunta. Sin rodeos. Me recordó a mi padre.

—Sí, tío. Soy muy feliz.

Asintió con la cabeza y me besó en la frente.

—Pues no hay nada más que decir. Disfruta, cariño.

Lo abracé tan fuerte que creí que podía romperle la espalda. Mi tío era menudo, pero se mantenía fuerte. Salía a correr cada mañana antes de ir al trabajo y nunca regresaba antes de hacer diez quilómetros. Pero en ese momento pensé que podría partirlo en pedazos por la fuerza que me inundaba, por la felicidad que sentía.

—Ven y te lo presento —dije.

Después de unos minutos más en los que no dejaban de hablar, conseguí que se despidieran no sin antes prometerse que tenían que volver a surfear pronto. Ron apartó a Erik de mi lado para decirle unas palabras que yo no debía escuchar, a lo que él contestó asintiendo con la cabeza y con algo parecido a «no lo dudes, hermano». Volvieron a darse un fuerte abrazo.

—Me ha gustado la primera sorpresa que me has preparado, amor —dijo de camino al coche—. Ahora dime a dónde vamos.

—Todavía no. Conduzco yo. —Le tendí la mano para que me diera las llaves.

Me miró sorprendido, levantando la ceja derecha y con una sonrisa

traviesa dibujada en la cara. Su sonrisa me volvía loca, me derretía casi tanto como sus bonitos ojos y me obligaba a sacar fuerzas de todos los rincones de mi ser para lograr que mi seguridad no flaqueara y fuéramos capaces de llegar al restaurante. Me dio las llaves sin dudarlo y fui directa al lugar del conductor. Sentado a mi lado, me dio las indicaciones básicas para conducir un coche automático, ya que esa iba a ser mi primera vez. En España había conducido el coche de mi padre, pero tenía marchas y el suyo era diferente: hacia delante, hacia atrás y parar. Bien, parecía fácil.

Me quité los zapatos de tacón y se los di, prefería conducir descalza ya que me daba más seguridad apoyar la planta del pie al completo en el pedal. Moví la palanca hacia delante y pisé el acelerador.

—En marcha —dije—, tú te encargas de la música.

—¡Uf, Elena! No te imaginas lo *sexy* que estás. No puedo prometer que lleguemos al restaurante, amor.

Sentí que las piernas me flaqueaban y una corriente eléctrica me recorría desde los dedos de los pies hasta la cabeza. Me dieron ganas de levantarme el vestido, sentarme sobre él y olvidarme de la cena, pero me mantuve firme, me aferré al volante, me concentré en la carretera y decidí que no iba a mirarlo hasta que llegásemos a nuestro destino. El tráfico de la ciudad era un auténtico caos. Los conductores no respetaban los carriles, ni las señales, ni los giros, ni las preferencias, ni las prioridades, ni existían los intermitentes. Todo era a base de claxon y volantazos, lo que me obligó a concentrarme y olvidar su presencia durante unos minutos. Al llegar a la autopista, la circulación se relajó y, con ella, la tensión que me había provocado. Pero entonces reapareció él para derretirme hasta los cimientos. Comenzó a acariciarme la nuca de forma distraída con la mano apoyada sobre el respaldo de mi asiento y consiguió erizarme todo el bello del cuerpo mientras sonaba *Truly Madly Deeply* de Savage Garden. Tuve que agarrarme con fuerza al volante para no perder la concentración en la carretera. Le siguió *Kiss me* de Sixpence None The Richter. ¿En serio? Tenía que ser una broma o los elementos del universo se estaban alineando en mi contra o Erik había elegido muy bien la música que iba a poner en el coche aquella tarde para mandarme un mensaje directo. Pero me negué con todas mis fuerzas a desviar los ojos un solo milímetro de la carretera para mirarlo, así que continué con la vista al frente hasta entrar en Boca Chica y aparcar frente a Atlantis. Al parar el coche dejé salir todo el aire que había

contenido en un suspiro profundo y conseguí relajar el cuerpo. Entonces lo miré. Me sonreía travieso.

—Conduces muy bien… a pesar de las distracciones.

—No lo pones nada fácil, lo sabes ¿verdad?

Me contestó con un beso tan apasionado que volvió a dejarme sin aliento y con ganas de quedarme en el coche hasta la mañana siguiente.

—Siempre he querido cenar aquí —comenté cuando conseguimos separar nuestros labios.

Le pedí los zapatos y tuve que insistirle bastante para que me los devolviera.

—Estás preciosa descalza, amor.

Quería que fuera una velada especial, romántica, y aquel lugar era el mejor. El atardecer teñía el restaurante de un color especial impregnándolo todo del tono dorado del mar sobre el que íbamos a cenar. Un camarero nos acompañó a nuestra mesa situada al final de la plataforma bajo un parasol beige que intensificaba el reflejo de las velas encendidas. Nos agarramos las manos por encima de la mesa mientras veíamos en el horizonte cómo se iba poniendo el sol igual que en la postal más hermosa que se pudiera imaginar. A lo lejos comenzaba a dibujarse una luna menguante. Hacía calor, como casi siempre, pero el sonido de las olas al romper con suavidad en la orilla a unos metros de nosotros conseguía refrescar el ambiente. Había pececillos nadando en el fondo que se arremolinaban luchando por las migas de pan que les lanzaba algún cliente de las mesas vecinas. Sabía que había acertado, aquel era el marco perfecto para la primera cena después de declararnos nuestro amor.

—Me gusta mucho este lugar, Elena. Pero en realidad no me importa dónde estemos, siempre que esté contigo. —Me apretó las manos mientras me miraba a los ojos.

Cuando me hablaba así conseguía derretirme por completo, como un bombón relleno de chocolate fundido. ¿Podía quererlo más? Era imposible.

El camarero trajo la carta y le pedimos un vino blanco mientras escogíamos los platos. Nos decidimos por carpacho de pulpo, ceviche de atún y langosta a la brasa. Teníamos mucho que celebrar y la cena debía estar a la altura porque brindábamos por la vida, por el destino que nos había unido, por estar juntos, por nuestro amor. Todo era maravilloso, perfecto y nada podía estropear el momento.

O eso creía hasta que a mi lado apareció una mujer impresionante.

—¡Hola, Erik! —dijo.

Una mulata de curvas perfectas, con un vestido mínimo color rojo fuego que me hizo pensar que si respiraba un poco fuerte se le saltarían las costuras. Sus piernas eran interminables, aunque en realidad, acababan en unos espectaculares zapatos también rojos de tacón de diez centímetros. Lucía una larga melena negra que le llegaba casi a la cintura, sedosa y brillante que resaltaba sus espectaculares ojos negros maquillados a la perfección. Su boca era de labios gruesos pintados de rojo fresa. Era la belleza hecha persona. Erik se había quedado en silencio al verla. Sus hombros se habían vuelto rígidos y se había borrado la sonrisa de su cara. Seguía agarrando mis manos y ahora las apretaba más fuerte de forma inconsciente. La miró muy serio.

—Hola, Lu, ¿cómo estás?

Saludó con indiferencia, sin prestarle atención y volviendo a mirarme enseguida.

—Estoy espectacular, ¿no me ves? —Tocó su larga melena de forma coqueta—. Todavía estoy esperando que me llames, *papito*. Tu mamá me dijo que venías mucho a la capital y pensé que nos veríamos.

Ella actuaba como si yo no estuviera allí, como si no existiera. Todavía no me había dirigido ni una mirada.

—Pues no, Lu. Ya quedó muy claro que no volveríamos a vernos. Hace mucho tiempo de aquello —su tono era cada vez más serio, más tenso y seguía sin soltarme las manos—. Mi madre sabe perfectamente que vengo a la capital a estar con mi novia.

Erik volvió a apretarme las manos y me regaló su sonrisa más dulce. Entonces Lu se giró hacia mí y me lanzó una mirada cargada de odio, pude sentir cómo me atravesaba.

—Tu novia. Ya veo…

Menudo desprecio mostraban sus palabras.

—Has encontrado a una españolita para pasar el rato —añadió.

Seguía mirándome como si fuera insignificante, como un pequeño insecto al que iba a aplastar de un momento a otro. Erik me soltó las manos y se levantó para ponerse delante de ella, muy cerca, tan cerca que le habló en un susurro.

—Elena es la mujer con la que voy a pasar el resto de mi vida. —Lo miré sorprendida por la seguridad de sus palabras—. No es una españolita. Es la mujer que ha sabido entenderme y aceptarme tal y

como soy, sin pretensiones y sin estar interesada en el dinero de mi familia. Tú jamás le llegarás a la suela de los zapatos, porque no sabes lo que es amar… Es más, Lu, no tienes ni idea de lo que significa ser una buena persona.

Erik se acercó a mí para besarme, como si intentara demostrar algo que no hacía falta que demostrara a nadie, o por lo menos no a mí, aunque intuí que era un gesto que hacía para sentirse seguro. Después volvió a sentarse sin mirarla y dibujó de nuevo la sonrisa que guardaba siempre para mí. Lu dio media vuelta para marcharse. Estaba tan indignada que el tono rojo que le subió a la cara era más intenso que el de su vestido. Era el color de la rabia, de la furia. De repente, se giró hacia nosotros y elevando la voz dijo:

—Volverás a buscarme cuando te canses de tu juguete nuevo, lo sabes. Volverás suplicando que regrese contigo, *papito*.

Sin saber cómo, por qué, ni de dónde me salió la idea, me dirigí a ella con una sonrisa enorme:

—No creas… Yo también sé lo del *cocomordan*. —Y le hice un guiño.

Erik soltó una enorme carcajada y se relajó de golpe. La cara de Lu subió tres tonos, casi hasta el morado y se marchó sin volver la vista atrás y golpeando tan fuerte con los zapatos, que a punto estuvo de hacer un agujero en el suelo de madera con los tacones. Los comensales de las mesas vecinas no habían perdido detalle de la escena y podía ver alguna sonrisa en sus caras. Una mujer rubia me miró asintiendo con la cabeza y sonriéndome de oreja a oreja. Erik seguía riendo por mi ocurrencia y, en cuanto pudo calmarse, se disculpó por el espectáculo.

—Lu y yo éramos amigos desde pequeños, es la hija de una muy buena amiga de mamá con la que pasábamos mucho tiempo. Estábamos todo el día juntos y fuimos creciendo entre juegos, días de playa y vacaciones compartidas. A medida que nos hicimos mayores yo comencé a verla con otros ojos y nos dimos cuenta de que éramos más que amigos. Creía que estábamos enamorados y al principio todo iba bien, pero después empezó a cambiar. —Volvió a agarrar mis manos y perdió la vista en el horizonte mientras seguía hablando—. Lu solo pensaba en el dinero de mi familia: pedía regalos caros, ropa lujosa, salir a lugares elegantes y se enfadaba cuando no lo conseguía. Además, comenzaron los celos cuando fui a estudiar a la universidad. Me seguía por el campus y montaba espectáculos si me veía con

alguna compañera de clase. Llegó un momento en el que todo eran gritos, llantos y exigencias de compromiso. Era tan intensa y posesiva que consiguió que dejara de amarla, no quería una vida tan difícil. Y al final rompí con ella. Desde entonces no la había vuelto a ver. El caso es que mi madre siempre me habla de ella y sigue insistiendo en que ha cambiado… Justo lo que acabo de comprobar que no ha hecho. Hace años que dejé de quererla y que no pienso en ella. Pero consiguió que no quisiera volver a amar.

Erik no me miraba. El sol estaba casi oculto en el horizonte y había dirigido la vista a la orilla, como si las pequeñas olas doradas pudieran llevarse los recuerdos de su relación con Lu.

—Siento mucho que te hayas encontrado con ella. Quizás no tendríamos que haber venido aquí.

Entonces volvió a clavar sus ojos en mí y la sonrisa regresó a su cara.

—No digas eso, amor, me gusta mucho estar aquí contigo. Tú eres diferente, eres lo que siempre he querido encontrar pero ya no buscaba. Y ver a Lu hace que me sienta más agradecido por lo que tengo ahora mismo. Por ti. No cambiaría nada de esta noche.

Se inclinó sobre la mesa para acariciarme el rostro. Mientras cenábamos siguió explicándome que se había acostumbrado a estar solo, a no buscar una relación porque desconfiaba de las mujeres.

—Sé que no es justo, pero no me fiaba de ninguna. Si alguien a quien conocía desde la infancia me había hecho tanto daño, ¿cómo podía confiar en una desconocida? Así que me había centrado en el trabajo y todo iba bien hasta que una jovencita de ojos almendrados me sonrió con tanta inocencia que rompió los muros que tanto me había costado construir. —Me hizo un guiño—. Estaba desencantado, Elena. Me había sentido tan utilizado que no tenía ganas ni ánimo de volver a empezar... Pero llegaste y se tambaleó todo mi mundo. Allí, ante el mostrador, tocándote el pelo y hablando nerviosa. Te vi tan indefensa que sentí algo... y después todo.

Soltó el tenedor y me miró con intensidad. Después siguió hablando:

—Aquel desayuno, conversar con normalidad, sin pretensiones, viendo cómo me explicabas lo que te había traído hasta aquí, tus dudas, tus temores, notando el dolor que se veía en tus ojos. ¿Sabes? Aquella mañana tus ojos no sonreían y quise curarte ese dolor... Y al querer hacerlo, me di cuenta de que volvía a interesarme por alguien,

volvía a sentir. Sin saberlo, conseguiste despertar sentimientos que llevaban mucho tiempo apagados.

—¿Y ahora sonríen mis ojos?

—Ahora tienen luz propia, amor. Podrías iluminar la noche solo con tus ojos.

—Eso es que me has curado —dije.

—No. No te equivoques, Elena, eres tú la que me has curado. La que me has hecho volver a sentir. Estaba enfrascado en mi trabajo y ahora me paso el día deseando estar contigo.

Volvimos a agarrarnos las manos fuerte. Me habló de su infancia en Miami, de cómo la vida allí era diferente y de las muchas oportunidades de formación que había tenido hasta regresar a Santo Domingo. Sus padres decidieron que lo mejor sería vivir en un lugar más tranquilo, así que acabó la secundaria en la capital, donde se habían instalado. Con el tiempo, sus padres se divorciaron cuando entendieron que la convivencia se estaba volviendo insoportable, pero su padre estaba enamorado de la isla y no quiso regresar a Florida. Entonces decidió abrir el hotel en Samaná y él entendió que su futuro pasaba por estudiar Turismo y Dirección de Empresa. Una cosa llevó a la otra y, al acabar la universidad, se trasladó a Samaná para trabajar en el negocio con su padre mientras su madre y su hermana seguían viviendo en Santo Domingo. Erik había luchado desde el principio por crear una familia dentro del hotel, sabía que la calidad del servicio que ofrecían sería insuperable si todos los trabajadores se sentían implicados, así que lo más importante para él eran las personas que trabajaban allí. Tenían que ser de los alrededores, hombres y mujeres a los que daban formación y empleo para poder sacar adelante a sus familias. La zona estaba muy castigada por la baja ocupación laboral, por lo que su objetivo era ofrecer trabajo al mayor número de personas posible y optimizar los recursos. Ofrecía ayudas a los trabajadores para que sus hijos fueran al colegio con todo el material y en las mejores condiciones. Además, podían llevarse comida a casa y las visitas médicas las realizaban con el médico del hotel. Habían establecido horarios laborales nada abusivos, sueldos dignos, vacaciones y permisos retribuidos para todos los empleados, además de bajas por enfermedad o accidente laboral y, al contrario de lo que opinaban muchos empresarios, sus trabajadores no se aprovechaban de la situación; al revés, su compromiso con el buen resultado del hotel era absoluto. Habían conseguido crear entre todos una gran

familia.

Mientras hablaba, el vino me iba subiendo un poco a la cabeza y podía sentir casi que flotaba. Al acabar la cena habíamos olvidado completamente a Lu.

—Vamos a pasear por la playa antes de volver a casa —me dijo.

A casa… A Samaná, no podía existir una casa mejor. Me quité los zapatos y Erik puso su americana sobre mis hombros, había una suave brisa que bajaba la temperatura después del día tan caluroso que habíamos tenido. Caminamos sintiendo la arena en los pies, alejándonos de las luces de los restaurantes y hoteles hacia la vegetación que se acercaba a la orilla del mar como si quisiera acariciar el agua. Nos tumbamos en un lugar resguardado por rocas.

—Por cierto, ¿qué te ha dicho Ron antes de irnos? —pregunté.

—Me ha pedido que te cuide, que no te haga daño.

Sobre nosotros había un cielo negro estrellado hasta el infinito. No recordaba haber visto jamás un cielo con tantos millones de estrellas como el de aquella isla mágica. Erik intentaba mostrarme las constelaciones haciendo dibujos con los dedos, pero yo solo veía puntos de luz, sin identificar las formas que me explicaba. Se reía. Decía que no entendía cómo podía no ver las imágenes que formaban las estrellas: la Osa Mayor, la Menor, el Carro, Casiopea, Centauro, Perseo... Me explicaba que cada civilización, desde la antigüedad, tenía constelaciones diferentes y que el cielo siempre había marcado el destino de los habitantes de la tierra. Yo solo escuchaba la música de sus palabras, me perdía en ellas sin atender demasiado a su significado, quizás por el efecto del vino. Tenía la cabeza recostada sobre su vientre y me gustaba ver su dedo haciendo dibujos en el cielo mientras escuchaba su voz tan cerca de mí, con el sonido del mar de fondo. Era la mejor banda sonora para ese momento, cuando sentía que el mundo era nuestro, que no existía nadie más que nosotros.

—Vamos al agua —dije.

Rio ante mi ocurrencia, pero no tuve que insistir. Se quitó la camisa y el pantalón y me bajó la cremallera del vestido. Nos desnudamos por completo y caminamos hacia el agua, que estaba un poco fresca. Erik iba delante de mí y aproveché para salpicarle la espalda. Se giró y, sin mediar palabra, me levantó en brazos y me tiró. Me sumergí y buceé para alejarme de él, estaba segura de que de noche no podría seguirme. Emergí unos metros delante sin hacer ruido y lo vi buscándome. Volví a sumergirme y llegué hasta él para darle un gran

pellizco en su culo prieto. Escuché su grito incluso bajo el agua y, al salir, no podía dejar de reír. Seguimos jugando un rato hasta que tuvimos que parar porque el deseo nos desbordó. Salimos del agua para amarnos en la orilla. La necesidad que sentíamos el uno del otro no se apagó ni siquiera al regresar al agua para intentar quitarnos la arena del cuerpo. No nos saciábamos, no había límite, no podíamos parar. Necesitábamos sentirnos, tocarnos, besarnos, estar piel con piel siendo solo uno.

Horas después, Samaná nos recibió vestida de madrugada. Estábamos tan agotados por el largo camino que caímos rendidos en su cama sin importarnos que los primeros rayos de sol comenzaran a empañar la habitación.

25
Vacaciones

Miami, febrero 1998

Seguía pasando el tiempo de forma casi irreal. De lunes a viernes los días se hacían eternos en el trabajo, a pesar de que a veces me faltaban horas para poder escribir todo lo que quería detallar en mis reportajes. Sin embargo, los fines de semana se esfumaban en los brazos de Erik. La elasticidad del tiempo era inversamente proporcional a nuestros deseos, o por lo menos era lo que me parecía. Nos faltaban horas para estar juntos.

Ese tiempo relativo nos había llevado hasta mediados de febrero, lo que significaba que pronto sería mi cumpleaños. De hecho, lo que se acercaba era mi «no cumpleaños», como en *Alicia en el País de las Maravillas*. Desde pequeña me habían alucinado las aventuras de Alicia en aquel mundo de locura, magia y fantasía, pero lo que me hizo identificar con la historia fue descubrir la celebración de los «no cumpleaños» porque era exactamente lo que me pasaba a mí. Mamá se había puesto de parto un 28 de febrero por la tarde, pero decidí llegar al mundo al día siguiente, así que mi cumpleaños real solo podía celebrarlo en año bisiesto. Pero ese año estaba tan emocionada que me era indiferente celebrarlo un día antes. Erik estaba preparando una sorpresa con mucho secretismo. Lo único que me había dicho era que debía preparar una maleta para varios días e incluir algo de abrigo… ¿Abrigo en el Caribe? O se había vuelto loco o había una pista cubierta de esquí escondida en alguna parte de la isla, algo que me resultaba bastante improbable. En realidad, no tenía ni idea de lo que estaba tramando, pero me pasaba el día dando vueltas a la cabeza invadida por la alegría. La respuesta llegó un domingo por la tarde cuando Michael nos llevó en coche hasta el aeropuerto de Santo Domingo.

—¿A dónde vamos, Erik? —pregunté con verdadera curiosidad.

Él sonreía sin decir palabra. Me miraba travieso y, a la vez, con los ojos llenos de ilusión, igual que los niños pequeños cuando descubrían el árbol de Navidad repleto de regalos. Michael salió del coche con nosotros y se encargó de llevar mi equipaje. Había preparado una pequeña maleta de mano, sin que en ningún momento me pasara por la cabeza que podíamos hacer un viaje en avión. Erik caminaba junto a su padre mientras hablaban de llaves, interruptores y conexiones. Michael le daba indicaciones que yo no acababa de entender. En el mostrador de facturación, Erik enseñó nuestros pasaportes y no pudo contener la risa ante mi cara de sorpresa. Me explicó que Hugo le había dado el mío sin que me diera cuenta, y también entregó dos billetes cuidándose bien de que no viera el destino. Lo que él no sabía era que, en realidad, no me importaba saber a dónde íbamos, lo único que me importaba era que estaríamos unos días juntos y me era indiferente que fuera en la isla, en Canadá o en la luna. En el control de acceso nos despedimos de Michael y después paseamos por la terminal esperando la salida del vuelo «a no sabía dónde». Era increíble lo distinto que veía el aeropuerto en aquel momento. Lo diferente que era del día en el que lo había pisado por primera vez cuando me recibió con una bofetada de calor al que, por cierto, ya me había aclimatado. No podía creer que solo hubieran pasado ocho meses desde entonces, ocho meses en los que mi vida era otra, en los que yo era otra. Era como si alguien hubiera decidido poner cabeza abajo mi mundo, sacudirlo y recolocar todas las piezas hasta que habían encajado. Mi vida era diferente a la de antes y distinta a la que pensaba que encontraría allí, lo que me llevó a pensar que no había necesidad de avanzarse al futuro, que era inútil preocuparse por lo que pudiera pasar. Paramos en una tienda llena de recuerdos de la isla mientras seguía perdida en mis pensamientos. En realidad, me había convencido de que no sabíamos nada del futuro, por lo que intentar prever, pronosticar, planificar o adivinar se convertía en una pérdida de tiempo y de energía. Si algo me habían enseñado esos meses era que la vida siempre nos iba a sorprender con los caminos que dibujaba para nosotros. Y mi camino, el que estaba siguiendo en ese momento, me llevaba a avanzar de la mano de un hombre al que amaba cada día más.

Cuando volví a la realidad, Erik estaba a mi lado sonriendo mientras observaba un coco tallado en forma de mono tocando una

trompeta. Sí, cada día estaba más enamorada de él.

Una hora después embarcamos en un avión rumbo a Miami.

—Así que a Miami —dije abrazándole en el estrecho asiento del avión—. ¡Me encanta!

Lo besé.

—Miami es solo la primera parada, amor, no es la sorpresa —dijo con una gran sonrisa que le iluminaba los ojos.

Me acarició las mejillas devolviéndome el beso y después comenzó a reír al ver mi cara de sorpresa.

—¿Todavía hay algo más? En serio que me tienes intrigada —dije mientras agarraba su mano—. Por lo menos asegúrame que no vamos a pasar frío, que ya me he acostumbrado a la vida con calor.

Estaba intrigada y emocionada al mismo tiempo por no conocer el destino final de aquella escapada. Era la primera vez que alguien me preparaba una sorpresa así, lo que hacía que me sintiera muy especial. Erik tenía esa virtud: podía hacer que todo brillara a su alrededor. Se empeñaba en que las cosas salieran bien y lo conseguía. Durante el vuelo me explicó que hacía un par de semanas que había hablado con Marisa para que me diera unos días de vacaciones. De hecho, hasta entonces solo había tenido dos días de fiesta durante las Navidades, pero ningún día de vacaciones desde mi incorporación a la editorial, así que Marisa no había puesto ningún problema e incluso se encargó de gestionarlo con Recursos Humanos. Él me había conseguido toda una semana de vacaciones como regalo de cumpleaños.

—Ahora que ya sé que vamos a Miami, dime qué vamos a hacer allí —dije con mi voz más melosa y la mejor cara de niña buena que tenía para intentar sonsacarle, aunque tenía claro que no me iba a decir nada.

—De acuerdo —aceptó—, solo te diré que estaremos dos días en Miami para que conozcas la ciudad. Creo que te gustará. Pero mi regalo de cumpleaños, el de verdad, te dejará con la boca abierta. No te lo esperas para nada.

Reía al ver mi cara con las cejas levantadas y los ojos muy abiertos, y se sentía feliz por haberlo preparado tan bien, por haber conseguido guardar el secreto hasta el final. Me gustaba ver cómo se esforzaba por sorprenderme a diario, aunque lo que él no sabía era que me hacía feliz con una simple mirada, con una sonrisa dibujada en su cara. Tenía la capacidad de conseguir que sintiera que éramos las únicas personas en aquel avión.

Tras dos horas y media de vuelo, aterrizamos en Miami. Era mediodía y en el aeropuerto nos esperaba John, un amigo de Michael que nos llevó en coche hasta uno de los barrios de aquella ciudad infinita que se extendía paralela al mar. Llegamos a una urbanización rodeada de jardines muy cuidados, con una garita de vigilancia en la entrada y aparcó ante un edificio de apartamentos de obra vista de tres plantas. Toda la urbanización tenía el mismo tipo de edificios, combinando los de tres y cinco alturas. Me resultó imposible ver la extensión total de la zona porque era una urbanización enorme, pero la sorpresa fue mayúscula cuando, al bajar del coche, John entregó a Erik las llaves.

—El coche es de mi padre —dijo haciéndome un guiño—. John es amigo de Michael de toda la vida y además vive aquí al lado.

Erik me señaló el edificio que quedaba a nuestra derecha. John también le dio un juego de llaves del apartamento en el que nos alojaríamos. Así que, tras sacar las maletas, nos despedimos de él después de que Erik le dijera que volverían a hablar en unos días, antes de nuestro regreso a República Dominicana.

Arrastrando el equipaje nos dirigimos hacia un apartamento situado en la planta baja del edificio en el que John había aparcado. El amigo de Michael había activado la noche anterior la corriente del apartamento, así que todo estaba en marcha esperando nuestra visita. Era un apartamento pequeño de dos habitaciones, un baño con ducha y una cocina *office* abierta al pequeño salón, con una barra americana. En el lado opuesto había una pequeña terraza con vistas a la ciudad. Me acerqué y descorrí las cortinas para descubrir una ciudad enorme, horizontal, con grandes edificios y el mar al fondo enmarcándola como en un gran cuadro. Era un día soleado y el azul del cielo y el del agua se confundían en la distancia sin dejar adivinar la línea del horizonte. Erik me explicó que el apartamento era de Michael, quien, al trasladar su residencia a Samaná, había vendido la casa familiar y había comprado aquel pequeño piso para volver de vez en cuando a la ciudad que lo había visto nacer, aunque se acabó convirtiendo en el lugar en el que él y su hermana habían pasado tantas y tantas vacaciones.

Salimos a la terraza a contemplar las vistas mientras me seguía explicando la historia de su familia. Me hablaba al oído, abrazando mi cintura por la espalda. Conseguía erizar todo el bello de mi cuerpo con una simple palabra, con el roce de su aliento sobre mi piel. Me parecía

increíble todo lo que me hacía sentir sin proponérselo. Su voz, su olor y su barba rozando mi mejilla me aceleraban el pulso de forma irremediable.

—¿Tienes hambre? —preguntó sacándome de mi ensoñación—. Vamos a comer algo, tengo el estómago en los pies.

Me agarró la mano tirando de mí hacia la puerta y me resistí obligándolo a girarse para mirarme.

—En realidad, estaba pensando en otro tipo de hambre.

Intentaba ser sensual pero mi estómago protestó con un rugido estruendoso que nos hizo reír a carcajadas. Acababa de despertar el tigre que habitaba en mi interior.

—De acuerdo —concedí—, primero vamos a comer algo.

Me llevó a Coconut Grove a comer una hamburguesa de lo más pringosa y peligrosamente deliciosa en una terraza con vistas al mar, a la que siguió una tarde de compras en uno de los centros comerciales, donde se empeñó en regalarme un abrigo corto color crema con capucha.

—Créeme, lo vas a necesitar.

Con su sonrisa seguía manteniendo el misterio de la sorpresa.

—Pues si no vamos a esquiar a Canadá, no lo entiendo. Estamos casi a 30 grados —contesté alzando una ceja.

Pasamos la tarde recorriendo las calles animadas de la ciudad hasta que decidimos volver al apartamento a darnos una ducha antes de regresar a cenar. Por la noche me llevó a Ocean Drive, una zona que nos recibió palpitando de vida en cada rincón: patinadores de cuerpos esculturales, música latina a todo volumen y luces de neón anunciando la mayor variedad de restaurantes que había visto en mi vida. Y gente, mucha gente por la calle disfrutando de la noche. Me resultó abrumador estar rodeada de tanto ambiente después de meses saboreando la tranquilidad de Samaná, así que agradecí la elección que hizo del restaurante en el que íbamos a cenar ya que resultó tener un ambiente muy relajado. Cenamos acompañados de nuestras sonrisas, de miradas intensas y de amor desbordado, envueltos en una música de fondo muy tranquila, apenas perceptible. Era increíble sentir que, a pesar del poco tiempo que llevábamos juntos, existía algo invisible que era irrompible entre nosotros, algo tan fuerte como el acero. Cada minuto que pasaba tenía la sensación de que queríamos más el uno del otro porque juntos éramos todo. Erik lograba que me sintiera segura, fuerte, poderosa, capaz de hacer cualquier cosa, pero,

por encima de todo, me sentía amada y respetada y eso era lo que me hacía más feliz. Él me hacía reír, me hacía soñar y no dejaba de sorprenderme. Cada día se esforzaba por demostrarme lo mucho que me quería, sin imposiciones, sin obligaciones, sin dependencias. Y sabía a ciencia cierta que él era tan feliz como yo. Reía, se sorprendía de mis ocurrencias y valoraba mi sinceridad. En aquella ciudad extraña entendí que jamás me separaría de él. Erik era la persona que siempre había querido tener a mi lado sin saber que alguien así existía. Era el hombre con el que pasaría el resto de mis días, el compañero con el que iba a crear una vida. Él siempre sería mi uno más uno.

—Erik, quiero que estés a mi lado para siempre. Te necesito conmigo —dije en un ataque de sinceridad.

Dejó el tenedor en el plato con un trozo de tarta de chocolate que iba de camino a su boca y me miró con una sonrisa enorme. Extendió su mano por encima de la mesa para agarrar la mía con mucho cariño.

—Amor, te prometo que siempre estaré contigo, no puedo imaginar que sea de otra forma. Quiero pasar contigo el resto de mis días y no sabes lo feliz que me hace que tú sientas lo mismo. —Me apretó la mano—. Pero, Elena, no me necesitas.

Me sorprendieron sus últimas palabras y arrugué el entrecejo.

—No me necesitas, Elena —repitió—. Pero ni a mí ni a nadie. Sigues sin ver lo fuerte que eres, amor, y no lo entiendo. Te has creado una vida nueva y estás haciendo realidad tus sueños en un lugar que desconocías hasta hace unos meses. Y lo haces tú sola, sin necesitar a nadie, trabajando y esforzándote cada día.

Me miraba con intensidad mientras yo intentaba asimilar lo que me decía.

—Créeme, amor. No necesitas a nadie. Tú sola eres muy capaz. Y, por supuesto, soy el hombre más afortunado del mundo por estar a tu lado viendo cada día cómo creces, cómo te haces enorme.

Su sonrisa se ensanchó y añadió unas palabras más que terminaron por emocionarme:

—Voy a estar contigo siempre, amor, porque eres mi vida.

Entrelazó sus dedos con los míos y me dirigió su mirada más tierna. Yo intenté convencerme de lo que él veía. Supuse que vio la duda reflejada en mi rostro porque siguió hablando:

—Miras cada desafío de cara, afrontando todos los retos que se te ponen por delante. ¿No lo ves, Elena? ¿Por qué te atreviste a darme

un beso aquel día? —Sonrió—. Porque no necesitas a nadie.

Me vinieron mil imágenes a la cabeza: la despedida de mis padres, la bofetada de calor al llegar a la isla, el reportaje sobre uñas, el rollo con Jey, los abrazos de Carmena, el apartamento, el puente de Samaná, la fuerza con la que encaré a Víctor…

Y Erik: el beso, el primer baile, nuestra playa, su amor infinito… Quizás tenía razón. Iba siendo hora de que creyera en mi propia valentía.

26
Magia

Orlando, febrero 1998

Al día siguiente, Erik me despertó temprano. Regresaba de comprar el desayuno.

—Vamos, bella durmiente, arriba. Tenemos que irnos —decía mientras movía las cortinas de la ventana para que entrara la claridad del día—. Hoy descubrirás la sorpresa.

Yo remoloneaba bajo las sábanas, pero él, sin ninguna compasión, me destapó y las dejó caer a los pies de la cama para que no pudiera alcanzarlas.

—No tienes corazón —dije hundiendo la cara en la almohada.

Sentía el pelo revuelto sobre el rostro, había dormido poco y necesitaba una ducha con urgencia, pero antes de nada necesitaba una dosis doble de café para poder despertar. Él seguía dando vueltas por la habitación, pensé que estaba recogiendo la ropa que habíamos tirado al suelo la noche anterior y estaba acabando de cerrar las maletas mientras seguía hablando:

—Ponte ropa cómoda y deportivas, amor. Y no olvides el abrigo que te regalé. Ah, espera, lo tengo —dijo al encontrarlo en la habitación—. Lo guardo en tu maleta.

Solté un bufido de queja inmediato.

—¡Piedad, por favor! —rogué girándome y manteniendo la almohada sobre mi cara— ¿Deportivas? ¿Abrigo? Dime que no vamos a subir una montaña o muero ahora mismo.

Se rio mientras trepaba a la cama para hacerme cosquillas.

—Qué difícil eres de despertar, amor.

Le rogué entre risas, provocadas por las cosquillas, que parara. Se lo supliqué, pero se sentó sobre mis piernas y no paró de buscarme cosquillas en la cintura.

—Despiertaaaa —añadió.

—Voy, voy, pero ¡para, por favor! —dejó de hacerme cosquillas y aproveché—: si fueras un buen hombre, uno con un corazón enorme, me traerías un café bien cargado.

Y como era un hombre con un corazón enorme, hizo exactamente lo que le pedí. Así que primero tomé un café y después me di una ducha. Después de cinco minutos ya estaba despierta y preparada para vestirme según sus indicaciones: vaqueros, camiseta de manga corta y deportivas. Una coleta alta y maquillaje para disimular lo poco que había dormido. «¡Lista!», dije al salir del baño. Él estaba en la habitación acabando de hacer la cama. Lo miré y admiré su culito prieto marcado bajo unos vaqueros que le sentaban de escándalo. Llevaba una simple camiseta gris de manga corta que lucía igual que si vistiera el esmoquin más elegante. ¡Cielos! Es que estaba impresionante con cualquier cosa que se pusiera porque, debía reconocerlo, la percha era la percha y aquella percha era la mejor que había visto nunca. Además, no había ni rastro de cansancio en su rostro y eso era odioso: siempre estaba perfecto, aunque no hubiera dormido en toda la noche mientras que a mí las ojeras me alcanzaban casi la mandíbula. Reí y me miró con curiosidad:

—Nada, nada —dije apoyada en el marco de la puerta—. No me hagas caso, es que mi cabeza no para quieta y a veces me dice que te odio.

Alzó las cejas hasta casi rozar el pelo. Yo reí.

—Sabes que te adoro, ¿verdad? —quise explicarme.

Después me lancé a abrazar su cuello y besarlo. Entre beso y beso consiguió decir:

—¿Qué significa eso de que me odias?

—Tonterías que se me ocurren cuando te veo siempre tan perfecto.

Estalló en una gran carcajada mientras me abrazaba con todas sus fuerzas. Acabamos de recoger el apartamento y cargamos las maletas en el coche. Una hora más tarde salíamos en coche hacia… ¡Todavía no sabía a dónde! La única información que tenía era que nos esperaba un viaje de tres horas con destino a la fantasía. Y así fue. Tres horas y veintiún minutos exactos después de un viaje por una autopista que parecía trazada en línea recta, en la que casi no encontramos vehículos, en un día caluroso y soleado, con las ventanillas del coche bajadas, la música a todo volumen y gritando (porque a lo que hacíamos no se le podía decir cantar) canciones de

Aerosmith y Red Hot Chilly Peppers, llegamos a la entrada de Disney World, el verdadero reino de la magia y la fantasía en el planeta Tierra. Ni por un momento se me había pasado por la cabeza que ese iba a ser nuestro destino y, por supuesto, consiguió su propósito: dejarme con la boca abierta.

—Bella durmiente, bienvenida a tu reino —dijo dándome un casto beso en la frente. Todavía estábamos en el coche.

—¿Necesitaré un príncipe que me despierte?

—Por supuesto. Ya me encargaré de buscar al mejor de todos los príncipes. Aquí dentro vas a poder elegir: morenos, rubios, altos... Vaya, siempre son altos, qué poca imaginación la de Disney.

Reímos a carcajadas. Me gustaba verlo tan feliz porque yo me sentía igual, acababa de regresar a la infancia para adentrarme en un mundo de sueños en el que todo lo que se deseaba se podía hacer realidad.

—Acuérdate de nuestro aparcamiento: Pluto 20 —dijo antes de salir del coche.

Alcé una ceja al escuchar su comentario y al salir comprendí sus palabras al ver dibujado un Pluto gigante que indicaba la zona en la que habíamos aparcado. Pensé que estaba bien pensado como método para recordar dónde habíamos dejado el coche.

Pasamos los tornos de acceso y pude sentir cómo la magia se hacía real al llegar a Main Street, la avenida principal de aquel reino de fantasía. De repente, acabábamos de entrar en la Nueva Orleans de principios del siglo XX. Estaba convencida de que si seguíamos caminando encontraríamos el mismísimo río Misisipi. Como en cualquier parque de atracciones, si algo no faltaba era la gente, por todos lados y de todas las edades. El hecho diferencial era ver orejas de Mickey y Minnie Mouse en casi cada cabeza que nos rodeaba. La música ambiente estaba formada por las bandas sonoras de las películas de dibujos de mi infancia y adolescencia y estuve a punto de gritar y dar saltos de alegría al escuchar *Hakuna Matata* de *El Rey León*, tuve que sacar toda mi fuerza de voluntad para contenerme. De repente, volvía a tener doce años, ni uno más. Respiraba fantasía, me inundaba la alegría, estaba teniendo una sobredosis de felicidad como si el aire estuviera hecho de confeti y fuegos artificiales. Pero lo que me acabó de estallar en la cabeza fue descubrir, al final de Main Street, el castillo más majestuoso, increíble y maravilloso que había visto jamás.

—El castillo de la Bella Durmiente… —balbuceé con la boca abierta.

La magia me recorría las venas sintiendo que la purpurina y los colores del arcoíris me inundaban, de mis ojos, enormemente abiertos, salían estrellas igual que en los dibujos animados y olvidé por completo cerrar la boca. El cuento de hadas era real, se había abierto el agujero bajo mis pies y, como Alicia, acababa de entrar en el país de las maravillas, de la fantasía y de los sueños más increíbles. Extendí la mano intentando tocar el palacio desde la distancia.

—Lo siento, princesa —la voz de Erik me hizo regresar—. En realidad, ese castillo es de Cenicienta, así que te quedas sin palacio por esta vez.

Sonreía sin apartar la mirada de mí mientras me apretaba la mano emocionado y situaba la otra bajo mi barbilla para cerrar mi boca con suavidad. Erik estaba feliz.

—Sonríe, princesa, nos van a hacer una foto.

Lo miré sin entender qué me decía. A nuestro lado había aparecido Mickey Mouse vestido de esmoquin y con su sonrisa imborrable para besarme la mano como si fuera un caballero de la Edad Media. Una foto, despedida con un abrazo y a por otra foto. Era como estar y no estar a la vez, como si todo aquello le estuviera pasando a otra persona y yo lo observara a la vez que lo sentía. Quizás estaba en *shock*, no estaba segura, pero lo que sí sabía era que pocas veces en la vida me había sentido tan abrumada y feliz al mismo tiempo. Aquel lugar olía a dulce, a caramelo, a chocolate, a algodón de azúcar rosa… como el que nos compraban mis padres de pequeñas a Ana y a mí cuando íbamos a la feria. Y también olía a palomitas recién hechas, a manzana de caramelo, a helado y a barbacoa.

—¿Qué te parece la sorpresa, amor?

Seguía mirándome con sus dos perlas azules rebosantes de emoción.

—Creo… Creo que mi cara lo dice todo. —Me alcé sobre la punta de los pies y le di un gran beso—. Es la sorpresa más increíble, más maravillosa y espectacular que me han dado en toda mi vida, es imposible que me guste más.

Me abrazó y me susurró al oído un «te adoro» que me hizo temblar el corazón.

Un redoble de tambores precedió a una orquesta uniformada con casacas rojas, botones y chorreras doradas y pantalones blancos. Un

alto sombrero blanco con franja roja y pluma blanca completaba el uniforme. La banda interpretaba la música Disney más famosa con viento y percusión para animar todavía más la vida dentro del parque. Decidimos pasear mientras Erik me descubría los diferentes escenarios del parque e intentábamos encontrar al mayor número de personajes posibles para que nos firmaran autógrafos. Volvía a ser una niña haciéndome fotos con Goofy, Mickey, Minnie, Donald, Daisy, Chip y Chop, Pluto... Y todas las princesas habidas y por haber, desde Blancanieves, Cenicienta y Aurora a otras más modernas como Ariel, Bella, Jasmine y la todavía desconocida Mulan, que ese mismo año llegaría a los cines y estaba en plena presentación pública de su historia. Todas estaban acompañadas de sus príncipes, que allí se convertían en simples comparsas a pesar de que en los cuentos eran imprescindibles para que las princesas fueran felices, aunque se rumoreaba que Mulan iba a cambiar ese tópico.

Erik hacía fotos de todo. En realidad, me hacía fotos con todo sin dejar de reír ante mi cara de sorpresa, por los abrazos que daba a los personajes o haciendo cualquier locura que se me pasara por la cabeza, como decirle a Minnie Mouse que yo era su mayor fan. Su felicidad era contagiosa y la mía me desbordaba. El corazón me latía a mil por hora y, a diferencia de lo que me ocurría meses atrás, no era una señal de ansiedad, sino todo lo contrario.

Poco después del mediodía hicimos un parón para comer en uno de los restaurantes. Erik aprovechó para explicarme que había estado allí en multitud de ocasiones, sin ser capaz de recordar cuántas. Sus padres los llevaban casi cada año mientras eran pequeños y crecían a medida que se atrevían a subir en una nueva atracción pensada para más mayores. Él había establecido aquel viaje casi como imprescindible durante las vacaciones ya que representaba unos días de desconexión que le cargaban de energía para el regreso a los estudios. Le gustaba tanto la magia que se respiraba allí que siguió viajando años después con su grupo de amigos para disfrutarlo de otra forma, desde la adrenalina disparada de la juventud que no conoce el miedo ni los límites. En aquella época, las montañas rusas como Space Mountain eran sus preferidas. Y en ese instante había querido vivir el parque de forma diferente, descubriéndomelo de la mano, sin la urgencia de la juventud ni la inocencia crédula de la infancia.

—Estar contigo es diferente y quiero vivirlo. Durante años he venido aquí con muchas personas, mi familia, mis amigos… y ahora

quiero disfrutarlo contigo. Algún día también vendré con mis hijos.

Me hizo un guiño y casi me atraganté con el agua. Enseguida se rio y quiso aclararlo.

—No te preocupes, no pienso tener hijos todavía.

—¿Piensas en hijos? —pregunté con sorpresa.

—No es que piense, pero sé que algún día vendrán, aunque no por el momento.

Se quedó pensativo durante un segundo y después continuó hablando sobre el tema.

—Me gustaría tener una niña… —mencionó—. No sé por qué, pero es algo que tengo en mente, aunque todavía no es el momento.

Entonces volvió a buscar algo más en su mente y añadió:

—Vega, siempre me ha gustado ese nombre.

Tosí. Al final el agua se me fue por el otro lado y tuve que toser. Mucho. ¿Hijos? ¿De verdad estábamos hablando de tener hijos tan pronto? Mi incidente con el agua consiguió dejar la conversación en el aire sobrevolando sobre nosotros, aunque sus comentarios me hicieron darme cuenta de que Erik iba tres pasos por delante de mí.

Salimos del restaurante y paseamos hacia el poblado medieval en el que la espada Excalibur esperaba anclada en una roca de la que solo el Rey Arturo conseguiría sacarla. Niños y niñas hacían fila para intentar extraerla con todas sus fuerzas mientras Erik los observaba, quizás buscando a Vega entre ellos. En realidad, en ningún momento había dicho que quisiera tener hijos conmigo, pero el hecho de que me confiara sus sueños, sus deseos, hacía que lo sintiera más cercano, más abierto a nuestra relación en la que un futuro juntos era posible. De hecho, yo no podía imaginar mi vida sin él.

—Me gusta mucho estar aquí contigo —dije.

Nos habíamos sentado en uno de los bancos de madera situados frente a la indestructible Excalibur a comer los helados que acabábamos de comprar en una *foodtruck*: chocolate y vainilla para mí, dulce de leche para él.

—Sé que todo esto es material e irreal y que es cosa de niños, pero aquí puedo tocar la felicidad con las manos. —No apartaba la mirada de un niño rubio de unos diez años que intentaba sacar la espada con todo su empeño—. Es un parque de atracciones, lo sé, pero no es uno más. Hay parte de mi infancia en cada rincón de este mundo y siento que sigue formando parte de mí, es parte de mi vida. Y ahora tú eres mi vida.

Se giró a mirarme. Mi helado se derretía al mismo tiempo que mi amor. Admiraba la facilidad que tenía para abrirme su corazón, para dejar al descubierto sus sentimientos sin temor a que los dañara. Era tan sincero que a veces me abrumaba por si no era capaz de estar a su altura, pero sí, lo estaba porque yo sentía exactamente lo mismo. Hubiera dado mi vida por detener el tiempo en aquel momento en el que, rodeados por una multitud, éramos las únicas personas del mundo. Me acerqué a besarlo y saborear el dulce de leche de sus labios mezclado con el chocolate de mi boca. Era delicioso. Jamás había imaginado que el amor podía ser tan intenso, tan pleno y a la vez tan fácil. Porque sí, porque él lo hacía todo fácil. Porque en sus brazos sabía que quería pasar a su lado todos los años de mi vida y de varias vidas más a las que incluso les sumaría otros mil años. Quería toda la eternidad para nosotros. Quería dulce de leche y chocolate juntos.

—Erik, eres muy especial para mí. Lo sabes, ¿verdad? —Asintió con la cabeza ladeada y una sonrisa que no desapareció mientras mordía su helado—. Nunca he sentido algo así por nadie y quiero pasar el resto de mi vida contigo. —La sonrisa le iluminó la mirada—. Pero, de momento, vamos a disfrutar del ahora, de este regalo tan maravilloso. Tenemos toda la vida para hacer planes —dije convencida de que teníamos el resto de la vida por delante.

A última hora de la tarde regresamos a Main Street para disfrutar del gran desfile de cierre de la jornada y nos sentamos en el suelo a esperar el inicio del espectáculo. El atardecer traía consigo una bajada de temperatura considerable y Erik sacó de la mochila el abrigo que me había comprado el día anterior.

—Ahora lo entiendes, ¿a que sí? —dijo con esa gran sonrisa que se dibujaba en el rostro cuando el tiempo le daba la razón. Asentí con la cabeza mientras agradecía en silencio su experiencia, su previsión y también su tozudez: si no hubiera sido por él, estaría congelada.

—Eres un cielo —contesté con un beso. Era imposible que me cansara de besarlo.

El volumen de la música subió y nos pusimos en pie, igual que hicieron el resto de las personas que esperaban, como nosotros, sentados en la acera mientras algunas comían bocadillos. Comenzó el desfile de cuentos de hadas transformados en carrozas. Princesas, luces de colores, música y coreografías para acrecentar la magia del momento. Sin embargo, la fantasía no acababa allí. Después de la

cena, el castillo de Cenicienta se convirtió en el escenario central del espectáculo más increíble que había visto hasta entonces: bailes, música, luces y fuegos artificiales pusieron la guinda al día más mágico de mi vida. Cuando salimos del parque era incapaz de soportar ni una emoción más. Pensar que por la mañana estaba en Miami y que en aquel momento iba camino del hotel después de estar en un mundo de fantasía me había dejado agotada. Tan agotada que me derrumbé en la cama y no escuché a Erik regresar de la ducha. Dormí tan profundamente que existió la posibilidad de que hubiera roncado en algún momento de la noche. Soñé con princesas y príncipes morenos. Uno de ellos me observaba con atención, pero nunca se atrevía a hablarme hasta que yo, la princesa con el pelo más largo de la historia, más largo y sedoso incluso que el de Rapunzel, me acerqué para darle el beso más apasionado.

Noté sus labios y creí que seguía soñando. Pero no. Erik me estaba besando. «Despierta, bella durmiente», me decía entre beso y beso. Sentía la calidez de su cuerpo a mi lado y comencé a notar cómo despertaba el mío. Mientras respondía a sus besos, anhelaba algo más. Abrí mi boca para recibir su lengua y morderla. Me gustaba morder su labio inferior, me apasionaba... Pero se separó de mí. Me quejé y escuché su risa. Todavía tenía los ojos cerrados.

—Princesa, ve a la ducha. Hueles a estar caminando todo el día sin parar. —dijo riendo—. Ahora mismo no sé si conseguirías que un príncipe se acercara a ti.

Abrí los ojos de par en par.

—¿En serio me estás diciendo que huelo mal?

Mi cara tuvo que ser un poema porque su risa se transformó en una gran carcajada. Así que me levanté y fui directa a la ducha intentado mantener la máxima dignidad y dándole la espalda para que no pudiera ver el rubor de mi rostro. Pero tenía razón. Por la noche solo había conseguido quitarme los vaqueros y había dormido con la camiseta que había llevado puesta todo el día. La ducha templada acabó de despertarme. Mientras me enjabonaba con un gel cítrico escuché a Erik cantar en la habitación, lo que me defraudó un poco al entender que no vendría a ducharse conmigo, así que me ordené no volver a quedarme dormida por la noche, aunque estuviera agotada. Tenía que ser capaz de cumplir mis expectativas para calmar el deseo que sentía al tenerlo tan cerca. Un rato después desayunábamos en el restaurante del hotel, una gran sala llena de mesas con un gran bufé

en el centro y con niños que no dejaban de correr entre las mesas a pesar de que sus padres los estuvieran llamando. Erik me explicaba que ese día lo pasaríamos en otro parque y que se nos iba a disparar la adrenalina. «Espero que te gusten las atracciones fuertes», me dijo después de dar un gran trago a su café. A mi mente llegaron imágenes de mi hermana llevándome de la mano a las montañas rusas más altas que había en los parques de atracciones a los que íbamos. Expliqué a Erik que Ana tenía la culpa de que sintiera pasión por las subidas y bajadas trepidantes, por los giros, las sacudidas, la velocidad y los segundos cabeza abajo que se hacían infinitos. Estaba tan ilusionada que di palmas como una niña pequeña.

—Entonces iremos a ver a Hulk. Te gustará. —Me guiñó un ojo—. Pero no comas mucho —añadió mirando mi plato de tostadas y fruta —. Quiero que el desayuno se quede en tu estómago.

Se volvió a reír.

—Tranquilo —contesté con mucha seguridad y uniéndome a su risa —. Mi estómago puede con esto y con más, ya lo verás.

El parque de atracciones de los Estudios Universal era igual que entrar en un gran plató de cine. Dejábamos de lado el mundo de fantasía de Disney y nos adentrábamos en escenarios de películas. En un momento estábamos paseando por las calles de Nueva York y, al girar la esquina, habíamos llegado al paseo de la fama de Hollywood o nos encontrábamos ante los escaparates de Rodeo Drive.

Erik cumplió su palabra y la primera atracción a la que me llevó fue Hulk, una de las mayores montañas rusas del mundo, de color verde como el protagonista de la película. Nada más sentarnos y bajar las protecciones, comencé a sentir la adrenalina y los nervios en el estómago. Entramos en un túnel ascendente y comenzó la cuenta atrás. Me agarré fuerte a las abrazaderas de las protecciones y Erik me sonrió antes de salir disparados hacia el cielo. Desde ese momento, ya no pude hacer otra cosa que gritar y gritar y sentir la velocidad y mi cuerpo girar, bajar, subir, desplazarse a derecha e izquierda, atravesar una zona de bruma y volver a girar y girar... Hasta llegar al final un minuto y medio después. Al bajar del vagón me sentía como si las sacudidas me hubieran sacado de mi cuerpo, como si caminara por inercia, sin sentir que los pies tocaban el suelo y sin tener ningún tipo de conciencia sobre lo que estaba haciendo. Mi cuerpo se movía, pero yo no lo controlaba, como si mi mente se hubiera quedado en la salida y todavía no hubiera encontrado el camino de regreso a mi cabeza.

Erik me miraba con preocupación mientras salíamos de la atracción y me agarraba por los hombros para evitar que cayera. Sabía que caminaba tambaleándome, así que existía esa posibilidad.

—Estás pálida, Elena. ¿Te encuentras bien?

Me paré y lo observé con la intención de centrarme en lo que sentía: el estómago revuelto a punto de salirse por la boca, el corazón acelerado, el bombeo de la sangre en la cabeza, mis pies dando pasos sin control... Estaba casi afónica por los gritos.

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —dije dando saltitos como una niña pequeña mientras me agarraba a sus brazos para no caer por la falta de equilibrio.

Me maravillaba aquella sensación de pérdida de control, de sacudida en todo el cuerpo, de sentir la cabeza en los pies y los pies en el cielo. Era adrenalina pura que me corría por la sangre a mil por hora. «Por favor, vamos a subir otra vez», le suplicaba haciendo pucheros con mi mejor cara de pena a la vez que juntaba las manos frente al pecho. Él, después de comprobar que me encontraba en perfecto estado, aceptó con una gran sonrisa y regresamos a la larga cola de la atracción.

—No dejas de sorprenderme, amor. —Me abrazó por la espalda envolviendo mi cuerpo con el suyo y besándome en la mejilla—. Va a ser un día largo, ya lo estoy viendo. Este parque está lleno de atracciones que te van a encantar.

Y así fue. La montaña rusa cubierta de Aerosmith con su música a todo volumen me volvió loca, y la Torre del Terror de The Twilight Zone, con el ascensor subiendo y bajando a velocidad de vértigo fue de nuevo un subidón de adrenalina. Supe que la sensación era más intensa por la oscuridad que había en aquellas atracciones que, al ser cubiertas, hacían imposible avanzarse a los giros, subidas, bajadas y sacudidas. Los recorridos eran todo un misterio, lo que hacía que la emoción ante lo desconocido se disparara. Por la tarde optamos por espectáculos y atracciones algo más relajadas, aunque no demasiado, y acabamos cenando en el Hard Rock Café. Al regresar al hotel, paseamos un rato por los alrededores con el objetivo de rebajar toda la comida que habíamos ingerido.

Cuando entramos en la habitación, fui directa a la ducha para quitarme el sudor y el agotamiento del día y después me metí bajo las sábanas con la firme decisión de mantenerme despierta, pero fue inútil. No tardé ni cinco segundos en dormirme. Por suerte, esta vez sí

sentí a Erik meterse en la cama y lo acepté cuando comenzó a besarme y a tocar mi cuerpo con sus suaves manos. Mi piel lo esperaba, mi mente seguía adormilada, pero toda yo quería sentirlo. Me besaba los labios, los ojos cerrados, los pómulos, los lóbulos de las orejas y el cuello hasta conseguir despertarme por completo. Mis manos acariciaban su espalda, sus brazos firmes, entrelazaba mis dedos con los suyos para dirigirlos a mis pechos. Y allí comenzó a pellizcar mis pezones, que respondían a sus movimientos como si tuvieran vida propia y le dieran la bienvenida. Comenzaba a gemir. Quería sentirlo dentro, pero él iba a ir más despacio. Seguía besándome la clavícula y se deslizó por un camino en el que sus labios encontraron mi pecho. Se recreó, lamió, chupó, mordió... Me volvía loca y lo sabía. Yo intentaba coger su pelo con mis manos, pero lo tenía tan corto que era imposible. Seguía lamiendo con deseo de mí, de mi jugo, de mi piel, de todo mi sabor mientras yo me abrazaba con fuerza a su espalda, arañando, sintiendo, gimiendo. Y él seguía recorriendo mi cuerpo con la boca hasta llegar a mi interior con su lengua. Sus movimientos se volvieron rápidos y precisos. Exploté de placer. Arqueé la espalda y me tapé la cara con la almohada para intentar aplacar el grito que salió de mi interior sin control. Me sentía completa y absolutamente viva. Me miraba con deseo. El azul de sus ojos se había tornado profundo, pero me permitió unos segundos para recuperar el aliento antes de entrar en mí y comenzar los movimientos rítmicos que me volvían loca. Mis piernas se enroscaron en su cintura con la voluntad de no soltarlo nunca y el placer se volvió más intenso que el que acababa de sentir solo un momento antes. «Sigue, sigue», le decía mientras él me acariciaba la cara y los pechos sin dejar de moverse. Iba incrementando el ritmo y bajaba la cabeza para volver a morderme un pezón. ¡Dios, cómo deseaba a ese hombre! Me hacía enloquecer. Conseguía que cada día quisiera más de él a la vez que lo deseaba de forma más intensa. ¿Era posible sentir así? ¿Sentir tanta felicidad? ¿Tanto amor? Estalló dentro de mí y volvió a hacerme enloquecer de placer. Ni toda la adrenalina del mundo podría conseguir que experimentara una mínima parte de la emoción que sentía en ese momento.

Se separó de mí y quedó rendido boca arriba estirado sobre la cama, a mi lado y con los brazos en cruz, uno sobre mi pecho. Nuestras respiraciones seguían agitadas. Necesitábamos recuperarnos. En mi interior comencé a sentir algo que debía dejar salir. Quizás era

por lo que acabábamos de vivir, por la conexión que había entre nosotros, por estar todo el día juntos o por la combinación de la adrenalina y el éxtasis, pero justo entonces supe que juntos podríamos llegar a ser invencibles. Que juntos podríamos con todo. Que juntos podríamos superar todos los desafíos de la vida. Me giré hacia él y le susurré al oído:

—Te quiero hasta el infinito.

Me miró muy serio mientras me retiraba un mechón del rostro.

—Te amo como nunca he amado a nadie —contestó.

Nos miramos sintiendo que con aquellas palabras poníamos el mundo a nuestros pies. No necesitábamos nada más que tenernos el uno al otro para saber que podríamos con todo, que nada acabaría con nosotros…

Qué equivocada estaba.

Aquella noche dormimos abrazados, disfrutando de la calidez de nuestros cuerpos desnudos. Soñé que estábamos en nuestra playa de Samaná. Era de noche y Erik quería que nos diéramos un baño en las aguas tranquilas bajo las estrellas infinitas, pero a mí no me apetecía mojarme, así que me quedé en la orilla observándolo mientras se adentraba en el mar. Un instante después desapareció bajo el agua y volvió a salir agitando los brazos. Me pedía ayuda a gritos, se estaba ahogando. Yo quería correr hacia él, pero mis pies estaban hundidos en la arena y era imposible moverme. No conseguía avanzar. No podía llegar al agua... y él desapareció. Grité. Grité como nunca antes lo había hecho con su nombre en mi garganta.

Y de repente escuché el mío. Mi propio nombre pronunciado por su cálida voz, pidiéndome que despertara.

Erik agarró mis brazos y me zarandeó con suavidad hasta que consiguió que regresara de mi pesadilla. Al despertar, lo vi borroso a mi lado y me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Me abracé desesperada a él y hundí la cabeza en su pecho. Mi llanto se hizo más intenso, desconsolado. Le dije que estaba bien sin poder detener las lágrimas. «Estás conmigo ahora», contestó él y no dejó de repetirlo mientras me abrazaba fuerte y yo me aferraba para no soltarlo, como si el mar pudiera venir y arrancarlo de mi lado. Él me cogía la cara intentando que lo mirara a los ojos para que me calmara.

—Estoy bien, Elena. Estoy aquí contigo. Estoy bien. —Me miró muy preocupado mientras me hablaba y me besaba para que pudiera sentirlo.

—No salías del agua y yo… yo no podía ayudarte —intenté explicarle entre lágrimas y mocos.

Me consoló de nuevo con un susurro.

—Ya está, ya pasó, amor. Ha sido una pesadilla.

No me soltaba la cara. Me obligaba a mirarlo a los ojos para que comprobara que estaba bien, que solo había sido un mal sueño.

—No me dejes, Erik. No me dejes nunca.

Volví a hundir mi cabeza en su pecho buscando refugio, intentando interiorizar su olor dulce, queriendo sentir el latido de su corazón para convencerme de que estaba vivo. Todavía sollozaba, pero poco a poco me iba calmando. No quería separarme de él. Consiguió alcanzar un pañuelo de la mesita de noche y me lo dio para que me pudiera limpiar la cara mientras seguía abrazándome fuerte. Quería reconfortarme, que me sintiera segura y demostrarme que estaba bien, que estaba a mi lado.

—Estoy bien, Elena. Estamos bien. Todo está bien, amor. —Me besaba la frente mientras seguía calmándome—. Vamos, que hoy es el último día en el país de la fantasía y debes estar bellísima para ver si por fin encuentras a tu príncipe. —Consiguió hacerme sonreír—. Esta mañana acabaremos de descubrir Disney y por la tarde iremos a Epcot a hacer una cena de infarto: nada de *pizzas*, hamburguesas ni barbacoa. Esta noche cenarás en el lugar que más te guste del mundo. —Volvió a besarme en la frente.

Había conseguido calmarme. Todo estaba bien. Los dos estábamos bien. Lo miré suplicando con la mirada que me besara y después de hacerlo me obligó a ir a la ducha para acabar de tranquilizarme. Le agarré la mano y, sin decir palabra, lo llevé conmigo bajo el agua. Quería sentirlo, tenerlo a mi lado. Todavía necesitaba asegurarme que estaba bien. Con sus manos enjabonó todo mi cuerpo, con cuidado, con dulzura, con mucha suavidad. Me rozaba de forma delicada sin ejercer ninguna presión sobre mi piel. El agua caía sobre mi cabeza y salpicaba su cuerpo. Él seguía recorriendo mi cuerpo para hacerme sentir que estaba conmigo, a mi lado. En aquel momento no hicimos el amor, pero fue uno de los instantes de mi vida en los que sentí más amor. El suyo, el mío, el que sentíamos el uno por el otro. Había conseguido calmar mi mente, sacarme de una pesadilla horrible y volver por completo a la realidad con un corazón henchido de felicidad. Estaba a mi lado y estaba bien. No necesitaba nada más.

El día no había comenzado con buen pie, pero íbamos a conseguir

darle la vuelta porque era mi «no cumpleaños»: 28 de febrero. Estaba segura de que habría sido mucho más especial si aquel año hubiera sido bisiesto, porque, si hubiera existido el 29 de febrero, seguro que la celebración habría sido inolvidable. Sin embargo, como ya estaba acostumbrada a tener un cumpleaños diferente, decidí que sería igual de especial al celebrarlo por primera vez con Erik. Y así fue. Lo celebramos con risas, hamburguesas y algodón de azúcar rosa. En el parque me pusieron una corona de princesa en la cabeza y pasé el día sintiendo cómo los príncipes de los cuentos me besaban la mano cada vez que me veían. Nunca me había reído tanto como aquel día. Acabé con agujetas en la barriga y Erik me acompañaba en toda aquella locura con sus ojos claros llenos de alegría. Aquel fue uno de los mejores cumpleaños de mi vida. Y él hizo realidad su promesa de la mañana, como siempre hacía cuando se comprometía a algo. A media tarde volvimos a cambiar de parque y fuimos a Epcot, dedicado al futuro, a la tecnología y a las culturas del mundo. Visitamos atracciones que nos mostraban los robots que nos ayudarían a hacer las tareas de casa, algo que se veía muy lejano a finales de los 90, o diferentes artilugios sobre el espacio que nos anunciaban que en pocos años viviríamos en otros planetas. Pero lo que me sorprendió de verdad fue ver la gran cantidad de pabellones que había de diferentes países: con pocos pasos podíamos estar en Italia, Francia, Japón, Islandia, Marruecos… Era como revivir la Exposición Universal que había tenido lugar en Sevilla unos años antes, en 1992. Y, por supuesto, elegí dónde cenaríamos. Me encantaba el pescado ahumado, así que Noruega fue nuestro destino. Erik también era un apasionado de la gastronomía y le gustó que eligiéramos algo diferente a la tradicional pasta italiana o la comida china que tanto abundaba en la isla. Salmón, bacalao, arenques, caballa... Fue un verdadero placer degustar pescado después de un par de días a base de carne y *pizza* de Mickey Mouse, aunque el mejor momento fue cuando nos tumbamos sobre la hierba junto al lago central del parque a observar las estrellas.

Aquella noche llegamos temprano al hotel y, como no estábamos cansados, decidimos salir hacia Miami. Un viaje de tres horas de noche tendría su recompensa al día siguiente: podríamos dormir hasta bien entrada la mañana en el apartamento. Al llegar, nos dimos una ducha rápida y dormimos después de hacer el amor con pasión. No me cansaba de sentirlo, de escuchar cómo susurraba mi nombre entre gemidos, de que consiguiera erizarme todo el vello del cuerpo con un

leve roce de sus dedos, de saber que quería más y más de mí.

Quizás había dormido solo un par de horas, era extraño, pero el caso es que me desperté sobre las cinco de la mañana desvelada. Tenía a Erik a mi lado dormido profundamente, así que me levanté muy despacio intentando no hacer ruido para no despertarlo. Me hice un té bien caliente y salí con una manta sobre los hombros a la terraza. Cerré la puerta corredera para evitar que algún ruido externo pudiera molestar su sueño. Me senté en la silla con las piernas encogidas sobre el asiento, abrazando mis rodillas y cubriendo todo el cuerpo con la manta, esperando el amanecer de un nuevo día. Me perdí en la inmensidad de estrellas que adornaban el cielo sin luna, y en ese instante algo encajó dentro de mí. Me di cuenta de que estaba viviendo una nueva vida. Tan solo habían pasado cinco meses desde aquella primera visita a *The little beach* pero estaba inmersa en una realidad diferente, en una vida que no había imaginado ni planeado. Me sentía plena, en paz conmigo misma y con todo lo que estaba viviendo. Di un sorbo al té y comprendí que se estaba produciendo algún tipo de conexión con mi alma. No me faltaba nada, estaba completa: tenía amor, mucho amor de una persona que me respetaba; tenía un trabajo en el que me sentía realizada y tenía amigos y una familia que valían su peso en oro. La única pena era tener tan lejos a mis padres, a Ana y a la pequeña Dana, pero ellos siempre estaban conmigo. Así que no podía pedir más. Por fin era feliz. Por fin respiraba. En aquellos cinco meses había aprendido a escuchar a mi corazón por encima de mi mente, empeñada siempre en decirme que algo saldría mal, que no podía ser todo tan perfecto ni tan fácil. Había sido mi corazón el que había tomado las riendas para asegurarse de que soñara, de que viviera con libertad, para decirme que Erik era la persona que quería a mi lado. Mientras daba un sorbo al té, escuchaba la fuerza de los latidos que golpeaban contra mi pecho con vitalidad, con alegría. La sangre me bombeaba y me obligaba a centrarme en el presente, a olvidar los miedos futuros y los problemas del pasado. Mi corazón me estaba hablando y me decía que cada día junto a mi amor era un regalo al que no iba a renunciar. Con la mirada perdida en el cielo oscuro que comenzaba a clarear, seguía sosteniendo la taza con fuerza entre las manos para aferrarme de forma intensa a lo que me decía mi interior. Me sentía segura y eso, en cierta forma, me sorprendió después de haber tenido tantos miedos guardados. Supe en aquel instante que todos mis temores habían desaparecido sin darme

cuenta, sin ser consciente de ello. Acerqué de nuevo la taza a los labios para saborear el té y disfrutar de aquel momento tan dulce. El día despertaba y comenzaba a ver la luz sobre el mar que aparecía tras la silueta todavía oscura de una ciudad que seguía dormida. Era un nuevo amanecer, un nuevo despertar a la vida, a mi nueva vida que había comenzado pocos meses atrás con un beso espontáneo, atrevido y valiente.

De repente, unos brazos fuertes me abrazaron por la espalda. Cerré los ojos a la vez que dibujaba una profunda sonrisa de agradecimiento y sentí sus labios sobre el cabello.

—Buenos días, amor —susurró junto a mi oído.

Di gracias al cielo, al universo o no sabía bien a qué o a quién, por tener a mi lado al hombre más maravilloso del mundo. Sus manos se deslizaron bajo la manta y buscaron mi pecho. Me giré para besarlo.

…

Las sábanas habían acabado de nuevo en el suelo mientras nosotros seguíamos con la respiración agitada.

—Vamos. Quiero que me acompañes a un lugar especial antes de volver a casa —dijo Erik, girándose en la cama para mirarme con ternura.

Cuando salimos del apartamento era primera hora de la mañana, pero el sol ya se hacía notar. Desayunamos en una cafetería y después Erik entró en una floristería a comprar un ramo con media docena de rosas rojas.

—Para ti, princesa. Una rosa por cada mes que llevamos juntos —dijo ofreciéndomelas mientras me besaba la mejilla.

El aroma de las rosas era dulce y ácido a la vez. Mentalmente conté una por cada mes que había pasado desde el momento de nuestro primer beso, pero de eso hacía cinco meses, por lo que el ramo tenía una rosa de más.

—Lo entenderás enseguida, amor —dijo cuando se lo comenté de regreso al coche.

Después de pocos minutos circulando por la ciudad, llegamos a la entrada de un parque inmenso. Erik paró justo delante. Ante nosotros se extendía una explanada de césped de varios kilómetros, quizás hectáreas, con zonas arboladas que permitían resguardarse del intenso calor. Distinguí algunas encinas centenarias y otras variedades de

cipreses, además de grandes avenidas enmarcadas por palmeras de más de diez metros de altura con una majestuosidad imponente. El lugar era impresionante.

—Son palmeras reales —dijo al observar cómo me había detenido a mirarlas—. Son diferentes a las que tenemos en la isla.

El recinto era sobrecogedor. Había un gran silencio y se respiraba mucha paz, calma y sosiego, como si se hubiera creado para detener el tiempo y el ajetreo de la vida diaria. Entonces me fijé mejor y vi multitud de jarrones con flores repartidos por todo el césped. Comprendí que estábamos en un cementerio, uno muy diferente a los que había visto hasta entonces: sin nichos de hormigón ni lápidas de piedra verticales. Todas las sepulturas estaban bajo el suelo, rodeadas de vegetación bien cuidada, como si sus moradores hubieran sido devueltos a la tierra para dar vida a aquel magnífico espacio verde y natural. Caminábamos en silencio de la mano hasta que paramos ante dos lápidas. Elisabeth Graham y Michael Graham, fallecidos hacía ya casi diez años ella y poco después él.

—Son mis abuelos —dijo Erik.

Tenía una sonrisa triste y serena en el rostro. Entonces se acercó a mi ramo de flores para separar una de las rosas y la depositó con suavidad sobre la lápida de su abuela.

—Esta es para ella.

Permaneció unos segundos agachado acariciando la suave piedra de la losa y retirando algunas hojas que habían caído encima. Comenzó a hablar mientras pasaba los dedos por encima del nombre de su abuela.

—Mis abuelos eran muy especiales para mí. Desde pequeño, los tuve siempre a mi lado. Mi abuela fue la que me enseñó a valorar todas las oportunidades que nos da la vida. «Cada día es especial», me decía siempre. A nosotros jamás nos ha faltado de nada, pero ella me hizo comprender que eso nos crea una responsabilidad hacia las personas que tienen menos. ¿Sabes? —Se giró para mirarme mientras seguía en cuclillas—. De ella aprendí lo que es la solidaridad, porque nunca permitió que faltara un plato de comida en la mesa de nadie. Y me enseñó que todo se consigue con esfuerzo, que la suerte nos la creamos nosotros mismos. Y que, si ayudamos a los demás, la vida nos lo devuelve con intereses. «Mi niño, siempre debes tener voluntad y esforzarte cada día para conseguir tus sueños. Trabaja, trabaja mucho y lo lograrás», todavía puedo escuchar su voz —dijo con una suave sonrisa—. Todas las semanas, mi abuelo le regalaba una rosa roja, sus

favoritas. Llevaban más de sesenta años juntos y jamás escuché una mala palabra entre ellos. Seguían mirándose con amor cada día. Y cuando ella murió, él continuó trayendo aquí su rosa. —Volvió a mirarme con dulzura—. Ahora, cuando vengo a Miami, antes de volver a casa, siempre paso a dejarle una.

Se puso en pie y pasó un brazo por mi hombro.

—Me encantaba su *carrot cake*[42], era el mejor que he comido nunca. Le ponía por encima un queso en crema que estaba delicioso y al mío siempre le añadía bolitas crujientes de dulce de leche porque sabía que me gustaban mucho. No he vuelto a comer nada tan bueno. —Suspiró antes de continuar—: sigo echándoles mucho de menos.

Me besó en la cabeza y nos marchamos igual que habíamos llegado: de la mano y en silencio, aunque a mí me había dejado el corazón encogido.

---

42 Pastel de zanahoria (en inglés).

27
Maldito correo

Santo Domingo, marzo 1998

La vuelta a la normalidad después de las vacaciones fue extraña. Mi rutina en casa y en el trabajo se mantenía, pero deseaba estar con Erik todo el día. Me había acostumbrado a compartir con él las veinticuatro horas del día y verlo solo los fines de semana me sabía a poco, a muy poco. Intentaba no pensar en él, centrarme en el trabajo y en los temas que tenía entre manos, pero no lo conseguía. Mis niveles de concentración estaban bajo mínimos y aprovechaba algunos momentos en la redacción para enviar correos electrónicos a mi hermana para ponerla al día de todo. Al principio, no me acostumbraba a utilizar los *e-mails*. Me olvidaba de mirar la bandeja de entrada o alguno se quedaba guardado como borrador mientras estaba convencida de haberlo enviado. En realidad, era un poco desastre con la nueva tecnología, pero poco a poco la iba integrando como una herramienta más de trabajo.

Aquel día era viernes. No lo olvidaré nunca. Estaba sentada en mi escritorio tecleando palabras sin sentido esperando a que me llegara la inspiración para escribir sobre las últimas tendencias en decoración de interiores cuando mis compañeros de redacción comenzaron a girarse de forma disimulada a observarme. Al principio no le di importancia, pero cuando vi que cuchicheaban unos con otros mientras me lanzaban miradas de odio, me preocupé. Me acerqué a Hugo que, sentado a mi lado estaba concentrado en su texto, y le tiré de la camiseta para que me prestara atención.

—¿Qué está pasando? —pregunté señalando con la mirada al resto de compañeros.

—¿Qué está pasando de qué?

—¿No te das cuenta de que todos me están mirando mal?

Hugo observó la redacción.

—¿Pasa algo? —preguntó en voz alta.

Nadie contestó. Todos se giraron hacia sus ordenadores y simularon que volvían al trabajo, aunque seguían hablando en susurros. El ambiente allí dentro se había vuelto tenso, muy tenso.

De repente sonó el teléfono de mi mesa. Era Marisa.

—Elena, ven a mi despacho ahora mismo, por favor.

Entré preocupada por el tono de voz que había utilizado: era la primera vez que se mostraba tan seria conmigo. Cuando la vi sentada tras su mesa, su boca era una fina línea dibujada en el rostro. Me indicó con la mano que me sentara y me tendió una hoja impresa.

—¿Puedes explicarme esto, Elena?

Comencé a leer el papel:

> *Querida, Ana. Estoy que me subo por las paredes, ya no aguanto más. Me tienen en esta mierda de trabajo escribiendo sobre uñas, faldas y cortes de pelo. ¿Qué se han pensado? ¿Que estudié Periodismo en España para venir a este país de necios y escribir sobre pintalabios? Esta gente se ha creído que me van a tener así un año, pero ni loca. O me dan temas serios o los mando a tomar viento. Te lo digo de verdad, Ana. No aguanto ni un día más en este país de locos. No saben ni escribir un titular, ni utilizar los verbos y de las preposiciones ni te hablo, creo que no saben ni que existen. Estoy convencida de que les regalan la carrera. Te digo que escriben peor que los niños de diez años, ni te lo imaginas. No sé de qué sirve haber estudiado tanto para acabar aquí, en el culo del mundo. Estoy deseando volver a casa. Os echo mucho de menos. Un beso para papá, mamá y otro para ti, tata. Os quiero. Elena.*

Volví a leerlo con los ojos abiertos como platos. ¿Se suponía que ese correo electrónico lo había enviado yo? Palidecí mientras en mi interior me gritaba a mí misma buscando una explicación a la aparición de ese correo.

Alcé la vista y descubrí que Marisa seguía con cara de pocos amigos.

—¿Y? —se impacientó—. Estoy esperando una respuesta.

Se había reclinado sobre su silla y cruzaba los dedos sobre su vientre con los pulgares luchando uno contra otro. Era mala señal, muy mala señal.

—Marisa… —No me salían las palabras—. Te prometo, te juro, que yo no he escrito esto.

Me temblaba la mano cuando dejé el papel sobre la mesa y no pude

evitar que se me saltaran las lágrimas ante la impotencia y la rabia que sentía. Ella alzó la palma de la mano para evitar que siguiera hablando.

—Elena, te hemos dado una oportunidad, hemos confiado en ti y esto es lo que piensas —señaló.

Se inclinó hacia delante y me atravesó con la mirada antes de continuar.

—Te aseguro que no lo entiendo, creía que estabas a gusto aquí. Me has engañado muy bien.

Vi un brillo en sus ojos de pena o decepción. No sabía muy bien cómo definirlo, pero nunca la había visto así antes.

—Pero, Marisa, de verdad que no he escrito esto. —No podía detener las lágrimas y me temblaba la voz—. No sé de dónde ha salido. No pienso nada de lo que pone. Estoy feliz aquí.

Volvió a hacerme callar alzando de nuevo la mano y negando con la cabeza.

—¿Es esa tu dirección de correo?

Asentí con la cabeza.

—¿Y esa la dirección de tu hermana? —preguntó y yo volví a asentir—. Esto es muy grave, Elena. Y, además, no sé cómo lo has hecho, pero ha llegado a todo el personal de la casa, incluido el presidente de la editorial.

Quería morirme allí mismo. Entonces comprendí las caras de odio que acababa de ver entre mis compañeros.

—Marisa, te juro que no sé…

Me interrumpió para que no siguiera hablando.

—El presidente ya me ha pedido que te bote[43]. Si lo que quieres es marcharte a casa, te puedes ir hoy mismo. Pásate por Recursos Humanos para firmar la finalización del contrato.

Marisa había cruzado las manos sobre la mesa y las apretaba con fuerza, sus nudillos estaban blancos. Seguía con la expresión muy seria, aunque pude ver un destello de pena tras pronunciar sus últimas palabras.

Yo me levanté de la silla sin dejar de llorar y apoyé las manos en su mesa casi rogando.

—¡No, Marisa! ¡Por favor! ¡Te juro que yo no he escrito esto!

—Elena, por favor, sal de mi despacho —concluyó señalando la puerta y bajando la mirada.

Salí despavorida hacia el baño a llorar. No entendía nada de lo que

estaba pasando. Era cierto que no me llevaba bien con la tecnología, pero nunca, jamás, había escrito ese correo electrónico. Sin embargo, en aquel momento no podía pensar. Me dolía mucho la cabeza, sentía la tensión golpeando con fuerza y me costaba respirar, tenía que agarrarme al lavamanos para no caer derrumbada. No me atrevía a volver a la redacción porque todos habían leído aquel maldito texto que se suponía que había escrito. Pero en mi mesa estaban las llaves de casa, así que tenía que ir a por el bolso. Me miré al espejo y respiré intentando recuperar algo la calma. Me lavé la cara con agua bien fría y me tomé unos minutos para serenarme, aunque resultó imposible. Con la mayor vergüenza que había sentido en mi vida, volví a la redacción con la vista clavada en el suelo y cogí mis cosas sin mirar a nadie, ni siquiera a Hugo. Estaba convencida de que seguía enfrascado en su reportaje. Después corrí hasta casa mientras regresaban las lágrimas y lo único que se me ocurrió fue llamar a Erik, que no pudo entender nada de lo que le decía entre el llanto, los hipidos, los mocos y la falta de aire. Poco a poco consiguió tranquilizarme y pude explicarle lo que acababa de pasar.

—¿Pero has escrito esa vaina, Elena? —dijo con mucha incredulidad.

—¡No! ¡Claro que no! ¿Cómo voy a escribir eso si estoy encantada con mi trabajo? —Las lágrimas regresaron según lo decía.

—Está bien. Está bien. Cálmate. Averiguaremos qué ha pasado, amor.

En ese momento Hugo entró en mi habitación de golpe, sin llamar y vino directo a abrazarme sin importarle que estuviera al teléfono.

—Elena, ¿qué ha pasado? No entiendo nada —dijo sin soltarme.

Rompí a llorar de nuevo. Estaba temblando en sus brazos mientras escuchaba a Erik llamándome desde el otro lado del teléfono y Hugo no dejaba de decir que era imposible que me hubieran echado. No podía más. La tierra se rompía bajo mis pies y estaba cayendo al vacío. Me derrumbé en la cama sin fuerzas y hundí la cara en la almohada. Solo podía pensar que me acababa de quedar sin nada, todo por lo que había luchado tanto, por lo que me había esforzado, por lo que había trabajado desde que había llegado acababa de desaparecer ante mis ojos. Nada, no me quedaba nada. «Me han echado. Me han echado», no dejaba de repetir lo mismo rota de dolor y con la cara empapada por las lágrimas. Hugo me dejó en la habitación y fue a prepararme un tila mientras hablaba con Erik por

teléfono, que llegó a casa un par de horas después. Había corrido mucho por el camino. Cuando llegó, nos instalamos todos en el salón para analizar la situación y Bettany decía con mucha indignación que no creía ni una palabra de aquel mensaje, que era imposible que alguien que me conociera pudiera pensar que aquello lo había escrito yo. Se esforzaba por infundirme un ánimo que yo no encontraba por ningún lado. Les expliqué que las últimas semanas había enviado varios correos a mi hermana y que la despedida siempre era igual, la misma que había en aquel correo electrónico, pero el resto del mensaje no era mío.

—Averiguaremos qué ha pasado, amor, no te preocupes —decía Erik mientras me abrazaba en el sofá.

—¿Cómo no me voy a preocupar si me han echado del trabajo? ¡No tengo trabajo! He venido a este país a trabajar, a ser periodista y ahora no soy nada. —Ya no gritaba. Estaba completamente hundida.

—No digas eso, Elena —contestó Hugo sentado en el sillón orejero —. Eres una gran periodista. Aquí hay algo más y lo averiguaremos. Hablaré con Marisa, tiene que entender que todo esto es un gran error.

—Amor, de momento te vienes conmigo a Samaná unos días. Te prometo que no va a quedar así.

Erik me agarraba de los hombros para que lo mirara mientras me hablaba, pero yo lo veía borroso por las lágrimas que seguían inundándome.

Hugo y Bettany miraron a Erik asintiendo con la cabeza. Sentada en aquel sofá tan horroroso veía cómo las personas que me quería tomaban decisiones por mí, porque yo me sentía incapaz de pensar. Solo quería llorar hasta desaparecer de la faz de la Tierra y eso fue justo lo que hice casi todo el fin de semana: llorar y llorar en la habitación de Erik por haber perdido mi sueño. La Elena *súper* periodista había acabado fulminada por un rayo.

Erik se encargó de traerme comida y agua a la habitación. No quería salir, no quería que nadie me viera y me señalara con el dedo: «La tonta que ha perdido su trabajo porque no le gusta el país que la ha recibido con los brazos abiertos», pensaba que dirían al verme. Había entrado en una espiral de derrota de la que no conseguía salir y cada pensamiento nuevo era peor que el anterior. Entre llanto y llanto me dormía y despertaba sobresaltada, reviviendo una y otra vez el momento de la despedida de Marisa. Y gritaba. Gritaba diciendo que era mentira, que yo no había escrito aquel maldito correo electrónico.

El tercer día en *The little beach* se me agotaron las lágrimas.

Agarré una toalla de la habitación y caminé hasta la playa para darme un baño. Necesitaba sentir el agua del mar, sumergirme en ella, que me cubriera por completo para poder sanar o quizás solo para que mis pensamientos dejaran de dar vueltas y se pusieran en orden. Sabía que Erik estaría pendiente de mí.

Estando bajo el agua pensé que sería muy fácil seguir allí hundida, derrotada, vencida por un sinsentido que daba por finalizado mi sueño y todas mis esperanzas. Fácil. Demasiado fácil. Estaba obligada a regresar a casa antes de lo previsto porque había perdido mi forma de vida, mi futuro. ¿Y qué pasaría con Erik? ¿Estaría dispuesto a venir conmigo? ¿Aquello era también nuestro final?

Sentí que mis pulmones necesitaban aire. Bajo el agua los pensamientos se hacían muy pesados y me arrastraban al fondo. «No», pensé. «No voy a darme por vencida sin luchar».

Salí del agua con un impulso para tomar una gran bocanada de aire. Igual que meses atrás, aquel mar acababa de darme la fuerza que necesitaba. Al llegar a la isla me había hecho sentir libre y poderosa, capaz de decidir sobre mi propia vida. En ese momento, al emerger de la calidez que me cubría, supe que no permitiría que me derrotara una mentira. No había viajado ocho mil kilómetros dejando mi vida atrás para que alguien se encargara de destruirlo todo con unas pocas líneas. ¿Quién era yo? ¿La misma Elena que tiempo atrás huyó creyendo que era la mejor salida? No, ya no era aquella persona. La nueva Elena miraba de frente, encaraba las dificultades y buscaba solución a los problemas, o por lo menos lo intentaba. Estaba bien haberme sentido derrotada y abatida; al fin y al cabo, era humana y me había visto superada por una situación inesperada. Pero aquello no iba a acabar conmigo. No permitiría que mi nueva vida, mi sueño, mi trabajo y mis esperanzas se perdieran entre unas palabras que no eran más que mentiras.

Dejé que mi cuerpo flotara sobre el agua permitiendo la caricia del mar y del sol sobre mi piel mientras seguía dando vueltas a la forma en la que iba a solucionar aquella situación. Sin duda, lo primero era llamar a Ana para comprobar si había recibido el correo y lo segundo sería volver a hablar con Marisa. Ella me conocía y seguro que acabaría entendiendo la situación. Jamás le había fallado y ella siempre había confiado en mí, así que me convencí de que en aquella ocasión no sería diferente.

Me incorporé permitiendo que el cabello mojado cayera sobre la espalda y salí del agua despacio, como si estuviera integrando la fuerza que me acababa de dar. Nunca agradecería lo suficiente a aquel mar todo lo que estaba haciendo por mí.

Cuando salí del agua, Erik me esperaba en una de las hamacas.

—Amor, ¿estás mejor?

Asentí con la cabeza con mucha convicción, tanta que alzó las cejas sorprendido por mi gesto firme. Me envolvió en una toalla. Estábamos de pie uno frente a otro y me abrazó con mucho cariño, como si fuera una muñeca de porcelana que se pudiera romper en cualquier momento, ya que en realidad acababa de pasar tres días rota. Y sentí que tenía que solucionar aquella situación. No quería que él se preocupara por cada uno de mis problemas, así que le pedí que nos sentáramos para hablar:

—He pensado que voy a volver a hablar con Marisa —dije.

Él asintió, aunque vi la preocupación reflejada en su rostro.

—Tranquilo. Sé que me creerá. Ella me conoce y, cuando me echó, pude ver tristeza en sus ojos. Estoy convencida de que sabe que no he sido yo y que no entiende qué está pasando.

—Me parece bien, amor. Conozco a Marisa desde hace mucho tiempo y es una mujer muy coherente, no suele juzgar a nadie a primera vista y sé que te aprecia mucho.

Sonreí por el cumplido.

—Todavía no sé cómo demostrarlo, pero encontraré la manera de que todos sepan que yo no escribí ese maldito correo —dije con rotundidad.

—Quizás pueda echarte una mano.

Entonces fui yo quien lo miró con curiosidad.

Con el murmullo del mar de fondo, me explicó que desde el viernes por la noche había estado trabajando con Julio, el responsable informático del hotel, para intentar descubrir qué había podido pasar. Sabían que el mensaje había salido de mi bandeja de correo, pero mi hermana nunca lo había recibido. Así que me dijo que era muy extraño que hubiera llegado a todo el personal de la editorial, teniendo en cuenta que en mi correo no estaban las direcciones de mis compañeros y, mucho menos, del presidente de la empresa. Lo miré con atención intentando atar cabos, pero no se me ocurría nada.

—Amor, alguien te ha hackeado la cuenta de correo para enviar el mensaje.

—Pero ¿por qué? —pregunté sin entender nada.

—Eso no lo sé —dijo acariciándome el cabello mojado—. Julio sigue buscando.

Me abrazó y sentí su confort. Era un primer paso: habían entrado en mi cuenta, así que quizás podría demostrar que todo era un montaje y conseguiría volver al trabajo… Pero ¿por qué? ¿Quién me haría algo así? ¿Quién querría que perdiera el trabajo y me quedara sin nada? Porque sin trabajo se acababa mi vida allí. Sin trabajo tendría que regresar a casa.

—¡Regresar a casa! —grité sobresaltando a Erik—. Ya sé quién ha sido.

Me miró con curiosidad.

—¿No lo ves? ¿Quién querría que volviera a casa? Víctor. Ha tenido que ser Víctor —dije agarrándole las manos para que me prestara toda su atención.

Me sentía emocionada por descubrir al culpable. Y también muy, muy enfadada.

—Es posible, pero no lo sabemos, amor.

—Sí, Erik, ha sido él. Me dijo que volvería a casa.

Estaba tan convencida que hubiera metido ambas manos en el fuego sin miedo a quemarme.

—Pero también me explicaste que se marchó triste cuando vino a verte. Y desde entonces no has vuelto a saber nada de él.

Tenía razón. Si lo pensaba bien, había algo que no acababa de encajar.

—Si te parece, amor, te acompaño a la capital a hablar con Marisa y le explicas lo que hemos averiguado.

Marisa. Siendo sincera, me daba pavor volver a verla, aunque quería enfrentarla con toda la fortaleza que acababa de recuperar. El viernes me había pillado por sorpresa y la única reacción había sido la vergüenza y la derrota, pero ahora sabía que la razón y la verdad estaban de mi parte y me sentía con el coraje suficiente para hablar con ella y convencerla de que todo aquello era un gran error.

---

43 Botar es echar en dominicano.

28
Apilando ropa

Santo Domingo, marzo 1998

La charla con Marisa no fue como la había planificado en mi mente. De entrada, estaba distante, hermética y muy dolida conmigo. Sentada en su silla tras la mesa y con los brazos cruzados, escuchaba en silencio las explicaciones que tanto Erik como yo intentábamos darle, pero su rictus serio, los labios apretados y los ojos alargados me daban a entender que nada de lo que hacíamos servía para que cambiara de opinión.

No comprendía que alguien hubiera querido suplantar mi identidad ni crear todo el conflicto sin ninguna razón. Y, en realidad, a mí también me costaba encontrar los argumentos que lo justificaran. Seguía sin entender que alguien quisiera hacerme tanto daño.

Ni siquiera Erik fue capaz de convencerla. Así que salimos de la editorial bastante derrotados, sin saber cuál debía ser el siguiente paso que debíamos dar para solucionar todo aquel embrollo.

Caminábamos lento hacia casa, cogidos de la mano y en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Al llegar a mi habitación, nos sentamos en la cama sin decir una palabra.

Miraba a Erik sin verlo en realidad, con la vista perdida en él, pero sin enfocar. Él negaba con la cabeza de vez en cuando y yo sabía que seguía cavilando, dando vueltas, intentando encontrar la solución. Pero no la había. Lo entendí en aquel momento y agarré sus manos para hablarle con toda la franqueza.

—No hay nada que hacer. Se ha acabado, Erik. Ya no tengo trabajo en la isla y mi única opción es regresar a casa.

Sus ojos se abrieron como platos y me apretó las manos mientras negaba intensamente con la cabeza.

—No… —comenzó a decir, pero lo interrumpí poniendo el dedo

índice sobre sus labios.

—Estoy bien, Erik. He comprendido que mi momento aquí ha acabado. He hecho todo lo que tenía que hacer: trabajar, disfrutar de la vida y conocerme infinitamente mejor. Es el momento de regresar.

—¿Y dónde quedo yo en esa lista, Elena? —preguntó con mucho dolor en sus palabras.

Comprendí el daño que acababa de causarle. No lo había mencionado entre todo lo que me había aportado la isla.

—¿He sido un simple entretenimiento para ti? ¿Eres capaz de volver a casa sin mirar atrás? —Me soltó las manos y se levantó de la cama para caminar en círculo por la habitación.

—No, Erik. No quería decir eso. Simplemente es que no veo otra salida que regresar a casa. Si no tengo trabajo, no puedo quedarme aquí.

—Está bien. Si has decidido que te marchas y te das por vencida, creo que no has aprendido tanto como piensas.

Sentí sus palabras como un puñal que me atravesaba y noté cómo las lágrimas volvían a asomarse a mis ojos amenazando con derramarse. Ahí estaba la solución: el daño nos permitiría alejarnos. Si le daba a entender que no me importaba, podría dejarle seguir adelante a pesar de que me odiara y que yo muriera por dentro al decirle una mentira tan enorme, pero decidí que sería lo mejor para cerrar todas las puertas y volver a casa.

—Quizás solo has sido eso, Erik, un entretenimiento —susurré las palabras porque no podía decirlas con fuerza ni convicción.

Sin embargo, él las asumió como verdaderas y salió de la habitación sin mirar atrás y dejando la puerta abierta. Me acerqué a la ventana para ver cómo se alejaba, cómo subía al coche y salía para siempre de mi vida. Acababa de romper con el último cabo que me ataba a la isla. Era el momento de volver a casa, de acabar el sueño que había vivido y de romperme por completo. De nuevo estaba huyendo. Sí, Erik tenía razón: quizás no había aprendido nada.

Me levanté y abrí el armario para comenzar a apilar la ropa sobre la cama. En silencio, las lágrimas brotaban y corrían por mis mejillas mientras solo podía pensar en que todo aquello acababa allí, en que mi historia, mi aventura, acababa de encontrar el punto final. Saqué la maleta y comencé a organizar camisetas, pantalones y vestidos… lo que fuera con tal de centrar mi cabeza en algo mecánico, pero me resultaba imposible dejar de llorar.

Escuché llegar a Hugo y Bettany y me reuní con ellos en el salón para darles la noticia: todo había acabado. Al día siguiente me acercaría a la sucursal de la compañía aérea a comprar el primer vuelo con destino Madrid, sin importar el precio, solo quería salir de la isla cuanto antes. Ellos me abrazaron y me pidieron que reflexionara. Decían que no era el momento de dejarme llevar por impulsos y que mi vida estaba allí, con ellos y con Erik. Estaban convencidos que encontraría otro trabajo, pero no tenían tan claro que encontrara a otra persona que me quisiera tanto.

—Estáis hechos el uno para el otro, Elena —dijo Hugo mientras cenábamos, a pesar de que yo no podía llevarme nada a la boca.

Hacía rato que las lágrimas se habían detenido, pero me dolía tanto el corazón que lo sentía roto en pedacitos pequeños. Sabía que Hugo tenía razón, pero romper con Erik era lo único que me permitiría regresar a casa.

Mientras hablábamos, sonó el timbre. Nos miramos intrigados y me levanté a abrir la puerta. La sorpresa fue mayúscula al encontrar a mi primo Ron llevando a Erik apoyado con un brazo sobre su hombro y con el otro sosteniéndole por la cintura. No se aguantaba de pie.

—Tu novio se ha pasado con las cervezas, prima —dijo Ron entrando en casa y dejando caer a Erik desmadejado sobre el sofá.

—¿Está borracho? —dije sin salir de mi asombro.

Era la primera vez que lo veía así. Erik no dejaba de decir que estaba bien, pedía a Ron que le devolviera las llaves del coche para ir a casa.

—¿Qué ha pasado, Ron? —pregunté a mi primo sentándome junto a Erik mientras Ron se acercaba a la cocina a por un vaso de agua.

Después de saciar su sed, se sentó en la mesa junto a Bettany y nos explicó que Erik había ido al salón de mi tío a buscarlo para hablar con él. Le dijo que yo había roto la relación y que no entendía nada, que lo había utilizado.

—Elena, no dejaba de decir que has sido la persona que más le ha dolido —dijo mi primo.

Miré a Erik con mucha pena, sintiéndome la peor persona del mundo por causar daño a alguien que me quería tanto y que siempre me había apoyado. Le aparté el cabello de la frente y no pude evitar una sonrisa al ver cómo se había dormido sentado.

—Prepararé un café bien cargado para que se le pase —dije.

Mientras, Ron siguió explicando que lo había llevado a tomar un

trago para que se tranquilizara, pero que se pasó con las cervezas y pensó que lo mejor era traerlo a nuestra casa.

—Has hecho bien, Ron —dijo Hugo.

Nos costó mucho esfuerzo que Erik tomara el café, pero entre Ron y yo logramos aguantarle la cabeza para que no lo vomitara. Poco a poco espabiló, pero se puso muy nervioso al comprender dónde estaba, tenía claro que no quería volver a verme. Sin embargo, Ron, después de haber escuchado toda la historia, se encargó de tranquilizarlo y evitar que se marchara en coche hacia Samaná.

—Esta noche tendrás que pasarla aquí, amigo —dijo Ron a Erik, que seguía desparramado en el sofá—. Lo mejor sería que te dieras una ducha y después hablaras con Elena. Creo que tenéis que aclarar esto, porque los dos os queréis y los dos seréis igual de tontos si termináis.

Me sonrojé al mirar a mi primo desde la silla en la que estaba sentada frente a ellos, que seguían en el sofá y no pude apartar la mirada de Erik al ver que alzaba el rostro para buscarme. Ron tenía razón: nos queríamos tanto que seríamos tontos si todo acababa ese día. Me levanté y acerqué la mano a Erik para que me agarrara y me acompañara a la habitación a darse una ducha que acabara de despejarlo. Hugo y Bettany se marcharon a su habitación y mi primo se despidió de nosotros.

—De verdad, *man*, no seas *mamagüevos* —dijo Ron con una sonrisa a Erik—. Ella te quiere de verdad.

En la habitación, mientras Erik se duchaba, yo no podía apartar la vista de las pilas de ropa que había hecho junto a la maleta, lo tenía todo casi listo para partir. No escuché que el agua había dejado de caer, pero noté que Erik se acercaba hasta mí y me abrazó por la espalda. Al sentir el abrigo de su abrazo comencé a temblar y no pude contener más el silencio que me atormentaba ni las lágrimas que regresaban.

—No quiero irme, Erik, pero es que no veo otra solución.

Él me giró y con delicadeza pasó sus pulgares por mis mejillas para enjugar mis lágrimas. Después me dio un suave beso en los labios.

—No tiene que ser el final, amor. Si es por el trabajo, podemos encontrar otro. Pero si de verdad quieres regresar a España, dilo claro. No me voy a interponer en tu camino.

Alcé el rostro para mirarlo fijamente y negué con la cabeza.

—Claro que no quiero irme. No quiero despedirme de ti, no quiero

que esto acabe. No quiero volver a huir.

—¿Sabes que me has hecho mucho daño? —dijo sin dejar de mirarme.

—No entiendo cómo has creído lo que te he dicho. ¿De verdad piensas que no te quiero? —volví a susurrar.

—Claro que no, amor. Pero era lo peor que podías decirme y me ha dolido tanto que he dejado de pensar, he dejado de ser racional por un momento y no he pensado en cómo te sentías, sino en lo que estaba sintiendo yo. Me has roto en mil pedazos, Elena.

Me alcé sobre la punta de los pies para besarle con suavidad. Intentaba reconstruirlo, quería que me perdonara por lo que le había hecho.

—Lo siento —dije sin apartarme de sus labios—. Te quiero, Erik.

Puso sus manos en mis hombros y me separó despacio para mirarme con una sonrisa.

—Ahora sí que creo tus palabras, amor.

Nos acercamos a la cama a sentarnos y me preguntó por las pilas de ropa que tuvo que apartar. Cuando le expliqué mi intención de regresar a casa, me pidió que esperara. Se levantó y agarró una de las pilas y la depósito de nuevo en el armario, como si intentara que todo regresara al lugar que le correspondía, como si quisiera que yo comprendiera que mi sitio estaba allí. Aquella noche hablamos mucho del futuro, de nosotros, de mis posibilidades de trabajo y poco a poco regresó la ilusión. Entre los dos construimos un sueño, un futuro en el que ambos teníamos cabida. Y sonreí.

Sentados en aquella cama trazamos el camino que seguiríamos y creamos las nuevas oportunidades que se desarrollarían en nuestras vidas. Erik decía que yo podía trabajar en el hotel, que podíamos crear una página web y que yo me encargaría de gestionarla. Podría desarrollar mi labor periodística creando contenido para medios de comunicación españoles en los que promocionara el turismo en la isla y podríamos comenzar a pensar en una atención más personalizada de la clientela desde el momento en el que pudieran hacer sus reservas *online*.

—¿Te imaginas, Elena? La gente podría entrar en la web y elegir la habitación que quisiera, ver las fotos de nuestro hotel, reservar las excursiones, incluso elegir menús especiales o cenas personalizadas.

Él sonreía pensando en un futuro tecnológico que todavía no existía y yo me ilusionaba con cada palabra que escuchaba. Sin saberlo,

estábamos creando el futuro juntos, un futuro en el que yo podía seguir viviendo en la isla.

—Y si funciona —dije— podemos proponerlo a otros hoteles de la zona y así puedo trabajar para toda Samaná promocionándola como destino turístico. ¿Te imaginas? Podría gestionar la comunicación digital de los hoteles.

Era una idea que comenzaba a gestarse en mi cabeza y que no me parecía nada descabellada.

—Será estupendo, amor. Ya lo verás.

Al final, volví al armario a por algo de ropa para regresar a Samaná. Había llegado el momento de cambiar de nuevo el rumbo de mi vida en la isla.

Sin embargo, a pesar de la ilusión que había vuelto a nacer, todavía guardaba la sensación de que había alguien en aquella isla que no me quería allí.

29
Dirección IP

Santo Domingo, marzo 1998

Los primeros días en *The little beach* fueron extraños. Ya no estaba allí de vacaciones ni descansando el fin de semana del trabajo. Estaba trabajando. Y, aunque pensaba que me pasaría el día junto a Erik, en realidad nos veíamos poco.

Julio se convirtió en mi compañero de trabajo. El pobre tuvo que enseñarme a moverme por internet casi desde cero, pero la verdad era que puse toda mi voluntad y con el paso de los días me iba familiarizando con todo el código html que tenía que aprender a manejar para programar la página web.

En realidad, él hacía toda la parte técnica y yo me encargaba de preparar los textos y las imágenes, los apartados y las palabras clave que deberían atraer a la clientela hasta el hotel. Me hablaba de superar las páginas estáticas, de construir contenido de valor, de hacer *clicables* todos los elementos e incluso de crear noticias que permitieran actualizar la página casi diariamente. Julio iba dos pasos por delante de la tecnología.

Fue entonces cuando aprendí palabras como *cookies*, navegadores, buscadores, *landpage* o número de IP. Al principio iba muy perdida, pero me apasionaba todo lo que estaba aprendiendo y la oportunidad que nos daba todo ese mundo digital de permanecer en contacto directo y en tiempo real con posibles clientes en cualquier parte del mundo.

—¿Ves este número de aquí? —decía Julio señalando un número que aparecía en el interminable código de dígitos que había en su pantalla— es el número IP del ordenador desde el que nos hacen la reserva. Con él podemos saber en qué lugar del mundo están las personas que nos escriben.

Aquello despertó mi curiosidad.

—¿Entonces es posible saber desde qué ordenador se ha enviado un archivo o un correo o cualquier cosa?

—De forma aproximada, sí. No nos dice la ubicación exacta del equipo que se ha utilizado, pero sí se aproxima bastante.

Pensé que podíamos ir un paso más allá en el tema del maldito correo electrónico que todavía no había desaparecido de mi cabeza. Julio tecleó sin levantar la vista de la pantalla y, a los pocos minutos, me dijo que el correo había sido enviado desde la capital, algo que me seguía haciendo parecer culpable.

—¿No podemos ajustar más la dirección? —pregunté intentando entender los números y letras que aparecían en el ordenador de Julio.

Siguió tecleando y encontró una ubicación algo más exacta.

—Se envió desde un equipo que está en la avenida Winston Churchill con la avenida 27 de febrero.

—Pero esa no es la dirección de la editorial —dije acercándome a la pantalla—. El edificio principal está en la 27 de febrero, en el barrio de El Vergel, y tú me hablas del Ensanche Paraíso.

Julio alzó los hombros. No había lugar a dudas de que aquella era la dirección del dispositivo. Lo primero que pensé, por supuesto, era que aquellos números no tenían ni pies ni cabeza y se equivocaban de dirección, pero después comprendí que, como el correo no había salido de mi ordenador, era difícil que la dirección fuera la del edificio principal.

Le pedí a mi nuevo compañero de trabajo que me disculpara unos minutos, que iba a la recepción a hacer una llamada. Algo me rondaba la cabeza y sabía que estaba a punto de encontrar la respuesta que llevaba tiempo buscando; era una corazonada, pero tenía que seguir mi intuición. Al llegar, encontré a Erik atendiendo a una pareja que salía del hotel y esperé a que finalizara. Cuando lo hizo, le pedí el teléfono para llamar a Hugo.

—¿Me puedes decir la dirección de la redacción digital de la editorial? —pregunté a mi compañero de piso.

Hugo tuvo que pensarlo un momento y escuché cómo le preguntaba a Bettany. De fondo, ella le dijo que estaba en un edificio que había en la Churchill.

—¿En la Churchill con la 27 de febrero? —insistí.

Hugo me confirmó la dirección. Bettany la conocía bien porque iba a menudo cuando necesitaba hacer consultas para los artículos que

preparaba.

—¿Sabes si Juanra sigue allí? —pregunté a Hugo.

Erik me miró con cara de sorpresa al escuchar de nuevo un nombre que hacía mucho que no oía.

Tal y como había intuido, Juanra seguía trabajando en la redacción de la parte digital de las revistas. Precisamente, Bettany había estado hablando esa misma semana con él y le sorprendió el interés que Juanra demostró al preguntar por mí. Bettany se puso al teléfono y me explicó que le preguntó si yo seguía trabajando en la editorial y, cuando ella le dijo que no —me aseguró que no le dio detalles de lo que había pasado—, él dibujó una gran sonrisa.

—Elena, te juro que se alegró cuando le dije que ya no estabas en la editorial —me explicó Bettany.

Mientras hablaba con ellos, enredaba mis dedos en el cable del auricular del teléfono y Erik me miraba con atención sin perder detalle de la conversación.

—De hecho —Bettany siguió hablando—, me extrañó cuando dijo: «Por fin ha caído». No entendí a qué se refería, era como si estuviera hablando para él mismo en voz alta. ¿Tú sabes qué quería decir, Elena?

—Por supuesto que lo sé —contesté con rotundidad sin olvidar el día en que le quemé su camisa—. Gracias, Bettany. Ahora sé que fue él quien escribió aquel correo.

Erik seguía mirándome con atención sin mover un músculo. Estaba tan serio que creí que sería capaz de matar a Juanra si lo encontraba en aquel preciso instante. Hugo volvió al teléfono y, después de comprender lo que había pasado, me pidió hablar con Marisa enseguida para solucionarlo todo.

—No, Hugo. Este problema es mío y soy yo quien lo va a solucionar.

Coloqué un mechón que se había escapado de mi coleta tras la oreja y, mirando a Erik, sonreí al comprender que, al final, la verdad se había puesto de mi parte.

—Gracias, Hugo. Mañana por la mañana estaré allí para hablar con Marisa.

Al colgar el teléfono, Erik me miró con un gran interrogante dibujado en el rostro y me apresuré a contestar la gran pregunta que leí en él:

—Voy a seguir con nuestro proyecto, no te preocupes. Esto no

cambia nada, pero sí me permite presentarme ante Marisa con las pruebas que necesitaba para que vuelva a creer en mí, que sepa que jamás le mentí. Mañana entraré en la redacción con la cabeza bien alta.

Erik sonrió y me regaló un beso en la frente.

—El mundo se va a rendir a tus pies, amor —me dijo con una gran sonrisa.

30
La verdad

Santo Domingo, marzo 1998

Marisa atendió con interés a todas las explicaciones que le di en su despacho. Aquella mañana me había vestido para la ocasión: camisa blanca y pantalón negro de pinzas. Sabía que estaba impresionante, pero, en realidad, lo que quería era dar la imagen de seriedad que estaba consiguiendo. Lo veía reflejado en el interés que demostraba Marisa por cada palabra que le decía.

Después de explicarle todo el incidente ocurrido en casa con Juanra, su marcha y sus palabras finales, le enseñé la impresión del código que había descubierto Julio y su ubicación en el plano de Santo Domingo. No había lugar a dudas de dónde se había gestado aquel correo.

Marisa, inclinada sobre la mesa, recostando el peso sobre los antebrazos, no dejaba de mirarme impresionada. No sabía nada de códigos, ni programación, ni direcciones IP, pero creía en todas y cada una de las palabras que le estaba diciendo.

Al acabar mi explicación, levantó el teléfono y llamó a los informáticos para que comprobaran todos los datos que acababa de darle. Tardaron poco más de cinco minutos en confirmar que el correo había nacido en la redacción digital de la editorial. Sin embargo, no era tan fácil decir que había sido Juanra el que lo había escrito, así que, ni corta ni perezosa, me fui hacia allí para enfrentarlo y obligarlo a confesar. Marisa vino conmigo.

Lo más divertido fue ver cómo cambiaba el color de la cara de mi excompañero de piso al verme entrar en su redacción. Se tornó de un color tan blanco que se confundía con la pared.

—Buenos días, Juanra —dije con una gran sonrisa al llegar junto a su mesa.

La redacción digital, a diferencia de la otra, era de varias mesas ubicadas en el centro de una gran sala. En una parte estaban los periodistas y, enfrente, los informáticos. Junto a Juanra se sentaba una periodista mexicana que hacía poco había llegado al país.

Juanra comenzó a tocarse el cabello pasándolo de un lado a otro y se movía sobre la silla de ruedas. Decir que se acababa de transformar en un manojo de nervios era quedarse muy corto.

—¿Sabes? Voy a ser tu nueva compañera de redacción —dije con alegría fingida mientras me acercaba a su mesa y miraba sus papeles con descaro.

Marisa y yo habíamos acordado montar un teatrillo para ver si lográbamos que confesara. Él me miró con rencor, pero, al dirigir su vista hacia Marisa, que permanecía junto a la periodista nueva, su expresión cambió a temor.

—Me han dicho que tendrás que ponerme al día con todo —continué—. Vamos a compartir las noticias de portada, así que te toca explicarme cómo funciona esto —dije señalando toda la sala.

—Pero, pero… —Juanra no lograba articular palabra.

—Pero, ¿qué? —dije acercándome mucho a él.

Me gustaba el sentimiento de superioridad que tenía en aquel momento y que lograba al saber que le había vencido y que yo permanecía de pie mientras él se hacía cada vez más pequeño sobre su silla.

—¿Algo que objetar, Juanra? Se lo puedes decir a Marisa si no estás de acuerdo —dije apoyando mis manos sobre el respaldo de su silla. Sabía que él se sentía atrapado y me maravillaba verlo tan impotente.

—¿Me dijeron que ya no trabajabas aquí? —preguntó muy nervioso.

—¿Ah, sí? Qué extraño. ¿Y por qué no iba a trabajar aquí, Juanra? —pregunté poniendo cara de no haber roto nunca un plato.

Él no sabía qué hacer. Seguía peleándose con su cabello y consiguió agarrarse a su mesa para que la silla dejara de moverse por un instante.

—No sé, me dijeron algo de un correo electrónico que habías escrito y que te habían echado.

—Vaya. Veo que estás muy bien informado, queridísimo Juanra —dije con sorna—. Y, dime, no tendrás tú nada que ver con ese mensaje, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Te has vuelto loca? ¿Qué voy a tener que ver yo con un

mensaje a tu hermana?

Marisa y yo clavamos la mirada en él a la vez. Sentí que lo podíamos atravesar. Acababa de confesar en nuestra cara.

—¿Y tú cómo sabes que era un mensaje a mi hermana? —dije apoyando la espalda en su mesa frente a él y atravesándolo con la mirada a la vez que cruzaba los brazos.

—Yo… yo… no sé… es lo que decían… —no dejaba de balbucear mientras las gotas de sudor caían por su frente—. O creo que lo leí… no lo recuerdo bien.

—Bueno, ya está bien, Juanra —intervino Marisa elevando el tono de voz—. Déjate de vainas. Sabemos que tú escribiste ese correo para que botáramos a Elena, pero vas a ser tú el que regreses a casa. Desde ahora mismo estás despedido.

Después de aquello pensé que me sentiría bien, pero en realidad estaba apenada por Juanra. No había querido vengarme de él, pero su actitud había acabado por pasarle factura. En contrapartida, lo único que consiguió fue que Marisa me pidiera que volviera al trabajo ofreciéndome un aumento de sueldo y mil y una disculpas por todo lo sucedido.

Le pedí unos días para pensarlo. Necesitaba procesar todo lo que había pasado y poner sobre una balanza lo que había logrado laboralmente en el país y el gran proyecto que tenía por delante junto a Erik. Aquella tarde, después de comer en casa con Hugo y Bettany, Erik y yo regresamos a Samaná para poner en orden todas nuestras ideas. Yo tenía claro que seguir trabajando para la editorial era una gran oportunidad periodística en el país, y más con el incremento de salario que me habían ofrecido, pero no quería dejar de lado todo lo que estaba aprendiendo con Julio. Aunque la solución a todo fue, como siempre ocurría en aquel país, mucho más fácil de lo que pensaba: aceptaría regresar a la editorial y los fines de semana trabajaría en *The little beach*.

31
En familia

Santo Domingo, marzo 1998

No podía estar más feliz. Acababa de recibir la mejor noticia que me podían dar en aquel momento después de toda la tensión que había vivido: mis padres venían a visitarme al día siguiente. Y, por esas cosas del azar, su llegada coincidía con los días que había pedido a Marisa para pensar su propuesta, así que me podría dedicar por completo a ellos. Sin embargo, me habían llamado cuando íbamos de camino a Samaná y tuvimos que dar media vuelta de regreso a Santo Domingo.

Erik se quedó a pasar la noche después de tantas horas de coche, pero decidió regresar a primera hora al hotel. Conocería a mis padres el fin de semana. Durante la noche no dejé de hablarle de ellos y me di cuenta de lo mucho que los echaba de menos. Necesitaba tenerlos cerca y volver a sentir sus abrazos. Quería que vieran mi felicidad, lo mucho que había cambiado. Quería que conocieran a Erik y que lo aceptaran como uno más de la familia. Quería que descubrieran toda nuestra alegría, lo expresiva, espontánea y extrovertida que me había vuelto, la seguridad que sentía. Quería que entendieran que había sido capaz de construirme una vida propia, que estaba entrando en la edad adulta a pasos de gigante y sin miedo porque me sentía a gusto conmigo misma. Quería que descubrieran a la nueva Elena, la que era capaz de vivir y trabajar de forma independiente y la que amaba por encima de todo, la Elena que comenzaba a volar porque veía muchos sueños cumplidos gracias al esfuerzo, la tenacidad y la perseverancia. Y quería que supieran que Erik era parte indispensable y fundamental de todo ello.

Por la mañana tomamos un café bien cargado a primera hora y, después de que Erik se marchara, esperé a que Carmena viniera a

buscarme. Como siempre, se había mostrado dispuesta a acompañarme y me dijo que le hacía especial ilusión conocer a mi familia. El embarazo le sentaba tan bien que estaba incluso más hermosa de lo habitual. Irradiaba serenidad. Se encontraba bien y tenía el rostro iluminado, con una luz interior que podía ver a través de su piel morena y que suponía que debía ser el reflejo de la felicidad. Su carácter se había templado. Todavía no se le notaba la barriga, pero sí comenzaba a asomar una pequeña redondez bajo su vestido de licra. Estaba muy bella. A su lado, yo iba que me subía por las paredes. No dejaba de tocarme el pelo, de frotar las palmas de las manos sobre el pantalón para limpiar el sudor provocado por la emoción. En algún momento me llevé los dedos de forma inconsciente a la boca con la intención de morder alguna uña, pero cuando estaba a punto de hacerlo recordé que aquello era algo del pasado y conseguí dominar el impulso. Intenté centrarme en el paisaje marino que me acompañaba en aquel camino al aeropuerto. Ya estaba bastante integrado en mi mente, pero siempre me calmaba admirar el increíble tono turquesa del mar, me ayudaba a no pensar en nada más.

Cuando vi aparecer a mi familia por las puertas de la terminal de llegadas, no pude contenerme. Les grité dando saltos y corrí hacia ellos para recibirles con un gran abrazo que intentó recuperar en segundos todo el tiempo que no habíamos estado juntos. Los había echado mucho de menos, en aquel momento era consciente de cuánto y se me escaparon lágrimas de felicidad al abrazar con fuerza a mi hermana porque no la esperaba. Ella era mi sorpresa. Mamá y papá tampoco pudieron contener su emoción y la alegría se veía reflejada en sus caras. Conseguí presentarles a Carmena sin dejar de abrazarlos ni un segundo.

De regreso a la capital, mis padres nos explicaban sus planes, pero aproveché para modificarlos intentando que me vieran como una gran anfitriona que les iba a mostrar el país que se había convertido en mi hogar. Además, tenían que conocer a Erik, así que, después de pasar unos días en Santo Domingo, iríamos a Punta Cana y a Samaná. Estaba tan emocionada que no dejaba de parlotear en la parte trasera del coche junto a mamá y Ana. Había dejado que papá fuera delante con Carmena, y ella reía al volante mientras me miraba por el retrovisor.

—Les juro que nunca la había escuchado hablar tanto —dijo mi prima entre risas.

—Créeme, nosotros tampoco —contestó papá riendo y sin dejar de observar el mar que tenía a su izquierda.

Mamá intentaba secarse el sudor inagotable de la frente con un pañuelo de papel. No recordaba haberla visto sudar así nunca.

—¿Siempre hace tanto calor? —preguntó.

—¡Qué va! —contesté sin soltarle la mano.

Me aferraba a ella como si pudiera recuperar el tiempo en el que no la había tenido junto a mí. No me importaba su mano sudorosa.

—Ahora tenemos buena temperatura —dije—. Ni te imaginas lo que es en verano.

Mamá me miró incrédula, pero yo continué explicándolo.

—Cuando llegué, tu primo me dijo: «Aquí hay dos estaciones, el invierno y el infierno». Así que habéis venido en la mejor época del año.

La cara de mamá era un poema. Estaba inundada por regueros de sudor que caían de su frente, pero nada impedía ver la alegría que reflejaba su rostro.

—Mi pequeña. —Me acarició la cara a pesar del pañuelo que tenía en la mano—. Cuánto te he necesitado a mi lado. Estás estupenda. Radiante.

Disfrutaba viendo su gran sonrisa, esa que tanto había añorado. Su media melena morena se pegaba con énfasis en las mejillas, pero nada podía ocultar su belleza. Me acerqué para darle otro beso. Quizás ya le había dado mil quinientos.

La primera parada fue en casa de mi tío y, a pesar de su insistencia para que se quedaran con ellos, mi familia se alojó en el hotel Embajador de Santo Domingo, y yo con ellos. Quería pasar todo el tiempo posible a su lado. También estuvieron en casa para conocer a Hugo y Bettany. Y, al entrar en el apartamento, lo primero que dijo Ana fue: «Pero qué sofá más feo, hermanita. Espero que no lo hayas elegido tú». La miré arqueando una ceja y negando con la cabeza. Teníamos un gusto muy parecido y las dos estallamos en carcajadas. Bettany, Hugo y yo preparamos una cena de bienvenida con la que sorprender a mi familia, y lo cierto fue que se convirtió en un momento muy especial en el que descubrí el brillo del orgullo en los ojos de mamá al vernos como los perfectos anfitriones.

Al día siguiente, Ana me pidió que la llevara de compras y decidí que iríamos al centro comercial en el que trabajaba mi tío.

—Pero, antes —dije—, te voy a enseñar una de las mayores locuras

de este país.

Me miró retándome a sorprenderla, pero lo conseguí en cuanto subimos a un concho para que viviera la experiencia de lo que, a mi entender, era una de las grandes aventuras dentro del caos circulatorio de la capital. Era imposible dejar de reír al ver su cara de asombro cada vez que subía un pasajero nuevo:

—Pero ¿cómo pueden subir siete personas en un coche de cinco plazas? —me preguntó al oído mientras se apretujaba todavía más entre la puerta y mi cuerpo cuando accedió el cuarto pasajero a la parte trasera de nuestro concho.

Reí.

—Apretándonos mucho, ya lo ves.

Su gesto de desconcierto era el mismo que tenía yo los primeros días. Después de tres paradas más, por fin llegamos al centro comercial y nos sentamos a tomar un helado en la última planta. Teníamos mucho de lo que hablar, pero sabía que su curiosidad se centraba en un único tema:

—Cuéntame más de Erik. ¿Qué tal es?

Y qué le iba a decir yo, pues que era maravilloso, atento, cariñoso y siempre intentaba hacerme sentir fuerte, preparada para enfrentarme a cualquier adversidad.

—No sé cómo explicártelo. —Me puse un mechón de pelo detrás de la oreja—. Me dice que soy capaz de hacer mucho más por mí misma, sin depender de nadie. Que soy más fuerte de lo que creo. —Hundí la cuchara en la bola de helado de chocolate y me la llevé a la boca—. Y, ¿sabes? Tiene razón. Me he dado cuenta de que soy más fuerte de lo que creía.

La miré fijamente mientras ella daba un sorbo a su café con helado de vainilla. Se relamió los restos de helado que quedaron en su labio superior y sonrió.

—Ana, siento que me quiere de verdad. Sé que no me miente, que no me está utilizando y que no quiere que cambie. En serio, no me siento manipulada ni utilizada... como antes —susurré las últimas palabras casi para mí.

Dejé la cuchara sobre la mesa y la miré para que comprendiera que le estaba hablando muy en serio. Le estaba mostrando mis sentimientos.

—Ahora soy yo. Puedo ser yo misma siempre que estoy con él. Y estoy alegre todo el tiempo, nerviosa por verlo, con muchas ganas de

estar con él. No me canso Ana, no sé cómo explicártelo. Le quiero.

Mis palabras estaban llenas de felicidad. Mi hermana alargó la mano por encima de la mesa hasta coger la mía y apretarla con cariño.

—Espero que estés en lo cierto, Elena. No quiero que vuelvas a sufrir. —Dibujó una sonrisa pequeñita, como si le doliera pensar en el pasado—. Quiero que vuelvas a casa pronto, te echo mucho de menos, pero, si eres feliz aquí, yo también lo soy.

Seguía sin soltarme la mano y esta vez sonrió de verdad, con una gran sonrisa que iluminó su mirada. Sus palabras me habían llegado al corazón.

Aprovechamos para ponernos al día de todo lo que había pasado en casa y me sorprendió con una buena noticia: había conocido a alguien en el trabajo y parecía que la cosa comenzaba a ir en serio. Estaba tan ilusionada como yo.

…

Por fin llegó el fin de semana y partimos hacia Punta Cana. Había reservado en el hotel donde trabajaba el padre de mi compañero de avión que, en cuanto le expliqué quien era, se mostró muy atento. Nacho le había hablado de mí y esperaba que pasara por allí en cualquier momento. Nos reservó las mejores habitaciones, aunque todo el *resort* era increíble: espacios abiertos con una decoración de ensueño, piscinas increíbles, actividades a todas horas y una maravillosa playa infinita de arena blanca. Hacía un tiempo estupendo, sin una sola nube en el cielo y teníamos un todo incluido. No podíamos pedir nada más. De hecho, el único objetivo de mamá y Ana era estar bajo el sol «vuelta y vuelta», dijeron, como si fueran unos filetes a la parrilla. Aunque eso fue justo lo que consiguieron después de media hora tumbadas en las hamacas. A pesar de mis advertencias, acabaron achicharradas incluso con la crema solar de mayor protección.

—Os he avisado —dije entre risas al salir del agua y verlas con la espalda roja—. Media hora de sol aquí es casi como dos horas en casa. No podéis pretender quedaros con todo el sol del Caribe para vosotras.

Papá me miraba sin poder disimular su sonrisa. Él estaba a su lado con la camiseta puesta y una gorra que le hacía sombra en la cara.

—Chicas, la pequeña de casa os está dando una buena lección.

Tuvimos que ir a la habitación y entre los dos las cubrimos con

toallas que íbamos refrescando en agua fría para intentar bajarles la temperatura del cuerpo. Al poco, se quedaron dormidas agotadas por el sol y nosotros aprovechamos para pasear por la orilla del mar. Todavía no era mediodía, pero la playa estaba a rebosar de actividad. Los turistas se afanaban por ocupar todas sus horas haciendo deportes acuáticos siguiendo a los monitores del hotel. Papá caminaba en silencio a mi lado mirando las aguas doradas por el sol, perdido en sus pensamientos. Me gustaba disfrutar del mar con él, como siempre había hecho desde niña, aunque ahora me daba la sensación de estar fuera de lugar. A pesar de que en la capital había sentido que ellos formaban parte de mi día a día, entendía que solo había sido un espejismo. En aquel paisaje era como si mi familia no acabara de encajar. Eran una pieza del puzle que quería poner a presión pero que al final saltaría porque aquel no era su lugar. Comprendí que aquellos días eran un regalo y miré a papá con una gran sonrisa. Acepté la realidad y decidí que disfrutaría cada instante con ellos porque eran una de las partes más importante de mi vida. No pensaba anticiparme a pensar en despedidas que serían dolorosas. «Sin preocupaciones, Elena», me dije.

—Gracias, papá.

Me miró sorprendido, como si acabara de recorrer miles de kilómetros para estar de vuelta a mi lado.

—Gracias, ¿por qué?

—Por estar aquí. Por venir a pasar estos días conmigo.

Lo abracé con todas mis fuerzas.

—Mi pequeña —susurró besándome en la cabeza—. Te añoro tanto... pero te veo tan feliz. Pareces una persona diferente. —Enmarcó mi cara con sus manos para mirarme a los ojos—. No necesito que me digas que estás bien, porque lo veo. Te veo alegre, te siento fuerte, segura y eso es suficiente. Han sido meses difíciles sin ti. Notamos tu vacío en casa cada día, pero sé que esto era algo que tenías que hacer y me alegro de verte curada de todo aquello. Tengo ganas de conocer a ese hombre que te hace sonreír así.

Sus palabras me provocaron una sonrisa de oreja a oreja. Con solo pensar en Erik, se me alegraba el corazón y eso se reflejaba en mi rostro. Era imposible esconder tanta felicidad.

—¡Ay, papá! Qué ganas tengo de que lo conozcas. Te va a encantar, ya lo verás. —Seguimos paseando por la playa—. Cuando estoy con él siento que somos como mamá y tú, felices. No necesitamos nada más

que estar juntos. ¿Sabes? A veces pasamos horas sin decirnos nada, leyendo, escuchando música, tumbados en la playa... pero no necesitamos hablar, no tenemos que rellenar silencios. Y no está siempre diciéndome lo que tengo que hacer o decir o cómo comportarme o lo que tengo que pensar. Me respeta, papá.

Pasamos junto a un niño que hacía un castillo en la arena. Tenía un cubo azul con forma de torreón, parecido al que me habían comprado de pequeña mis padres cuando veraneábamos en la Costa Brava. El mío era verde y me acompañó durante muchos veranos, era probable que todavía estuviera guardado en algún rincón de casa.

—Tengo ganas de conocerlo, cariño —dijo papá haciéndome regresar de mis pensamientos.

La voz de papá era amable, pero su mirada escondía cierto recelo. Suponía que cualquier padre que tuviera que conocer al novio de su hija sería precavido. Y si esa relación estaba a más de ocho mil kilómetros de distancia, con más motivo. Mientras paseábamos, no dejaba de tocarme el pelo con aquella sensación de nerviosismo que me invadía siempre que me enfrentaba a situaciones que no podía controlar. Justo el mismo nerviosismo que se repitió el lunes temprano de camino a *The little beach*. Sentada en el asiento trasero del coche de Carmena, que nos había prestado para el fin de semana, e intentando dar indicaciones a papá mientras conducía, no podía dejar de dar golpecitos en mi pierna con el dedo índice de la mano derecha. Ana me agarró la mano y me sonrió, infundiéndome valor. Su mirada me tranquilizó. «Todo saldrá bien», me susurró al oído. En la entrada de *The little beach* nos esperaba Erik y pude ver que estaba tan nervioso como yo o incluso más. No dejaba las manos quietas: delante del cuerpo agarradas, las soltaba y las situaba en la espalda, las metía en los bolsillos... y eso que intentaba aparentar seguridad. En su cara se dibujaba la mejor de sus sonrisas, aunque supe que era algo forzada por cómo apretaba los labios. Sí, estaba muy nervioso. Al salir del coche me acerqué a él sonriéndole para transmitirle confianza y le saludé con un beso rápido y un breve abrazo. Me fijé en la cara de mamá mientras le daba dos besos: sonreía y lo miraba con aprobación, igual que Ana, que estaba encantada. Papá le estrechó la mano de forma distendida, no estaba serio. Así que, en general, la primera impresión había sido buena. Erik nos acompañó a las habitaciones que había reservado para pasar el día y después nos llevó por todo el complejo, enseñando a mi familia las instalaciones y explicando la

historia de cómo su padre había levantado aquel negocio hacía ya más de diez años. Mi alegría se desbocó al ver las caras de sorpresa de Ana y mamá cuando llegamos a la pequeña playa que se había convertido en mi lugar favorito de la isla y del mundo entero.

—¡Esto es una playa virgen! —exclamó Ana mientras se giraba para mirarme con la boca abierta—. Ahora lo entiendo todo, hermanita. Nadie querría salir nunca de aquí. Pero qué lista eres —dijo dándome un codazo en las costillas—. Y menudo pibón te has buscado.

Por suerte para mí, el último comentario me lo dijo al oído, aunque no pude evitar sonrojarme mientras ella reía y se recogía el cabello en una cola alta.

—Con vuestro permiso, no puedo perderme un baño en este paraíso.

Se quitó la camisola que llevaba sobre el biquini y salió disparada al agua. Mamá y yo la seguimos, y Erik y papá se sentaron en las hamacas sin perdernos de vista. El mar, calmado, nos acogió meciéndonos en sus aguas cálidas. Mamá y Ana disfrutaban de la temperatura, miraban los pececillos que nos pasaban por las piernas sin inmutarse por nuestra presencia y no se cansaban de alabar la belleza de aquel lugar diciendo que era el verdadero paraíso. Cuando mi hermana supo de mi experiencia con el coco en la cala contigua, dijo que quería hacer lo mismo y se marchó nadando como si tuviera que conseguir llegar batiendo algún récord mundial.

—Mi niña —mamá me acarició la cara con las manos mojadas—. Veo que me has hecho caso y por fin estás viviendo.

Su sonrisa se reflejó en mi rostro. Mamá era mi modelo a seguir y saber que estaba feliz de verme tan bien hacía que me sintiera plena, como si solo ella fuera capaz de llenar mi alma de amor y bondad, como si sus palabras acabaran de completar mi felicidad. Aprobaba nuestra relación y eso ponía el punto final a la herida que estaba cerrada desde hacía tiempo pero que, sin ser consciente, necesitaba de su ayuda para acabar de suturar de forma limpia y poder seguir así adelante. La abracé y le confesé que me sentía realmente bien.

—Creo que Erik es un buen chico, Elena. Las madres sabemos de eso, tenemos el instinto. Me gusta lo que he visto en él, pero todavía me gusta más lo que veo en ti cuando lo miras.

—Mamá. —Me separé un poco para mirarla a los ojos—. Siento que lo quiero de verdad, que estoy enamorada. Ahora me doy cuenta de que lo que pude sentir antes no tenía nada que ver con el amor.

Quizás era cariño y dependencia, pero ahora es diferente, es mejor. Infinitamente mejor.

—Explícamelo —pidió.

Se sumergió hasta que el agua le llegó a los hombros mientras movía los brazos para crear ondas a su alrededor.

—No sé cómo explicarlo, mamá. Erik me escucha, le interesa mi punto de vista sobre las cosas, le gusta verme bien y me anima a tomar mis propias decisiones. Lo que hacemos, lo decidimos entre los dos, aunque le encanta darme sorpresas, como el viaje a Disney. Mamá, fue increíble pasar mi cumpleaños allí. Pero no era solo el lugar, que también, no te voy a engañar. Era estar con él. Es que no me canso de él, quiero que estemos juntos siempre. —Metí la cabeza bajo el agua para echar el cabello hacia atrás. Al salir, mamá me miraba sonriendo.

—Eso, pequeña, es amor. Cuando estás con alguien y no quieres separarte de él, cuando te sientes completa, escuchada y entendida. Cuando los nervios te acechan si estás sola, pero te sientes en paz al estar a su lado. Cuando sabes que, digas lo digas, te entenderá. Pero, sobre todo, cuando estando con él te quieres más a ti misma. Eso es amor. Sentir que puedes tocar las estrellas si estiras la mano hacia el cielo. Sentir que todo es posible. Sentir que tu corazón va a estallar en cualquier momento.

Mamá se giró a mirar a papá sentado en la hamaca junto a Erik. Imité su gesto y me sorprendió ver que papá pasaba su brazo por el hombro de Erik de forma amigable.

—Exacto. Así es justo como me siento, mamá —confesé en un susurro—. Quiero que dentro de muchos años seamos como papá y tú, que nos sigamos queriendo tanto como vosotros.

—Elena, también hay malos momentos. Y es entonces cuando el amor debe poder con todo. Las dificultades llegan, pero debéis ser fuertes y saber que juntos podéis superarlas. Ese es el verdadero secreto, pequeña. —Me acarició la mejilla—. Pero para eso a vosotros os queda mucho tiempo. Ahora debéis vivir la emoción de estar juntos, de conoceros, los nervios del amor en mayúsculas. Esas mariposas en el estómago que a veces no te dejan ni comer ni dormir.

—¿Recuerdas esos mangos pequeños que probasteis el otro día? —pregunté—. No me canso de comerlos. Me encanta cuando me cae su jugo dulce por las manos, por la boca y me relamo. Pues lo mismo me pasa con Erik, mamá. No me canso.

Reí por la ocurrencia y ella me miró con ilusión.

—Eso está bien, mi niña. Pero a veces lo mucho empacha, así que tómatelo con calma. Disfruta. Vive. Siente. Pero sé siempre consciente de que haces lo que tú decides. El amor comienza por quererse uno mismo.

Volví a abrazarla. Estaba convencida de que en esta vida había pocas personas tan sabias como mamá.

…

Era de noche cuando Erik y yo pudimos estar un rato a solas. Habíamos regresado a la playa y nos habíamos tumbado en una de las hamacas. Estaba recostada sobre su pecho, la mejor almohada del mundo, mientras me explicaba la conversación que había tenido con papá.

Y allí tumbados, abrazados bajo el cielo salpicado de estrellas infinitas, en la misma hamaca que horas antes había ocupado él mismo, le besé y sentí que todas las piezas encajaban de forma definitiva. Estaba tranquila. Había llegado el momento de comenzar a vivir. De verdad. Con plenitud. Por fin podía respirar con los pulmones llenos. Tenía a mi alcance todo el aire que quisiera, sin que me volviera a faltar jamás. Miré al cielo y estiré la mano, sintiendo que podía tocar las estrellas con los dedos.

32
Turbulencias

En algún lugar sobre el océano Atlántico, enero 2018.

Unas turbulencias me hacen volver a la realidad y me aferro al reposabrazos para controlar las sacudidas. Me giro a mirarte y te veo sonriendo. Tienes los ojos iluminados por la felicidad.

—Es una historia preciosa —dices.

Asiento con la cabeza. Sigo preocupada por las sacudidas. Hace mucho que no viajo en avión y no recuerdo haberme sentido así antes. Quizás se deba al paso del tiempo o a la madurez que me crea más preocupaciones al pensar en todo lo que puedo perder y a quienes dejaría atrás si ocurriera algo. Siento un poco de miedo y se me encoge el estómago por los pensamientos que vienen a mi mente.

—No te preocupes —dices mientras coges mi mano con fuerza para transmitirme a la vez seguridad y calma.

Has sido capaz de leerme la mente. Aunque sé que la arruga que ha aparecido en mi frente ha sido una buena pista.

—¿Cómo puedes mantener la calma? —pregunto—. A mí cada vez me cuesta más.

—No sé. Será la costumbre.

Me guiñas un ojo y sigues sonriendo. Intentas cambiar de tema para que me olvide de las turbulencias.

—Ese Juanra era un mal bicho, ¿no?

—Con el tiempo he pensado que no supo hacerlo mejor. Una persona que lo tiene todo en la vida, a la que no han enseñado a valerse por sí misma, puede ser una fiera cuando se siente aterrada o amenazada y tiene que defenderse panza arriba. Creo que eso es lo que le ocurrió. Estaba solo en un país extranjero sin sus privilegios. Intentó sobrevivir a su manera y no le salió bien, pero no creo que fuera un mal tipo.

—Eres demasiado buena —dices apretando otra vez mi mano.

—Aquello quedó atrás. Y ojalá la vida le haya ido bien.

Pierdo la mirada en el azul inmenso de la ventanilla.

—Lo que yo digo, no te merecía —sentencias.

Nos miramos y compartimos la sonrisa. Atisbo una luz de orgullo en tu mirada antes de que vuelvas a pedirme que continúe con la historia.

—Se han pasado las turbulencias. Te has quedado a punto de tocar las estrellas.

Alentada por tu impaciencia, vuelvo a sumergirme en mis recuerdos.

33
Yuli

Santo Domingo – Samaná, abril 1998

Seguían pasando las semanas y a mis manos llegaban cada vez encargos de reportajes más interesantes, incluso de ámbito político. Sentía que había vuelto a ocupar mi lugar en la redacción, en la empresa y en la vida dominicana, por lo que me resultaba bastante más fácil escribir sobre temas que en *Aquí y ahora* se consideraban más importantes. Atrás había quedado el *incidente* del correo electrónico y nadie cuestionaba mi profesionalidad, ni lo mucho que me involucraba en cada trabajo que me encargaban. Me esforzaba por hacerlo lo mejor que sabía quizás, más que para demostrar algo a mis jefes y compañeros, lo hacía para demostrarme a mí misma que escribir era mi verdadera vocación, que no me había equivocado en la elección de mi vida profesional.

De hecho, quedaban un par de meses para las elecciones municipales y al Congreso del país y se presentía una disputa muy reñida entre el partido en el gobierno, el Partido de la Liberación Dominicana (PLD) y el opositor Partido Revolucionario Dominicano (PRD). Hugo y yo devorábamos cada mañana los periódicos nacionales para estar al tanto de la última hora, de las declaraciones de los candidatos, de los enfrentamientos, de los compromisos y las propuestas electorales. Entre los dos intentábamos que no se nos escapara ningún detalle. Incluso llegamos a colgar un tablón de corcho en una de las paredes del salón para poner recortes de noticias, declaraciones, líneas argumentales de los partidos y análisis de las diferencias y las similitudes entre los programas políticos que presentaban. Si alguien veía desde fuera aquel tablón podría pensar que estábamos en plena investigación criminal. Bettany se sumaba a nuestra locura desde el sentido común y la experiencia de llevar toda

la vida en el país. Ella se centraba en las propuestas más sociales, las que podían representar mejoras para la población más empobrecida y entre los tres intentábamos elaborar nuestras informaciones teniendo en cuenta el máximo número posible de puntos de vista. Cuando no teníamos la mesa repleta de papeles, estábamos tirados en el suelo del salón recortando periódicos y con el noticiario de la televisión nacional puesto de fondo. Fueron unas semanas muy intensas en las que nuestro mundo de análisis y datos contrastaba con la animación que se vivía en las calles de todo el país. Los dominicanos formaban caravanas de coches con banderas de las principales opciones políticas, se vestían con sus colores, sus gorras, sus camisetas y llenaban las calles de música y cánticos de apoyo a los candidatos. Viéndolos, pensaba que, en lugar de unas elecciones políticas, parecían hinchadas de equipos de fútbol o de béisbol en las finales de liga. Aquella convocatoria electoral se había convertido casi en una fiesta nacional.

Sin embargo, cuando no estaba trabajando, en mi cabeza vivía un único pensamiento: Erik. Desde las vacaciones tenía necesidad de verlo a todas horas. Los días en Estados Unidos me habían demostrado que nos entendíamos a la perfección, que podíamos crear una vida en común, pero estar cada uno en una punta del país lo hacía inviable. Deseaba que él estuviera en la capital o que yo pudiera cambiar el lugar de trabajo, y llegué incluso a plantearme la posibilidad de vivir juntos, porque la distancia de tiempo y espacio se me hacía cada día más grande. Pero era una gran y absoluta locura, lo sabía. Así que guardé mis pensamientos bajo llave porque era demasiado pronto para plantear algo tan serio, a pesar de que habíamos tenido casi un intento en los días que había durado mi despido. Lo cierto era que no estaba preparada para afrontar los días de mil horas que tenía cuando no estaba con él.

Erik intentaba escaparse siempre que podía entre semana, pero muchas veces coincidía con que tenía que quedarme hasta tarde en la redacción y entonces él aprovechaba para visitar a su madre y a Megan. Después cenábamos en casa con Hugo y Bettany y lo poníamos al día de nuestros avances en las informaciones sobre las elecciones. Bettany estaba convencida de que aquella convocatoria electoral era la oportunidad para cambiar el país, que se convertiría en el gran repulsivo que necesitaba la sociedad dominicana y que conseguiría traer mejoras sociales de calado. Hugo la miraba con la sonrisa en los

ojos de quien descubre la inocencia en las palabras de un niño pequeño, porque él era bastante más escéptico.

Otros días Erik y yo cenábamos fuera y después paseábamos de la mano por las calles solitarias de la Zona Colonial, sintiéndonos al máximo en cada beso que robábamos al tiempo que no teníamos para estar juntos.

Los fines de semana nos veíamos en Samaná, allí el tiempo se ralentizaba. Mientras él trabajaba, yo me reunía con Julio para avanzar en la página web y todo el proyecto que habíamos iniciado, pero también tenía tiempo para relajarme rodeada de aquella paz que solo alcanzaba en la pequeña playa. Era como tener un espacio de creatividad e inspiración que la naturaleza me ofrecía en exclusiva. Junto a la orilla del mar descubría el aroma salvaje y natural que me rodeaba. Con el agua alcanzando mis pies, sentía el sabor a sal del agua, el dulzor de las palmeras cocoteras y el roce cálido del sol sobre mi piel. Después de un baño, regresaba a la hamaca para perderme en mi libreta y divagar sobre la vida, los sentimientos, sobre lo caprichosos que podían llegar a ser los caminos que teníamos ante nosotros, sobre el paso del tiempo, sobre si existía o no el destino, sobre los dilemas, los encuentros casuales o las decisiones afortunadas y erróneas de nuestra existencia. Aquellas letras sin pies ni cabeza iban calando en mí a pesar de que era una contradicción ya que, en realidad, salían de mis propios pensamientos. Sin embargo, formaban parte del crecimiento que estaba viviendo y me daba cuenta de que, tan solo un año antes, hubiera sido incapaz de escribir algo parecido.

Aquellos ratos de soledad también los aprovechaba para leer, escuchar música o adelantar trabajo de la redacción. Incluso se me ocurrían nuevas propuestas de temas con los que sorprender a mis editoras. De hecho, gracias a aquellos momentos había conseguido día atrás una sección fija en *Mujer Hoy* para hablar sobre mujeres destacadas de la historia dominicana. Mi primer reportaje iba a ser un gran homenaje a las hermanas Mirabal, luchadoras que dieron su vida por la libertad, la justicia y la igualdad en el país. Su historia era tan importante que Naciones Unidas había convertido el 25 de noviembre, día en el que el régimen del dictador Rafael Leónidas Trujillo había asesinado a Patria, Minerva y María Teresa Mirabal, en el Día Mundial para la Erradicación de la Violencia hacia la Mujer. El asesinato de las hermanas Mirabal en 1960 había conmocionado a todo el país y, desde 1981, Naciones Unidas las convirtió en el símbolo de la lucha

contra la violencia hacia las mujeres. Con mi reportaje pretendía transmitir la valentía, el compromiso, el coraje y el legado que «Las Mariposas» —como eran conocidas las hermanas Mirabal— habían dejado en República Dominicana y en las siguientes generaciones de mujeres. Quise escribir desde el recuerdo, desde la memoria de las víctimas, desde las palabras silenciadas, desde la lucha escondida, desde los golpes recibidos, pero, sobre todo, desde el mayor respeto que podía sentir hacia ellas.

Patria, Minerva y María Teresa Mirabal fueron asesinadas por un maquiavélico plan del propio Trujillo, que quería acabar con ellas y con su activismo político. Una emboscada en una carretera, una casa abandonada y gritos que nadie podía escuchar. Las mariposas fueron apaleadas hasta morir y después las volvieron a introducir en su vehículo para simular un accidente en una de las malditas curvas de la carretera por la que regresaban de visitar a sus maridos en prisión. Sin embargo, lo que Trujillo nunca intuyó fue que aquel acto salvaje sería el inicio de su propio final y de todo lo que él representaba. Las mariposas volaron mucho más alto que él y hoy día siguen siendo el símbolo de la libertad, de la justicia y de la lucha contra la violencia machista.

Acabé de redactar el último párrafo del borrador del reportaje, se lo pasé a Hugo para que lo leyera. Estaba sentado en su mesa de la redacción y leía con atención, subiendo el puente de las gafas en un gesto de concentración absoluta. Cuando acabó, alzó la vista de los folios para mirarme, sonrió y dijo «felicidades». No hizo falta añadir nada más.

Estaba satisfecha del gran trabajo que estaba haciendo y la sorpresa fue que a aquella sección fija en *Mujer Hoy* se le había sumado otra en *Aquí y ahora*. Laisy me había llamado unos días antes a su despacho para hacerme una propuesta que no pude rechazar:

—Elena, quiero que entrevistes a los candidatos a las alcaldías de las ciudades y pueblos de esta lista —dijo extendiéndome un papel sobre la mesa—. Busca su lado más humano, consigue que el lector entienda sus motivaciones para presentarse. Explica cómo llegaron a la política, qué buscan, qué quieren conseguir en estas elecciones. Por qué hay que votarles... —Me miraba con una leve sonrisa mientras yo leía los nombres de la lista—. Puedes plantearlo como quieras: en formato entrevista, reportaje o crónica. Pero quiero el mismo trato a todos. Vas a tener las páginas centrales de la revista. Cuando vayas a

hacer las entrevistas, Ray te acompañará para las fotos.

Me dejó sin palabras. Sentada en la silla frente a ella leí el nombre de ciudades como Santiago de los Caballeros, Higüey, San Cristóbal, San Pedro de Macorís, Baní, La Romana... Y, por supuesto, Santo Domingo. La capital encabezaba una larga lista de municipios que me permitiría recorrer todo el país en pocos días.

—Vas a tener mucho trabajo, así que puedes empezar *ahorita* mismo —dijo Laisy sin perder ni un segundo.

Agarré la lista y me dirigí a la puerta del despacho para salir hacia la redacción. Al poner la mano sobre el pomo de la puerta, me giré para darle las gracias por la confianza.

—Lo harás muy bien, Elena —contestó con una sonrisa.

Y ahí estaba entonces, sola, en una tumbona en la mejor playa del mundo haciendo una lista de preguntas. A mi lado había preparado otra hamaca a modo de escritorio, repleta de los periódicos de la semana para buscar toda la información que me pudiera ayudar y con un listado de teléfonos interminable, que me ayudaría a cerrar las entrevistas de los siguientes días. Estaba desbordada por la responsabilidad y el volumen de trabajo que representaba, pero a la vez me sentía preparada para hacerlo. Era una oportunidad que significaba un paso adelante en mi trayectoria profesional y no iba a desaprovecharla. Mientras marcaba en mi celular el número de la alcaldía del ayuntamiento de Santiago de los Caballeros, me fijé en el dedo índice y me vino a la cabeza el primer reportaje que había escrito: la última moda en uñas postizas. Sonreí al ser consciente de mi evolución. Al otro lado del teléfono, una voz femenina contestó: «*¿Aló*?».

Cerré la fecha de la entrevista con la secretaria del alcalde para el siguiente lunes y me centré en elaborar el cuestionario que iba a utilizar para todos los candidatos. Estaba tan concentrada anotando ideas y preguntas en mi libreta que no vi acercarse a una niña hasta que la tuve a mi lado. Debía de tener unos cinco años y me miraba con curiosidad sin decir una palabra. Era Yuly, la pequeña de los cuatro hijos de Altagracia, la cocinera de *The little beach*. Sonreía enseñándome unos dientes perlados en los que faltaba una de las palas. Su cabeza estaba llena de pequeñas trenzas acabadas en cuentas de colores y tenía la piel de la tonalidad del chocolate con leche. Sus ojos eran tan redondos y marrones que parecían dos bombones de trufa, estaban llenos de vida. Llevaba puesto un vestido rojo de

tirantes con florecillas rojas y blancas y en su mano tenía uno de esos mangos pequeños que me volvían loca.

—Hola, Yuly. ¿Quieres sentarte conmigo? —dije señalando la hamaca para que se sentara a mi lado.

Asintió con la cabeza sin perder de vista mi libreta. Me moví a un lado para hacerle hueco.

—¿Te gusta dibujar?

Volvió a asentir. Le acerqué la libreta y el bolígrafo y buscamos una hoja en blanco.

—Enséñame qué dibujas, cariño.

Yuly garabateó la hoja y cuando acabó, me explicó que era la playa.

—Es preciosa —dije—. ¿Me escribes tu nombre?

Pero ella negó con la cabeza y agachó la mirada.

—¿Quieres que lo escriba yo?

Volvió a mirarme sonriente y escribí su nombre sobre la playa que había dibujado.

—¿Sabes escribir, Yuly?

Negó de nuevo con la cabeza. Entonces le devolví el bolígrafo y posé mi mano sobre la suya para dirigirla con suavidad. Se le iluminaba la mirada ante cada trazo.

—¿Quieres que la próxima semana traiga un cuento y lo leamos juntas?

Asintió con la cabeza. Su sonrisa tímida y sincera conquistó mi corazón sin necesidad de pronunciar palabras. Era como si su inocencia y su alegría me estuvieran mostrando que no existían desafíos insuperables en la vida, sino oportunidades que esperaban a que nos atreviéramos a retarlas. Así que, desde aquel día y muy poco a poco, sábado a sábado y letra a letra, Yuly y yo conseguimos caminar por sus dificultades y escalamos esa gran montaña que era el abecedario hasta que logró leer con cierta soltura. Sus risas, sus miradas, sus palabras inocentes y su ternura inundaron los momentos más entrañables que compartí con ella en la orilla del paraíso.

Una mañana preparamos una sorpresa para Altagracia. Quería que viera los avances de la pequeña, así que, en un descanso entre el desayuno y el almuerzo, Yuly y yo preparamos una mesa en el salón con cuentos y dibujos suyos y pedimos a su madre que nos acompañara.

—Vamos, Yuly, enséñale a mamá qué bien lees —dije cuando ya

estábamos las tres sentadas.

Altagracia estaba muy emocionada y no dejaba de frotarse las manos en el delantal que tenía sobre su falda mientras veía a su hija leer resiguiendo cada palabra con el dedo. Cuando la pequeña acabó el cuento, la mujer tenía los ojos anegados.

—Mi niña bella —dijo acariciando la carita de Yuly.

Se secó las lágrimas con el delantal y me miró:

—Señorita Elena, muchas gracias. —Agachó la vista antes de continuar—. Pero no puedo pagarle lo que ha hecho por mi pequeña.

—¿Pagarme? —contesté con sorpresa—. Altagracia, no quiero que me pague nada. Las mañanas que paso con Yuly me dan la vida.

Altagracia se levantó de la silla y se acercó con timidez para abrazarme.

—Muchísimas gracias, señorita Elena. Que Dios la bendiga de buena que es.

La estreché con fuerza. Al separarnos volvió a secarse las lágrimas que habían regresado a su rostro, esta vez con el dorso de la mano.

—Hoy le voy a preparar un plato especial solo para usted y el señorito Erik —dijo con alegría—. Ya verá cómo le gusta. Un pescado criollo que va a estar riquísimo.

Por fin su mirada se había iluminado con la sonrisa dibujada en su rostro, esa sonrisa que alcanzaba los ojos y provocaba que salieran destellos de luz de ellos.

Aquella misma tarde, relajada después de un largo baño en la playa, me senté en la tumbona y, mientras Erik tomaba el sol a mi lado, escribí en mi inseparable libreta:

> *Me siento una persona diferente a la que llegó a esta isla hace casi un año. He crecido y por fin soy yo misma. He tomado mis decisiones y he cometido mis propios errores, aunque también he logrado muchos aciertos... Aciertos que me permiten vivir con libertad. Porque por fin he conseguido ser la persona que siempre he querido ser: soy libre. Soy feliz. Estoy alegre y, sobre todo, estoy en paz conmigo misma. Siento que mis alas se han desplegado, que vuelo libre, alto, muy alto. Ahora respiro de forma serena y consciente, llenando mis pulmones de aire limpio y puro y, si miro a mi lado, veo el futuro junto a la persona que se ha convertido en mi todo, en mi vida. Por fin soy libre, soy feliz y quiero gritar al mundo que estoy enamorada.*

34
La proposición

Santo Domingo - Jarabacoa, mayo 1998

¡Portada!

Había conseguido la portada de *Aquí y ahora* y no había sido por las entrevistas a los candidatos políticos, no. Cuando Marisa leyó mi reportaje sobre las hermanas Mirabal, se lo enseñó a Laisy y ella lo acababa de convertir en el tema central de su revista. Tenía el estómago en la garganta, me temblaban las manos y las lágrimas amenazaban con desbordarse cuando Laisy me dio la noticia sentada en el sofá de su despacho. ¡Había logrado la portada de la revista de información general más importante del país! Y me había quedado sin palabras. Me costó levantarme de aquel sofá beige y caminar sin caer redonda al suelo por los nervios que me recorrían el cuerpo, pero lo logré. Cuando entré en la redacción y mis compañeros me recibieron con un gran aplauso, no pude contener más la emoción. Ray y Elías también estaban allí y me abrazaban entre risas.

—Mi niña, no llores, que te lo mereces —dijo Elías apretándome fuerte entre sus brazos.

—Ay, Elías, es que no me lo puedo creer. —Hundí la cara en su pecho para ocultar las lágrimas o para limpiármelas en su camisa, en aquel momento me era indiferente.

—Pues créetelo, que esto es solo el principio. Mi niña linda, eres muy grande —sentenció besándome en la coronilla con mucho cariño.

Mientras estaba abrazada a Elías vi a Hugo al fondo de la sala mirándome desde su mesa con una sonrisa enorme. De forma disimulada, pasó un dedo por debajo de sus gafas para enjugarse una lágrima que amenazaba con salir mientras asentía con la cabeza sin apartar sus ojos de los míos. Estaba feliz por mí, lo sabía.

Después de tanto trabajo y de los nervios que había pasado las últimas semanas, Erik pudo organizarse en el hotel para tener un fin de semana libre y dedicárnoslo a nosotros. Volveríamos a disfrutar de tres días juntos, alejados de reportajes y turistas exigentes. Tres días solos para disfrutarnos sin prisa, con calma, sin tener que robar minutos a las horas. Hacía ya nueve meses que estábamos juntos y Erik quería celebrar aquel primer beso que nos dimos en *The little beach* casi sin pensar. Había planificado un fin de semana diferente, sin playa.

—¿Sin playa en una isla? —pregunté con mucha curiosidad mientras íbamos en su coche.

—Amor, te queda tanto por descubrir de este país. Hay lugares increíbles que ni te imaginas —dijo mientras ponía a Elvis de banda sonora del viaje—. Este fin de semana vamos a Jarabacoa. Es la zona con más montañas del país. A veces en invierno, incluso nieva.

Rio al ver mi cara de sorpresa.

—Me estás tomando el pelo —dije levantando la ceja—. Es imposible que nieve aquí con el calor que hace todo el año.

—Te sorprenderás, amor, cuando tengas que abrigarte a los pies de la montaña. —Seguía sonriendo mientras mantenía la mirada fija en la carretera llena de curvas—. Aunque ahora seguro que no habrá nieve. Haremos una excursión por la montaña, ¿te apetece?

Soltó una mano del volante para agarrar la mía y acercarla a sus labios para besarla con suavidad. Siguió conduciendo en silencio, concentrado en el asfalto mientras Elvis nos acompañaba con sus baladas y nuestros dedos entrelazados no se despegaban. Me perdí en el paisaje del interior de la isla, tan diferente al que había visto hasta entonces. Allí la naturaleza era incluso más salvaje. La vegetación era densa, espesa. Los bosques se pintaban de verde intenso y se empeñaban en dificultar el paso de la luz del sol a través de las copas de sus árboles. Se veían montañas perfiladas en el horizonte moteadas por pequeños pueblos que poco a poco iban aumentando de tamaño a medida que aparecían en nuestro camino.

—Quiero que este fin de semana sea especial, Elena —dijo sacándome de mi ensoñación—. Nos merecemos un momento para los dos y tengo preparado algo que deseo que te guste.

Alcé la ceja al mirarlo con una sonrisa. Ya había aprendido que le

gustaba sorprenderme y ese fin de semana no iba a ser diferente, estaba segura. Sin embargo, a diferencia de otras veces, lo notaba algo nervioso. Apretaba mi mano y me miraba de soslayo intentando no perderse mi reacción a sus palabras sin querer apartar la mirada de la carretera. Así que seguro que sí: Erik tenía un plan en la cabeza del que, por supuesto, no me diría ni media palabra. Después de Disney había aprendido que aquel hombre era capaz de sorprenderme de mil y una formas y que nunca lograría averiguar lo que tenía preparado. Así que mi mayor propósito era disfrutar sin intentar adivinar nada. Me resultaba increíble que se esforzara tanto por sorprenderme, porque sabía que estaba enamorada de él hasta los huesos, pero no perdía ocasión para preparar cualquier cosa que mantuviera viva la ilusión. Desde luego, el aburrimiento y la monotonía no formaban parte de su vocabulario. Erik quería verme feliz y se esforzaba al máximo por conseguirlo. Y todo aquello era tan nuevo para mí —que alguien se preocupara tanto, que no me impusiera nada o que no me dijera lo que tenía que hacer—, que me sentía completamente libre para amarlo sin condiciones, sin necesidad de justificar mis acciones, mis decisiones, mis palabras o mis locuras. En realidad, la libertad que sentía cuando estaba con él era la confirmación de que me había convertido en una persona completa por primera vez en mi vida. Aquello, y solo aquello, era digno de llamarse amor. Él seguía conduciendo y yo lo observaba mientras dibujaba en mi rostro una sonrisa bobalicona y apretaba su mano con fuerza, toda la fuerza que sentía dentro de mí.

Después de muchas curvas, llegamos a un enorme prado verde cercado por una pequeña valla de madera clara. En su interior había repartidas varias casitas rústicas de dos plantas con paredes de madera en tono roble y techo de pizarra verde oscuro. Y una de ellas era para nosotros. Erik tenía las llaves y abrió la puerta principal, situada bajo un pequeño porche de madera. Accedimos a un gran salón con chimenea y muebles de caoba, cocina *office* y un pequeño baño con ducha. Subimos las escaleras que había en un lateral del salón para descubrir un dormitorio grande y luminoso presidido por una cama *king sice* con un mullido edredón blanco y cojines en tonos marrones en la cabecera. Tras una puerta se encontraba el baño principal, enorme, con ducha y una bañera en la que cabían varias personas. El techo de la habitación era artesonado de madera con grandes vigas y había dos ventanas que permitían ver el cielo desde la cama. Todos los

muebles eran oscuros y hacían destacar la gran alfombra de lana en tono crudo que había sobre el suelo de madera de la habitación. La casa, la chimenea, los muebles, la cama, la alfombra, la madera… Era como si acabara de entrar en una casita de los Pirineos y en cualquier momento nos pudiera rodear un manto de nieve. Por un momento olvidé que estaba en una isla del Caribe a casi treinta grados. Era increíble.

—¿Te gusta? —preguntó Erik—. No dices nada desde que hemos entrado.

Se acercó a las ventanas de la habitación para abrir los postigos de madera y dejar entrar el aire fresco. La brisa que noté en el rostro consiguió sacarme de mi ensoñación y hacerme volver a la realidad. Me giré hacia él y me acerqué para darle un gran abrazo.

—Me encanta —dije mientras me abrazaba a su espalda.

—Pues prepárate, porque esto no ha hecho nada más que comenzar —anunció con su imborrable sonrisa llena de ilusión.

Dejamos el equipaje para el fin de semana en la habitación y se puso en la espalda una mochila que traía preparada.

—¡Vamos! —dijo agarrándome de la mano.

Pensé que íbamos a caminar por los alrededores, pero aquello se convirtió en una excursión a través de inacabables bosques de pinos y arbustos repartidos a lo largo de las montañas. En algún momento le pedí que paráramos a descansar, ya que las pendientes eran muy pronunciadas y mi forma física estaba bajo mínimos. Necesitaba recuperarme del esfuerzo que suponía subir algunos de los tramos que teníamos ante nosotros, llenos de rocas y senderos embarrados por la humedad constante de aquel lugar. Aprovechaba alguna roca grande para sentarme a reposar y beber agua que había traído en la mochila. Allí me permití perderme en la belleza del paisaje, una combinación perfecta del verde intenso de la vegetación que cubría aquellas montañas sin fin, con el azul grisáceo del cielo que no acababa de estar despejado.

Habíamos caminado casi una hora cuando llegamos al Salto de Jimenoa. Esta vez el sonido me anunció la magnífica cascada de setenta y cinco metros de altura que descubriría unos pasos más adelante, en la profundidad de un barranco al que, con mi torpeza habitual, me costó llegar. Mi trasero aterrizó un par de veces sobre las rocas traicioneras y resbaladizas por la humedad y los arbustos se encargaron de regalarme arañazos en piernas y brazos. Eran los

premios a mi falta de pericia exploradora en la montaña. Erik intentaba ayudarme llevándome de la mano, pero, sobre todo, intentaba no reírse de mí a pesar de que se lo ponía muy complicado. La segunda vez que mi trasero chocó contra las rocas no pudimos contener las carcajadas pese al intenso dolor que sentía en mi retaguardia.

Pero la cascada era increíble, majestuosa y merecía la pena cada una de las dificultades del camino. Algunas personas decían que era uno de los saltos más bonitos del mundo por la espectacularidad del agua blanca al caer, por cómo se convertía en espuma y cómo llenaba de elegancia aquel espacio natural. No sabía si tenían razón, pero sin lugar a duda era uno de los lugares en los que la naturaleza más me había sobrecogido. El sonido era tan ensordecedor que nos impedía hablar y, por un momento, me tapé los oídos con las palmas de las manos para interiorizar lo que estaba viendo. Después nos sentamos sobre las rocas de la orilla y estuvimos un tiempo impreciso admirando aquella maravilla. Me quité las deportivas y los calcetines y metí los pies en el agua helada. Al instante, se erizó todo el vello de mi piel y una rápida sacudida me recorrió el cuerpo. Erik me miraba sonriendo, con los brazos tras su espalda apoyados con firmeza en la roca, igual que dos columnas robustas. Hice un cuenco con las manos para llevarme agua a la cara y al cuello y eliminar así el sudor de la caminata. Volví a hundir las manos en el agua y se la tiré por encima, salpicándole el rostro. Alzó una ceja y sonrió de medio lado, pero no movió ni un músculo. Me acerqué a darle un beso y vi lo mucho que me quería a través de la claridad de sus ojos. No necesitaba que me dijera nada, que pusiera palabras a aquel silencio roto por la fuerza de la naturaleza. Sus sentimientos eran tan cristalinos como el agua que teníamos a nuestros pies y noté que me abrazaba con la mirada.

—Ven al agua —dije cuando separé mis labios de los suyos.

Salté de la roca y metí los pies en el agua hasta la altura de los tobillos. Cerré los ojos cuando un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo como una sacudida. Estaba muy muy fría.

—Te aseguro que no vas a querer que vaya —amenazó con su sonrisa más juguetona.

Seguía con los brazos apoyados con fuerza sobre las rocas y las piernas extendidas, con un pie cruzado sobre el otro. Lo miré provocándolo. Estábamos solos, me sentía juguetona y sabía que era capaz de tirarme al agua completamente vestida, pero quise retarlo, y

lo hice con una simple mirada. Recogí mi pelo en un moño alto y me preparé para su llegada alzando los puños, como si estuviera a punto de comenzar un combate de boxeo.

—Eres imposible, amor —dijo negando con la cabeza—. Tú te lo has buscado.

Y, como un gran felino, llegó hasta mí de un salto y me levantó en brazos para lanzarme al agua. Yo gritaba y pataleaba para que no lo hiciera, pero mis ruegos, entre risas, no hicieron efecto y acabé bajo el agua un par de metros más adentro. Acababa de lanzarme como una piedra al fondo de un lago y, entonces sí, sentí el frío que me recorría todo el cuerpo, cada poro de mi piel, cada célula de mi organismo, cada átomo explotando ante el agua helada. Cuando salí, él seguía riendo.

—¿Quieres otro baño, princesa? —gritaba con las manos a los lados de la boca para proyectar la voz.

Me provocaba moviendo los dedos para que me acercara a por más y me sacó la lengua haciéndome burla.

—No... Creo que es suficiente —dije para mí misma.

El moño improvisado se había deshecho en la caída y tenía todo el pelo en la cara, así que volví a sumergirme para echarlo hacia atrás y aproveché para nadar un poco por la parte más alejada de la caída del agua. La corriente provocada por la contundencia del salto era importante, por lo que intenté mantenerme cerca de la orilla. Erik volvió a sentarse de nuevo en la roca en la que estábamos y lo observé mientras buscaba algo en la mochila. Pocos minutos después salí con la ropa pegada y el cuerpo acelerado por la baja temperatura, podía sentir la sangre recorriéndome cada rincón del organismo. La parte positiva de aquel baño era que el frío había conseguido que me dejara de doler el trasero y que ya no notara los rasguños de mi piel. Erik me acercó una pequeña toalla para que me secara y me dio una camiseta y un pantalón secos.

—¿Me has traído ropa? —pregunté sorprendida mientras me secaba el pelo.

—Pensé que cabía la posibilidad de que acabaras en el agua. —Me guiñó el ojo y me dio un beso—. Te gusta tanto que eres capaz de acabar empapada en un charco, amor.

Era cierto, tenía toda la razón. Allí donde veía agua, acababa de cabeza en ella. Aunque la verdad era que no había sido consciente de aquella pasión hasta llegar a la isla. Regresamos a la cabaña y fuimos

en coche hasta el pueblo de Jarabacoa a comprar algo para preparar la cena. Allí paramos en uno de los colmados a comprar aquellos mangos que tanto me gustaban y una lechosa. Se me había ocurrido que podía preparar un batido de postre. También compramos leche, café y algo de dulce para el desayuno del día siguiente. Una vez de vuelta, Erik se afanó en encender la chimenea. Decía que por la noche refrescaría y necesitaríamos la cabaña caldeada, aunque mi idea era cenar en la terraza trasera, donde había un gran jardín con una mesa situada bajo un porche de piedra. Salí a aquel porche para observar todo lo que teníamos a nuestra disposición: también había una pequeña piscina cuadrada rodeada de una zona de relax con grandes sillones de teca con cojines blancos y un gran toldo también de color blanco, además de sombrillas y hamacas. Desde aquel lugar se disfrutaba de una vista impresionante de las montañas. Y lo mejor era que todo aquello era solo para nosotros. El sonido de los pájaros, la suavidad del ambiente y una brisa que comenzaba a refrescar me hizo perderme en la maravilla que tenía ante mis ojos. De verdad que Erik se había superado con creces. Me quité las deportivas y, con la sensación delicada de la hierba bajo los pies, me acerqué a la piscina mientras él seguía con la chimenea. Me agaché a tocar el agua, que todavía estaba cálida por la temperatura diurna, y pensé que nos podríamos dar un baño antes de la cena. Lo llamé para que se acercara.

—Ya tengo el fuego preparado —dijo mientras caminaba hacia mí secándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—Perfecto... Yo también —dije, mimosa.

Pasé mis manos por debajo de su camiseta y cerró los ojos.

—Pero, ahora, ven conmigo —susurré mientras le daba un beso en el cuello.

Agarrada a su cintura, lo acerqué más a la piscina sin dejar de besarlo. Cuando lo tuve completamente rendido a mí, lo empujé para que cayera al agua. Fue mi dulce venganza. Sacudió la cabeza al salir.

—Lo siento, te la debía. —Le saqué la lengua.

Sin esperar su respuesta, me quité el pantalón y la camiseta y salté junto a él. Acabamos de quitarnos la ropa con rapidez, casi con desesperación por sentirnos, y nos amamos en el agua, notando cómo la temperatura subía en nuestros cuerpos mientras anochecía y el ambiente comenzaba a refrescar a nuestro alrededor. No nos importaba. Estar juntos, tocarnos, besarnos, poseernos... Con eso nos bastaba, el resto sobraba. Acabamos extenuados y con un hambre

voraz, hambre el uno del otro porque no nos saciábamos, pero también hambre física. Nuestros cuerpos pedían alimento después de tanto esfuerzo. Y, al final del día, la chimenea se convirtió en nuestro refugio. Acabamos cenando sobre una manta en el suelo frente al fuego.

Aquel fue uno de los momentos más románticos de mi vida. La cena, la manta, el fuego… y la declaración:

—Elena, sabes que te quiero como a nadie en mi vida.

El corazón se me aceleró al escucharlo.

—Y yo a ti, Erik —respondí.

Estábamos tumbados en la manta. Seguíamos comiendo unas pequeñas cerezas que habíamos comprado y di un sorbo al vino espumoso que tenía en la copa y que ya comenzaba a afectarme la cabeza.

—En estos meses, que no son demasiados, me has enseñado a ver la vida con optimismo. Me has hecho ver que es posible que alguien me quiera a mí por quien soy, y no por lo que tengo, por mi familia o por el dinero —habló muy serio. Se sentó y me agarró las manos mientras yo quedaba sentada sobre mis rodillas—. Elena, quiero pasar el resto de mi vida contigo. Quiero reír contigo, aunque a veces también me río de ti y tus vainas locas. Quiero seguir descubriendo la vida con la inocencia que tienes, con tu ingenuidad. Quiero tener hijos que se parezcan a ti.

Me sonrojé de golpe al escucharlo, pero él continuó.

—Quiero que estés a mi lado hasta que seamos dos viejitos que caminemos con bastón. Quiero despertarme cada día contigo a mi lado. Quiero casarme contigo.

Me soltó la mano y sacó una cajita negra que había escondido debajo de la manta. La abrió y me enseñó el anillo que me había comprado: de oro blanco con un diamante solitario en el centro. Aquel anillo era todo él y era todo yo.

Hacía rato que había dejado de masticar la cereza que tenía en la boca. Sentía el fuego abrasándome desde la chimenea y mi fuego interior quemándome. Las manos me sudaban y el vino había dejado de emborronarme la cabeza de golpe. Me había quedado sin palabras y era incapaz de apartar la vista de sus ojos. Sabía que Erik me quería, y yo lo quería a él, pero hasta ese momento no me imaginaba que pensara en casarse conmigo o, por lo menos, no tan pronto. Sabía que teníamos una relación que funcionaba, que cada día iba mejor, que

nos comprendíamos, que nos gustaba estar juntos, que no sabíamos estar separados, pero no se me había pasado por la cabeza nada de matrimonio, de vida eterna juntos... O, por lo menos, no lo había pensado en serio.

—Elena.

Su tono al pronunciar mi nombre era inseguro. Seguía con el anillo en la mano y mirándome a los ojos.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó esperando una respuesta.

—Erik...

No sabía qué decir, así que respiré muy profundo para coger fuerzas antes de hablar.

—Te quiero, sabes que te quiero muchísimo —dije.

Acaricié su rostro con la mano que me había dejado libre.

—Lo que siento por ti no lo había sentido nunca. Es más, contigo he descubierto lo que de verdad es el amor, porque el respeto que sentimos hace que me dé cuenta de que lo que había tenido antes no se acercaba para nada al amor.

Agarré sus manos con delicadeza sin romper el contacto de nuestras miradas.

—Te quiero, te adoro, te necesito conmigo. Me completas —afirmé—. Me gusta ser como soy cuando estoy contigo. Me gusta ser yo misma.

Me quedé en silencio y pensé un momento cómo poner en palabras lo que quería decirle.

—¿Sabes? Cuando estoy contigo me quiero más, me respeto, me cuido y me siento libre y protegida a la vez. Me has enseñado que lo más importante de una relación es eso: el respeto, cuidarnos y querernos tal y como somos. Valorándonos como personas, con nuestras cualidades y nuestros defectos. Pero Erik... —Respiré—. No me ha dado tiempo a pensar en matrimonio.

Un gesto de dolor se reflejó en su cara y posé con suavidad mi mano sobre su mejilla.

—No me entiendas mal —dije apretando su otra mano con fuerza tras mirar el anillo—. Te prometo… No, mejor dicho, sé que quiero pasar el resto de mi vida contigo. No sé estar sin ti.

Vi cómo la alegría regresaba a sus ojos inmediatamente.

—Sabes lo que me cuesta separarme cada domingo y me devuelves la vida en cuanto nos vemos, pero déjame un tiempo para pensarlo, por favor —susurré—. Vamos a estar juntos para siempre. Lo sé, Erik,

estoy convencida de ello. Pero la palabra «matrimonio», ahora mismo, se me hace muy grande. No te digo que no, pero tampoco te digo que sí… De momento.

Apoyé mis manos en su cuello y le besé. Le besé con pasión intentando pedirle perdón por mis palabras, por el dolor que le había causado, hasta que posó sus manos en mis mejillas y me apartó con suavidad. Había dejado la caja con el anillo sobre la manta.

—Me conformo con eso, amor —dijo antes de darme un beso suave y después susurró sobre mis labios—: de momento.

—Entonces guarda ese anillo, porque estoy segura de que algún día te lo pediré.

Acaricié sus mejillas y lo besé con intensidad, con pasión, con fuerza para que supiera que, a pesar de mis palabras, lo amaba por encima de todo.

Aquella chimenea se convirtió en el testigo silencioso del fuego incombustible que nos profesamos durante toda la noche. La noche de nuestro no-compromiso.

35
Las mariposas

Santo Domingo, junio 1998

Llevaba unos días en los que no daba pie con bola en el trabajo. Necesitaba poner toda la voluntad para concentrarme en lo que escribía. Por suerte, ya casi había acabado todas las entrevistas políticas y estaba a poco de cerrar las crónicas sobre los alcaldables. Sin embargo, seguía con los reportajes sobre mujeres dominicanas importantes de la historia del país y, para colmo, Marisa acababa de encargarme también otra serie de artículos mensuales sobre la importancia de la estimulación infantil en los primeros meses de vida del bebé, así que me tocaba enfrascarme en la teoría del método Montessori y todo lo referente a la estimulación temprana. «¿En serio? ¿Bebés?». O era una broma del destino o el karma quería darme un sartenazo en la frente, ya que desde hacía varios días cargaba con tres libros sobre ese tema de casa al trabajo y del trabajo a casa y cada vez que tenía un minuto libre me dedicaba a ello, a leer sobre bebés. Aunque, por supuesto, mi cabeza estaba perdida en otras cosas. Suponía que era normal estar dispersa, pero no lo sabía a ciencia cierta. Nunca antes me habían propuesto matrimonio, así que no paraba de dar vueltas al tema: Sí. No. Sí. No.

Aunque mi corazón, desbocado, gritaba sí con cada latido. Sí. Siempre sí.

Sentía ese sí en cada célula de mi cuerpo, en cada poro de la piel. Pero mi cabeza me decía que esperara, que todavía no era el momento, que solo tenía 24 años y toda la vida por delante: «Maldita cabeza, ¿por qué no podía hacer caso a lo que decía el corazón? ¿Por qué tenía que complicarlo tanto?». Y, para colmo, por si éramos pocos en aquella conversación desquiciante, entró en juego también mi estómago. Se había cerrado desde que regresamos de Jarabacoa como

si se hubiera puesto en huelga hasta que tomara una decisión. No me entraba nada y lo único que me mantuvo en pie fueron los batidos de lechosa. Así que, entre los libros y el termo de café lleno de batido para beber en la redacción, parecía una auténtica bibliotecaria despistada. La encrucijada que vivía era tremenda: el corazón, la cabeza y el estómago se habían instalado en una discusión sin fin que no me dejaba dormir. Y, en medio de aquella batalla, estaba yo sin saber qué hacer y atacada de los nervios.

Sentada frente al ordenador en una de aquellas tardes en las que me había quedado a cerrar la redacción, pensé que quizás Hugo me podría ayudar. Todavía no le había explicado nada de la proposición de Erik, pero entendí que necesitaba la opinión de un ser racional y analítico, porque lo que tenía claro era que no podía tratar ese tema con la impulsiva y loca de Bettany, ni con Carmena que, con las hormonas disparadas al final del embarazo, estaba tan eufórica que sabía su respuesta incluso antes de preguntarle: «Pero ¿estás loca o qué? ¡Pues claro que tienes que decirle que sí!». Carmena era una enamorada del amor, y no había nada más romántico que la propuesta que me había hecho Erik.

Así que estaba decidido, hablaría con Hugo. Cerré el archivo de texto en el que estaba escribiendo y apagué la pantalla del ordenador. Di un último trago a mi batido antes de apilar de nuevo los libros y salí hacia casa. Lo encontré solo leyendo en el sofá, ya que Bettany había ido a casa de sus padres a cenar. Me dejé caer derrotada junto a él y le anuncié esa frase que solía ser tan fatídica: «Tenemos que hablar». Hugo me miró con curiosidad y cerró el libro.

Después de explicarle la incertidumbre que estaba viviendo, él me miró con una gran sonrisa.

—Quizás no te des cuenta, Elena, pero creo que tienes muy claro lo que quieres hacer —dijo.

—¿En serio, Hugo? ¿Pero tú me has visto? —dije señalándome—. No como, no duermo, no puedo pensar racionalmente… ¿Cómo me dices que tengo claro lo que quiero hacer? —Recosté la cabeza en el sofá con resignación.

—Elena, si quisieras decirle que no, ya lo habrías hecho, ¿no crees?

«Pero, ¡qué *listillo*!». Acababa de decir algo que no podía negar.

—Entonces, ¿le digo que sí? —pregunté mirándolo.

—Yo no te voy a dar la respuesta, pero sé que la tienes clara en el fondo de esa cabezota tuya. —Me dio toquecitos en la frente con el

índice—. Solo debes pararte un momento, respirar profundo y pensar en cómo quieres que sea tu vida en el futuro. Lo veo en tu mirada, Elena. Cuando te conocí había tristeza en tus ojos. Eran el reflejo del dolor de tu corazón, del anhelo que tenías por escapar de tu vida anterior. Y ahora veo luz, amiga mía. Luz pura y brillante. Tus ojos son radiantes. Y creo que quieres que sigan siendo así, ¿verdad?

Agaché la mirada y sonreí levemente como respuesta.

—Mírate al espejo, Elena. —Me levantó la barbilla con suavidad—. Mira atentamente tu reflejo. Piensa en cómo era la Elena de hace un año y analiza con atención a la persona que ves frente a ti. Sois la misma persona, pero ahora eres feliz.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si vuelvo a tropezar con la misma piedra? ¿Y si pierdo la libertad que he conseguido? Solo tengo 24 años y quizás es demasiado precipitado.

—¿Y si nunca hubieras venido aquí? ¿Y si te hubieras quedado en Barcelona? ¿Y si siguieras atrapada en una relación que te ahogaba? ¿Y si siguieras siendo infeliz? ¿Y si la vida no te hubiera dado esta gran oportunidad? ¿Y si? ¿Y si? —Su mirada era tierna—. ¿De verdad quieres preguntarte en unos años: «Y si hubiera dicho sí»?

Hugo tenía razón y lo sabía. Estaba dando vueltas a una decisión que mi corazón había tomado desde el momento en el que vio el anillo. En aquel momento entendí que, a falta de poder hablar con mi familia, necesitaba que alguien que me quisiera de verdad me apoyara, que me dijera que no me estaba equivocando, que Erik era mi destino. Me acerqué hasta Hugo, abrí los brazos, apoyé la barbilla sobre su hombro derecho y lo aprisioné con todas mis fuerzas.

—Elena… Necesito respirar —dijo con la voz entrecortada.

Lo solté y nos miramos. Una gran sonrisa iluminaba nuestros rostros.

—Gracias —dije con toda la alegría que sentía mi corazón.

Nos interrumpió mi *zapatófono*, que comenzó a sonar de manera insistente y contesté al ver que era Ron. Me levanté de un salto y, mientras seguía escuchando lo que me decía, comencé a correr nerviosa por casa buscando mi bolso y las llaves. Hugo me observaba con preocupación desde el sofá y también dio un salto para acompañarme en cuanto le grité: «¡Carmena está de parto!».

Diez minutos después entrábamos a toda prisa por la puerta de la clínica y nos unimos a la larga espera de mi familia. Nos explicaron que habíamos ido demasiado pronto, ya que les acababan de decir que

iba para largo. Por lo que el tiempo que pasamos en la sala de espera me permitió pensar en todo lo que había hablado con Hugo, en la decisión que iba a tomar, en lo que supondría casarme y quedarme a vivir en la isla, sin regresar a casa… Era difícil, muy difícil. Tenía los codos apoyados en las rodillas y me tapaba la cara con las manos intentando aclarar las ideas cuando, al levantar la cabeza vi a Ron sentado frente a mí observándome con curiosidad. Su cara era un gran interrogante.

—Prima, te invito a un café.

Acompañó sus palabras con un gesto de la cabeza para que lo siguiera. Su único objetivo era alejarme de todos y tener un momento a solas.

—¿Se puede saber qué vaina te pasa? ¿Estás muy rara? —dijo después de sacar dos cafés de la máquina y sentarnos al fondo de la sala.

Le expliqué todo a bocajarro, sin dejarme detalle, desde el fin de semana a la petición de Erik. Mis dudas, mis nervios y, al mismo tiempo, lo muchísimo que lo quería.

—Mira, prima. Erik es uno de los tipos más legales que conozco. Sabes que algunos de mis amigos son unos *mamagüevos*. —Me hizo un guiño—. Pero él no. Nunca lo he visto aprovecharse de nadie. Y estoy seguro de que va a saber hacerte muy feliz. —Dio un sorbo a su café.

—Lo sé. Ya soy feliz con él. —Moví mi café con el palito de plástico —. Pero lo que no sé es si estoy preparada para quedarme a vivir aquí para siempre. —Lo miré con tristeza—. No volver a casa se me hace un mundo.

Ron me miró con una gran sonrisa.

—Mira a papá. Él llegó aquí para trabajar por un tiempo y después nos hizo venir a mamá y a mí. Y después nació Carlos. Piensa que entonces el país no estaba tan avanzado, las calles ni tan solo estaban asfaltadas y hemos salido adelante. Elena, yo no cambiaría esta vida por nada.

Lo miré y esbocé una sonrisa tímida mientras él seguía hablando:

—Puedes ir a España siempre que quieras, o vivir un tiempo aquí y después pasar temporadas allí. Al final, eso es lo de menos. Lo más importante, prima, es que si os queréis tanto como imagino, estéis juntos. El futuro ya llegará, ¿para qué te vas a preocupar *ahorita*? Y te aseguro que aquí no se vive nada mal. —Pasó su mano sobre mi hombro y me invadió una calidez que me reconfortó.

Hugo se acercó hasta nosotros para avisarnos de que Carlos acababa de salir: la pequeña Victoria había nacido. Intentamos mantener el tono bajo para no molestar al resto de personas que esperaban en la sala, pero fue imposible evitar los besos y abrazos que nos dimos entre todos por la alegría que sentíamos. Después entramos en la habitación y vimos a Carmena espléndida, recostada en la cama con su bebé en brazos. Carlos, a su lado, no podía dejar de mirar a su pequeña sin que se le cayera la baba y los abuelos estaban tan felices que no paraban de repetir el nombre de la recién nacida como si pudiera contestarles. Carmena me miró y sonrió. En aquel momento me pareció la persona más feliz del mundo. Me invitó a acercarme para sostener en brazos a Victoria.

—Ten a la *bebita*, Elena. Se parece a ti.

No sabía cómo agarrarla, me daba miedo que se pudiera caer o que la cabeza se fuera hacia atrás, pero Carmena me la dio con confianza.

—Tiene tus cachetes —dijo la orgullosa mamá.

Hacía años que no disfrutaba del olor a recién nacido. Era un aroma que embriagaba todo el espacio, dulce, suave y tierno. Toqué sus manitas y agarró con fuerza mi dedo índice. Tenía los ojos cerrados, una nariz que parecía un botón y unos labios rojos que adornaban su cara redonda y mofletuda. Sí, Carmena tenía razón, tenía mis mofletes. Al tener a la pequeña Victoria en brazos, sentí que algún día querría tener a mi propio bebé. Y quería que ese bebé fuera de Erik.

Casi sin querer, y después de mucho pensar, la lucha interna que llevaba días peleando acabó cuando ganó el corazón. Hugo me lo había dicho, pero ahora lo sentía bombeando con fuerza, gritando de felicidad e intentando salir del pecho para inundar de alegría toda la habitación. Noté cómo la pequeña Victoria volvía a apretar mi dedo en un gesto involuntario y agradecí que mi cabeza también hubiera hecho su parte del trabajo, colocando los pros y contras en un cajón que guardó al fondo del cerebro, en el lugar donde se iban a alojar bajo llave para siempre. Y el estómago por fin se abrió. Al regresar a casa, después de aquella noche tan emocionante, devoré todo lo que no había comido en una semana y, en poco tiempo, recuperé mi mejor aspecto. Por fin podría quitarme las ojeras que no me habían abandonado durante los últimos días. Y las mariposas volvieron a volar libres haciéndome sentir cosquillas en cada rincón de mi ser. Mi alma estaba feliz, en mayúsculas, porque se sentía plena. Y mis alas se

abrían para permitirme volar. El camino de mi libertad estaba trazado desde hacía tiempo y lo veía ante mí, iluminado, sin curvas ni rincones escondidos con sombras oscuras que me hicieran dudar. Definitivamente, había llegado el momento.

Habían pasado pocos días, pero habían sido tan intensos que se me había hecho una eternidad. Y pensé que Erik no merecía que lo tuviera más tiempo en la incertidumbre cuando ya tenía la decisión tomada. Sin embargo, después de lo mucho que se había esforzado por crear el mejor momento, entonces me tocaba a mí intentar estar a la altura de la respuesta que iba a darle. Esa misma noche, a pesar de lo tarde que era, lo llamé para quedar. Después de explicarle el nacimiento de Victoria, le dije:

—Erik, he reservado en Atlantis para cenar el miércoles cuando vengas.

Estaba tumbada en la cama mirando el techo de la habitación mientras imaginaba cómo sería esa cena. Intentaba disimular mi alegría.

—Perfecto, princesa. Hace tiempo que no vamos... ¿Tenemos algo que celebrar? —su voz pretendía sonar indiferente, como si no tuviéramos pendiente una decisión que podía cambiar el resto de nuestras vidas.

—Quizás... —contesté melosa y añadí algo más dejándolo caer como si tal cosa—: trae una manta para la playa, para después de la cena.

—Sabes que siempre va en el coche.

—Lo sé —interrumpí—. Pero tú no te olvides nada de lo que tengas que traer, nada de nada.

—Elena —pronunció mi nombre con una sonrisa.

—Ya me entiendes.

«Vaya, creo que a sutil no me gana nadie», dije para mí sin evitar reírme.

Llegó el miércoles y Atlantis volvió a conquistarme. Adoraba aquel lugar: las mesas sobre el mar, el sonido del oleaje, las velas, la brisa sobre la piel, la música suave, el champán y la puesta de sol en el horizonte sobre las aguas color oro. Todo era el marco perfecto para una cena especial y, además, la comida era una delicia para el paladar. Aunque aquella vez todo era diferente y estaba tan nerviosa que no dejaba de tocarme el pelo y secarme el sudor de las manos

sobre el vestido claro que me había comprado para la ocasión.

—La última vez que estuvimos aquí tuvimos una sorpresa un poco desagradable —dije—. Mira a tu alrededor para comprobar que no hay ninguna ex que nos arruine la noche, por favor.

Intenté ser graciosa. No dejaba de colocar mi cabello tras la oreja mientras observaba el resto de las mesas. No era capaz de aguantarle la mirada.

—A ver… —Recorrió con la vista la clientela que había cerca—. No, creo que esta noche estaremos a salvo de locas exnovias.

Soltó una carcajada. Se había tomado bien la broma. El camarero se acercó a servir el champán en las copas.

—Te propongo un brindis —dije—. Por esta isla. Por esta noche. Por la experiencia de mi vida. Por nosotros.

Apuré la copa de un trago mientras pensaba: «Por favor, que paren estos nervios ya. Me tiemblan las manos».

—Elena, tranquila. —Puso su mano sobre la mía y la apretó para infundirme calma—. Soy yo.

—No sé por qué estoy tan nerviosa —confesé. Volví a colocar tras la oreja un mechón suelto de mi cabello.

—Va. Quieres decirme algo y no sabes cómo. Te ayudo. —No apartaba su mirada de mis ojos—. No pasa nada si me dices que no, de verdad que lo entiendo. No es la respuesta que me gustaría, pero has tomado tu decisión y quizás todavía no es el momento. No voy a dejar de quererte ni vamos a romper ni nada por el estilo; tranquila, amor. Lo volveré a intentar más adelante, porque voy a seguir aquí contigo. Sé que estamos destinados a estar juntos.

Se me saltaron las lágrimas al escucharlo y tuve que interrumpirle.

—¡Sí! —contesté.

—¿Qué?

Su cara de sorpresa era increíble.

—¡Sí, Erik! ¡Sí! ¡Quiero casarme contigo!

Entonces fui yo quien le agarró las manos con fuerza. Parecía que se iba a caer de la silla de un momento a otro.

—Quiero el anillo que tenías para mí.

—Ele… Elena… —casi no podía pronunciar mi nombre.

Se soltó de mis manos y se giró para buscar la cajita negra en el bolsillo de su americana. Se levantó y se arrodilló frente a mí. Siempre había pensado que, si me veía en medio de algo así, me moriría de la vergüenza por saber que la gente nos estaría mirando. Sin embargo,

en aquel momento no existía nadie más que nosotros. Me sentía en una burbuja en la que estábamos los dos solos con nuestro amor, solos con nuestras esperanzas, solos con nuestros sueños, solos con la vida que íbamos a construir juntos, solos él y yo. Me puso el anillo y se levantó para darme el beso más maravilloso de toda mi vida. El beso que nos comprometía. El beso que abría la puerta a nuestro futuro. Mantenía los ojos cerrados mientras me perdía en sus labios y seguía resbalándome alguna lágrima por la emoción que vivía. Me pareció escuchar de fondo los aplausos y vítores del resto de clientes del restaurante, y me alegré de que estuvieran disfrutando también de nuestro amor. En aquel momento, las mariposas que me recorrían todo el cuerpo y que elevaban mis pies del suelo salieron disparadas desde el estómago al cielo nocturno del Caribe para viajar junto a las estrellas que nos cubrían.

36
El futuro

Santo Domingo, julio 1998

Acababa de cumplirse mi primer año de trabajo en la editorial y, según mis planes iniciales, era el momento de volver a casa. Aunque, evidentemente, un año antes no se me había pasado por la cabeza que en ese momento estaría enamorada, comprometida y que mi futuro inmediato pasaba por establecerme en la República Dominicana. Así que cuando me propusieron renovar el contrato, ni me lo pensé: «Por supuesto que sigo con vosotros. Me quedo en la isla», les dije. Aunque les pedí unas semanas de margen para valorar nuevas condiciones. Porque, en realidad, todo iba a cambiar. Y necesitaba un merecido descanso.

La nueva situación significaba también hacer planes y tomar decisiones que no me había planteado. ¿Me iría a vivir a Samaná o vendría Erik a vivir a la capital? Porque lo que era indiscutible es que pensábamos vivir juntos un tiempo antes de la boda. «¡Madre mía! Boda», qué grande me parecía esa palabra... «¡Madre mía! Mis padres», tenía que hablar con ellos. Demasiadas cosas... Mi cabeza había recuperado el control y volvía a bullir de actividad ahora que mi corazón, agotado tras haber ganado la guerra, permanecía en un periodo de descanso en el que solo se permitía dar saltitos de felicidad dentro del pecho de vez en cuando para que no me olvidara de su existencia. Sin embargo, al contrario de lo que pudiera pensar, las sorpresas todavía no habían acabado para mí.

—Ahora viene la parte más difícil, amor —dijo Erik una tarde mientras paseábamos de la mano por la orilla de la playa—. Tienes que conocer a mi madre.

No recordaba haberlo visto nunca tan angustiado y expectante. En realidad, creo que preocupado era la palabra más adecuada.

—Elena, mi madre es especial, por decirlo de una forma suave. Siempre me protege mucho y tiene un carácter… digamos, fuerte. Es muy intensa y te dirá alguna barbaridad, estoy seguro, pero tú, ni caso, amor. —Me miraba con mucha preocupación—. Es que es así: siempre cree tener la razón y no se puede discutir con ella.

Me paré dejando que el oleaje alcanzara mis pies y lo miré cuando se detuvo a mi lado. Había conseguido que me inquietara. Nunca había pensado en tener «suegra», pero ahora me la estaba imaginando como la malvada madrastra del cuento, la que envenena a la princesa. Él seguía hablando:

—Hasta ahora he evitado que os conozcáis, pero ya no puedo retrasarlo más.

—No te preocupes. Pondré mi mejor cara de niña buena y caerá rendida a mis encantos —dije mientras le guiñaba el ojo.

Estaba intentando tranquilizarlo, aunque en realidad era yo la que quería tranquilizarme. Sus palabras me habían puesto muy nerviosa. ¿Qué pasaría si no le gustaba?

Y el temido día llegó.

Erik había reservado para cenar en un restaurante de la capital, un espacio neutral para intentar que todos estuviéramos más cómodos. Cuando llegamos a la mesa, encontré a una *doña* dominicana con todas las letras: emperifollada hasta las pestañas, con pendientes, collares, anillos y pulseras tamaño XL. Un vestido floreado de colores intensos: naranja, rojo y amarillo que resaltaban su tez oscura. Un gran moño en lo más alto de la cabeza y los ojos más serios e inquisidores que había visto en mi vida, perfilados con delineador negro muy marcado. Podía escanearme con rayos X para ver hasta la última célula de mi cuerpo. Ni una sonrisa en sus labios. Eran dos finas líneas rectas que no se movían; rojo intenso, eso sí. Se levantó cuando nos acercamos y comprobé que hacía dos veces mi cuerpo y que medía más de metro setenta. Solo sonrió a su hijo y aquella fue la expresión más cálida que le vi en toda la noche.

—Erik, mi niño, ¿cómo tú estás? —dijo mientras le daba un gran abrazo.

—Elena, ella es Prud, mi madre —dijo Erik sin soltarme la mano.

Ella le permitió respirar en el abrazo de oso con el que lo había atrapado y él pudo añadir:

—Mamá, ella es Elena.

—Sí, sí… Ameba —contestó.

—Elena, mamá. E-LE-NA —repitió Erik con infinita paciencia.

¿Acababa de decir mi nombre sílaba a sílaba? Ufff, iba a ser más difícil de lo que pensaba. Ella me despachó con una mirada rápida y un gesto despectivo de la mano. Se agarró al brazo de Erik y lo obligó a sentarse a su lado. Por suerte para mí, en la mesa también había una chica joven, que me recibió con un abrazo y una sonrisa encantadora.

—Supongo que eres Megan —dije.

—Por fin te conozco, Elena. Erik no para de hablar de ti.

Su mirada era muy dulce. Tenía ojos almendrados marrón oscuro adornados con pestañas de negro intenso. Su rostro redondeado recordaba la inocencia de la niñez, pero sus gruesos labios advertían que ya era toda una mujer. Me dijo que tenía veintidós años, solo dos menos que yo. Era alta, casi tanto como su hermano, de tez café con leche y larga melena morena de un liso perfecto. Tenía un cuerpo exuberante que mantenía a base de comer poco y hacer ejercicio constante. «No quiero acabar siendo como mami», me confesó al oído entre risas algo disimuladas.

Me gustó Megan. Mucho. Fue lo mejor de aquella noche difícil en la que me llevé más de una fresca, y eso que casi ni abrí la boca. Todo se resumía en: «Eres la españolita que se lleva a mi niño, que se merece algo mucho mejor que una esmirriada como tú». Así fue como «mi suegra» me conquistó con su «discreción» y «dulces palabras», todo un «encanto» de mujer... Agradecí que Erik me hubiera advertido de su carácter y, por mucho que se enfrentó a ella con sus mejores modales e intentó defenderme, aquella mujer no escuchaba nada más que las palabras que salían sin filtro de su boca. Aunque, en realidad, me afectó poco. Desde el inicio de la velada y viendo su actitud, conseguí desconectar de casi todo lo que decía. Preferí hablar con Megan e ignorar a su madre, y descubrí a una joven adorable llena de sueños por cumplir. Siempre me habían dicho que no había mayor desprecio que no hacer aprecio, así que aquella noche me lo apliqué a rajatabla por el bien de mi salud mental.

La cena también me permitió ver la cara más paciente de Erik que, mientras me sonreía con cada mirada, intentaba mantener una conversación con alguien que no escuchaba nada de lo que le decía. Y, además, entendí por qué el bueno de Michael se había divorciado: aquella mujer era insufrible. Sin embargo, no comprendía por qué Megan vivía con ella.

—Es mejor vivir en la capital para estudiar en la universidad y

trabajar. Lo de Samaná está bien, pero antes tengo que acabar la carrera de Turismo, y después ya seré «libre» de decidir dónde quiero vivir —dijo mientras comía con delicadeza un pescado criollo—. De todas formas, conmigo no es tan dura. Es que Erik es su ojito derecho y no lleva nada bien que se quedara a vivir con papá… Y ahora apareces tú. —Sonrió—. Ella cree que solo quieres aprovecharte de él o que te lo vas a llevar muy lejos, por eso te dice esas cosas. Pero no le hagas ni caso, de verdad. No tiene remedio.

—Pues no sé si me dejas más tranquila —dije.

El camarero acababa de traer los postres y Erik seguía con cara contrariada intentando hablar con su madre.

—Me gustaría caerle bien, pero tampoco puedo hacer más —añadí.

Megan intentaba hacerme entender que era mejor no esforzarse, que, con el tiempo, seguro que acabaría aceptándome en la familia.

—Erik te quiere, y eso no lo va a cambiar ni ella ni nadie. Así que, al final, seguro que todo irá bien entre vosotras.

Nos dimos un fuerte abrazo en la puerta del restaurante cuando nos despedimos. Al final, había sido una velada muy agradable. Por su parte, Erik casi tuvo que escapar del abrazo de oso de su madre para poder regresar conmigo. A mí me dirigió un simple y seco «*bye bye*».

Después de verlas marchar en el coche de Megan, caminamos relajados por las calles de la ciudad hacia mi apartamento. El restaurante no estaba lejos y habíamos ido andando.

—Lo siento, amor. Es que no tiene remedio y no puedo hacer nada —intentó disculparse.

—Has dicho lo mismo que Megan, con las mismas palabras. —Reí—. No te voy a negar que no me ha gustado nada tu madre, pero me consuela pensar que no la tengo que ver a menudo.

No podía mentirle. Creía que aquella mujer era odiosa.

—Sin embargo, tu hermana es un cielo, se parece mucho a tu padre —añadí.

—Sí, se entienden muy bien. Son igual de tranquilos. Por suerte no hemos heredado los genes más temperamentales de mamá.

Me regaló un beso en la mejilla y le sonreí con dulzura.

—Por cierto… ¿Qué nombre es Prud?—dije con curiosidad.

Erik rio al ver cómo levantaba la ceja.

—Prudencia. Pero todos le dicen doña Prud.

Me detuve en medio de la calle y lo miré con los ojos muy abiertos.

—Me estás tomando el pelo… ¿Prudencia?

Pensé que era el nombre más inadecuado para la mujer a la que acababa de conocer, ya que me pareció una de las personas menos prudentes que había conocido en mi vida. Quizás Tormento, Torbellino o Pasión hubieran sido nombres más adecuados para ella. Erik me leyó el pensamiento porque con solo una mirada se nos escapó una carcajada tan grande que nos pitaron desde un coche que pasaba junto a nosotros.

Me gustaba caminar de noche por la ciudad junto a Erik. A pesar de que la circulación seguía siendo caótica, era algo más tranquila que durante el día y la vuelta a casa se convertía en un paseo agradable bajo el cielo estrellado, con una suave brisa que conseguía refrescar el ambiente sofocante del día. Al llegar a casa, tomamos la última copa sentados en el sofá horroroso mientras hablábamos de planes de futuro, algo que no habíamos hecho todavía. Era difícil decidir: Erik tenía su trabajo en Samaná y yo en la capital. Sería factible que yo pudiera escribir desde Samaná, pero era inviable poder hacer desde allí todo el trabajo de entrevistas y documentación de los temas para mis reportajes. Por otro lado, él no podía dirigir el hotel desde Santo Domingo… Y lo cierto era que ese tema se me comenzaba a hacer cuesta arriba porque no veía una solución fácil.

—Amor, no te preocupes, se nos ocurrirá algo —dijo mientras me besaba.

Pero yo no veía que aquello fuera tan fácil.

—No creo que en la redacción acepten que me traslade a la otra punta de la isla y siga haciendo el mismo trabajo.

Volvió a besarme.

—No sé cómo lo haremos, Erik —intentaba hablar sobre sus labios.

Me besó otra vez.

—Estás intentando distraerme...

Interrumpió mis palabras con un susurro para que me quedara en silencio.

Posó las manos con suavidad sobre mi cara para que me callara y lo besara. Y me rendí a sus besos. Sus manos comenzaban a recorrer mi cuerpo con pasión. Me bajó los tirantes del vestido, que me cayó hasta la cintura, y rozó mis pechos con los dedos. Me perdí completamente y olvidé lo que estaba pensando unos segundos antes. Me levantó en brazos y fuimos a la habitación a dar rienda suelta a los sentimientos. Sus caricias recorriendo todo mi cuerpo, desde los pies hasta la punta de la nariz. Mis besos por su piel, ese café con leche que sería capaz de

beberme a sorbos. Su cuerpo sobre el mío, anhelándome con cada movimiento. Mi cuerpo bajo el suyo, pidiendo más intensidad. Era incapaz de saciarme de él. Podía devorarlo con la mirada, con los suspiros, con las caricias, con la lengua, a bocados... Igual que él podía lamer cada rincón de mi cuerpo, mi cuello, mis clavículas, mis pechos, mi ombligo... Toda yo era suya, todo él era mío. No importaba dónde. No importaba cuándo. Nos convertíamos en uno cada vez que nuestros gemidos se unían y estallábamos de placer. Nuestros cuerpos se conocían y encajaban a la perfección. Habíamos nacido para estar juntos. Siempre.

—Elena, viviremos donde quieras —dijo cuando pudimos recuperar un ritmo normal de respiración—. Donde puedas seguir trabajando y seas feliz. A mí solo me importa que estemos juntos. Tenemos la opción de comprar un apartamento en la capital y yo podría organizar el trabajo del hotel entre semana desde la ciudad e ir allí los viernes para pasar el fin de semana, que es cuando hay más clientes. O quizás podemos vivir en Samaná y conseguir que trabajes desde allí. Es cuestión de valorarlo y encontrar la mejor solución para los dos.

Apoyaba mi cabeza sobre su pecho mientras dibujaba círculos en su vientre con el dedo. Levanté la cara para mirarlo a los ojos mientras mis labios dibujaban una gran sonrisa. Cómo no iba a adorarlo. Con su amor, era capaz de poner el mundo a mis pies. Me quería libre, independiente y junto a él.

¿Qué más podía pedir?

—Te quiero, Erik.

—Te amo, Elena.

37
La vida es ahora

En algún lugar sobre el océano Atlántico, enero 2018

La azafata nos interrumpe ofreciéndonos café, infusiones, refrescos. Necesito beber algo, un café solo que me ayude a mantener la mente despejada. Los recuerdos están siendo demasiado intensos.

Te observo en silencio. Prefieres perder la mirada en el mar de nubes que se ve por la pequeña ventanilla mientras das un trago a tu Coca Cola. Demasiada información para asimilar de golpe. Te acaricio el cabello y giras el rostro. Me sonríes, pero puedo ver la tristeza en tus ojos.

—¿Estás bien? —pregunto.

Asientes.

—¿Quieres que siga?

—Por favor —contestas.

Déjame que te lea lo que escribí después de aquel día, te digo mientras busco la libreta que tengo guardada en el bolso.

—¿Has traído tu libreta? —dices con sorpresa.

—Por supuesto. Aquí guardo los recuerdos de aquel año. Pensé que debía regresar al lugar donde nacieron sus letras.

Paso varios hojas y localizo con rapidez el párrafo que busco, me sé de memoria cada palabra:

> *La vida es ahora. Siempre había pensado que el pasado nos preparaba para las decisiones que deberíamos tomar en el futuro como si nos entrenara, pero este año he comprendido que la vida es ahora, ni antes ni después, ni pasado ni futuro. Solo importa hoy. Lo que hacemos hoy. Lo que vivimos hoy. Lo que sentimos hoy. Porque el ayer ya pasó y el mañana, quizás, nunca llegue…*

Veo resbalar una lágrima por tu mejilla y me apresuro a detenerla

con el pulgar.

—Pero entonces no sabías lo que iba a pasar —dices.

—No, no lo sabía. —Respiro con intensidad—. En aquel momento era la mujer más feliz del mundo.

38
Viviendo

Santo Domingo, agosto 1998

Cada día estaba más nerviosa. Había vuelto a acercar los dedos a la boca de forma inconsciente para morder las uñas, pero, en un golpe de fuerza de voluntad, había conseguido no hacerlo. Estaba inquieta, me movía por casa sin saber a dónde iba, sin saber para qué había entrado a la cocina o sin recordar que debía recoger la ropa tendida en la terraza dos horas antes. No daba pie con bola y todo era por la incertidumbre de no saber cómo encarar el futuro con Erik, cómo combinarlo con el trabajo, y lo que podría representar un traslado de mi vida a otra parte de la isla. No controlar la situación estaba comenzando a pasarme factura. Había regresado la Elena que tenía que saber qué iba a pasar en cada momento. No poder hacerlo me cerraba de nuevo el estómago.

Hasta entonces, había aprendido a vivir el día a día, «vivir al paso», como decían los dominicanos. En un año había logrado dejar el temor a lo desconocido a un lado y me había abierto a nuevas oportunidades, nuevas experiencias, nuevas personas y a vivir una vida completamente nueva. Y me sorprendía lo bien que lo había llevado. Pero en aquel momento todo cambiaba. Necesitaba planificar mi futuro con Erik, pensar en nuestra vida en común. Tenía que organizar, prever y anticiparme a cualquier idea que me pasara por la cabeza. Eso me daba seguridad y cierta tranquilidad. Aunque quizás, lo que deseaba era aplacar los nervios que sentía y la única forma en la que conseguía hacerlo era permitiendo que la *Elena controladora* tomara de nuevo las riendas.

Por supuesto, él lo veía de otra forma. Su lado dominicano afloraba para convencerme de que lo mejor era que me relajara, que me tranquilizara y que permitiera que la vida fluyera. «Todo a su tiempo,

amor», me decía sin perder su gran sonrisa. Pero, por más que lo intentaba, necesitaba saber dónde viviríamos, cuándo viviríamos juntos y qué haría con mi trabajo. Y esas eran solo algunas de las preguntas que no dejaban de aparecer por mi mente.

Sentada en mi escritorio, con el codo izquierdo apoyado sobre la mesa, la cabeza recostada en la mano y mordisqueando la parte trasera de mi lápiz, miraba la pantalla del ordenador absorta, esperando que la inspiración me llegara por arte de magia. El documento de texto seguía en blanco. En el bote que tenía junto al teclado no quedaba un solo lápiz que se hubiera salvado de las heridas provocadas por mis dientes. De vez en cuando tocaba las teclas con la esperanza de escribir algo con sentido, pero nada. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas y no podía concentrarme. Estaba perdida en mi mundo, sin atender a nada de lo que pasaba a mi alrededor.

Así llevaba varios días.

Una mañana, Marisa me hizo ir a su despacho y le expliqué la situación. A pesar de que meses atrás me había partido el corazón cuando dudó de mí por el incidente del correo electrónico, seguía siendo la persona en la que más confiaba dentro de la empresa. Con el paso del tiempo, había llegado a la conclusión de que yo misma hubiera actuado igual que ella si me hubiera encontrado en su situación.

—Mi niña —dijo recostándose de forma relajada en su silla—, tranquila. Vas a tener trabajo, aunque te vayas a Samaná. Te podemos encargar reportajes de la zona Este de la isla. Allí también hay vida, ¿sabes? —bromeó.

—¿En serio? ¿Así de fácil?

No podía creer que la solución estuviera delante de mí.

—Pues claro, cariño. Puedes seguir formando parte de la editorial y trabajar desde allí. Puedes hacernos propuestas de temas y las valoramos, y una vez a la semana o cada quince días, vienes a la capital y repasamos contenidos. Sabes que aquí todo es más sencillo de lo que parece. Deja de preocuparte desde *ahorita* mismo por eso. —Sonrió—. Además, con esto de internet y el correo electrónico todo es más ágil y rápido, las distancias están dejando de existir.

Se me saltaron las lágrimas sin poder evitarlo y agaché el rostro. Sentada ante Marisa, los nervios acumulados me pasaron factura, pero ella me acercó un pañuelo y me confesó que se alegraba de mi compromiso con Erik.

—Estáis hechos el uno para el otro —dijo con luz en su mirada.

Fue así de fácil. Tantos nervios, tantas horas sin dormir, sin comer, dando vueltas a la cabeza, para nada. Porque, al final, todo se solucionaba con una simple conversación.

De regreso a la redacción pensé que, a veces, la cosas que nos parecían más difíciles se acababan solucionando de formas inimaginables. Sonreí y di la vuelta en el pasillo para ir al baño. Allí me paré ante el espejo para mirarme. El tono miel de mis ojos resaltaba sobre el castaño, era más intenso porque atesoraba el brillo de la felicidad.

«Vivir», pensé mientras me sonreía. Era el mayor aprendizaje de mi año en República Dominicana. Y menudo aprendizaje: «Elena, lo más difícil de la vida es vivir. Lo más maravilloso de la vida es vivir», me dije perdiéndome en la felicidad que veía en mi reflejo.

Apoyada en el lavamanos seguía mirándome mientras me perdía en mis pensamientos. Pensé que había aprendido a vivir cada día, a disfrutar las oportunidades que aparecían ante mí. Que estaba aprovechando todo lo que la vida me ofrecía, que era muchísimo. Y que no iba a desperdiciar ni un solo segundo en quejas, reproches o victimismos. Quería disfrutar cada día con amor, con alegría, con felicidad. Porque la vida era el momento, el ahora. Mi vida era con él.

39
Georges

Samaná, 22 de septiembre de 1998

Sin embargo, aprendí que la vida también era caprichosa y, de repente, era capaz de hacer un fundido a negro que lo cambiaba todo.

El 22 de septiembre de 1998 amanecimos con vientos huracanados de casi doscientos kilómetros por hora. Estábamos advertidos de que se acercaba un huracán fuerte que podría ser de categoría dos, pero Georges superó las previsiones y entró en República Dominicana por la zona Este de la isla alcanzando categoría tres.

Era martes, y ante las noticias que estuvimos recibiendo durante toda la semana, Erik me había pedido que me quedara en Samaná hasta el paso del huracán. Marisa me dio permiso a la vez que trabajo: si todo iba según lo previsto, podría hacer un reportaje sobre los daños causados por Georges en la zona Este. La editorial tendría una periodista en primera línea. Eso sí, mi jefa me pidió que no me pusiera en peligro en ningún momento. Mi trabajo se basaría en analizar los daños causados y conseguir valoraciones de los responsables de la zona. Me advirtió que sería difícil: «Seguro que habrá víctimas. Tendrás que estar preparada, Elena».

En el hotel se habían tomado todas las precauciones. Se habían tapiado las ventanas, retirado los elementos que pudieran salir volando, reforzado las zonas comunes y se había habilitado el almacén que había bajo el gran salón para las personas que quisieran pasar la tormenta allí. No había turistas ese fin de semana, así que era fácil ubicar a trabajadores y vecinos de Los Cacaos, que estarían más protegidos en *The little beach* que en sus pequeñas casas con tejados de zinc. Habíamos preparado colchones y mantas para todos.

La noche anterior me había costado dormir escuchando el intenso sonido de la lluvia golpeando las maderas que cubrían las ventanas de

la habitación de Erik, pero el calor de sus brazos me hacía sentir segura. Al final, quizás había podido descansar un par de horas.

Por la mañana, a primera hora, la lluvia intensa se había transformado en tormenta con vientos que dificultaban que llegáramos al salón. Cogidos de la mano, él me hacía avanzar entre las cortinas de agua mientras con la otra mano intentábamos protegernos los ojos para poder ver por dónde caminábamos, aunque era imposible. Me estaba asustando de verdad, solo escuchaba el rugido del viento y la fuerza del agua contra el suelo. Parecía que las palmeras iban a salir volando en cualquier momento. Se suponía que ya era de día, pero no había luz: las nubes negras lo cubrían todo. Con mucho esfuerzo y empapados, conseguimos llegar al gran salón y bajar al almacén. Altagracia ya estaba allí con sus niños y la pequeña Yuly se lanzó a mis brazos en cuanto me vio. Ella estaba asustada, pero yo estaba aterrada. Nos sentamos en un rincón junto a Erik, nos tapamos con una manta y la abracé intentando transmitirle el valor que no tenía. Escuchaba cómo gritaba el viento sintiendo que podía ser capaz de arrancarnos de allí. Era ensordecedor. Aterrador. Nos buscaba entre las maderas de las ventanas que parecían papel mientras la lluvia golpeaba con fuerza las paredes intentando atravesarlas. De forma inconsciente agarraba la manta como si pudiera salvarnos. De repente nos quedamos a oscuras y Yuly se lanzó a mi cuello entre lágrimas. Encendieron algunas linternas que habían preparado y, hablándole con mucha tranquilidad, conseguí que la pequeña se calmara. En realidad, ella se abrazaba a mí, pero era yo la que me aferraba a ella como un salvavidas. Todo estaba en silencio. No nos movíamos intentando que el huracán no se percatara de que estábamos allí. Sin embargo, ese silencio pesaba como una losa porque hacía que nos centráramos en escuchar la furia de la tormenta. Erik me miraba infundiéndome ánimo y esperanza y apretaba con fuerza mi mano.

Georges había venido para quedarse, para destruirnos, o eso creíamos. Fueron horas de tensión en las que solo hablaban el viento huracanado, la lluvia que caía con violencia, con golpes secos en el exterior del edificio y el extraordinario rugido de las olas del mar, que casi alcanzaron los cuatro metros de altitud. No solo cayó el tendido eléctrico, tampoco funcionaban las líneas telefónicas. Nos olvidamos del hambre y la sed, de que estábamos cansados por tanta tensión. Nos olvidamos de nosotros mismos hasta que dejamos de escuchar el sonido de la destrucción. Entonces me di cuenta de que tenía las

manos engarrotadas de tenerlas apretadas tanto tiempo. Me dolían los dedos y casi no podíamos mover el cuerpo de la rigidez y la tensión mantenidas durante aquellas horas eternas. Yuly se había dormido rendida sobre mi falda.

Cuando nos aseguramos de que había pasado, conseguimos salir al exterior y fuimos testigos del horror: árboles caídos, habitaciones destrozadas, tejados desaparecidos, cables de luz y teléfono por el suelo, todo el recinto inundado, el mar casi llegaba hasta nosotros y caía una lluvia fina y delicada que intentaba pedir perdón por todo el daño provocado. Los rayos del sol comenzaban a hacerse hueco entre las nubes, que ya eran más claras. La luz regresaba para permitirnos ver toda la destrucción.

Altagracia estaba muy nerviosa y quería ir a su casa a ver cómo estaba todo. Tenía tan poco que perderlo le suponía la pobreza absoluta, comenzar de cero. Sus niños estaban aterrados, así que le pedí que los dejara conmigo mientras ella iba a ver qué quedaba de su hogar. Aceptó. Y Erik se ofreció a acompañarla. En *The little beach*, de momento, no podía hacer mucho.

—Enseguida vuelvo, amor —dijo.

Y me dio un beso poniendo con delicadeza sus manos en mis mejillas para darme fuerza.

Fue la última vez que lo vi.

Pasaron unas tres horas en las que estuvimos retirando todo lo que pudimos de lo que había caído cuando uno de los vecinos de Los Cacaos llegó corriendo y gritó que le había caído una placa encima al señorito Erik y no podían moverlo.

¿Qué quería decir con que no podían moverlo? ¿Dónde estaba Erik?

—Vamos, Elena —me apremió Michael.

Pero no podía moverme. No entendía qué pasaba

—¡Vamos, Elena! —chilló de nuevo Michael.

Me agarró de la mano y estiró de mí para correr tras el hombre que no dejaba de gritar. Consiguió que reaccionara.

Para llegar a casa de Altagracia tuvimos que esquivar árboles, vehículos en medio de la carretera que se había convertido en un río, animales ahogados, tejados, paredes de casas, gente llorando en las calles transformadas en un lodazal. Saltábamos sobre palos de madera que antes habían sido pilares de casas. Había barro, agua y seguía cayendo la fina lluvia, pero había dejado de notar la ropa empapada pegada al cuerpo. Junto a los restos de lo que había sido un hogar, un

grupo de hombres intentaba levantar algo bajo el agua. Algo. Alguien.

Estaban apartando paredes derribadas, muebles arrastrados calle abajo, árboles caídos... Pude ver unos pies con las deportivas de Erik. ¿Qué hacía ese hombre con sus deportivas? Solo se veían los pies, el resto del cuerpo seguía atrapado bajo el agua.

Al llegar, Michael gritaba para que levantaran la pesada plancha de zinc. Entre todos tomaron impulso. Michael sudaba como pocas veces le había visto. El calor después de la tormenta era horroroso, la humedad insoportable, el agua nos llegaba por encima de las rodillas. Y allí estaba Erik, bajo aquella agua fangosa, de lado, con la mano derecha sobre la cara, como si se hubiera protegido del golpe. Me tiré a su lado para hablarle. Para que se moviera. Le agarré la cabeza para sacarla del agua.

—¡Erik, despierta! ¡Erik, Erik!

En mi cabeza sentía que le estaba susurrando, pero en realidad hablaba a gritos

—¡Michael, despiértalo! —ordené.

Lloraba de rabia, de impotencia. Michael me miró desolado, sin entenderme.

—Elena, no respira.

—¡Llamad a una ambulancia! ¡Claro que respira! ¡Tiene que respirar! ¡Erik. Erik!

Le acaricié el rostro y alguien me agarró por la cintura e intentó apartarme. Conseguí soltarme y volver de nuevo a su lado. Lo abracé.

—Erik, mi amor. Despierta por favor. Por mí, despierta.

En ese momento sí le susurré al oído. Solo él podía escuchar mis palabras. Necesitaba que volviera conmigo. Pero era cierto que no respiraba.

Sentí que la náusea subía por mi garganta y, de repente, todo se fundió a negro.

40
Tú

En algún lugar sobre el Océano Atlántico, 2018.

Te miro y veo lágrimas que te inundan el rostro. Sonrío con tristeza. Aprieto tu mano con fuerza y te doy un beso en la mejilla.

No puedo explicarte qué pasó en los días siguientes, porque mi cabeza no estaba presente. Me convertí en un cuerpo sin alma ni corazón. Creo que tampoco respiraba, o quizás sí, no lo sé. Me llevaban y me traían, no sé a dónde ni cómo. Solo sé que era una gran sala blanca, con cristaleras enormes que permitían el paso de la luz, aunque para mí todo era oscuridad. Había sillas junto a las paredes y en el centro estaba él, rodeado de multitud de ramos y coronas de flores que me impedían respirar. Odié aquel olor dulzón que lo inundaba todo.

Recuerdo a Erik en un ataúd. Inmóvil. Sin vida.

Recuerdo a gente diciéndome cosas, no sé, dándome ánimos, besos, abrazos. Me decían que tenía que ser fuerte, que lo superaría con el tiempo. En realidad, no entendía nada cuando me hablaban.

Recuerdo a Hugo y el abrazo más fuerte y abrigado que me habían dado en la vida. Creo que no me dijo nada, no lo recuerdo.

Recuerdo a Bettany llorando a mares a mi lado. Yo no sé si lloré, no lo recuerdo.

No recuerdo haberme duchado ni haberme vestido, pero estaba duchada y vestida, con el pelo recogido en un moño bajo.

Recuerdo a Carmena y Carlos con la pequeña Victoria. Creo que la cogí y le hice monerías, pero no sé si eso es cosa de mi imaginación. Ellos tenían la tristeza grabada en el rostro y sus brazos me sirvieron de refugio por un momento. Carmena quería transmitirme su fuerza, pero no sabía cómo hacerlo. Le agradecí que no me dijera palabras banales.

Recuerdo a Altagracia pidiéndome perdón una y mil veces en un llanto continuo, desconsolado. Yo intentaba sonreír sin poder contestar. Creo recordar también a la pequeña Yuly abrazada a mi cintura con lágrimas en la cara.

Recuerdo a Ron, sin decirme nada pero a mi lado todo el tiempo para impedir que me cayera al suelo sin sentido, de nuevo. Pasaba su brazo sobre mis hombros para que no me derrumbara. Y consiguió traerme la rosa roja que le pedí. No sé de dónde la sacó, quizás del rosal de su casa, pero ahí estaba, entre mis manos atesorada con dulzura.

Recuerdo a mis tíos hablando con Michael y abrazándome con todo el amor que solo la familia sabe dar.

Recuerdo a la madre de Erik gritando mucho. Y a Megan en *shock* a su lado, sin dejar de llorar ni un segundo y abrazada a su padre. Creo que también estuvo conmigo y creo que las dos lloramos, pero no estoy segura.

Recuerdo a Michael agarrando con fuerza mi mano cuando puse la rosa sobre el cuerpo de Erik segundos antes de que cerraran el ataúd.

Recuerdo haberle dicho «adiós» y enfadarme con él porque me dijo que volvería enseguida. Recuerdo que me mintió y le odié por ello. Y volví a amarlo al siguiente segundo sin dejar de tocar el anillo que adornaba mi mano. Y recuerdo la sensación de mi corazón arrancado del cuerpo. Una mano me lo había quitado, como en la película de *Indiana Jones y el templo maldito*, pero no para ofrecérselo a un dios, sino para llevárselo a la eternidad con él. Erik me había arrancado el corazón de cuajo. Sin pedirme permiso. Sin importarle todo lo que me iba a doler. Sin pensar que me dejaba sangrando. Se lo había llevado y jamás lo recuperaría. Recuerdo tocarme el pecho y sentir el vacío, el hueco profundo. Recuerdo una sensación de frío permanente a pesar del sol que iluminaba la sala. Alguien me había traído de casa el abrigo que Erik me regaló en Miami porque no dejaba de temblar y me lo puso sobre los hombros, creo que fue Hugo. Y, ¿sabes? Me pareció ver a Erik sonreír con suficiencia, igual que hizo en Disney cuando admití que tenía razón, que necesitaba aquel abrigo. Fue una ilusión efímera. Y recuerdo rascarme de forma continua y con fuerza la palma de la mano; tenía un picor constante que no se iba, a pesar de rascar y rascar casi hasta hacerla sangrar.

Creo que no recuerdo nada más de aquellos días. ¡Ah, sí! No hice el reportaje del paso de Georges por el Este de la isla. Marisa, que

también estuvo a mi lado, no me lo pidió y, por supuesto, tampoco me ofrecí. No podía. Era imposible pensar en nada más que él. Sin embargo, Georges había dejado 283 víctimas en el país. Y una de ellas me había tocado a mí.

Recuerdo también la última noche que pasé en nuestra playa de Samaná. Sentada en una de las tumbonas, tapada con una manta a pesar de que no hacía frío. Pero, desde que Erik se había ido, siempre sentía frío, un frío que me nacía dentro. Aquella noche no iba a dormir, aunque creo que tampoco había dormido las anteriores. Esa noche era para mí, para nosotros. Para grabar a fuego todo lo que habíamos vivido juntos. Sería mi última noche en el mejor lugar del mundo. En nuestro rincón especial, bajo el cielo plagado de estrellas, con una luna llena increíble que me hacía compañía en aquella soledad, con las palmeras que habían resistido ondeando con suavidad y el eterno mar en calma que reflejaba toda la luminosidad estelar. Miré el cielo y sentí que aquel universo infinito era tan abrumador como el inmenso dolor que me desgarraba por dentro, sin fin, sin horizonte, sin posibilidad de cura. ¿Cómo podía ser la naturaleza tan caprichosa? Solo unos días antes había sido capaz de destruir todo a su paso y ahora se mostraba serena, bella, susurrante, como si el suave rumor de las olas no quisiera interrumpir mis pensamientos. Quizás aquella naturaleza egoísta quería a Erik a su lado porque era un ser lleno de amor, capaz de entregar su bondad, su inteligencia, su compromiso, su honradez y su plenitud a quienes amaba. Y entonces lloré. Lloré todo lo que no recuerdo haber llorado antes. Lloré hasta vaciarme, hasta agotar todas las lágrimas de mi ser y convertirme en cenizas. Y sentí que jamás la vida me había dolido tanto. Me dolía por lo mucho que lo había querido, por llevárselo sin permiso, por romper nuestros sueños. Por dejarme hecha pedazos. Dolía. Dolía mucho.

—Esa fue la última noche que pasé en la isla —digo alejándome de mis recuerdos y regresando a la cabina del avión. Busco en el bolso que tengo a mis pies una chaqueta fina para ponérmela. Parece que el frío ha regresado a mi interior.

A mi lado, te limpias las lágrimas con un pañuelo e intentas sonreír. Sé que te duele, como a mí, porque ahora ya conoces la historia completa y agarras mi mano con fuerza.

Te explico que al día siguiente regresé a casa, a Barcelona, dejando allí el mejor año de mi vida, a la mejor persona de mi vida.

Me refugié en el calor de mi familia para intentar volver a respirar poco a poco. Un huracán había acabado con la libertad que había conseguido, pero no permitiría que acabara conmigo. Sabía que era tan valiente como él pensaba y saldría adelante. A pesar de estar rota en quinientos mil pedazos, a pesar del dolor que me inundaba y de que las lágrimas que creía agotadas intentaban asomarse de nuevo a mis ojos, sabía que saldría de ese pozo tan profundo. Porque su amor seguía dándome fuerzas. Seguía sintiéndolo junto a mí.

Te miro con una gran sonrisa. Un guiño cómplice. Y ahora soy yo quien aprieta tu mano antes de continuar:

—Hasta que en pocas semanas entendí por qué él seguía estando conmigo. Llegaste ocho meses después para alegrarme el alma.

Te acaricio el rostro. Sonríes a pesar de que sigue resbalando alguna lágrima.

—Tu piel siempre tostada. Tus ojos azul Caribe. Eres su reflejo, mi amor. Eres la mejor persona de mi vida, Vega.

Nos abrazamos para compartir la tristeza y la alegría. Me demuestras, una vez más, que estás a mi lado.

—¿Sabes? —digo—. Eres el regalo que me dejó antes de irse.

Te cuento cómo fuiste tú la que me ayudó a reconstruir paso a paso los pedacitos rotos de mi corazón destrozado. Tu alegría, tu sonrisa, tu mirada y tu luz han sido el reflejo diario del amor de Erik. Conseguiste llenar con risas el profundo vacío de mi pecho. Fueron tus palabras infantiles y tu inocencia las que cosieron día a día con infinitos hilos invisibles de paciencia y amor las cicatrices que creí que nunca sanarían y que todavía hoy son una leve huella en mi alma. Porque fuiste tú la que me devolviste la alegría.

—Perdona, mamá. He hecho que te pongas triste.

—No, cariño. —Acaricio tu cabello azabache—. Necesitaba sacarlo de dentro y tú tenías que saberlo todo.

Te explico que, con el tiempo, aprendí a agradecer haberlo conocido, haberlo amado, haberlo hecho mío durante unos meses. Aprendí que formaría parte de mi vida para siempre porque me enseñó a quererme, a valorarme, a respetarme como mujer independiente y fuerte. Me enseñó a ser valiente y decidida. Me enseñó a soñar, a seguir adelante siempre con ilusión, con alegría, a crecer a pesar de las heridas. Porque las heridas, con el tiempo, acaban transformadas en cicatrices que nos ayudan a sanar, aunque algunas nunca cierran del todo, siempre dejan un leve surco en la piel

para que las recuerdes. Me enseñó a bailar, a disfrutar, a vivir, a soñar, a volver a respirar.

—¿Y por qué no regresaste nunca? —preguntas.

—No lo sé. Quizás no quería saber cómo era estar allí sin él.

—Pero la tía Megan te ha dicho muchas veces que vayas.

Nos interrumpe el mensaje del capitán diciendo que estamos llegando y que nos abrochemos el cinturón de seguridad. Te agarro la mano con fuerza.

—Ha llegado el momento —digo.

—¿Y papá conoce esta historia?

—Claro, Vega. Papá lo sabe todo. Tú eras pequeñita, tenías casi cinco años cuando papá llegó a mi vida y, con infinita paciencia y mucho amor, me ayudó a reconstruirme. Le expliqué mi historia y entendió que Erik siempre iba a ser alguien muy importante en nuestras vidas.

Me abrazas y me das un beso en la mejilla.

—Mamá, eres la mujer más fuerte que conozco. —Arrugas el entrecejo y sitúas la mano en la barbilla pensativa—. Bueno… Después de la abuela Prud. Pero a ella no le gana nadie.

Me contagias tu risa.

—Estoy tan orgullosa de ti, Vega. —Te toco la punta de la nariz—. Y él lo estaría también. Le habría encantado enseñarte la isla. Y hubiera disfrutado del viaje que hicimos a Disney, viendo cómo su pequeña princesa nunca necesitó a un príncipe que la salvara. Porque eres fuerte, atrevida y divertida. Te encanta bailar, reír y disfrutar de la vida. Tu voz también es música, como la de él. ¿Sabes? Incluso de bebé, tu llanto entonaba una oculta melodía. Pero, sobre todo, estaría orgulloso de ver a la mujer en la que te has convertido.

Sonríes con tus increíbles ojos azules.

—Gracias por explicármelo todo, mamá. Tía Megan y los abuelos siempre me hablan de papá y de lo mucho que os queríais, pero tus palabras me han llegado al corazón.

—Mi amor, tu padre siempre estará en nuestras vidas. Desde pequeña hemos hablado de él, pero nunca he tenido la fuerza suficiente para recordar. Y cada vez que ibas de vacaciones y me decías que estabas en la playa de *The little beach* con tía Megan y el abuelo, se me abría un poquito la herida.

—Es mi lugar favorito del mundo, mamá. —Sonríes con la boca abierta y veo cómo se ilumina tu mirada.

—Lo sé, cariño. También es el mío. Lo será siempre.

—Escucha esto —dices mientras buscas una canción en la lista de reproducción de tu móvil.

Me pones un auricular en el oído y te quedas el otro, como si ese cable fuera el reflejo del hilo invisible que nunca se ha roto entre nosotras. Comienza a sonar un piano. Te miro con una sonrisa. Me dices que es *Todo pasó*[44], de Javi Badillo. Al escuchar el estribillo, cierro los ojos:

Ya sé que el tiempo no perdona.
Que todo fluye y se transforma.
Que nadie va a salir ileso de vivir.

«Nadie va a salir ileso de vivir. Esta es quizás una de las mayores verdades que he escuchado nunca, porque es exactamente lo que representa la vida, lo que significa vivir», pienso y suspiro intentando llenar cada uno de mis recuerdos de alegría. Al acabar la canción, te devuelvo el auricular y nos preparamos para el final del vuelo.

Aterrizamos. Tras recoger el equipaje, caminamos hacia la salida. Se abren las puertas y nos recibe el calor intenso y la humedad que hace que mi cuerpo comience a sudar. Veo a Megan entre la gente y se dirige a nosotras con una alegría que la hace destacar entre la multitud. Le sonrío en la distancia. Cuando llega, y después de besar a Vega, me da un abrazo enorme, fuerte, como si su intención fuera romperme todos los huesos del cuerpo o como si no quisiera soltarme jamás para que no vuelva a desaparecer de su vida.

—Bienvenida a casa, Elena.

---

44 *Todo pasó* es del disco *Causas perdidas* de Javi Badillo.

Agradecimientos

A mi editora, Silvia Lambda (@valienteinspo), por creer en la historia de Elena desde el primer momento y no dejarme desfallecer en el camino hasta hacerla realidad. Tu confianza en mí ha hecho posible que hoy exista este libro.

A Colección Mil Amores por impulsar *Valiente Elena* con tanta rapidez y confianza. Gracias, Gala.

A mis lectoras cero por compartir sus impresiones y hacer infinitamente mejor esta historia. Gracias, Rut, Jess, Cris, Pili, Mari Cruz, María Jesús, Xesca, Olga, Eva Cristina y Núria.

A Mamen Gómez (@lachicadelosjueves), porque desde el primer taller me enseñó que lo más importante de escribir es hacerlo con el corazón. Nunca me cansaré de decirte que eres un amor de persona.

A Lourdes Balestra, por enseñarme a vivir en el presente, a escuchar mi intuición y a creer que los sueños se hacen realidad; aquí está la prueba.

A mi súper Carolina Corcho, mi maestra de vida. Cada día doy las gracias por tenerte a mi lado. Te quiero infinito, y lo sabes.

A Ernesto Pascual, mi Hugo, por ser mi pilar en los momentos más difíciles. No podría soñar con un amigo mejor para aquella aventura dominicana.

A República Dominicana por regalarme un año inolvidable y una cala que siempre será mi lugar favorito del mundo. Gracias a todas las personas que dejé allí, porque siguen estando en mi corazón.

A mi familia. A todos vosotros, los que estáis siempre a mi lado y los que un día se fueron, pero nos siguen acompañando entre risas eternas; sin vosotros jamás habría sido quien soy. Mención especial a mis primas, que son mis hermanas, compañeras de locuras, viajes y sueños.

A José Luis y Àlex por existir. Os quiero.

A todas las personas que siguen a @aroma_de_letras en redes.

Vuestra confianza y ánimo son parte fundamental de este proyecto, porque me dijisteis que os gustaba lo que escribía me atreví con esta historia.

Y a ti por tener este libro entre las manos, por darle una oportunidad a Elena y por descubrir conmigo que lo más difícil y maravilloso de la vida es vivir. Ojalá esta historia se quede guardada en un rinconcito de tu corazón. Gracias.

¿Te ha gustado este libro?

Entonces no te puedes perder

estos otros títulos de

COLECCIÓN milamores

No te es una carta, es un corazón

Tania Hidalgo Rodríguez

«Un viaje de Madrid a Mallorca, un mensaje en una mochila y un encuentro inesperado con una chica que entrará en tu corazón para no salir jamás. Fran y Mila son dos (casi) perfectos extraños que se van a dar cuenta de que en cada párrafo, a cada página».

Leer ahora

Índice

1 El avión 7
2 Ansiedad 11
3 Comienza el viaje 19
4 Necesito respirar 27
5 Una nueva familia 39
6 Vivo en el paraíso 49
7 *Súper* periodista 59
8 Una fiesta ajetreada 73
9 ¿En serio? 83
10 Aprendiendo 97
11 Peces muertos 99
12 Esto SÍ es el paraíso 111
13 Todo duele 139
14 Él 153
15 Detalles 171
16 Un nuevo camino 173
17 La sorpresa 179
18 Nochebuena en familia 189
19 Cálida Navidad 203
20 *¿TQM?* 231
21 Revivir 241
22 Bettany 243
23 La llamada 259
24 Atlantis 273
25 Vacaciones 287
26 Magia 295

27 Maldito correo 319
28 Apilando ropa 331
29 Dirección IP 339
30 La verdad 343
31 En familia 347
32 Turbulencias 361
33 Yuli 363
34 La proposición 373
35 Las mariposas 387
36 El futuro 397
37 La vida es ahora 405
38 Viviendo 407
39 Georges 411
40 Tú 417
Agradecimientos 425